

ALDEBARAN
NOVELAS
HISTORICAS

JOSE A. GARCIA

FSAS
009

NOVELAS

HISTORICAS

Por
~ Aldabara ~

JOSÉ ANTONIO GALAN.

Episodios de la guerra de los Comuneros

POR ALDEBARAN.

1870.

LA ANTIGUA PROVINCIA DEL SOCORRO.

Del grupo central de las montañas que separan las grandes hoyas de los rios Sogamoso (ó Chicamocha ó Sube) y Saravita ó Suárez, sirviendo como de eje comun á las antiguas provincias del Socorro y Tundama, se desprenden, á considerable distancia en sus fuentes, y corriendo por lo general en la direccion del Este al Oeste y luego hácia el Norte, dos bellos rios de rápida corriente: el Pienta y el Táquiza. A ellos afluyen en muy diversas direcciones numerosísimos riachuelos y arroyos considerables, y todas esas aguas reunidas bajo los nombres sucesivos de Pienta y Juntas, riegan un bellísimo valle encerrado entre dos altos contrafuertes de la cordillera, en cuyo fondo demora la importante villa de Charalá. Sigue su curso el Juntas hácia el Norte, hace un codo brusco en Sangil, y tomando allí el nombre de esta ciudad, va derecho al Oeste á tributar sus aguas al caudaloso Suárez.

Un triángulo irregular cuyos lados principales están en las líneas del Táquiza y el Pienta, forma lo principal del hermoso distrito de Charalá; de suerte que, situada como se halla la villa de este nombre en la confluencia de esos dos rios, la poblacion rural que de ella depende está esparcida en una vasta y pintoresca meseta ó llanura extendida en medio de tales corrientes, que se ensancha á medida de su mayor proximidad á la serranía oriental.

Toda aquella meseta, que tiene una altura média como de veinte metros sobre el nivel de los rios, está accidentada por numerosas

colinas achatadas y de suaves contornos, multitud de arroyos y quebradas que corren á cortas distancias, casi paralelas, á la sombra de lozanas arboledas, y un enjambre de casas campestres, cortijos, huertas,

plantaciones, pequeños prados y rebaños, que dan á todo el paisaje un aspecto de alegría y animacion tan variado como pintoresco.

Dondequiera se ven matices diferentes de verdura, segun el contraste desordenado de los árboles frutales, las plantaciones de plátanos y caña dulce, de maiz y arroz, de algodon y otros arbustos útiles: dondequiera la animacion de las vacas y cabras y sus pequeños corrales, de los cerdos y gallinas y toda la bulliciosa chusma animal de las campiñas bien pobladas: dondequiera casitas blanqueadas y pintorescas, alegres labranzas y trapiches, y pequeños talleres de tejidos de algodon. En suma, una extensa pero quebrada llanura, engalanada por la naturaleza, enriquecida por la industria popular y alegrada con la sempiterna música de las aves, los arroyos y los rios.

Charalá era ya por los años de 1781 un distrito relativamente rico y feliz, modelo de moralidad y vida sosegada pero activa, en la provincia del Socorro. Sea que esta provincia hubiera tenido la buena suerte de ser poblada por hombres industriosos (algunos catalanes y muchos andaluces avezados al trabajo agrícola inteligente y tenaz), que acertaron á cruzarse con una raza enérgica y de buena índole (la de los Guanes); sea que la pobreza relativa del suelo guantano y el inmenso cúmulo de obstáculos aglomerados allí por la naturaleza, hayan estimulado poderosamente las facultades que destinan al hombre á la creacion, al combate con las fuerzas de la materia y á su propia moralizacion; y que de aquella feliz combinacion de dos razas tan distintas y esta lucha constante y fecunda haya debido provenir, como lo creemos, un carácter independiente, emprendedor, tenaz, hon-

rado y no poco activo; eno es que el pueblo socorrano se ha distinguido por ciertas virtudes que le son características entre las variedades componentes de la poblacion colombiana, á saber: un sentimiento genial de constante aplicacion al trabajo; un amor de decidido á la posesion de la propiedad y la vida de familia; una proverbial formalidad en los negocios, caracterizada tambien con la probidad catalana; y un profundo sentimiento del derecho, que elevándose por el hábito del trabajo y la generalizacion de lo justo, ha tomado los caractéres de un patriotismo tan sesudo como indomable.

Charalá no era, por los años de 1770 á 80, ménos socorrana que las demas poblaciones de la provincia-modelo de nuestro viejo vireinato. Allí la propiedad territorial estaba muy dividida, y pocos vecinos habia que no tuviesen algun palmo de terreno que cultivar ó algo en qué ejercitar su conocida actividad industrial. El que no era labrador, tenia en su casa un telar de mantas, lienzos, ruanas, hamacas, sobrecamas ú otros objetos, ó un torno para torcer hilo de algodón; y muchos tenian en sus cortijos juntamente el sedentario telar y la fatigante pero benéfica labranza. No habia en Charalá mendigos, ladrones, ociosos ni muchos pependiceros; bien que en aquellos pueblos era profunda la distincion de clases sociales, y hacian sonar mucho sus campanillas los hombres de raza española pura, que se llamaban *hidalgos, principales ó nobles*.

Era en Charalá tenido por sobrado escandaloso y mal vecino, quienquiera que por costumbre se embriagase ó anduviese ocioso; quien viviese en malas relaciones (lo que allí era desconocido), ó fuese hombre de floja palabra y poca fe; quien no pagase con puntualidad el diezmo y la primicia, ni concurriese á la celebracion de las fiestas religiosas; quien no viviese con el sosiego marital y el buen andar de gente laboriosa, parca y económica. Cada familia se bastaba á sí misma con su trabajo, procurándose de suyo casi todo lo que habia menester para el sustento y el vestir; y en rigor el tráfico de los Charaláes ó Charaleños, relativamente activo, no tenia importancia sino en relacion con los pueblos de

otras provincias, consumidores de tejidos de algodón, dulces diversos, arroz y otros comestibles.

Las costumbres andaluzas habian sido trasplantadas á Charalá, como á toda la provincia del Socorro, con general fidelidad. Así los Charaláes, labradores infatigables y entendidos, hábiles tejedores, muleteros insignes y amigos de arboledas, corrientes de agua y casas pintorescas, eran tambien gente dada á las corridas de toros, los fandangos de bandola y pandero, las romerías y fiestas religiosas, las canciones populares en redondillas, seguidillas y romances, y todo lo que hiciera de la vida un compuesto de piedad religiosa, formalidad doméstica, trabajo laborioso, y alegre y popular francachela.

Pero una espesa nube arrojaba su sombra sobre el alegre cuadro de la vida socorrana. Allí no se habia aclimatado en proporciones considerables, cual en los valles del Cauca y el Magdalena, la terrible institucion de la esclavitud de los negros; ni las encomiendas fundadas por los conquistadores habian echado tan hondas raíces que las hicieran resistir á los impulsos de la libre raza andaluza y á la lógica igualadora de la division de la propiedad territorial. Pero en cambio, los que en el Socorro se tenian por hidalgos, mostraban acaso más orgullo que en ninguna otra parte, por lo mismo que veian en la actividad industrial del pueblo y en la division del suelo, unos elementos de futura igualdad, de elevacion

de los humildes ó ascencion de los plebeyos á la idea, la reivindicacion y la posesion del derecho. Esta perspectiva de un futuro cambio de situacion social era como una grave provocacion y amenaza para los hidalgos, de las que se vengaban con cierta recrudescencia de altivez, orgullo insultante y desprecio por los plebeyos, bajo cuya denominacion comprendian tanto á los mestizos como á la generalidad de los criollos.

Mas aquel orgullo de *hidalguía* de raza y tradiciones no se contentaba con manifestarse por medio de gestos, palabras y distinciones en las costumbres y los usos sociales. Con el instinto propio de todas las dominaciones que tienden á consolidarse sobre la base de alguna forma de esclavitud, ya que no podian esclavizar á los mestizos blancos,

ni hacer revivir las encomiendas, ni absorber en sus tierras las de los pequeños propietarios, ni poner directamente coto al trabajo emancipador de los plebeyos, los hidalgos habian imaginado servirse del impuesto como de un instrumento expoliador y propio para mantener, á falta de la esclavitud de los cuerpos, la de la riqueza, que á la larga hace venir la de los caracteres y las inteligencias.

De ahí la especie de ferocidad fiscal desplegada por los hidalgos españoles, directamente y por medio de los recaudadores públicos y rematadores de impuestos, acaso con más energía en las provincias del Socorro y Vélez que en las demas de nuestro antiguo vireinato. El impuesto no era en aquellas provincias un elemento de gobierno, sino un instrumento de persecucion y ruina. Con los estancos, las alcabalas, las sisas, las contribuciones y socialiñas públicas de todo linaje, se acribillaba sin piedad á los pueblos; y á la sombra de las socialiñas públicas se establecian y mantenian de hecho mil otras privadas, aun más arbitrarias, ruinosas

y crueles que aquellas que tenian el apoyo directo de la autoridad. Los ricos propietarios, los estancieros y alcabaleros, los diezmeros, los funcionarios públicos de toda clase, formaban con los hidalgos como una inmensa y poderosa gavilla contra el pueblo criollo; y este sufría continuos vejámenes, casi sin atreverse á protestar ni ménos resistir.

Tal era el estado de las cosas en la antigua provincia del Socorro, cuando estalló en 1780 el famoso alzamiento de los *Comuneros*; y tal como lo hemos descrito á grandes trazos, el teatro en que vivió principalmente, como buen vecino, y luego como jefe de rebelion, el inmortal patriota, hijo de Charalá, á quien la pluma de ALDEBARAN pone hoy en escena, sirviéndose de recursos novelescos. Que á lo ménos el lector vea en el trabajo literario que va á continuación, un estímulo para el patriotismo y un justo recuerdo de la virtud y energía de los Socorranos, y de la heroica abnegacion del primer mártir de nuestra libertad é independencia.

JUAN DE LA MINA.





Ελαφοξυλά.



Episodios de la guerra de los Comuneros

CAPÍTULO I.

Una noche en 1782.

Señor! dadme resistencia,
Que á tanto dolor ya falta.

MORATIN - *El Viejo y la Niña.*

En la falda de una suave colina, parte de la gran mole de un cerro, que domina un valle cubierto por un manto de verde grama, embellecido á trechos por algunos ganados, se veía en 1782 la espaciosa casa de habitacion de la hacienda llamada del Piñon, propiedad del rico socorrano don Martin de Alba. La casa, de forma anticuada, era baja, de gruesas tapias y cubierta con paja y teja: ceñíala en contorno por tres lados un ancho corredor, al que abrian las puertas de todas las habitaciones. El corredor, elevado como á una vara sobre el suelo, no tenia puerta para salir de él, sino como dejo dicho, por entre los aposentos interiores, y daba á un prado en que pacian las vacas de leche y los caballos de estimacion de los amos.

Era el 12 de febrero de 1782. El ronco reloj de la sala (mueble raro y casi desconocido en aquellos apartados lugares) dió lenta y solemnemente las once de la noche, y al momento se oyó en la pieza vecina un leve rumor: veamos quién la habitaba. Un grande y grueso velon de sebo adornado con su correspondiente mecha larga y carbonizada, se ocultaba tras un velador de papel, y su escasa luz apénas permitia que se viesen los objetos que poblaban la pieza. En primer lugar, en la pared fronteriza á la puerta que se abria del lado de la sala, colgaba una imágen de la Virgen del Socorro, toscamente pintada; más abajo brillaba un crucifijo de bruñida plata, con su pilita de agua bendita al pie y varias estampas de santos más ó ménos populares; debajo de este altarcillo habia una mesa en la que se encontraban reunidos muchos objetos heterogéneos: un espejo de turbia y yacilante luna campaba enmedio de varios peines, camándulas, libros de devocion, joyas, objetos de costura, &c. A uno y otro lado,



y divididas por la mesa, se veían dos grandes y macisas camas rodeadas de gruesos cortinajes de manta del país ó socorrana: varias arcaes esculpidas reposando sobre sus patas de águila, dos sillas de vaqueta pintadas de colores vivos y doradas, y algunos mullidos tapetes en los que se leían las iniciales de su dueño, completaban el ajuar de aquel aposento. En una de las camas dormía tranquilamente una muchacha de ménos de diez y ocho años, y su blanca y serena frente, frescas mejillas y sonriente fisonomía resaltaban entre la profusion de rizos de larguísimo cabello oscuro que, desprendido, cubría la almohada; los brazos desnudos hasta el codo y cruzados por encima de los cobertores, la daban un aspecto de inocente calma. En contraste, la ocupante de la otra cama parecía presa de una singular inquietud: al oír las once campanadas del reloj se sentó, y con movimientos agitados tiró léjos las cobijas y se bajó de la cama: estaba vestida, pero al intentar arreglar su traje ajado tembló tanto, que le fué preciso sentarse y esperar algunos momentos hasta que se calmaran sus nervios. En seguida se acercó á la puerta, que abría sobre el corredor exterior, torció la llave, quitó las aldamas sin hacer el más leve ruido, lo que probaba que no era la vez primera que ejecutaba aquella operacion, se detuvo durante un segundo delante de la cama de su hermana, y viendo que dormía profundamente, se envolvió en una gran mantilla de paño y salió al corredor, ajustando cuidadosamente, las abras de la puerta.

Una clarísima luna iluminaba el paisaje, y se podía distinguir sin dificultad como á dos cuadras de distancia la zanja divisoria del prado en que estaba la casa, y del inmediato; quedando muy visibles la sombra del puentecillo y la puerta de golpe, en contraste con el brillo de las hojas de los árboles que crecían en la orilla opuesta, blandamente mecidas nor el aura nocturna.

Por emedio de un tenue vapor se percipia el espacioso valle; más léjos, en último termino, los sombríos cerros con golpes de luz en las aristas de sus rasgadas peñas y altos barrancos; en el promedio se veían vagar como puntos blancos, innumerables ganados en las dehesas vecinas.

Antonia (que así se llamaba la desvelada jóven) tomó por la izquierda del corredor y con aire inquieto miró en torno suyo como en busca de alguna cosa: despues de haber recorrido uno y otro corredor volvió al del frente, y situándose de manera que pudiese ver el puentecillo y la vereda que conducía á la casa, se agazapó en el suelo, fijando los ojos en el paisaje, exhaló un angustiado suspiro y se inclinó llorosa.

Así pasó una hora; y si no hubiera sido porque sus grandes y luminosos ojos estaban desmesuradamente abiertos y no dejaban un momento de mirar con desesperante ahinco y fijeza hácia el camino, se hubiera creído que aquella figura no era humana sino una estatua; tan silenciosa é inmóvil permanecía.

En esto sonaron una tras de otra en el reloj de la sala doce campanadas lentas, interrumpiendo el silencio con su prolongada vibracion y causando en Antonia un indefinible sobresalto que la hizo ponerse precipitadamente en pie. Cansada de su posicion se apoyó sobre la baranda y volvió á quedarse inmóvil. La luna en su curso por el azul espacio, habia sido entretanto perseguida y alcanzada por un nubarron oscuro que Antonia habia visto surgir en el horizonte, crecer gradualmente y subir por el opuesto lado del cielo: un viento frio empezó á soplar, y el astro se ocultó, cubriéndose de tinieblas el paisaje. Los árboles que orillaban la zanja se perdieron de vista casi totalmente; pero en ese momento una sombra palpable y negra pasó por el puentecillo con singular ligereza, y le pareció á Antonia que habia tomado y seguía la vereda que





conducía á la casa : las palpitaciones de su corazon aumentaron, y toda sobresaltada é inquieta, se sentía desfallecer de temor y esperanza. Parecióle que la puerta de madera habia sonado; y de improviso los perros encerrados en el corral de la casa rompieron á ladrar con fuerza, trocando luego los ladridos en ahullidos prolongados y lastimosos. Entretanto la sombra ó bulto tomó un aspecto fantástico, cambiando de colores: de blanco en gris, de gris en negro; ya corría ó más bien volaba por la vereda, ya rastrera se deslizaba, ó deteniéndose se volvía, repasando el puente y perdiéndose en lontananza para volver á aparecer más cerca. Temblando, agitada, con los labios entreabiertos, los brazos cruzados para comprimir las locas palpitaciones de su corazon, y en toda su actitud revelando un pavor invencible, Antonia miraba aquello sin comprender lo que sucedía y sin poder apartar la vista de lo que la aterraba. De repente vió presentársele el bulto ya muy cerca de la casa, y un momento despues, sin haberlo visto pasar por el camino, lo vió perderse entre las sombras del otro lado del puente. Reaparecía por instantes para ocultarse de improviso si algun rayo de luna se abria paso hasta el suelo alcanzando á iluminarlo; y luego se reproducía en lo oscuro, no ya como una sola sombra, sino multiplicada y formando legion de sombras, que brotaban por todas partes y con fantásticos movimientos se acercaban á la casa, pero que al llegar muy cerca, de súbito desaparecían ó se dispersaban por el prado, hasta perderse completamente á lo léjos. Confundida y fuera de sí con aquella horrible alucinacion, y temerosa de que la faltase el valor para permanecer allí sola, Antonia se cubrió los ojos con las manos, é hincándose de rodillas exclamó casi en voz alta:

“Virgen del Socorro! ampárame en mi debilidad!”

Permaneció así largo rato exhalando una ferviente súplica á la Virgen su patrona.

Cuando volvió á levantar la cabeza, la luna habia recuperado su imperio en el cielo, triunfando en mucha parte de las nubes que la ocultaban, y en la plenitud de su brillo plácido y sereno, bañaba el suelo con su argentado resplandor y restituía al paisaje y á los cerros su tranquila belleza: prados, árboles y puente aparecieron claramente iluminados.

Nada oscurecía ya la vereda, ni se veía ninguna sombra, ni se oía más ruido que el chillido estridente de algun pájaro nocturno, ó el pacer de los caballos en la dehesa, ó el suave y maternal mugido de las vacas y ganados. La escena habia perdido su apariencia fantástica y espantable, y todos los objetos tomaron su aspecto natural y suavizados contornos.

Poco despues el reloj dió una sola campanada.

“La una! murmuró Antonia, y nadie viene... No hay esperanza ya! Oh, madre mia! añadió, concédeme algun consuelo...”

Al decir esto apretaba los maderos de la baranda con aire angustiado.

Una ráfaga de viento sacudió los árboles á lo léjos y vino á estrellarse contra la casa, haciendo crugir las puertas y ventanas, á tiempo que de todos los puntos del horizonte se levantaron espesas nubes que encapotaron el cielo y cubrieron la luna, impidiendo que su luz siguiese alumbrando la tierra: la oscuridad fué luego casi completa, cubriendo todo el campo; y á medida que se entenebrece, vió Antonia surgir á lo léjos indecisos bultos, uno de los cuales fué tomando consistencia y subiendo por la vereda hasta acercarse velozmente á la casa. Un terror invencible la hizo estremecerse: la pareció oír una voz lejana que llamaba con angustia, y ya casi al pie de la baranda vió al espectro levantar un brazo mutilado y sangriento. Fuera de sí, exhaló un gemido sordo y dió consigo en el suelo, cayendo sin sentido contra la puerta del dormitorio.



16
Cuando recuperó los sentidos se encontró en brazos de su hermana, quien despertando sobresaltada con el ruido que hiciera Antonia al caer, saltó de la cama y corrió á la de ésta; pero no hallándola, y notando que la puerta estaba entreabierta, acudió allí y la encontró desmayada; la tomó en los brazos y con dificultad pudo llevarla adentro hasta recostarla sobre un tapete.

—Antonia, Antonia, la dijo al verla abrir los ojos, qué te ha sucedido? porqué salir fuera á estas horas?

—Martina, contestó ella prorumpiendo en amargo llanto; si supieras....!

—Qué te ha sucedido, por Dios?

—Soy tan desgraciada!

—Tú desgraciada! y una sonrisa de amable incredulidad, entreabrió los labios de la hermana menor.

Pero de repente, en vez de contestar, Antonia se incorporó, y fijando los ojos en la puerta dió un grito de horror y se cubrió la cara con las manos.

—Cállate, callate! exclamó Martina llena de afán, abrazándola; si padre nos oyera!...

—Qué importa!... nada me importa ya, contestó con exaltacion: quisiera la muerte; seria una bendicion del cielo!

Al decir esto la puerta se abrió con estrépito y penetró en el cuarto una ráfaga de viento. Martina se levantó y corrió á cerrarla, pero no ántes de que el aire hubiese arrojado la pantalla sobre la vela apagándola al momento. Cuando á tientas volvió al lado de su hermana la encontró de pie y temblando.

—Qué tienes? preguntó.

—No le viste otra vez?

—A quién?

—A ÉL!... Se paró en la puerta y volvió á mostrarme aquel terrible brazo ensangrentado....

—Sueñas, hijita mia, repuso Martina; y

como tratara de alejarse, Antonia la detuvo asiéndose de ella con fuerza.

—Déjame llamar á una sirvienta para que encienda la vela, dijo aquella.

—No, no te apartes de mí, respondió con terror la pobre niña: no oyes?

—Qué?

—Escucha; ¿no oyes cómo vuela con el viento fuera y me llama con angustia?

—Pero de quién hablas?

—¿De quién si no del amado de mi corazon, de mi prometido esposo, de José Antonio Galan?

—Deliras? Tú no le conoces....

—Que no le conozco! No sabes, pues, que esta noche habia de verle, ó á lo ménos recibir noticias suyas?

—Pobrecita! dijo compadecida Martina, está loca!

—Loca, sí, loca! ojalá.... Escúchame y te hablaré de él; te contaré la causa de mis penas desde que nos separamos tú y yo...

—Tus penas, mi dulce hermana! Deliras, sin duda; sosiégate, cálmate; no me cuentes nada ahora.

Diciendo esto consiguió desvestirla prontamente y acostarla á su lado, con ruegos de que procurara dormir y no pensara en sus locas imaginaciones.

Calló Antonia como si obedeciera, pero rompió á llorar con tales sollozos, que obligaron á Martina á que la preguntase de nuevo qué sufría.

—Permíteme, Martina, le contestó con voz entrecortada, hacerte mi confesion, y despues de oirla comprenderás mejor la causa de mi dolor.

—Pero eso te agitará más.

—No, al contrario; si no me concedes este desahogo se me romperá el corazon. Necesito hablar de él: necesito descargar-me de este secreto que me está matando!

—Habla, pues, mi Antonia; confíamelo todo, si esto ha de calmarte.



Pero ántes de proseguir, es preciso, que hagamos una breve reseña de la situacion en que se hallaba el Nuevo Reino de Granada por aquella época.



Antonia y Martina



CAPITULO II.

Que los sucesos de 1781 fueron el preludio de los de 1810.

Una revolución es la larva de una civilización.—Victor Hugo.

Algunos meses ántes del comienzo de nuestra narracion, la Colonia se encontraba recargada de impuestos sumamente onerosos, y más que injustos, crueles. España pedía y necesitaba dinero, y era preciso enviárselo á toda costa; además los ingleses amenazaban á Cartagena, y el virey Flóres, que estaba en aquella plaza, pedía incesantemente fondos al interior, con una premura tal que el gobierno tuvo que apelar á todos los medios para enviarle cuanto necesitaba, y cada día inventaba nuevos impuestos y revivía otros que ya no se cobraban.

Cuando se publicaron las instrucciones

en que se ordenaba á los empleados subalternos la manera de cobrar las nuevas contribuciones, un grito unánime de popular indignación se oyó en todo el país. Esto, sin embargo, no alteró al visitador Piñérez (que gobernaba como regente en ausencia del virey), ni sus consejeros y secuaces se tomaron la pena ni se cuidaron de atender á quejas de miserables colonos.

En las provincias del norte, cuyos habitantes han sido siempre laboriosos, de genio altivo, valientes y poco sufridos, no quisieron llevar con paciencia aquella vejación, la que además de significar que se les quería tratar como á esclavos de la metrópoli, les ponía en una situación tan angustiada, que no le veían otro paradero que la ruina de los traficantes, mercaderes y agricultores.

El primer acto de resistencia tuvo lugar





en Simacota el 22 de octubre de 1780; el segundo en Charalá el 17 de diciembre; y el tercero y de consecuencias más graves, en el Socorro, el 16 de marzo de 1781.

Tunja, Giron, Pamplona y los pueblos adyacentes se conmovieron despues, pidiendo, como ellos decian, "una honesta libertad." Ademas de 64 pueblos que se levantaron en las inmediaciones de Santafé, en los confines del Ecuador, en Pasto y Popayan, en las provincias de Neiva, Mariquita, Cartagena, Santamarta, Ocaña y hasta Venezuela, por Pamplona, San Cristóval, Salazar, Mérida y en casi todo el resto del reino, cundió la sublevacion con una rapidez que demostraba cuán dispuestos se hallaban á sacudir su letargo estos pueblos tiranizados.

No viene al caso para la claridad de nuestra narracion seguir paso á paso á los audaces *Comuneros* en su unánime insurreccion. * Los sublevados nombraron jefes en el Socorro á Juan Francisco Berbeo, Antonio José Monsalve, Francisco Rosillo y Salvador Plata; derrotaron en el Puente Real las tropas enviadas contra ellos por el regente, huyendo los realistas aterrados y llevando la consternacion á Santafé, y al saberse aquello el visitador Piñérez se fugó de la capital, llegando á Honda con dos criados apénas, determinado á seguir su viaje hasta la costa si la rebelion tomaba proporciones sérias.

Alentados con esta su primera y más importante victoria, los *Comuneros* fueron engrosando sus filas, y dos meses despues Berbeo llegaba frente á Cipaquirá á la cabeza de cerca de 20,000 hombres.

Como se viese la capital, se puede decir indefensa, habiéndose ausentado de ella el virey y el regente, el arzobispo Caballero

* La junta de moradores de un lugar se llamaba el *comun*; y por ampliacion los sublevados y protectores de los *comunés* fueron llamados *COMUNEROS*.

de Góngora, de acuerdo con la real Audiencia, se trasladó á Cipaquirá con varios vecinos notables de Santafé, y entabló correspondencia con Berbeo, proponiendo á los sublevados un tratado que podria serles más ventajoso, segun les aseguraba, que el continuar una insurreccion á mano armada, que seria al fin vencida, no sin haber derramado para aquello mucha sangre preciosa.

A consecuencia de estos ofrecimientos, el 7 de junio se rennieron en Cipaquirá 200 jefes comuneros capitaneados por Berbeo, y allí en union del arzobispo y de algunos notables, acordaron un tratado en el que, cediendo por su parte muchas de sus exigencias los comisionados del gobierno, obligaron así á los *Comuneros* á que no pretendiesen tampoco á lograr todas las libertades que deseaban. Este tratado fué enviado á la capital y firmado por las autoridades existentes, ratificándolo en todas sus partes. Al dia siguiente se celebró en Cipaquirá una misa solemne, durante la cual unos y otros de los contratantes juraron ante Dios mismo que mantendrian lo pactado hasta con sus vidas. El dia 9 del mismo mes se dispersó la gente armada: Berbeo recibió el empleo de corregidor del Socorro y de San Gil, honor que le concedió la real Audiencia en señal de perdon y olvido de lo pasado, y partió para el Socorro con el arzobispo y otros sacerdotes, los que intentaban acabar de apagar las últimas chispas de rebelion predicando y enseñando el Evangelio, y demostrando las ventajas de la paz y de la sumision al real Gobierno.

Todo parecia, pues, haber tomado un sesgo de reconciliacion, cuando llegó la noticia de que el virey Flóres desaprobaba terminantemente el tratado de Cipaquirá, so pretexto de que no era válido, por cuanto lo habian celebrado y ratificado funcionarios sin facultad para ello, y aun sin libertad, pues procedieron bajo la presion del





miedo que infundía el ejército de Berbeo acampado en las inmediaciones de Cipaquirá. Flóres despachó al momento un refuerzo de 500 hombres al mando del coronel Juan Bernet, para que apoyara el restablecimiento del órden, se castigase á los rebeldes y se llevase á efecto la cobranza de las vejatorias y rechazadas contribuciones.

Habiendo desertado la causa del pueblo los hombres influyentes y principales jefes de la insurreccion, un jóven y entusiasta charaleño tomó á su cargo la segunda rebelion. José Antonio Galan, oriundo del canton de Charalá en la jurisdiccion del Socorro, era gallardo de cuerpo, dotado de extraordinaria energía y de una elocuencia rara, galante como su nombre y, segun lo proclamaban sus mismos enemigos, "hombre de un valor nada comun, de audacia y serenidad de ánimo á toda prueba, que arrostraba los peligros con singular sangre fria, y realzaba estas cualidades con un genio tan franco é insinuante y un decir tan persuasivo, que apenas se presentaba todos los habitantes de los pueblos le seguian y obedecian ciegamente." * Segun las palabras de la real Audiencia, todos los pueblos del norte le adoraban, "prestando fe, sin indagar si podrian ser verdaderas, á cuantas patrañas, fantasías é ilusiones queria él inventar." Además le creian invulnerable, porque habiendo pasado por mil aventuras peligrosas salia de ellas siempre ileso.

Este caudillo sin gente, ni armas, ni títulos, logró, por el solo influjo de su presencia, apoderarse y hacerse dueño de los lugares más inmediatos á la capital; saliendo muchas veces sin compañero y á cara descubierta hasta por enmedio de sus enemigos, á quienes, como á todos los gobernantes, infundia terror.

No habia querido someterse á las

* Defensa de Salvador Placencia al doctor José María

de Berbeo en Cipaquirá, ni aun asistir á las conferencias en que se ajustaron. Con un puñado de hombres pasó por la mitad de la sabana del Funza, y llegando á Facatativá se apoderó de aquel lugar y lo sublevó, con el objeto de interceptar la comunicacion entre Cartagena y Santafé; se hizo dueño de las administraciones públicas, venciendo gallardamente á cuantas tropas se le opusieron, y tomando todas las rentas provenientes de los resguardos de tabacos, aguardientes y naipes, dejó á Facatativá y pasó á Villeta, y en seguida á Guaduas, donde notificó al alcalde corregidor y recaudador de rentas reales, don José de Acosta, que le entregase lo que existiera proveniente de las del Gobierno, á lo que se negó aquel empleado: le aprisionó sin hacerle ningun mal y dispuso de unos cañones que enviaban para Santafé, y racionando su tropa con los dineros del real fisco, marchó sobre Honda en busca del famoso visitador Piñórez, quien al saberlo puso toda diligencia en tomar la fuga rio abajo.

Galan siguió su marcha por Mariquita, Ambalema, Espinal y Purificacion, lugares que ocupó consecutivamente, echando abajo los estancos, dando libertad á los esclavos, y aconsejando la rebelion contra los gobernantes que tiranizaban el Virreinato, pero proclamando al mismo tiempo al rey Carlos III. De Purificacion regresó por Tocaima á la Mesa, y atravesó audazmente la Sabana por las goteras de Santafé hasta sentar campamento en Chiquinquirá; llevándose prisionero á un don José de Arllano que habia sido enviado á prenderle. De todos los pueblos salian á recibirle con mil señales de alegría que demostraban una entusiasta adhesion. Determinó entrar á Santa Rosa con un solo compañero, y dejando su gente en los alrededores se presentó al alcalde, don [?], del Castillo, y le pidió que le entregase [?] del lugar, lo que este ve-



Don S. Plata -

rificó sin resistencia ; y de la misma manera recorrió de triunfador una gran parte del Virreinato hasta llegar á Mogótes, donde estableció su cuartel general.

Allí le dejarémos por ahora para atender á las hijas de don Martin de Alba.



María.



CAPÍTULO III.

La confesion de Antonia.

Oh, amor, que todo lo puedes,
todo lo rindes, todo lo vences!
(F. Pedro Malón de Chaide.)

—Martina, dijo Antonia haciendo un esfuerzo para hablar con calma, no creo que hayas olvidado el día en que por primera vez vimos á Galan en Charalá.

—Hablas del famoso rebelde?

—Sí.

—Recuérdolo perfectamente, pero no con gusto, pues la fama que él tenia de hacerse amar de las mujeres, y de su atrevimiento, no le recomendaba por cierto.

—No digas eso; puedes creer semejantes calumnias de sus enemigos?

—Sí, porque su presencia no desmentia á la fama, á pesar de la gallardía de su porte y verdadera belleza de su fisonomía:

qué mirada tan audaz no fijaba en todas, en aquel paseo á que fuimos invitadas en los días que permanecemos en Charalá! Y ahora que me hablas de él, añadió, recuerdo que durante el paseo, habiéndonos separado tú y yo, me referiste despues que Galan te habia arreglado no sé qué de tu montura que se desprendió, dando cierta importancia á este hecho insignificante, que extrañé entonces y que olvidé despues. Pero me dices que esa fué la primera vez que vimos á Galan, luego volviste á verle? yo, nunca!

—Sí, le volví á ver! Oh! sí, hermana mia: mi vida, mi corazon, mi alma fueron tuyas desde que acercándoseme, respetuosa y hasta humildemente, con el sombrero en la mano, él que infundia terror á los hombres, puso una rodilla en el suelo, y arregló,



como lo habria hecho un sumiso paje, las correas que se habian desprendido de mi sillón. Al levantarse, nuestros ojos se encontraron, y me confundí tanto que apenas con voz trémula pude darle las gracias. Durante el resto del paseo no se apartó de mí, y aunque no me dirigia la palabra ni me atrevia á mirarle, sentia sus ojos fijos en mí. Esa noche, como no lo habrás olvidado, oímos frente á nuestras ventanas armoniosamente sonar una guitarra y despues un ternísimo cantar.

—Es verdad, dijo Martina.

—Mientras tú, al parecer, dormias tranquila, yo pensaba en él, y al oír aquella suave voz, me levanté muy quedo y acercándome á la ventana que estaba mal cerrada, le pude ver: no podia equivocarme. La luna brillaba como esta noche é iluminaba su hermosa figura....

—Dios mio! añadió Antonia, prorumpiendo nuevamente en dolioso llanto y abrazando á su hermana; le vi cuán diferente de esta noche en que se ha manifestado como espectro!

Martina procuró calmarla acariciándola como á un niño, y al cabo de un rato ella siguió hablando.

—Al dia siguiente, dijo, estando en misa reparé que desde un rincon de la iglesia nos miraba, y á la salida procuró pasar cerca de nosotras: traté de hacértele notar, pero tu desdeñosa contestacion me hizo callar. Esa noche y la siguiente volví á oír la música en la calle, y aun se habló de ello en casa, manifestando disgusto mi padre.

—En verdad que nada de eso recuerdo.

—No pusiste cuidado, sin duda porque te era indiferente. La cuarta noche volví á oírle, pero recordando que mi padre habia amenazado castigar al atrevido que venia á rondar su calle, me acerqué á la reja, la entreabrí y dije en voz baja: "Basta, que le pueden oír!"



—Tú, Antonia, te atreviste á hacer esto?

—Confieso que hice mal; pero temia la cólera de mi padre; y por otra parte, este nuevo sentimiento me tenia tan fuera de mí, que al tratarse de él mis ideas se trastornaban y no me acordaba de nadie.

—Y Galan te oyó?

—Al momento; y aunque nada le indicase que era yo quien le hablaba, lo mismo fué sonar mi voz que apegarse él á la ventana y rogarme con ahinco que le oyera.

—Y le oíste?

—Qué hacer, cuando su voz y su ademán.... Ay! no sé lo que fué, pero perdí el poder y la voluntad de retirarme, y si en un principio tuve miedo, á poco rato lo olvidé todo por oírle con encanto.

—Antonia, qué me cuentas!

—Sabes que nunca habia ántes hablado á hombre alguno, salvo á nuestros viejos parientes, cuando por rareza, graves y ceremoniosos, nos visitaban: ademas, habíasenos inculcado la creencia de que los jóvenes eran, sin excepcion, unos perversos que solo trataban de engañar á las incautas que prestaban oídos á sus razones. Pero al escuchar su suave acento y humilde y rendida súplica, no pude resistir á la curiosidad de saber si él seria diferente de los demas.

—Qué locura! exclamó Martina soltando la mano de su hermana para santiguarse; qué locura, Virgen santísima!

—Cuán dulce era su voz, continuó la otra como hablando consigo misma, y cómo brillaban sus ojos aun en la sombra! No sé cómo alcanzó á decirme tanto en tan pocas



palabras. Mi voluntad quedó completamente avasallada; y aunque rehusé volver allí otra noche, no pude cumplir mi propósito, en términos que á la misma hora la noche siguiente nos halló en el mismo sitio. En esos dias quise comunicarte lo que me sucedia; pero temí que tus reconvenciones me obligaran á dejarle de ver, lo que habria sido un sacrificio superior á mis fuerzas.

—Pobre Antonia querida!

—Así trascurrieron ocho dias, ó más bien ocho noches, puesto que yo no vivia ni pensaba sino en la hora en que podia asomarme á la reja. Cuando emprendimos viaje de vuelta para el Socorro, sentí que se me desgarraba el corazon, bien que me consolaba la promesa de que pronto reanudaríamos nuestras entrevistas.

—Ahora comprendo porqué sentias tanto dejar á Charalá, donde no teníamos la más leve distraccion.

—A poco te fuiste para Tunja á pasar algun tiempo con nuestra abuela, y ni aun entónces tuve valor para referirte mi extraña y secreta aventura.

—Y volviste á ver á Galan?

—Sí; algunas veces pude hablarle en el Socorro, de esta manera: affligida de esperarle más de un mes, ya empezaba á perder las esperanzas, cuando una mañana muy temprano, al ir á abrir una de las ventanas de la sala, acertó á pasar él, y la sorpresa de vernos inesperadamente nos inmutó tanto, que permanecimos algunos momentos suspensos: al fin me dijo que hacia tres dias que estaba en la villa, pero que aunque pasaba por la calle á todas horas, no habia logrado verme: le supliqué que se alejara, pues podrian notar que me hablaba; á lo que replicó con aquel aire de imperio y humildad que no permite dejar de hacer su voluntad, que no se moveria de allí hasta que no le declarara con certeza si le amaba y si tenia inconveniente en que le permitie-

se pedir mi mano á mi padre. Yo estaba turbadísima y tan confusa que no acertaba á contestar y callaba; insistia él suplicándome tiernamente que le sacara de dudas, cuando sentí pasos en la pieza vecina, y apenas tuve tiempo para decirle precipitadamente que hiciera lo que quisiese, puesto que yo le amaba.

—Hermana, hermana, interrumpió la Martina, ¿ Esto dijiste á un hombre á quien casi no conocias, y sin contar con la voluntad de nuestros padres?

—Dije lo que sentia....

—Bien; pero estando bajo el dominio paternal, no podemos disponer de nuestro corazon sin el consentimiento de nuestros mayores.... Sobre todo cuando las condiciones no son iguales.

—Así lo creia yo cuando era libre mi albedrío, pero hoy ya pienso de otro modo.

—Pobrecilla! Estas conversaciones con Galan han falseado tu juicio.

Viendo que su hermana callaba, Martina añadió:

—Perdóname si mis palabras han podido herirte; pero tú sabes cuáles son mis creencias, y que no puedo olvidar que la santa religion nos ordena que seamos sumisas á la voluntad de nuestros padres, sea cual fuere. Continúa, te lo suplico; te ofrezco no predicar más, sobre todo con respecto á hechos que no tienen ya remedio.

Antonia continuó:

—Al decirle aquello, añadí que se alejara al punto, pues si mi padre le veia conversando conmigo, no consentiria jamas en nuestra union.

—En vuestra union! En realidad habias perdido el juicio.... ¿ Permitir nuestro padre que te casaras con un hombre casi plebeyo? imposible!

—Es verdad... pero en ese momento estaba tan dominada por mi cariño, que olvidé las preocupaciones de mi familia.





—Pobrecita!... Continúa: y ¿habló con nuestro padre?

—Si... Al día siguiente me refirió la entrevista que había tenido con él: le había despedido con desprecio, insultándole en su amor propio y en su dignidad como hombre honrado. Me propuso que saliera de mi casa, que él con facilidad encontraría á un fraile su amigo que nos casaría; añadiendo que verificada la ceremonia, él no temía ni la ira ni el desprecio de nadie en el mundo. Yo, porsupuesto, le contesté que jamás saldría de mi casa sin el permiso de mis padres; y como él insistiera en su idea, díjele resueltamente que no esperara nunca que yo cometiese un acto como aquel. Él se despidió entónces muy disgustado, y yo me quedé llorando el alma.

—Ah! Antonia, respiro....

—Un año despues le volví á ver. Un día salía á la calle con mi madre, cuando me le encontré en la esquina de casa. Él me miró.... yo temblaba tanto que casi no podía seguir el paso de mi madre. Era preciso pasar á su lado: saludónos con respeto; mi madre le miró airada y no le contestó, riñéndome porque yo, notando su desatencion, le saludé con particular cuidado. Esto sucedia el 15 de marzo, día en que se recibieron de Santafé órdenes apremiantes para que se publicasen sin retraso los acuerdos de la real Audiencia previniendo el cobro de nuevas contribuciones; lo que produjo grande alarma, y en la plaza corrieron rumores preludiando una asonada para el día siguiente. Efectivamente el 16, día de feria ó mercado, se publicó por bando y despues se fijaron los carteles, anunciando la inmediata cobranza de los impuestos llamados de *sisá* y de *barlovento*. El pueblo oyó el bando en silencio, y al concluir estallaron algunos aislados gritos de rebelion. Los comercaderes empezaron á recoger sus efectos y hacerse á un lado para dejar pasar

una multitud de hombres con armas encubiertas, tras de los cuales se aglomeraba el populacho; de manera que en breve tiempo formaron un tumulto de más de mil personas, de cuyo seno salia un rumor vago, sordo y amenazante. El que parecia capitanearlos se acercó á la esquina de casa, y levantando la voz leyó en voz clara y lenta el cartel fijo allí; todos permanecieron callados, pero airados los rostros: de repente una mujer se abrió paso al traves de la gente, y acercándose á la esquina se empujó, y con accion repentina y llena de altivez y desembarazo, arrancó y despedazó el cartel, y tirando los pedazos al aire:

“Viva el rey! gritó, mueran los tiranos que nos esclavizan!”

Al ver aquello mi padre, que estaba con nosotras en la ventana, se puso pálido de rabia é indignacion, y empuñando la espada iba á precipitarse fuera, cuando se oyó un grandísimo rumor, predominando altos gritos y vivas repetidos; lo que provenia de una numerosa cabalgata que victoreando al rey y á la libertad ocupó la plaza: estremecíme al notar que el primero de todos y el más entusiasta era Galan.

—Galan! exclamó Martina; le viste haciendo el papel de rebelde tambien! Presumo que si no se desvaneció, disminuyó mucho tu cariño por ese revoltoso?

—Al contrario: le veía en el peligro, gallardo, valiente, centelleándole los ojos y conmoviendo á la muchedumbre con su ademan altivo y enérgico: esto no era para amarle ménos.

—Continúa, dijo dolorosamente Martina.

—Bien: el Alcalde subió al balcon de la casa consistorial é intentó arengar á la muchedumbre amenazándola; pero no le hicieron caso, y asustado con los gritos hubo de ocultarse. Los atumultuados pedian la revocacion de los impuestos de *sisá* y *barlovento*, y todo aquel día y la siguiente





noche estuvimos oyendo rumores y gritos. No solamente clamoreaban, sino que acomodando sus protestas y palabras sediciosas á los cantares populares, las entonaron delante de las casas de los adictos al gobierno, repitiendo sin cesar y á todo grito, este improvisado cuarteto que no he podido olvidar:

Y pues ha de ser blason eterno,
Viva el Socorro, y muera el mal Gobierno!
Viva el Socorro, viva el reino eterno,
Si al Socorro, socorro le prestare!

Al amanecer todo parecia haberse calmado y nos atrevimos á ir á misa mi madre y yo. Al salir de ella vi á Galan, quien aprovechando el agrupamiento que se formó en la puerta de la iglesia, y sin ser oído de las demas personas, me dijo al pasar que procurara estar á cierta hora en la ventana, pues necesitaba absolutamente hablarme.

—¿Pero no lo harías, no es verdad?

—Dije que haria lo posible, aunque creí que tendria dificultades insuperables; ¿pero qué ni quién puede detener á la que ama? Como las plantas buscan el sol, así buscaba yo á Galan!

—Antonia, Antonia, no hables así! te desconozco enteramente.

Sin contestar á su hermana, la otra prosiguió:

—Al siguiente dia á las cuatro de la mañana abria yo con mil precauciones la ventana de la sala: él me esperaba ya. Me refirió con turbada voz y ternísimas expresiones que con dificultad habria logrado vivir sin verme tanto tiempo; que habia hecho, lo confesaba, mil esfuerzos para vencer su amor; que habia puesto todos los medios para olvidarme, procurando aun amar á otra.... Al oír aquello no pude ménos de dejar correr mis lágrimas, arrancando de la suya mi mano. Galan permaneció algunos momentos callado.

—Dios mio! exclamó de repente.... es

decir, Antonia mia, que todavía me amas?

—Ingrato, le contesté, y me lo preguntas!

—No llores, vida mia, lumbre de mis ojos, alma de mi alma! me dijo entónces estrechándome las manos; no llores, que me partes el corazon! Oh! tu padre ha sido muy cruel; delante de Dios tendrá que contestar á los cargos que le podemos hacer.... La desgracia de dos séres como nosotros se debe de pagar en la otra vida... Oh! pero nuestra santa insurreccion vencerá, no lo dudes; y cuando nuestra voz se haga fuerte y obliguemos á los tiranos á que nos ataquen; cuando cubierto de gloria y de honores regrese yo aquí.... tu padre comprenderá que hizo mal en despreciarme.

De esta manera me habló largo tiempo, explicándome la causa justa de la sublevacion, y obligándome con su elocuencia á tomar interes en su noble causa; en términos que cuando el sol asomó en el horizonte ya no me encontré llorando, y no era Galan quien consolaba sino yo, que procuraba darle valor para que se alejase, pues comenzaban á verse algunas gentes en las calles.

El 30 de marzo el pueblo volvió á amotinarse; se apoderaron del estanco de tabacos, y despedazaron los mostradores y balanzas. Uno de los subievados entró á la plaza con un puñal desenvainado en la mano y un saco de tabaco en el hombro, gritando: "Viva el tabaco!"

"No seamos más esclavos miserables!" añadian otros.

"Sacudámonos en las Indias, ó no tendremos jamas libertad!" gritaba la multitud.

La misma muger que habia arrancado el cartel el 16, desprendió el escudo de las armas reales, lo arrojó contra el empedrado y lo pisoteó, mientras los espectadores cantaban:

"Una sola mujer tiene alcanzado
Que del Socorro te mires ya privado!"





Eran tales la bulla y el motin, que el alcalde para poner paz, acudió al cura pidiéndole que ejerciera su influencia sobre la multitud: salió éste revestido y bajo el palio, con el Sacramento de la Eucaristía en las manos: el pueblo se inclinó reverente, besó el suelo y por algunas horas se aplacó la tempestad. Sin embargo, á la noche determinaron y lograron apoderarse de la correspondencia que venia de la capital, siendo infructuosos los esfuerzos de los guardas que trataron de defender el correo y tuvieron que huir. Entónces tornó el cura á presentarse como lo habia hecho por la mañana, pero no tuvo el mismo éxito: exasperados los amotinados con la amenaza que el Alcalde les habia hecho, no quisieron atender al cura, quien hubo de abandonar el campo y refugiarse en la iglesia. Con todo esto al dia siguiente cada cual volvió á sus labores, y la villa permaneció en calma hasta el 8 de abril, en que habiéndose publicado nuevamente la orden de la cobranza de impuestos, el pueblo se mostró más y más rebelde; pero para entónces el alcalde habia tenido tiempo de preparar algunos hombres armados, los que uniéndose á varios vecinos, se situaron en la plaza y ofrecieron matar al primero que volviera á alborotar. Como los amotinados no tenian modo de defenderse tuvieron que retirarse, contentándose con fijar pasquines en las puertas de los vecinos notables, tachados de enemigos del pueblo. Recuerdo que uno de esos papeles decia poco más ó ménos:

“Hemos determinado en nombre de nuestra Señora del Tránsito y de todas las imágenes de este santo templo, que á las diez del día de hoy nos entreguen las puertas del aguardiente francas y manifiesten los tabacos para quemarlos: de lo contrario se acaba este lugar y las Indias volarán!” Mas nada pudieron hacer en esos

dias, sino gritar, rechazando los consejos de los frailes y del cura que salieron á amonestarles.

—¿Y tienes valor, Antonia, de amar á uno de esos rebeldes sacrílegos?

—Galan no tomó parte en estos bajos motines; despues de ayudar á dar el primer grito de la insurreccion, se ocupaba en organizar una vasta conspiracion que debia cubrir el virreinato como una red. Estos tumultos del populacho semejan á la espuma que se levanta en una vasija que empieza á hervir: Galan atizaba el fuego, sin cuidarse de la vil espuma que se agitaba cual síntoma infalible de un verdadera revolucion.

—Qué letrada te muestras!

—Yo no hago sino repetir las palabras que me escribió Galan en una carta que me envié, nunca supe cómo, pidiéndome la última entrevista ántes de partir para Vélez. Debíamos retirarnos tambien nosotras á la hacienda del Piñon en esos dias, pues mi madre no podia acomodarse con los alborotos frecuentes que acaecian en el Socorro, y deseaba salir de la villa. Así fué que el 9 de abril á la madrugada nos vimos por la última vez! Le hablé llena de esperanza, sin presentir que aquella era nuestra eterna despedida: me pidió permiso para escribirme, suplicándome que yo tambien le diese noticias mias, con promesa de enviarme sus cartas entre la correspondencia que sostendria con varios jefes de la conspiracion que permanecian en el Socorro; y agregó, despues de haberme preguntado cómo era la casa de la hacienda, que todos los lúnes, entre las 11 y las 12 de la noche, esperara, en el corredor exterior, á un emisario de la valiente **Cárdena**, la heroína de los primeros motines, á quien los conjurados entregarían las cartas para mí. Acedí á cuanto quiso, sin atreverme á confesarle que no podria contestarle, pues que apenas



(1) Segun documentos recientes, se llamaba M^{ra} Antonia Navarros.



sabía leer y jamas habian pensado en enseñarme á escribir. Propúseme aprender, y recordarás lo pronto que lo alcancé; de suerte que á poco de haber empezado, ya pude enviarte una carta escrita por mí misma.

—Es cierto que eso me maravilló; extrañé entónces un ardiente amor á las letras que no te conocía.

—Sí, hermana querida; me dediqué con ahínco á este estudio, único que podia consolarme en mis penas y aprensiones, puesto que me serviría para no ser olvidada en la ausencia. Aunque mis padres no querían que mi tío, fray Andres, me enseñara, porque decían que una niña bien nacida no debería saber escribir, puse tanto empeño en ello, que al fin me permitieron recibir algunas lecciones, mientras el tío permaneció en la hacienda, que no fueron muchos días. Fray Andres se admiraba al ver mis rápidos progresos, porque no podia adivinar que pasaba las noches en vela ejercitándome la mano.

El primer lunes que salí al corredor, como se había convenido, no vi á nadie; y pasé despues una semana llena de angustia, teniendo por único solaz oír hablar de los Comuneros con odio y desprecio en el círculo de la familia. Como yo callase, muchas veces veía que mi padre fijaba los ojos en mí de un modo que me helaba y me hacia temblar, imaginando que leía mi pensamiento más oculto.

—Es decir, interrumpió Martina, que no presenciaste el segundo y más grave levantamiento del Socorro?

—No: ya estábamos en la hacienda; pero supe cómo había sido por las noticias que llevaban á mi padre. La insurreccion, ya seriamente organizada, tomó proporciones verdaderamente temibles para el gobierno.

Se presentaron como seis mil hombres y se apoderaron resueltamente de las oficinas públicas, y nombrando jefes empezó el gobierno del pueblo á expedir órdenes y levantar tropas para con ellas seguir hasta Santafé, uniéndose en el camino á las fuerzas que habían sido organizadas en otros pueblos.

Antonia llamó por algunos momentos.

—; Y al fin tuviste cartas de Galan? preguntó Martina que empezaba á tomar intereses en la relacion de su hermana.

—Sí; al siguiente lunes, con una esquelita que había logrado escribir, salí al corredor, poco despues de haber oído dar las once: pasado un momento ví acercarse un bulto, al que aguardé temblando, y que al tocar la baranda dijo, en voz baja: “Charalá,” seña convenida, cuya contraseña era: “Marzo,” la que pronuncié al punto. Recibí un pliego en cambio de mi esquelita, desapareciendo cual fantasma el mensajero entre las sombras de la noche. Oh! si pudieras leer, Martina, sus cartas! Todas ellas respiran sentimientos nobles, entusiasmo patriótico, amor, ternura. . . . Si las leyeras comprenderías fácilmente porqué le amé tanto!

—Cuando así ha podido avasallar tu voluntad, no dudo ya de su elocuencia.

—Trascurrieron algunos meses, y aunque viajaba con su expedicion recorriendo parte de la provincia de Mariquita, jamas se pasaron tres semanas sin recibir noticia suya. Al fin llegó á mis manos una carta fechada en Mogótes á fines de ^{agosto} ~~setiembre~~, en la que me anunciaba que el próximo ^{en} ~~lunes~~ ^{mes} iría en persona y tendría el gozo de hablarme largamente. Para entónces había comenzado





El Magdalena desde Purificación.

la estación de lluvias, que fueron copiosísimas en los primeros días de octubre: los pasé llena de temores y sobresaltos, oyendo la medrosa voz de los truenos en el cielo y el estrepitoso caer de la lluvia monótona y continua. La víspera del día en que debía ver á Galan, mi padre recibió noticias que me llenaron de alegría: á instancias del arzobispo Caballero se habia publicado un indulto y amnistía general para todos los comprometidos en la insurreccion, si inmediatamente deponian las armas y se retiraban pacíficamente á sus hogares, despues de declarar que les pesaba su crimen de desacato á la autoridad del rey. Me proponia gastar toda mi elocuencia con Galan para suplicarle que depusiera las armas y se acogiese á la amnistía, puesto que la causa de los Comuneros no podria triunfar ya, habiendo sido abandonada por todos los jefes, ni quedando en armas sino la pequeña tropa que él comandaba. Le conocia lo suficiente para estar segura de que no se humillaria hasta pedir perdon por aquello que el creyó bueno; pero cómo no aprovecharse de las circunstancias y aceptar la amnistía, ó en último caso huir cuando aún habia modo de hacerlo? Pasé aquel día presa de una horrible agitacion, hasta cerrar la noche tan deseada: rezamos como de costumbre, es decir, aparenté que oraba, pues solo pensaba en escuchar cualquier ruido de fuera, y maquinalmente respondia sin saber qué. Al fin se retiraron todos: permanecí en pie temblando en mi cuarto: óí dar las 10, las diez y média, y al golpe de las once abrí la puerta que da al corredor.

Al llegar aquí la narracion de Antonia, golpearon fuertemente en la puerta del cuarto de las muchachas: era Doña Francisca

su madre, que las llamaba para que se levantasen á asistir al rezo de la mañana, que se hacia reunida toda la familia en la sala principal.

Hacia algunos momentos que Martina veía por las rendijas de la puerta los primeros albores de la aurora, y el solemne reloj habia dado las cinco; mas de tal manera la interesaba la relacion de su hermana, que no habia querido interrumpirla para levantarse, aunque en la casa nadie dormia despues de aquella hora.

Pero al oír la voz de Doña Francisca fué preciso levantarse al punto, no obstante que Antonia no podia ocultar su tristeza, y en aquel tiempo no se usaban las jaquecas, que la habrian autorizado para permanecer en cama; por lo que la fué preciso mostrarse serena en el salon, donde se las aguardaba para ofrecer el día. En seguida ámbas niñas tuvieron que desempeñar sus quehaceres diarios con toda puntualidad, segun los usos y costumbres de la época, en que los hijos se sometian á las órdenes de sus padres con humildad y jamas pensaban en dejar de cumplirlas: así, rodeadas de sirvientas y esclavas, las hijas de don Martin tenian que presenciar todos los oficios de la casa sin faltar á ninguno. Cuando llegó la noche, y despues de las oraciones Antonia casi exánime buscó su lecho, Martina la fué á acompañar, deseosa de consolarla cuanto le fuera posible, y al mismo tiempo oír el fin de su narracion.

Pero como Antonia ignoraba tanto la vida anterior de Galan, así como los hechos y circunstancias acaecidos en aquellos días, tomaremos la palabra durante algunas páginas, reanudando despues la conversacion de las dos hermanas.



CAPITULO IV.

Quién era Galan.

El amor y el entusiasmo son dos aceites perfumados de la lámpara de la vida.
LAMARTINE.

Es preciso que digamos algo más acerca de nuestro héroe, el que, si en verdad no era el hombre perfecto que veía Antonia al través del bello prisma de su amor, no era ménos un personaje de nobles instintos y digno de una época, una escena y una suerte mejores que las que le tocaron.

Galan pertenecía á una familia semi-plebeya, aunque acomodada, y si no era hidalgo por el nacimiento, lo era en su porte y modo de vivir. Generoso, compasivo y hospitalario, amante del pueblo, defensor del desvalido en todo caso, naturalmente egercia una grande influencia entre el pueblo del lugar de su nacimiento, y aún sobre las poblaciones circunvecinas, siendo en realidad la persona á quien buscaban y atendian cuando habia alguna disputa entre los charaleños. Sus actos eran siempre tan enérgicos y audaces, y demostraba tanta altivez cuando algun hidalgo se le encaraba,

que éstos le consideraban, con razon, enemigo declarado del partido noble español. "Amigo de sus amigos," les defendía sin titubear, y hacia respetar los derechos que con tanta pena habian podido, poco á poco, arrancar al gobierno español en el trascurso de muchos años. Emprendedor y amante del progreso, su bolsa estaba siempre á la disposicion de las empresas que mejoraran su villa natal: entre otros recuerdos que se conservan todavía de Galan en Charalá, se ve un puente de arco sobre una quebrada que atraviesa el lugar, y que lleva su nombre, porque él tomó empeño en que se construyera y cooperó á ello con sus recursos.

Ademas de ser muy religioso, por lo que á menudo hacia lujosas fiestas á los Santos, particularmente á San José, era amante de las diversiones populares y galante y decididor con las mujeres, á las que conquistaba sin esfuerzo, pues ellas son siempre adictas al hombre que las domina con dulzura. No habia en los alrededores fiesta de Iglesia, corridas de toros, matrimonios ni bautismos en que no se encontrara á José Antonio Ga-



lan. Dondequiera era el jefe nato, y alegre y bullicioso contribuía con su bolsa y su persona en toda diversion.

Valiente y altivo, independiente y poco sufrido, le respetaban por dondequiera que aparecía; pero se manifestaba humilde y sumiso ante la voluntad de su padre, como un niño. En aquel entonces los matrimonios se hacían no tanto por los contrayentes cuanto por las familias; y los padres eran los que generalmente les buscaban novias á sus hijos, sin que ellos se descontentaran con aquel sistema. A pesar de su posición é independencia, de su seducción é influencia, Galan accedió con gusto al deseo de su anciano padre, quien le había arreglado enlace con cierta niña perteneciente á una familia de Charalá. La muchacha era hacendosa, recogida, amable y bonita, y aunque Galan no la amaba, la estimaba lo suficiente para darle su nombre sin disgusto.

Bien que nuestro héroe no tenía empeño en variar de posición ni de estado, habiendo llegado á los 25 años, creyó conveniente vivir nueva vida; y así fijaron para breve plazo el día en que hubiera de verificarse el matrimonio.

Se ocupaba activamente en arreglar su casa para recibir á su novia, preparándola cuanto él creía pudiera complacerla, y dando pábulo en aquella circunstancia á sus instintos galantes y afectuosos, cuando un incidente casual cambió su suerte tranquila y monótona en una de tristezas y zozobras.

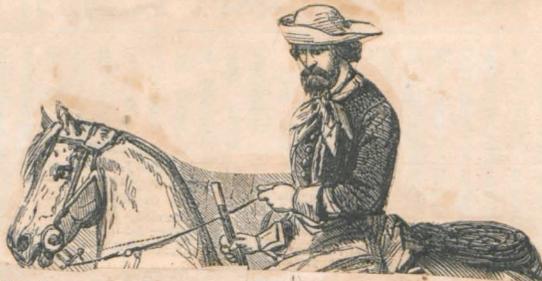
Invitáronle varios amigos á un paseo que daban en honor de un hombre importante del Socorro, don Martín de Alba, y él, no sin alguna repugnancia, contribuyó á ello; pero aquel paseo decidió de su vida y la de la desgraciada Antonia, como arriba hemos visto.

Enseñado Galan á tratar tan solo á las modestas é ignorantes niñas de su comarca, vulgares naturalmente y poco pulidas, la vis-

ta de las aristocráticas hijas de don Martín le hizo una grande impresión, fijándose particularmente en Antonia, cuya belleza poética y modales cultos fueron para él una verdadera revelación de lo que podía ser el amor, pero un amor ideal como él no había sentido hasta entonces.

Atónito, embelesado, embriagado y completamente turbado con aquel nuevo sentimiento, perdió su natural audacia, y seguía en pos de Antonia con aire tímido y respetuoso, buscando, sin poderlo hallar, un motivo para acercarse á ella, oír su voz y contemplarla de cerca. Un pequeño desarreglo en la montura de ella le dió ocasión para acercarse y servirla, y al trasluz de aquellos lindos ojos, soñó con un cielo nuevo para él. Cuando ya tantos se han ocupado del amor, es inútil que procuremos de nuevo hacer una descripción de los estragos que este sentimiento hizo en un corazón ardiente, entusiasta y nuevo en realidad, como lo era el de Galan. El lector que haya experimentado semejante mal lo comprenderá fácilmente, y el que no lo comprenda, creyéndolo exageración de los poetas, seguirá en su incredulidad; así bástenos decir que Galan, al tornar á su casa aquella noche, iba meditando y muy conmovido. No pudiendo dormir ni ocuparse de otro pensamiento, al ir promediada la noche salió á rondar la casa de su nuevo ídolo, y exaló su pasión en un sentido canto. La canción no era nueva para él, pues la había cantado á menudo; pero hasta esa vez se hizo cargo de la significación de sus coplas.

Ya hemos visto cómo logró al fin hablar con Antonia y hacerla partícipe de su amor. Y de tal manera le esclavizó aquel sentimiento, necesariamente tempestuoso y violento en una naturaleza como la suya, que olvidó sus compromisos y abandonó á sus amigos y diversiones predilectas, así como sus negocios y deberes, por seguir á Antonia



al Socorro. Pero cuando despertó de su loca embriaguez, comprendió que en su posición humilde, puesto que no pertenecía á familia de hidalgos, sino á la clase média, tal vez su alianza sería despreciada por don Martin, hombre orgulloso, de índole recia. ~~é igualmente en falsas preocupaciones sociales.~~ Sin embargo, alentado con su amor y animado por el cariño que le habia manifestado su amada, lo arrojó todo y se presentó en casa de don Martin. Acostumbrado á figurar como jefe en su villa natal, aunque presentia dificultades para hacerse acoger por la familia de Alba de igual á igual, no creyó que su matrimonio con Antonia fuese imposible. Don Martin recibió su visita con extrañeza y cierta altivez, mas al oír la pretension de Galan se enfureció, despidiéndole con descortesía y humillándole con palabras despreciativas. En el carácter de nuestro héroe fué maravilla que hubiera podido contenerse lo suficiente para no aniquilar á aquel hombre que se atrevia á tratarle así; mas recordó que era el padre de Antonia, y salió de su presencia lleno de ira pero en silencio.

Viendo que Antonia no se atrevia á seguirle, abandonando su hogar como él la proponia; exasperado, encolerizado contra los nobles ~~y sus falsas preocupaciones,~~ juró vengarse, y nutrió en su corazón un loco deseo de independizarse, de humillar á aquellos que le habian vejado; uniendo así en su corazón, al concono del amante despedido, el generoso entusiasmo del patriota que veía humillados á sus conciudadanos por los mismos que le habian insultado á él.

Regresó al punto á Charalá, y encontró que todo estaba ya preparado para celebrar su matrimonio. Notó que su novia era bonita y que le amaba mucho, y además queria arrancar de su memoria el recuerdo (dulce en un tiempo, pero horriblemente amargo despues), de Antonia y de su familia; por lo que se propuso á todo trance dedicarse á

hacer la felicidad de aquella tierna niña que jamas comprenderia las tempestades que habian esterilizado su corazón, ofreciéndole una sombra de cariño y un remedo de amor.

Se verificó, pues, el matrimonio, y por algunos meses no desamparó su casa, continuando tranquilo las ocupaciones de la vida, aunque habian perdido ya su interes aquellas cosas en que se fijara en un tiempo. Pero de pronto el horizonte político empezó á turbarse, y llegaron á Charalá rumores de que se preparaba en la capital un sistema de contribuciones que arruinarian irremediabilmente á las provincias industriosas del reino. Galan recibió cartas de hombres notables del Socorro, Tunja, Vélez y otros lugares, en las que le explicaban la situación del país, y apelaban á su influencia en su villa natal para resistir á la ruina que los gobernantes preparaban. Inmediatamente sintió hervir su patriotismo, y el deso de vengar la humillacion que habia sufrido aumentó el interes que tomaba en las desgracias del pueblo. Dejó, pues, á su mujer y un hijo de pocos meses, y partió para el Socorro.

El amor violento y profundo cuanto verdadero que ántes sintiera no se habia borrado de su corazón: por el contrario, cada dia hallaba allí un vacío que jamas podria llenar con otra imágen; pero procuraba ahogar aquel sentimiento, interesándose en los planes que se preparaban para hacer estallar la revolucion.

Cierto dia, sin embargo, se encontró de improviso con Antonia: el corazón le dió un vuelco y revivió; su amor estaba ardiendo aún....

Con un carácter como el suyo, naturalmente no reparó en los medios, ni se detuvo á meditar si su conducta era la de un hombre honrado. Procuró acercarse á la que miraba como la estrella de su vida, hablar



con ella, oír su voz casi olvidada, pero cuyo eco resonaba en el fondo de su alma. Conseguió, como lo hemos visto, tener algunas entrevistas con Antonia.

La primera vez que le habló en la reja, pensó comunicarle su matrimonio; pero al procurar hacerlo, la vió tan afligida solamente con la idea de que hubiese amado á otra, que no se atrevió á desengañarla, ni se encontró con bastante valor para dejarla de ver; la constancia de esta tierna niña que habia continuado amándole á pesar de su ausencia, le conmovió sobre manera, y aumentó el cariño y respeto que le inspiraban sus bellos sentimientos. Enseñado á hacer su gusto, se dejó arrastrar por su constante amor, y quiso dar luz é inspiracion á su carrera, poniendo en ella un elemento

ideal: haciendo de su amor un sentimiento puro, elevado, santo y bello como aquel que se tiene con respecto á los ángeles del cielo; amor sin esperanzas, y por lo mismo unido al de la patria, la independencencia y los sueños poéticos que forman siempre el fondo de toda alma de aventurero ó de héroe. Soñaba con victorias heroicas, aventuras audaces, conquistas llenas de gloria, y deseaba en los campamentos, en los peligros y riesgos de la guerra á que se preparaba, recibir noticias y tener el consuelo de saber que Antonia le acompañaba con el espíritu y velaba desde léjos con sus oraciones sobre su suerte. Él consideró siempre que las súplicas de aquella alma tan pura no podian pasar inapercibidas en el cielo, y que sus sencillas cartas eran como un talisman precioso que le preservaria de todo peligro.



Antonia en la reja.



CAPITULO V. La persecucion.

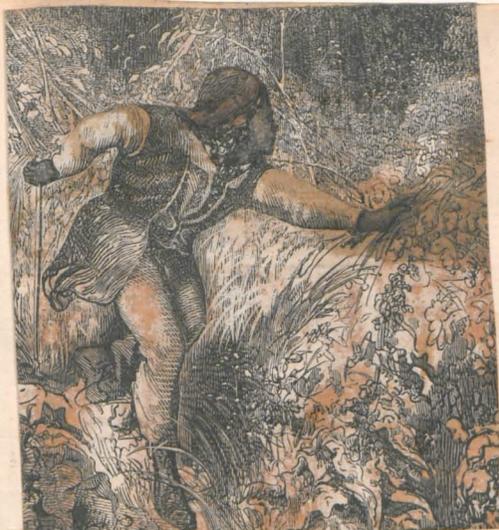
Tempora si fuerint nubila, solus eris.—OVIDIO.
(Si el cielo de tu fortuna se nubla, te verás solo.)

En una triste y oscura, bien que espaciosa pieza de la casa que servia de cuartel general á Galan en Mogótes, se hallaban reunidos como 200 hombres, que eran cuantos componian su ejército; el jefe les habia convocado, y mientras acababa de dar algunas órdenes, sus compañeros habian formado corrillos en los que hablaban en voz baja del indulto expedido por el gobierno, y de lo inútiles que habian sido sus esfuerzos para lograr algun alivio y libertad: las voces de disgusto empezaban á hacerse oír ya con más fuerza, cuando entró Galan con algunos de los jefes subalternos y sus dos hermanos menores.

José Antonio Galan, aun con sus vestidos ajados por las campañas y continuos trabajos, tenia un aspecto noble y tan gallardo, que no se extrañaba la influencia que ejercia en todos cuantos se le acercaban. Sus centellantes ojos negros armonizaban con el perfilado bigote y cabello largo y

ondeado, de color oscuro; aunque de talla vigorosa y cuerpo maciso, sus movimientos eran naturales y elegantes y su andar muy garboso y desembarazado; una mano nervuda pero bien formada, la apoyaba en la empuñadura de la espada, mientras que con el otro brazo rodeaba el cuello de su hermano menor y más amado, Hilario, elegante jóven de 16 años, blanco, delgado, y cuyo aspecto delicado contrastaba con el de los rudos hombres allí reunidos.

“Os he congregado aquí, amigos míos, dijo Galan, para hablaros francamente. Creo que ya no tenemos ninguna esperanza de conquistar la más leve libertad; cada día disminuye más el número de nuestros partidarios, y aun en este mismo pueblo comprendo que desean nuestra partida: además, mi cabeza está á premio y han ofrecido por ella una recompensa que puede provocar á algun codicioso: un jefe así no os conviene ya, y por tanto os notifico que nuestros compromisos están rotos, y que los que quieran acogerse al indulto pueden hacerlo con toda libertad y abandonarme.



—No, no! exclamaron muchos; os acompañaremos hasta la muerte.

—Os doy las gracias por vuestra espontánea adhesión, y añadiré que los que quieran seguirme tienen que decidirse á combatir sin descanso. Yo jamás me rendiré, aunque me ofrezcan mil garantías; no tengo fe en los ofrecimientos de ningún miembro del Gobierno, así como no llegué á creer en el tratado de Cipaquirá. Me defenderé y defenderé los intereses de mi patria hasta el último suspiro: tengo seguridad de sucumbir en esta desigual lucha; pero tarde ó temprano mi voz hará eco en este desgraciado país, y confío en que mi memoria no será completamente estéril!

—Seguiremos su ejemplo! exclamaron todos; y ántes de separarse volvieron á jurarle que nunca le abandonarían.

Apénas se quedó Galan solo con Hilario, llamó á Julian, un mulato su sirviente, que hacia algunos meses no se separaba de él de día ni de noche. Este era un esclavo que él había librado del látigo ó tal vez de la muerte, durante su expedición á la provincia de Mariquita. Allí, habiendo llegado á una hacienda, encontró atado al desgraciado esclavo á quien iban á dar cien azotes por órden de su amo en castigo de un ligero descuido; hízole desatar al momento, y el mulato le suplicó que le permitiese acompañarle y servirle hasta la muerte.

—Julian, le dijo con una triste sonrisa, voy á pedirte la mayor prueba de cariño que me puedes dar y de la que dependen probablemente nuestras vidas. Partirás al

momento para el Socorro, en donde sé que se organiza una fuerza para atacarme; tomarás parte en ella....

—Yo! mi amo....

—Escúchame: te fingirás deseoso de ayudar al Gobierno en tan loable empresa; procurarás captarte en cuanto puedas la confianza de los jefes, manifestando tu conocimiento de estas localidades, como que en realidad las has estudiado en las empresas á que te he mandado; llevarás contigo dos indios de Onzaga de los que te inspiren mayor confianza, y con ellos, para evitar que me sorprendan, me enviarás aviso de los lugares en que se halla el enemigo. Digo indios de Onzaga, porque pienso retirarme hácia ese lado.

—Y quién cuidará de su merced mientras eso?

—Y yo, pues? exclamó Hilario.

—Tú, hijo mio, vas á volverte á Charalá al lado de tus hermanos.

—Jamás! jamás! ¿Me crees cobarde acaso? preguntó Hilario, asiendo la mano de José Antonio. ¿Quieres que te abandone cuando empieza el peligro?

Galan no pudo resistir á las súplicas de Hilario: hubo de permitirle que siguiera con él, y Julian partió afligido, pero lleno de esperanzas en el buen éxito de su empresa.

El día mismo en que llegaba el esclavo al Socorro, encontró que uno de los antiguos jefes y amigos de su amo, que en un tiempo le había colmado de cariños, se preparaba, por granjearse la estimación del Gobierno, á salir en persecución del proscrito. Don Salvador Plata se manifestaba lleno de entusiasmo: había recibido del gobierno real plenos poderes para que sin pararse en medios procurara prender á Galan, "á fuego y sangre, hasta conseguir viva ó muerta la persona del rebelde;" pero en realidad se deseaba apoderarse de él vivo para hacer



un ejemplar sangriento y notable en el virreinato, pues como la revolucion se hubiese sufocado benignamente, esto repugnaba á la real Audiencia y á los gobernantes para quienes sangre, crueldad y justicia eran sinónimos. Don Salvador se habia identificado de lleno con el iracundo espíritu de la Audiencia, y jurado no descansar hasta que no cayese en sus manos su anterior copartidario. Tal era el hombre ante quien se presentó Julian y á quien le fué fácil inspirar confianza, mostrándose exaltado realista y muy deseoso de acompañarle en su empresa.

Lo primero que hizo Plata fué tratar de abrir conferencias secretas con los jefes subalternos del rebelde, proponiéndoles que le entregasen, á trueque de sacar salvas las vidas. Con este objeto se trasladó á una quinta cerca de Mogótes, acompañándole tan sólo tres ó cuatro criados, entre ellos Julian, hecho necesario en calidad de baqueano. Es cierto que entre los compañeros de Galan no se encontró ninguno que le quisiera vender; pero sí hubo muchos que deseosos de lograr las recompensas y ofrecimientos que se les proponian, se rindieron, abandonando secretamente á su jefe.

Aunque Galan no habia tenido una confianza ilimitada en sus compañeros de armas, no dejó de afligirse al notar el 8 de octubre que apenas le rodeaba una docena de adictos; por lo que resolvió salir de Mogótes inmediatamente y retirarse á las cercanías de Onzaga, en donde los cerros escarpados y caminos intransitables hacian casi imposible su captura.

Apénas tuvo noticia Plata que Galan habia salido de Mogótes, hizo avanzar su tropa y se propuso seguirle "no pudiendo (dice en su relacion) contener la inaccion del espíritu de lealtad que le arrebatava."

El 9 de octubre, desde la madrugada en

que emprendieron marcha los realistas, empezó á llover sin cesar, y á poco de haber andado por el camino que se presumia que Galan habia tomado, les fué necesario abandonar los caballos y seguir á pie. Desde la noche anterior Julian despachó el primer indio para dar aviso á su amo del camino que tomaban sus enemigos, y al ver que dejaban los caballos envió el otro, que hacia el papel de peon carguero de provisiones, para decirle á dónde pensaba dirigirse Plata.

Serian las diez del dia cuando, cansados, mojados completamente y hambrientos, hicieron alto en una choza para tomar algun alimento, y entónces descubrieron que uno de los peones cargueros del comestible se habia fugado, lo que obligó á Plata, á pesar de su entusiasmo y su lealtad, á detenerse algunas horas para proporcionar algo que comer á su fatigada tropa.

Cuando se proponian seguir por un camino enteramente opuesto al que debia de haber seguido Galan, trajeron tres prisioneros que un pequeño destacamento avanzado habia cogido en las inmediaciones. Al verles Julian se estremeció: el primero era Hilario, á quien su hermano enviaba en mision secreta con el objeto de librarle del peligro, y los otros eran los indios enviados á Galan. El jóven dijo resueltamente quién era; pero juró que no declararían el lugar en que se hallaba su hermano, aunque les amenazaban con darles tormento: amenaza que oída por los indios espías, les asustó de manera que ofrecieron llevar á Plata al sitio en que Galan acamparia aquella noche. Julian comprendió que su protector era perdido si no le imponia de lo ocurrido, y sin querer oír mas, aprovechándose de la atencion que todos fijaban en los presos, se ocultó detras de una roca, y despues fué deslizándose por entre los árboles hasta desaparecer en el bosque. Apénas se vió libre tomó



una vereda encubierta que ni los mismos indios conocían, con la intención de correr al sitio en que se ocultaba Galán; pero de repente volvió á caer la lluvia con tanta violencia, que la vereda convertida en torrente le imposibilitaba la carrera, teniendo que avanzar con mucha dificultad. Sin embargo, esto no le daba mucho cuidado, pues estaba seguro de que llegaría ántes que la tropa que iba por un camino más largo. Faltábale como tres horas para llegar, según caminaba, al campamento de Galán: el sol empezaba á caer y Julian calculaba llegar ántes de cerrar la noche; de repente se detuvo y se apoyó temblando contra una piedra, absorto al encontrar delante de sí un obstáculo invencible que le impedía seguir, porque un riachuelo que era menester vadear se había convertido en caudaloso río, tan revuelto y rápido que no había que pensar en atravesarlo; mas la desesperación le compelió á meterse en el agua varias veces para tantear la corriente, hallándola siempre invencible. Qué hacer? Esperar á que bajasen las aguas, pues rodearlas hasta las cabeceras sería perder un tiempo tanto más precioso cuanto que la tropa de Plata no hallaría el obstáculo del torrente, porque su camino era otro. Desesperado, casi demente, empezó á subir y bajar por la orilla, buscando en vano algún remanso por donde pasar; trascurriendo así dos horas y desvaneciéndose el día: por fin notó que el torrente menguaba concentrándose hacia la mitad del cauce; y sin más esperar se arrojó y con grandes esfuerzos pudo llegar al otro lado, aturdido y contuso por los golpes que había recibido contra las piedras. Para entonces había cerrado la noche oscurísima, pero el instinto le guiaba y no se desviaba de la vereda, hasta que al llegar á un sitio más abierto, no lejos ya de la choza en que suponía refugiado á Galán, perdió la huella y empezó á caminar á la ventura, cuando

oyó á pocos pasos de distancia un grito repentino de:

—Quién vive!

Al momento se agazapó entre unos espinos y sin atreverse á respirar se estuvo quieto: sospechó, y era cierto, que daba la voz algún centinela de la tropa enemiga, lo que denotaba que Plata había llegado ántes que él al asilo de Galán.

Varios hombres se acercaron al centinela.

—Qué has visto? preguntó uno.

—Juraría, contestó, que un hombre acaba de desembocar por aquel caminito.

—Pero qué se ha hecho?

—No sé: tan pronto como le vi se desvaneció. Sería tal vez ánima del purgatorio, añadió en voz baja y santiguándose.

Otro de los soldados empezó á dar golpes con la culata del fusil sobre los arbustos que ocultaban á Julian.

—Por aquí no hay nada, hombre, dijo al fin.

—Vaya una expedición divertida! exclamó otro. ¿Porqué no cogemos aquellos malditos, puesto que les tenemos rodeados?

—Parece que don Salvador está confiriendo con su compañero don Francisco Rosillo * y otros de los jefes para acordar el modo de capturarles sanos y vivos, lo que tendrá más mérito, según dicen.

—No será eso no más, dijo otro: don Salvador tiene miedo de exponer su precioso pellejo; vaya un cobarde!

—Mientras tanto nos tiene aquí muertos de frío en este desierto, sin haber comido en todo el día.

Notando Julian que habían olvidado el susto del centinela, salió de su escondite con precaución, se orientó, y viendo la sombra de la casita como á una cuadra de distancia, al pie de altas rocas y rodeada de

* Otro de los antiguos Comuneros convertido en realista.





breñas, se arrastró á gatas por lo más oscuro hasta el respaldo de la casa, saltó la cerca y se halló en la puerta interior que estaba entreabierta.

Los Comuneros, rendidos de cansancio, estaban tendidos en el suelo y dormían profundamente, cada cual con sus armas arrimadas á la pared. Todos parecían haber olvidado el inminente peligro en que se hallaban, ménos Galan, que sentado sobre una piedra, y alumbrado por un mezquino candil, procuraba limpiar su fusil humedecido por la lluvia de aquel día.

Julian empujó la puerta, y al oír ruido Galan se puso en pie con el arma en la mano.

—Julian! tú aquí...

El esclavo estaba trabado de terror, y con dificultad pudo articular estas palabras, tirándose á los pies de su amo con desesperacion:

—Mí amo! los indios nos han vendido; estamos rodeados! sálvese, sálvese su merced!

No habia acabado de hablar Julian, cuando la puerta del frente se abrió con estrépito

y se precipitaron en la choza como veinte hombres armados, gritando á un tiempo:

—Ríndanse en nombre del rey!

Los Comuneros saltaron sobre sus armas y las dispararon: los realistas hicieron lo mismo, pero la lluvia los habia humedecido, y apénas dieron fuego tres ó cuatro. Viendo caer muerto á sus pies uno de sus compañeros, Galan furioso se abalanzó machete en mano sobre sus enemigos; pero el arma y el brazo cayeron inertes al suelo: por primera vez se vió herido, y así pudieron derribarle con facilidad y ligándole le capturaron con once compañeros más. Julian y dos ó tres pudieron escaparse y huir al monte: don Salvador Plata se tuvo por muy contento y satisfecho con el resultado de su noble cacería que le aseguraba una gran recompensa.

Al día siguiente Galan entraba al Socorro, adonde le llevaron en triunfo, y permaneció allí algunos días mientras se preparaba una escolta para llevarle á Santafé á ser juzgado.



Antonia y Carreras

Suplicios y martirios.

Qué de miedos, temores, asombros, espantos, tristezas, lágrimas, caídas y reveses de fortuna experimentamos en la tragedia de la vida, que aunque para vivir es muy corta, para padecer es muy larga. (Fray P. Maton de Chalde.)

—Ven, acércate á mí, Martina, dijo Antonia cuando se encontraron solas, y te acabaré de relatar lo que acaeció la noche en que yo debia haber visto á Galan. Cuando salí al corredor, noté que un bulto oscuro me aguardaba junto á la baranda; me acerqué temblando y llena de alegría: era Julian, el protegido y sirviente confidencial de Galan, que otras veces habia enviado.

Al verle exclamé casi en al

—Dónde está tu amo?

—Le cogieron preso.

Me sentí desfallecer.

—Díme por Dios, le han muerto?

—Todavía no: le tienen en la cárcel del Socorro: esta mañana rondaba yo por la plaza, y el amo me vió desde la ventanilla, y como la calle estaba sola me tiró un papel escrito. Lo recogí y para saber qué decia se lo llevé á la Carmen, la amiga de Alcantuz, que tambien está preso, y ella me dió este papel que venia dentro del otro para que se lo trajera á su merced.

—¿Y no habrá esperanza de salvarle?

—Haremos lo posible: me voy mañana para Santafé con la Carmen; pronto llevarán allá á los presos, y como estamos libres procuraremos servirles.

Y al decir esto se alejó, dejándome moribunda. Cuánto lloré aquella noche! no sé cómo no se me secaron las fuentes de las lágrimas para siempre.

|| Maria Antonia

—Y qué cosa era el papel?

—Con mucha dificultad pude leer en un pedazo de papel impreso las siguientes líneas (que aprendí de memoria) escritas con carbon:

“Amada mia: como estoy herido en el brazo derecho, con dificultad puedo escribirte para darte mi último adios. Me resignaria á la muerte ya que no podia pasar mi vida á tu lado, si hubiera visto una vez más esos ojos que no olvido á ninguna hora y que llorarán por mí. Guárdame un recuerdo en lo más íntimo de tu corazon; pero mi más ardiente deseo es que tu vida sea feliz sin olvidar al que tanto te ha amado. Adios para siempre!
J. A. Galan.”

Imposible seria describirte lo que sufrí en las siguientes semanas: me fingia enferma y permanecia en cama para poder ocultar mi horrible desaliento. Cuando se supo en casa la captura de Galan, tuve que oír con serenidad los comentarios que hacian y escuchar la descripcion de los suplicios y torturas que aguardaban á los rebeldes; yo callaba y á veces mi costura se empapaba en lágrimas, que llovian de mis ojos sin poderlas contener, cuando delante de mí se gozaban en referir la manera como fué capturado José Antonio en medio del bosque como bestia montaraz.

—Pobre Antonia, cuánto sufririas sola y sin tener á quien confiar tus penas!

—Oh! sí, me hacias tanta falta!

—¿Porqué no me mandaste llamar? todo lo hubiera dejado para venir á consolarte.

—No me atreví.

—Y volviste á tener noticias directas de Galan?

—Sí; un dia de diciembre estaba sola en la casa del Socorro, y habiendo salido mi madre, me avisaron que una mujer deseaba hablar conmigo: la mandé entrar y sin levantar los ojos del bastidor contesté distraida á su saludo; pero ella cerró la puerta

con aire cauteloso y acercándose me dijo a oído: “Charalá!” Me levanté al punto como movida por una fuerza sobrenatural, y reconocí á *Cármen*, la amiga de Alcantuz, la valiente heroína del 16 de marzo. Viendo que no hablaba, sino que me miraba con aire compasivo, me sobrecogí mucho y la dije con voz trémula.

—¿Viene usted de parte de quién?

—Vengo de Santafé, en donde por casualidad resultó ser parienta mia la mujer del carcelero....

—Hable, por Dios! exclamé viendo que no proseguia; pueden interrumpirnos de repente.

En lugar de contestarme, me entregó un anillo que Galan me habia mostrado una vez, diciéndome que era lo último que le quedaba de su madre y que lo usaria hasta la muerte.

Me estremecí.

—Le han muerto, pues? pregunté.

—No; he venido con el objeto de hablar aquí con los antiguos jefes de los Comunes, ahora amigos fieles del Gobierno, añadió con sonrisa irónica, para tratar y arreglar con ellos un plan que salvaria la vida de los presos. A falta del auxilio de personas influyentes trabajamos en Santafé por hacerles fugarse de la cárcel. Oh! exclamó de repente, daria mi inútil vida de mujer por salvarles!

—Y pudo usted hablar con....?

—Con Galan? Sí; la víspera de venirme pude entrar un momento al calabozo, y él despues de darme algunas instrucciones para su familia en Charalá, me dió el anillo diciéndome: “Antonia debe de ser la heredera de la joya que más aprecio: suplíquele usted que use este anillo como recuerdo de un desgraciado que no puede olvidarla.”



“Al acabar de hablar se la llenaron los ojos de lágrimas y se inclinó para ocultarlas.

—Oh! amiga mia, la dije enternecida, ¿cómo pagaré á usted tantos servicios? No siendo posible manifestarla de otro modo mi gratitud, reciba este abrazo en que pongo toda mi alma!

“Confundimos un momento nuestras lágrimas; pero ella, arrancándose la primera de mis brazos, dijo con tono decidido :

—No; no tengo tiempo para llorar y ser mujer : es preciso poner manos á la obra sin desmayar!

“Me explicó en breves palabras la manera como tenia esperanza de salvarles, la víspera de su ejecucion, miéntras que estuvieran en capilla.

“La sentencia debia pronunciarse á fines de enero, segun todas las probabilidades, y para entónces habria logrado madurar sus planes.

—¿No le manda usted algun recuerdo? me preguntó al tiempo de despedirse.

“Me quité al momento un escapulario de Nuestra Señora de las Mercedes, que dias ántes me habian regalado las monjas de la villa de Leiva, y se lo entregué para que lo llevara á Galan en mi nombre.

“El dia ántes de regresar Cármen á Santafé pude hablar con ella cuatro palabras. Nada habia conseguido con los antiguos Comuneros, que solo aspiraban á permanecer en la sombra, deseosos de que no se acordasen de ellos, y temerosos de que si hablaban en favor de los rebeldes, sus enemigos se aprovecharan de aquello para

acusarles de nuevo. Cármen ofreció mandarme aviso al momento que salvara los presos. “No dudo, añadió, que si pudiese fugarse Galan, vendria en persona y arrojando todo peligro á dar á usted la noticia.” Debia esperarle en los primeros dias de febrero, puesto que la sentencia no seria notificada á los reos sino hasta fin de enero.

Un torrente de lágrimas ahogó la voz de Antonia en aquel momento, y cuando logró serenarse continuó así :

—Hace doce dias, hermana, que todas las noches he salido á aguardar la noticia deseada!

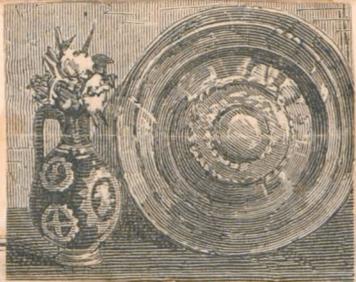
“Cada noche que ha pasado he sentido desvanecerse una esperanza en el corazon... Dios mio! Dios mio! no tengo ya duda de que me le han asesinado : nunca le volveré á ver, oh! jamas!

Aquella noche tambien la pasaron en vela Antonia y Martina, y cuando salió el sol las encontró aún abrazadas y llorando.

Algunos dias despues don Martin de Alba ordenaba á su familia que se dispusiese para regresar al Socorro, pues con motivo de la completa pacificacion del virreinato se preparaban fiestas solemnes en aquella villa, y él deseaba que concurriera á ellas su familia, en demostracion de fidelidad al rey y á sus ministros.

La mañana fijada para marchar, los esclavos enjaezaron tres poderosas mulas con ricos sillones enchapados de plata, y sus correspondientes frenos y cabezadas con adornos del mismo metal : despues prepararon con singular cuidado una lujosa silla de forma rara que llamaban polonera, y cuando ando con ella un brioso potro criado en las haciendas del amo, avisaron á la familia que era tiempo de partir. La noche anterior las señoras de la casa, con sus sirvientas, habian guardado cuidadosamente el rico servicio de plata y los demas trastos del uso diario, y las mulas que las llevaban ha-





bían salido desde muy temprano con el mayordomo y otros criados de confianza. En aquel tiempo una familia de buena condicion no ponía sobre su mesa sino servicio de plata, conforme vestían sólo telas de brocado ó de pesada lana. La comodidad no era conocida, prevaleciendo entre los ricos el aparato y la *decencia*, como ellos decían, por ser la ostentacion lo único que importaba.

El viaje fué en extremo lúgubre al par que solemne. Doña Francisca, tipo de la matrona de gusto español, sólo se afanaba por tres cosas: obedecer á su marido en cuanto la mandase, sin ocurrírsele tener opinion propia; hacer reinar el órden en su casa, cuidando de la familia y sirvientas hasta en el más insignificante pormenor; y por último, rezar el resto del dia, obligando á los demás á que cumpliesen sus obligaciones religiosas. Absorta en estas preocupaciones, Doña Francisca callaba, y seguía muy grave y tiesa en su sillón la huella que dejaba en el camino el petro que montaba su esposo.

Don Martin, ocupado con los movimientos no muy suaves de su caballo, no se dignaba dirigir la palabra á su familia, sino para advertirles por donde debían guiar sus cabalgaduras.

Antonia, presa de un completo desaliento, se inclinaba sobre su sillón y apénas contestaba maquinalmente á las palabras con que Martina procuraba distraerla de sus pensamientos; y ni una ni otra se cuidaban de admirar el bello paisaje á cuyo través pasaban, casi sin levantar los ojos del suelo.

Al cabo de algunas horas de marcha la caravana llegó á la villa del Socorro, al dar las doce en el convento de Capuchinos; llegaron á la esquina de la plaza, donde les fué preciso detenerse algunos momentos, porque siendo día de mercado la gente la

llenaba casi toda, agolpada particularmente en torno de un alto poste á cuyo extremo se veía un objeto extraño que no podía distinguirse claramente. Doña Francisca preguntó qué era aquello á una mujer que con los ojos arrasados en lágrimas miraba con horror el objeto clavado al palo.

“Señora, contestó sin mirarla pero con acento angustiado y colérico: esa es la mano derecha del valiente José Antonio Galán á quien ahorcaron en Santafé, mandando la real Audiencia que su cuerpo fuese quemado ante el patíbulo despues de haber separado la cabeza que se ha exhibido en una escarpia en la plaza de Guaduas, como lo ha sido su mano izquierda en San Gil, su pie derecho en Charalá y el izquierdo en Mogótes.

Al oír aquello Martina se estremeció y miró temblando á Antonia.

“Miserables verdugos! añadió la mujer con indignacion; pero más infames aún los comuneros que le abandonaron. Óigame Dios, y que su justicia caiga sobre ellos!

Antonia estaba rígida, sin movimiento: sus grandes ojos fijos en Cármen (era ella la que hablaba) parecían haber perdido la vida: semejava la estatua del terror.

“Es la que arrancó los carteles de contribuciones, gritó una voz en medio de la multitud; viva la heroína del Socorro!

Varios gritos siguieron; pero notando que los guardas que velaban los despojos de Galán hacían ademán de acometer, la gente se dispersó dejando un trecho libre en torno de la familia de don Martin. Cármen habia permanecido impávida, y, con los ojos centellantes, se preparaba á hablar á los que corrían, cuando de repente reconoció á Antonia y se le acercó al punto con aire compasivo, á tiempo que don Martin daba la órden para que continuaran su marcha atravesando la plaza; pero Antonia que habia oído la explicacion dada por

Cármen y no podía convencerse de semejante cosa, se había quedado atónita, suspensa, aterrada; Martina la vió palidecer mortalmente y que fijando sus ojos extraviados en el horrible despojo murmuró:

—Oh! Galan... Y su voz se ahogó en un sollozo. Trató sin embargo de obedecer á su padre como por instinto, pero no pudo, y soltando las riendas que apretaba convulsa cayó hácia adelante: Martina dió un grito al que sus padres retrocedieron, pero ya Cármen la sostenia en sus brazos para evitar que cayese al suelo.

Antonia no perdió el sentido, pero sí el uso de sus miembros, postradas las fuerzas por la impresion. Don Martin se le acercó y apretándola una muñeca con la mano, dijo con voz firme y decidida:

—Antonia, ¿qué niñerías son estas?

Ella se enderezó mediante un grande esfuerzo, y continuaron andando en silencio, hasta que al llegar á la casa Antonia se inclinó al oído de Cármen que estaba á su lado y la dijo:

—Oh! porqué no le salvaron?

—Dios no lo quiso! fué toda la contestacion que recibió.

Antes de bajar á las demas en la entrada de la casa, don Martin se acercó á Antonia y la tomó en sus brazos y bajó del sillón; pero al poner los piés en el suelo sus ojos volvieron á encontrarse con la mano de Galan, y recordando de repente el espectro que creyó ver la última noche en que esperaba la noticia de su ansiada salvacion, exhaló un grito ahogado pero desgarrador y dió consigo en el suelo sin sentido.

CAPITULO VII.

Las bodas de Antonia.

Más valor es sufrir que acometer.
El vencedor más valiente es quien se vence á sí.
J. E. NIEMBERG.

Dos dias despues de la escena que acabamos de referir, don Martin notificó á sus hijas que tenian que prepararse para asistir á un sarao, que daban los notables del Socorro en obsequio de uno de los miembros del Gobierno, recién llegado á la villa.

—Perdónenos, su merced, dijo Martina con aire tímido, pero Antonia no está buena....

—No acostumbro dar dos veces una orden, ni me place jamas explicar los motivos que tengo; pero les diré que se ha murmurado desfavorablemente de mi familia, con motivo del accidente in calificable de Antonia en la plaza pública. No comprendo cómo pueda impresionar tanto así el castigo merecido de un rebelde á su rey; ni quiero indagar la causa que tenga Antonia.... ella quizás se lo sabe: alégrese de que yo no me lo sepa.

—Oh! padre mio....

Pero ántes de que Antonia dijese más, Martina la cerró los labios con la mano, diciéndola al oído:

—Cállate, por Dios!

Y no hubo remedio: fué preciso concurrir á la fiesta, á pesar de que la misma doña Francisca, por primera vez de su vida, procuró hablar á su esposo para que no insistiese en su propósito de llevar las niñas.

En aquellos tiempos era cosa imposible que una hija desobedeciera á sus padres; y así, á la hora convenida, entraban más muertas que vivas al sarao. Martina trató de manifestarse lo más amable que pudo para ocultar la tristeza invencible que agobiaba á su hermana.

Felizmente en las reuniones solemnes y ceremoniosas que se acostumbraban entonces, no era necesario gastar muchas palabras ni sonrisas.

A poco de estar inmóviles en el estrado, con otras damas de aspecto igualmente grave, don Martin se acercó y presentó á sus hijas el corregidor, don Juan Francisco Berbeo; pero acaeció que al nombrarlas al



Berbeo

jóven ex-comunero, se equivocó llamando a Martina, Antonia, y viceversa.

Berbeo, hombre de mundo y de modales finos y elegantes, quiso conversar con las dos muchachas, por cierto ámbas bellas y dignas de llamar la atención de cualquier caballero.

Antonia, aturdida y afligida, no podía dominar su imaginación, que la representaba sin cesar el horrible espectáculo del suplicio de Galan, y casi no podía articular palabra.

Pero cuando vió á su lado á Berbeo, antiguo copartidario de los mártires á quienes era notorio que había abandonado sin hacer el menor esfuerzo para salvarles; cuando le vió ricamente ataviado y sonriente, mientras que los otros habían muerto miserablemente, su dolor llegó al colmo, la mirada se le extravió, una nube la pasó ante los ojos y casi desfalleció. Martina la contemplaba con afán, y estaba sobre espinas, como suele decirse, temiendo que su hermana cometiese alguna imprudencia, por lo que procuró sostener animada la conversación con Berbeo, para encubrir el extraño silencio de Antonia.

Preocupadas ámbas tan poderosamente, ni una ni otra pusieron cuidado en la equivocación de su padre al trocarles los nombres, ni dieron importancia á este incidente.

Cuando volvieron á su casa, Martina iba meditabunda y silenciosa: por primera vez en su vida una voz varonil había conmovido su corazón; y así supo más que nunca condolerse de las penas de su hermana.

En la mañana que siguió al sarao, don Martín hizo llamar á su mujer y sus hijas para hablarlas de asunto serio. Las jóvenes al llegar se arrodillaron ante su padre y le pidieron la bendición, como lo acostumbraban todas las mañanas al darle los buenos días.

—Hijas, las dijo con un acento ménos severo que de costumbre: quiero daros una nueva. Don Juan Francisco Berbeo me hace el honor de pedirme en matrimonio á una de vosotras.

—A cuál de ellas? preguntó doña Francisca.

—Toma y lee la carta, dijo á Martina su padre.

Al ver rápidamente el contenido del papel ántes de leerlo, el rostro de la jóven se puso encendido como uná grana, y en seguida blanco cual un jazmin; la voz la tembló al comenzar la lectura, despacio y vacilante; pero hizo un esfuerzo de voluntad y serenándose concluyó con voz firme. Berbeo pedía la mano de Antonia. ^o

Al oír su nombre la pobre niña se sobresaltó:

—¿Qué, piensa contestar su merced? preguntó.

—He aceptado con gusto, y fijado el día.

—Fijado el día!

—Sí; el matrimonio se hará de hoy en quince días.

—Pero....

—¿Qué?

—Padre mio, muy honrado! exclamó Antonia tirándose á sus piés, no quiero casarme todavía!

—No te comprendo....

—Permítame, dijo mirando con angustia á su padre y á su madre, permítame su merced pasar mi vida á su lado.

—Levántate! no gusto de comedias.

Ella se puso en pie temblando.

—¿Qué motivo tienes para rehusar una alianza tan honrosa?

—El matrimonio me repugna.

—Eso no importaría absolutamente.

—Cómo....

—Escúchame: vas á cumplir veinte años; se proporciona hoy un establecimiento como este, y no es posible desperdiciarlo.

—Pero, padre, á él no le importará la persona, sino la familia; quizás Martina....

—Para Martina tengo otros proyectos que se sabrán á su tiempo. Ea, pues, hijas mías: que se empiece á preparar prontamente el ajuar de la novia.

Y dando á doña Francisca la llave de un armario en que tenia varias piezas de telas preparadas para el caso de matrimonio de las niñas, tomó su sombrero á iba á salir cuando Antonia se le puso delante.

—Padre, no me haga su merced desgraciada.... tenga piedad! Si no me quiere más en su casa prefiero ser monja.

—No me importan tus preferencias; quítate de mi camino! añadió con voz colérica.

—No habrá esperanza?

—No!

De repente se le ocurrió á Antonia la idea de apelar al mismo novio.

—Cuando veré á Berbeo? dijo.

—Cuando? Le he exigido que no venga á la casa hasta la noche de la boda.

Y al decir esto salió sin aguardar más razones, dejando á Antonia en un estado fácil de imaginar y á Martina absorta y confusa.

Doña Francisca rehusó ejercer su mínima influencia para con su marido, á fin de impedir el matrimonio, como se lo pedian sus hijas con mil súplicas. Además, con razones muy rígidas, quiso hacer comprender á Antonia que debía someterse á la voluntad de su padre sin replicar más. La refirió cómo ella se habia casado sin conocer absolutamente á don Martin, y habia sido muy feliz.

—Pero, madre mia, su merced tal vez no habria visto á otro que la gustara más, ó no sabria lo que era amar.

—Amar! Vaya, niña, ¿qué palabras son esas en boca de una muchacha de buena familia y nacimiento limpio? Una mujer

no puede pensar en amar á otro hombre, sino aquel que ha sido ya consagrado por el sacerdote como su esposo. Esas liviandades no son propias sino de mujeres de baja extraccion.

Era en vano discutir más; y así mientras se preparaban los vestidos y se aderezaban los objetos que deberian servir en la boda, Antonia vagaba como alma en pena por la casa y no podia persuadirse de su desgracia: otras veces, sintiéndose á punto de desesperarse, ponía su confianza en el cielo y con fervientes plegarias le pedia resignacion y consuelo.

Martina tambien sufrió en su amor propio vivamente, pues llegó á creer durante una noche que Berbeo la habia preferido; pero recobró en breve su serenidad, gracias á su noble carácter, y se dedicó á consolar en lo posible á su mísera hermana.

A medida que se pasaban los dias crecia la agitacion de Antonia, en términos que la antevíspera del dia fijado, cobró suficiente valor para buscar á su padre y suplicarle con tiernas lágrimas que la dejase libre.

Don Martin fijó la mirada en ella y la dijo con voz grave y lenta:

—Antonia, no me exasperes; he llegado á sospechar cosas que si me convenciera de ellas, sólo tu muerte podria satisfacer mi indignacion. Déjame; no me hables más.

—Padre, padre, piedad!

—No he olvidado, prosiguió con aire iracundo, que un plebeyo, y ademas rebelde, tuvo la audacia, no hace dos años, de pedir tu mano.... A pesar de que estaba comprometido á casarse con una niña de su clase, enlace que se verificó pocos dias despues en Charatá....

Antonia se estremeció temblando, y fijando en ella la mirada don Martin añadió:



— Y sin embargo de esa circunstancia, algo me hizo cavilar tu desmayo, cuando viste la mano de Galan exhibida como la de un traidor en la plaza pública. Aparta! no me hables más, desgraciada!

Al decir esto la dejó sola y casi muerta de terror y desesperacion.

— Es preciso arrancar hasta *su* recuerdo de aquí! exclamó ella poniéndose en pie, la mano sobre el corazon y desgarrándose los vestidos con ademan desesperado. *A mí también me engañaba!*

Mé dia hora despues un padre capuchino, de renombre por su santidad, buscó á Antonia en su pieza y tuvo con ella una larga conferencia, cuyo objeto nadie supo jamas; pero sí notaron todos que la novia cambió de aspecto desde aquel dia; y si toda su vida guardó un aire de hondo desaliento y genial melancolía, no volvió á quejarse y se manifestó resignada á su suerte. En sus conversaciones Martina jamas volvió á hablar de Galan.

Exactamente al cumplirse un mes del suplicio de Galan, terminaron los preparativos de la boda de Antonia, y con la noche viada lujosamente y cubierta de joyas, andaba en su recámara la llegada de Berbeo, pálido, sin brillo, casi sin vida, era la hija de Ifigenia esperando que su padre llevara al sacrificio. Una tranquilidad rosa ponía inmóviles sus facciones, y en sus grandes ojos se leía una pena profunda y silenciosa: su corazon era una tumba cerrada y sellada.

Despues de haber ayudado al aderezo de su hermana, Martina recordó que habia

dar algunas órdenes y salió al corredor exterior, encontrando en su camino á Berbeo que llegaba. Ataviado espléndidamente, luciendo los costosos bordados sobre la cascaca de terciopelo carmesí, su rica espada al cinto y el sombrero en la mano, Berbeo era un bello tipo de novio feliz, y en su franca fisonomía se leía un gozo particular que realzaba su animacion.

Al ver á Martina se inmutó, y acercándose á ella presuroso llevó á sus labios la mano que ella le ofrecía, diciéndola:

— Cómo! todavía no se ha preparado usted!

— Poco necesito para ello, le contestó: la novia le espera á usted adentro; y el sacerdote, los padrinos y convidados están ya reunidos: solo usted faltaba.

— La novia! la novia me espera!

— Sí, Antonia mi hermana.

Berbeo tambaleó: una terrible idea brotó en su espíritu, y comprendió al instante que al pedir á Antonia se habia equivocado, pues la que amaba, la que le cautivó en el sarao la tenia delante.

— ¿La novia, es decir Antonia, preguntó con voz temblorosa y como hablando consigo mismo, está ya preparada y me espera?

Martina notó su azoramiento, pero no lo comprendió.

— Sí, le repitió con su amable sonrisa, dentro de pocos momentos podré llamarle usted hermano: pero desde ahora quisiera pedirle una gracia.

— Cuál?

— Si ve usted á mi querida Antonia triscallada y lagrimosa, no lo lleve á mal, lo suplico: es tan doloroso separarse así su familia, y nos amábamos tanto!

Sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas se alejó para ocultarlas.

Quedóse Berbeo solo, aturdido y cómo dirto.

— Oh! pensaba, don Martin me engañó





intencionalmente. . . . Cuando le declare en el sarao que una de sus hijas me encantaba y le mostré á Martina, él me las presentó entónces y equivocó los nombres. . . . lo comprendo bien. Cuando pedí á Antonia, él me enteró de que felizmente estaba libre, pues para la otra tenia formados otros proyectos. Qué hacer? retirarme? No es posible: esta alianza me es indispensable para conservar mi posicion y mi fortuna; me precisa ganarme á los realistas. . . . y si don Martin, que tiene influencia en Santafé, quisiera perderme, lo conseguiria indudablemente: tiene un carácter vengativo y cruel y seria capaz de vengarse sin reparar en los medios.

¿Qué hacer en semejante trance? Explicar su inverosímil equivocacion? Quién lo creeria? ¿Ademas semejante proceder no envolvia un grosero insulto, de que Berbeo era incapaz como caballero y hombre de honor? Si á lo ménos le dieran tiempo para orientarse, para pensar en su situacion!

En ese entretanto se supo en el salon que habia llegado el novio, y salieron á recibirle don Martin y varias personas más: le encontraron pálido como la muerte y tartamudeando frases inconexas; le rodearon felicitándole, pero él no sabia qué pensar, qué decir, ni qué hacer. Este valiente jóven, que habia permanecido impávido en los campos de batalla y ante los mayores peligros, estaba inmutado cual una niña, y su frente humedecida por el sudor de la agonía.

Entró maquinalmente á la capilla, y pocos momentos despues se presentó la novia con su madre y muchas parientas y amigas. Berbeo oyó como un sueño que le invitaban á que se acercase á su futura, y movido por una fuerza independiente de su voluntad, presentó la mano á Antonia, la condujo al altar sin mirarla siquiera, y cayó de rodillas, como un autómatas junto á la otra víctima.

Cuando Berbeo se levantó, ya esposo de

Antonia, y fué á recibir las felicitaciones de todos, lo primero y quizás lo único que vió fué á Martina, quien despues de abrazar tiernamente á su hermana, se le acercó y dijo con una expresión angelical, dirigiéndose á Berbeo:

“He aquí la mano de una hermana que me complace en ofrecerle; pues creo que hoy no solo no pierdo á mi Antonia, sino que gano un hermano en usted.”

‡

Al cabo de muchos años, Berbeo referia á un amigo suyo cómo habia sido su extraño matrimonio. Despues de haber pasado una vida tranquila y rodeado de gran número de hijos y de nietos, este episodio se le presentaba como un sueño inverosímil.

“Aunque Antonia, añadió, ha tenido siempre un carácter frio y un espíritu melancólico, nuestra union ha sido tan feliz como puede serlo la vida humana en este siglo y en el retiro de nuestra oscura colonia. El cariño entre ella y yo fué creciendo, á medida que nos descubrimos mutuamente nuevas cualidades. Uno de los rasgos que más admiraba yo en su carácter, era la profunda simpatía que profesó siempre á la extinguida causa de los Comuneros; capricho raro en una hija de don Martin de Alba. Si la queria ver contenta é interesada, me bastaba referirla alguna de mis aventuras como jefe de los Comuneros; y ella, más que yo, inculcó en sus hijos un amor patrio independiente de la idea de España, modo de ver las cosas espontáneo en ella, y que fué el más poderoso vínculo que unió nuestras almas.

“Martina, con sus juiciosos consejos y abnegado cariño, fué el ángel de guarda de todos nuestros hijos, y la que mas trabajó en que nuestra union se fundase en un grande aprecio, enseñándonos á amarnos á la par que estimarnos hasta que la muerte nos separó.

FIN.

Extractos de la sentencia pronunciada en la causa seguida á Joseph Antonio Galan y sus compañeros, por el delito de rebelion, el año de 1781. *

En la causa criminal que de oficio de la Real Justicia se ha seguido contra Joseph Antonio Galan, natural de Charalá, Jurisdiccion del Socorro, y demás socios presos en esta Real cárcel de Corthe, la que se halla sustanciada con audiencia de las Partes, y del señor Fiscal, habiendo visto los graves y atroces atentados, que ha cometido este Reo, dando principio á su Escandaloso desenfreno por la Imbasion hecha en Puente Real de Velez, desde donde pasó á Facatativá para interceptar la correspondencia de oficio, y pública, que venia de la Plaza de Cartagena para esta Capital, acaudillando y capitaneando un cuerpo de Gendarmes, con los que sublevó aquel pueblo, saqueó las Administraciones de Aguardientes, Taba-co y Naypes, nombró capitanes á los sediciosos, y rebeldes, y faltando al sagrado respeto á la Justicia, se hizo fuerte con formal resistencia á dos partidos de honrados vecinos, que salieron de esta Ciudad, para impedir las Hostilidades hasta el extremo de desarmarlos y hacerlos prisioneros y continuando su voracidad y designios infames se condujo á Villeta y Guaduas Continuó á Mariquita exerciendo actos de jurisdiccion en desprecio de los que la tenían legítima y verdadera y últimamente se restituyó á Mogotes, desde donde ha hecho el terror y escándalo de los Pueblos, que lo miraban como Invulnerable, y prestaban asenso á sus patrañas y fantásticas ilusiones, que suscitaba y promovía por sí mismo con hechos y dichos sediciosos, fomentando una nueva revelion, escribiendo cartas á sus corresponsales, co-

* Este documento (como otros muchos que pudi-mos consultar) lo debemos al señor José María Quijano, que se complace en ser tan bondadoso quanto es erudito. EL ACTOR.

municándoles sus detestables y execrables proyectos, suponiendo tener aliados, que le protegian, abultando el número de malbados secuaces y Pueblos rebeldes; esparciendo por todas partes noticias de connoccion, hasta que viendo frustrados sus infames designios se puso en fuga con el corto número de secuaces, que fueron aprehendidos con él, haciendo en este acto resistencia á la Justicia, por cuya razon se ejecutó una muerte, y quedaron heridos algunos. Teniendo presente los escandalosos hechos, y enormes infamias que executó en todos los lugares, y Villas de su tránsito siendo últimamente un monstruo de maldad, y de abominacion cuyo nombre y memoria debe ser proserita y borrada del número de aquellos felices Vasallos que han tenido la dicha de nacer en los Dominios de un Rey, el mas Piadoso, el mas Benigno, el mas Amante, y el mas Digno de ser amado de todos sus subditos, como el que la Divina Providencia nos ha dispensado en la muy Augusta, y Católica Persona del Señor Don CÁRLOS TERCERO (que Dios guarde) que tan liberalmente ha erogado, y eroga á expensas de su Real Herario considerables sumas para prohaber estos bastos dominios de los ausilios Espirituales y temporales, no obstante los urgentes gastos, que en el dia ocupan su real atencion. Siendo pues, forzoso dar satisfaccion al público, y usar de severidad, borrando con la sangre de los culpables los negros borrones de infidelidad con que han manchado el amor y ternura, con que los fieles avitantes de este Reyno gloriosamente se lisonjean obedecer á su Soberano, condenamos á Joseph Antonio Galan, á que sea sacado de la Cárcel, arrastrado y llevado al lugar del Suplicio, donde sea puesto en la Horca hasta que naturalmente muera, que bajado se le corte la cabeza, se divida su cuerpo en cuatro partes y pasado el resto por las

llamas (para lo que se encenderá una hoguera delante del Patíbulo) su cabeza será conducida á Guaduas, teatro de sus escandalosos insultos, la mano derecha puesta en la Plaza del Socorro, la izquierda en la Villa de San Gil, el pié derecho en Charalá, lugar de su nacimiento y el izquierdo en el Lugar de Mogotes, declarada por infame su descendencia, ocupados todos sus bienes y aplicados al Real Fisco: asolada su casa, y sembrada de Sal para que desta manera se dé al olvido su infame nombre, y acabe con tan vil Persona, tan detestable memoria sin que quede otro que el del odio y espanto que inspira la fealdad del delito. Así mismo, atendiendo á la correspondencia, amistad y alianza que mantenian con este Reo, comunicándole las noticias que ocurrían, fomentando sus ideas, levantando Pueblos, y ofreciendo sus personas para los mismos miserables proyectos *condenamos* á ISIDRO MOLINA, LORENZO ALCANTUZ y MANUEL ORTÍZ quienes ciegameamente obstinados insistieron hasta el fin, en llevar adelante el fuego de la rebelion á que siendo sacados de la Cárcel y arrastrados hasta el lugar del Suplicio sean puestos en la Horca hasta que naturalmente mueran, vados despues se les corten las cabezas, y conduzca la de Manuel Ortiz al Socorro en donde fué Portero de aquel cabildo: la de Lorenzo Alcantuz á San Gil y la de Isidro

Molina á la entrada de esta Capital; confiscados sus bienes, demolidas sus casas, y declaradas por infames sus descendencias para que tan terrible espectáculo sirva de vergüenza y confusion á los que han seguido á estas cabezas, inspirando el horror a los que han mirado con indiferencia estos infames Vasallos del Rey Cathólico, bastardos hijos de la Patria!

Y atendida la rusticidad é ignorancia y ninguna instruccion de Hipólito Galan, Hilario Galan, Joseph Velandia, Tomas Velandia, Francisco Piñuela, Agustín Plata, Carlos Plata, Hipólito Martín, Pedro Delgado, Ignacio Parada, Ignacio Ximenes, Antonio Pabon, Antonio Díaz, Blas Antonio de Tórres y Balthazar de los Reyes, los condenamos á que sean sacados y conducidos por las calles públicas y acostumbradas sufriendo la pena de doseientos azotes, pasados por debajo de la Horca con un dogal al cuello, asistan á la ejecucion.

Por lo cual definitivamente juzgando así lo mandamos, fallamos y firmamos en consocio del Señor Don Francisco Xavier de Serna, nuestro conjuex en esta causa:

Don Francisco Pey Ruiz—Juan Antonio Mon y Valarde—Don Joachin Vasco y Vargas—Pedro Catani—Francisco X. de Serna.

Santafé á treinta dias del mes de Enero de mil seiscientos ochenta y dos.

Episodios Novelescos

de la

Historia Patria

LOS ESPAÑOLES EN ESPAÑA



LOS ESPAÑOLES EN ESPAÑA

DOS PALABRAS AL LECTOR

(6º artículo)

Sabido es, y por sabido se debería callar (si no fuera porque lo que mejor se sabe es casi siempre aquello que callamos) que cada época tiene su literatura adecuada para sus necesidades; y así ha habido tiempos en que no podía llamarse la atención del público sino bajo la forma de crónicas llamadas históricas; otras veces nadie quería oír sino fábulas, ó estaban de moda las epístolas ó los diálogos, ó las anécdotas, los proverbios, los dramas y las comedias. En el siglo XVIII todos se ocupaban en leer obras filosóficas, y se desdeñaba toda forma de literatura que no fuera esa; hoy se ha puesto de moda la novela, y tanto los viejos como los niños y las mujeres, los letrados como los ignorantes, no quieren ocuparse sino del género novelésco; por lo que, quien quiere hacer popular una idea, tiene que vestirla con ese ropaje. En Europa como en América se usa desarrollar cuestiones filosóficas, sociales, de economía política, de legislación, geografía, viajes, geología, mineralogía, botánica y hasta arte medical, bajo la forma de la novela de costumbres, ideales ó verdaderas.

Ahora bien : ¿cuál es el primer deber del escritor en la patria americana ? ¿ No es cierto que consiste en hacerla conocer y presentarla á sus hijos bajo la forma más halagüeña, obligando tanto á sus habitantes como á los extraños á que la amen y admiren ? Sentada esta verdad, añadiremos que para amar una cosa es preciso conocerla y contemplarla bajo todas sus facetas, é indagar hasta el fondo su índole y costumbres ; en una palabra, comprenderla.

Nos hemos propuesto, pues, emprender, hasta donde nos alcancen las fuerzas, una serie de novelas históricas que pinten, bajo una forma familiar, la historia de nuestra patria, desde su conquista hasta nuestros dias, tomando para ello los episodios más adecuados al caso, y presentando la historia vestida de gala y bajo el aspecto más interesante, pero sin quitarle su semejanza, y haciendo lo posible para que ni los defectos ni las virtudes sean disimuladas ; pues preciso es conocer las faltas de nuestros antepasados para precaver-nos de ellas, ya que es cosa averiguada que los defectos, así morales como físicos, son hereditarios. También es provechoso no ignorar cuáles fueron las virtudes y buenas cualidades de aquéllos para imitarlas en lo posible, y seguir su ejemplo, y agradecer los sacrificios que hicieron ~~por formarnos una patria.~~

llevarlo á cabo

Es verdad que, aunque el plan es bueno, ~~su ejecución está en manos sobrado importantes, y que no podemos alegar otro mérito, sino el deseo de servir con nuestro modesto contingente en la grande obra de la civilización. Para ello tan sólo podremos presentar el fruto de constantes estudios en las primeras fuentes de la historia patria, y una completa veracidad en las fechas, los nombres propios y el fondo de las relaciones ; procurando únicamente idear sencillas tramas que hagan fijar en la memoria del lector los hechos principales, sin quitar un ápice á la verdad histórica, y exponiendo ademas escenas que en gran parte pinten las costumbres de los viejos tiempos y la índole de los primeros pobladores españoles que vinieron á estas tierras.~~

nosotros para

mos el

Siguiendo el plan que nos hemos trazado, servirán de introduccion á esta serie de novelas históricas dos en las cuales pintaré á los *Espanoles en España* ; á saber : en " Gil Bayle " al español del feudalismo puro, y en " Los Hidalgos de Zamora " al español del *Rena-cimiento*, tal como era en su patria, con todos sus defectos y cualidades, su heroismo y ~~superstición~~, su valor y galantería exquisita, así como sus instintos de

de arrogancia, de dureza y de orgullo llevado hasta la crueldad.
 Las épocas del Descubrimiento, la Conquista y la Colonización irán descritas en varias novelas largas y cuadros de costumbres aquellos tiempos ; la Independencia



BAYLE

ESPAÑA EN 1390
 LEYENDA HISTÓRICA
 Por Soledad Acosta de Samper

INTRODUCCION

SEGUN la opinion del historiador Monteil, el siglo XIV es el siglo del feudalismo por excelencia, y en el ^{qual} (dice Guizot) la guerra era la pasion dominante de la vida de los hombres. "Ellos, añade, la emprendian sin causa y sin prevision, la declaraban unas veces en algun arrebató repentino y otras puramente por pasatiempo, por hacer alarde de su pujanza ó para dar treguas al fastidio que con frecuencia les dominaba. En medio de la guerra se dejaban llevar sin escrupulo á todos los actos de violencia, venganza, cólera brutal ó entretenimiento que inspiraba aquella pasion. Pero al mismo tiempo el entusiasmo generoso de la caballería feudal, la piedad cristiana, los afectos más tiernos y abnegados, los fieles sacrificios y más nobles sentimientos fermentaban en el fondo de aquellas almas; la naturaleza humana aparecia entónces con sus diversas y complicadas tendencias, sus incoherencias y sus desórdenes, pero también se veia en perspectiva su futura riqueza y desarrollo intelectual."

Estas palabras del historiador frances servirán de

manuscrito

introducción á nuestro asunto, pues en ellas pinta un tanto el retraso en que se hallaba el espíritu humano en el siglo que nos ocupa.

Desde principios del siglo XIV y durante la menor edad de Don Alfonso XI, en el reino de Castilla, los desórdenes, las guerras y alevosías fueron innumerables. En lugar de cuidar del bien público, los tutores del rey niño sólo se ocuparon en sus asuntos persona-

les, en tanto que los salteadores se habian hecho dueños, no solamente de los montes y caminos, sino que pululaban en las calles de las villas y ciudades; y los habitantes tenían que andar á toda hora y en todo tiempo armados y aperebidos, á tal punto que muchos pacíficos ciudadanos se hicieron tambien bandidos con el objeto de vengar ofensas personales; y las luchas, los crímenes y las violencias eran permanentes, acabando la mayor parte de aquellos por levantar decididamente el pendon de la rebeldía contra el Gobierno de su patria. Poco á poco todos los ricoshombres y señores estuvieron en armas, unos contra y otros en favor del rey, formando toda Castilla un vasto campo de batalla. Al fin Alfonso logró tomar el mando en su mano, procurando inmediatamente sufocar aquellos inauditos desórdenes, pero no le fué posible tampoco apaciguar la rebeldía de sus vasallos sin cometer él tambien muchos actos de maldad y alevosía. En guerra abierta con los más poderosos de sus vasallos, se veia al mismo tiempo obligado á continuar la lucha contra los moros, con quienes trató una tregua mientras que aniquilaba enteramente á los rebeldes cristianos y declaraba la guerra á Portugal. Concluido el levantamiento de los señores de Castilla y vencido Portugal, Alfonso se unió á esta nacion y á Aragon para volver sus armas de nuevo contra los moros que trataban de invadir las fronteras de Andalucía. Vencido el infiel en la famosa batalla del Salado y Algeciras, en donde por primera vez se vió en Europa cañones con pólvora en manos de los árabes, * Castilla obtuvo algunos años de parcial tranquilidad hasta la muerte de Don Alfonso XI, acaecida en 1350.

Bajo el reinado del hijo de aquel rey guerrero, el tan tristemente afamado Don Pedro, que carga en la historia con el sobrenombre de *cruel*, la desgraciada Castilla se vió durante largos años envuelta en terribles guerras civiles. Verdugo de cuantos le rodeaban, Don Pedro mandó dar muerte á vários de sus hermanos, á su esposa, á ~~vários~~ arzobispos y togados, á sus más leales amigos y aliados, asesinando á algunos de ellos con su propia mano, entre otros á un desgraciado rey moro. Naturalmente estos crímenes ocasionaron un sin número de lutos, lágrimas y horribles escenas,

* 1340.



acabando su vida Don Pedro en 1369 * bajo el puñal de su propio hermano; y en seguida éste con sus manos fratricidas se ciñó la corona del fratricida Pedro, llamándose Enrique II.

* A pesar de que la mayor parte de estos crímenes han sido probados, hoy están de moda los panegiristas de Pedro el Cruel, á quien llaman el justiciero.

En tanto que estas cosas pasaban en Castilla, otros sucesos no ménos crueles sucedían en el resto de lo que hoy es España. En verdad que aquella época fué la más terrible para los pueblos de raza española, porque todos los reyes que los gobernaban puede decirse que eran los peores conocidos. Reinaban en Portugal, Aragon y Castilla tres Pedros, y aunque sólo el de Castilla lleva el nombre de *cruel*, los otros no le iban en zaga. El Pedro de Portugal habia empezado su carrera levantándose en armas contra su padre, envenenando á su hermana, y por último, al subir al trono, mandando arrancar el corazón, vivos, á los que él creía culpables del asesinato de Doña Ines de Castro, su esposa. Pedro IV de Aragon se hizo conspicuo en la historia por la cruel persecucion contra sus hermanos; y cometiendo varios actos de alevosía indignos de un cristiano, se manifestó casi siempre sin misericordia con los débiles.

En Navarra gobernaba Carlos el *Malo*, príncipe que careció siempre de amigos, porque á todos engañaba y vendía; acabando su vida odiado por cuantos le trataron.

A pesar del odioso crimen que elevó á Enrique II al trono de Castilla, este rey no se manifestó mal soberano y se ganó el amor de sus súbditos, que con motivo de sus muchas generosidades le llamaron "*El de las Mercedes*." Durante su reinado, que duró diez años, Enrique obtuvo señalados triunfos sobre los portugueses, los aragoneses y los ingleses, que le disputaban la corona con vários pretextos; y al morir en 1379 dejó la nacion en paz y en via de prosperidad, bajo el suave dominio del jóven Don Juan I, su hijo, cuyo natural blando y pacífico hubiera quizas hecho la felicidad de su pueblo, si se le presentara más propicia la fortuna. Juan I fué casado dos veces, la primera con Doña Leonor de Aragon, que murió despues de darle dos hijos, y la segunda con Doña Beatriz, hija del rey de Portugal Fernando I.^o

A la muerte del padre de su esposa, Juan quiso entrar en Portugal para hacerse cargo del reino, siendo Doña Beatriz la heredera de la corona de su padre; pero alborotáronse los portugueses y no quisieron admitir rey castellano. Reuniéronse los fidalgos y señores en Lisboa y otras ciudades, y levantaron por rey á un hermano ilegítimo del difunto Fernando, llamado Juan. El rey de Castilla no se ganaba fácilmente las simpatías de los que no le conocían, y era corto en el hablar, mientras que el portugues - que se llamó Juan el Grande en la historia - era apuesto, agraciado, comedido, liberal y bien quisto entre señores y pecheros: así no es extraño que su partido fuese el más numeroso y que Juan de Castilla se viera derrotado en la batalla de Aljubarrota, teniendo que abandonar la partida y renunciar á la corona de Portugal.

Despues de esta infeliz jornada, los ingleses aprovecharon la ocasion de atacar á Castilla unidos á los portugueses, pero aquí la fortuna cambió para Juan I, porque logró vencerles y hacer las paces con todos sus enemigos, pudiendo entregarse en seguida al gobierno de su reino un tanto abandonado durante estas duras guerras. Inmediatamente trató de reformar los abusos de los anteriores gobiernos, disminuyó los impuestos, protegiendo la agricultura y el comercio, y ocupándose en lo posible del bienestar de sus vasallos, que le amaban y respetaban, merced á su inclinacion á la justicia y á la bondad de su carácter, en oposicion con los arrebatos de ira y costumbres descompuestas de sus contemporáneos y antecesores.

A pesar del atraso de la civilizacion en aquel siglo, en España era donde los ciudadanos tenían mayores libertades é independencian, de lo que no gozaba ninguna de las vecinas naciones, y el rey muchas veces tenia que atender á la opinion de las Cortes. ¿En qué país del mundo en aquel siglo se encontrará una fórmula más arrogante que la que se usaba en la coronacion de los reyes de Aragon, en que el Justicia Mayor, en nombre del pueblo, le decía:

"Nos, que valemos tanto como vos, vos hacemos nuestro rey y señor, con tal de que vos guardéis nuestros fueros y libertades; y si nó, no?"

Se entiende que lo que entonces titulaban libertad se llamaria hoy tiranía, puesto que aún no estaba

suficientemente maduro el espíritu humano para digerir la independenciam como actualmente la comprendemos.

Sin embargo de todo esto, las libertades y los fueros no se hacian sino para los hidalgos, * y la condicion del bajo pueblo no era nada envidiable, pues á la verdad eran tratados los pecheros con sumo desden y desprecio.

Los hijodalgos no podian ser presos por deudas civiles, si no fuera por rentas reales, y siempre se les castigaba con más moderacion que á los plebeyos. No podian ser atormentados como los plebeyos, y cuando eran condenados á muerte no podia ser á la pena de horca, sino á la de cuchillo, cortándoles la cabeza. Cuando les llevaban al suplicio era sobre una mula con silla y enlutada, y usaban un capuz diferente del de los otros reos.

La palabra *noble* no se acostumbró en Castilla sino desde la época de Fernando el Católico: ** hasta entónces los de alto nacimiento se titulaban *ricos-hombres é hijodalgos*. Los Grandes de *primera clase* se cubrian ántes de hablar al rey; los de *segunda* se cubrian despues de haber empezado á hablarle; los de *tercera* permanecian descubiertos mientras hablaban con él, pero se ponian el sombrero al retirarse á su puesto.

En tanto que los ricos-hombres estaban exentos de pagar tributos y contribuir para los gastos del gobierno, las contribuciones recaian sobre el pueblo bajo, teniendo siempre éste los cargos más pesados y siendo la víctima en todo caso.

Pero la condicion de la plebe era brillante en comparacion á la de los judíos, tan numerosos en España, que solamente en el reino de Castilla se contaban en los principios del siglo XIV 854,950 en las diferentes provincias bajo el dominio del rey cristiano.

Siendo necesario para la claridad de nuestro subiguiente cuento, el dar á conocer la situacion de los judíos en aquel siglo, suplico á mis pacientes lectores

que lean el fin de este capítulo, aunque parezca árido y sin interes.

Dispersados sobre la superficie de la tierra los judíos, vivieron desde la ruina de Jerusalem despreciados, mirados con profunda repugnancia por todas las sectas religiosas del mundo, y apartados de la intimidad de los pueblos en medio de los cuales moraban, sin mezclarse éstos con ellos. Desde el tiempo de los francos, los judíos en Francia fueron perseguidos por el pueblo ignorante y protegidos por los sabios, porque



* Cobarrubias dice que se llaman *fidalgos*, corrupcion del nombre *Filgod*, hijo de Godo. Otros dicen que eran siempre ricos y para gozar de privilegios necesitaban tener algunos bienes: *hijos de algo*.

** Fines del siglo XV.

60

siempre fueron los más instruidos, como artistas y letrados, de todos los habitantes de los países que habitaban. En el siglo XIII llegaron á tal grado las persecuciones en Francia, que el Papa tuvo que intervenir para favorecer á aquellos infelices contra la ignorancia de los villanos. En el siguiente siglo el rey Carlos VI los mandó expulsar ignominiosamente de todo el territorio frances.

En tiempo de Juliano el Apóstata (siglo IV) los judíos de Italia obtuvieron los empleos más brillantes, lucrativos y honoríficos, pero á la muerte de este emperador perdieron su influencia, y en breve se vieron cruelmente perseguidos con el objeto de arrebatarles sus riquezas, hasta que San Gregorio, Papa y gran legislador, prohibió que les trataran mal, diciéndolo á los cristianos: "El mejor modo de convertirlos no es haciéndose temer ni manifestando con ellos excesiva severidad, sino lo contrario." En el siglo VIII gozaban de muchos privilegios en Italia, pero en el XI llegaron las persecuciones hasta el punto que los compraban y vendían como esclavos; mas, protegidos nuevamente por vários Papas, volvieron á recuperar su influencia, y en el siglo XIV eran en Italia una verdadera potencia; sus academias eran respetadas y atendidas, y tenían sinagogas espléndidas.

4 Durante la Edad Média la suerte de los judíos en Alemania fué tristísima; pero á pesar de todo esta raza de hierro creció y prosperó sin cesar, y hoy día casi todos los hombres científicos en Alemania, los literatos y filósofos, y muchos artistas, pertenecen á esa raza, y son dueños de las universidades y cátedras de aquel país.

La suerte de los judíos en Holanda y Flándes nunca fué mala en comparacion. No así en Inglaterra, donde fueron perseguidos y odiados desde que se presentaron en el siglo X, y continuamente les asesinaban, robaban y destrozaban sin misericordia, sólo por el hecho de ser judíos. En las historias de Inglaterra, á cada paso se encuentra la relacion de las crueldades que cometía con ellos el populacho ignorante y enfurecido.

Cuando aconteció la dispersion general de los judíos en el primer siglo de nuestra éra, ya hacia mucho que se habían establecido várias tribus hebreas en España. Segun una curiosa tradicion, los hebreos de la sinagoga de Toledo fueron consultados por los Escribas y Fariseos acerca de la condenacion de Nuestro Señor Jesucristo, y ellos rehusaron ratificar la sentencia, aunque los de otras ciudades ibéricas la aprobaron plenamente. Algunos historiadores afirman que Zamora fué fundada por hebreos, más de quinientos años ántes de Cristo, y se adelantan á decir que una de las epístolas de San Pablo era dirigida á éstos.

5
61

En tiempo de los reyes godos, temiendo que con motivo de sus riquezas llegarían quizás á dominar demasiado, les prohibieron los empleos políticos, que tomasen esposas de otra raza que la suya, y que viviesen en los mismos bárrios con los cristianos, sino en los que les señalaron con el nombre de *juderías*. Más de 80,000 fingieron entónces convertirse, y muchos abandonaron el país, pero recuperaron sus privilegios bajo el reinado del rey Egira (siglo VIII), quien les prote-

gió hasta que se descubrió una conspiracion que habian tratado los de España con los judíos de Africa para entregar el país á los moros. En un concilio que se juntó por aquel tiempo en Toledo, se acordó que para castigar tan fea traicion todos los judíos se entregasen como esclavos y fuesen sus bienes confiscados; pero en breve eludieron estas órdenes y recuperaron algun bienestar hasta la conquista de España por los árabes en 715, á la que probablemente contribuyeron. La dominación de los árabes en España fué de gran beneficio para los judíos, porque gozaron de una independencia y bienestar completos, ejerciendo unos con libertad su inclinacion al comercio y dedicándose otros al estudio de todas las ciencias.

A medida que los descendientes de los godos recuperaban poco á poco el territorio invadido por los árabes, los judíos volvían á verse perseguidos. Sospechóse á principios del siglo XIV que ellos, con sus sacrilegios, habian envenenado las fuentes y producido la peste negra que tantos males causó en Europa, y miles de aquellos desgraciados murieron asesinados á manos del populacho supersticioso é ignorante, á pesar de una ley dada por Alfonso VI, por la que condenaba á todo cristiano que matase á un judío á pagar 100 maravedís; pero en cambio el judío que diera muerte á un cristiano debía morir ignominiosamente, despues de sufrir tormento, se le confiscaban sus bienes y se castigaba á toda la familia del culpable.

Alfonso el Sabio se aprovechó del gran saber de los judíos para redactar sus leyes de Partida, y les protegió mucho, permitiéndoles fundar sinagogas en Sevilla y Toledo, y nombrando de entre ellos catedráticos para la enseñanza del hebreo en dichas ciudades. Descando este rey que se convirtiesen, ordenó que el judío que se hiciese cristiano fuese tratado como hijodalgo y gozase de los privilegios de esta clase de la sociedad, y ademas, que fuese apto para obtener los mejores empleos y los mayores honores de la cristiandad reservados á los españoles de alta alcurnia. Esta tolerancia y particular proteccion tuvo, tan buen resultado, que muchos de los más sabios rabinos se convirtieron al cristianismo, con tanta sinceridad que escribieron libros para defender sus nuevas convicciones.

A pesar de esto, todos los judíos tenían que pagar una fuerte contribucion y llevar una señal sobre sus vestidos para ser reconocidos y contados; las contribuciones que pagaban llegaron en aquel siglo á 2.548,500 ducados que recibía el Capítulo eclesiástico. Alfonso XI nombró tesorero á un judío y le hizo muchas mercedes, admitiéndole en su intimidad, lo que causó tan mal efecto en el pueblo, que muchos se alzaron contra el rey y su tesorero, obligándole á dejar el cargo y la prianza para salvar la vida.

Don Podro el Cruel, siguiendo el ejemplo de su padre, tambien protegió á los judíos; así, para diferenciarse de él, su hermano y competidor, Enrique, se señaló por el odio que declaró á esta desgraciada raza, matando sus partidarios en Toledo á más de mil, tanto hombres como mujeres, con el objeto de aprovecharse de sus riquezas que eran crecidísimas. Durante el reinado de Enrique II cada dia se promulgaban leyes vejatorias contra los judíos, lo que no les impedía continuar boyantes, siendo los más afamados médicos, atrólogos y alquimistas del mundo.

Todo judío debía llevar sobre el hombro izquierdo un redondo de paño rojo de tres dedos de diámetro, así como los moros lo llevaban azul. No podían usar beca, llamada *chia luenga*, que era una especie de turbante que llevaban los hidalgos con dos puntas, una larga que les servia para embozarse, y otra corta que les caía sobre el cuello. No se les permitía usar públicamente collares y joyas, ni debían presentarse en la calle, tanto hombres como mujeres, sino con un vestido largo que les caía hasta los piés, sin ningun adorno ni guarniciones. El que contraviniese á esta orden tenia por castigo que le cortasen las ropas en la calle pública, hasta la camisa, por la mitad del cuerpo, é incurria en la misma pena el judío ó judía que usara paños que valiesen á más de 30 maravedís la vara. Como los judíos eran tan industriosos y trabajadores, siempre lograban hacerse ricos y amontonaban en sus casas cuantiosos tesoros: así el populacho con frecuencia se aprovechaba de cualquier pretexto para saquear las *juderías* y apoderarse de lo que habian atesorado: y aun á veces no tenían inconveniente en declarar falsa la conversion de alguno de los recién bautizados para atacarles y robarles sus

haber. Sin acatar la ley de Alfonso el Sabio, se consideraba despreciable toda mujer de hidalga cuna que se casaba con judío convertido, y perdía las prerogativas de su noble sangre, como si hubiese emparentado con un hombre de baja esfera.

(Ver. hasta aquí)



029

CAPÍTULO I.

En que se da cuenta de la muerte de un rey.

ERA una hermosa mañana por acaso, á pesar de la ya avanzada estacion, pues contaba Octubre nueve dias del año de 1390. En los afueras de la entónces importante ciudad de Alcalá de Henáres, distante cinco y média leguas de Madrid, todo era bullicio y contento, por el rey Don Juan el primero, quien, de viaje para Andalucía, se habia detenido en Alcalá y debia salir ese dia al campo, con el objeto de presenciar las evoluciones que cincuenta jinetes, llamados farfanos, * se proponian hacer cerca de la puerta de Búrgos. Por consiguiente, desde temprano empezaron á salir las gentes de la ciudad y derramarse por aquellos campos, confundidos los hidalgos pobres con los pecheros, y las mujeres y niños de todas clases y edades; cada cual ataviado con lo mejor que tenia, presentando un aspecto alegre y divertido.

Como era domingo, el Rey no salió de la ciudad sino despues de oír misa en la catedral. Montaba un hermosísimo caballo que le habia obsequiado el poderoso Arzobispo de Toledo, en cuyo palacio en Alcalá se habia hospedado, y rodeado de su córte, ricos-hombres é hidalgos de consideracion de los alrededores, se encaminó al lugar para donde habia citado á los farfanos que deseaba ver.

A pesar de las ricas armas que llevaba, la capa con bordado de oro, que representaba las armas de Castilla, y los soberbios jaeces del caballo, junto con la apostura y magnificencia de los que le rodeaban; nada de

* Soldado de á caballo que siendo cristiano servia á los reyes mahometanos.

buscar para el Rey Don Juan el primero - 1879

64

esto podia ocultar el quebrantamiento de la salud del Rey, su complexion displicente y enfermiza y pequeña estatura, lo que en aquellos tiempos en que la fuerza física era muy necesaria, se consideraba defecto radical y verdadera desgracia en un rey que habia de representar á su pueblo. Pero felizmente el oficio de rey le habia dado á Juan I cierta majestad y compostura régia en todos sus movimientos, que inmediatamente llamaban la atencion de sus vasallos y captaban su buena voluntad y cariño en dondequiera que se presentaba.

Entre los que rodeaban al Rey distinguíase particularmente el Arzobispo de Toledo, Canciller mayor de Castilla, Don Pedro Tenorio, persona de la más alta categoría en el reino como hombre influyente en la cosa pública, sobresaliendo aun en importancia al mismo Arzobispo de Santiago, empleo que daba el privilegio de ser por vida Capellan mayor del rey de Castilla y Notario y confesor del de Leon.

Don Pedro Tenorio era de origen portugues y nacido en Távira. Habia permanecido ausente de España durante el revuelto reinado de Don Pedro el Cruel, y tornado á Castilla, bajo Enrique II, para hacerse cargo del obispado de Coimbra. Siendo hombre de un mérito sobresaliente, y tan pródigo para el desempeño de las armas como para el de las dignidades eclesiásticas, en breve tiempo el Sumo Pontífice le consagró Arzobispo de Toledo. Era generoso y muy príncipe en su porte; poco blando con los criminales; se hizo siempre respetar por sus amigos y contrarios, y trabajó con empeño en la reforma de las reglas monásticas, que se habian relajado en los anteriores años en España. Así como su competidor el Arzobispo de Santiago, fué guerrero insigne, pues en aquellos tiempos los arzobispos y obispos comandaban ejércitos y ayudaban en calidad de generales y jefes en las guerras. Gastaba con magnificencia y ostentacion las crecidas rentas que obtenia en su arzobispado, en edificar iglesias, monasterios, magníficos castillos, claustros, capillas, hermitas &c. Dotó diez y seis capellanías para el bien del alma de sus antepasados y dejó para la suya muchos bienes. Levantó los muros de Alcalá de Henáres, donde, como arriba dijimos, los arzobispos de Toledo tenian su palacio; é hizo cerca de Toledo, sobre el rio Tajo, un magnífico puente que llevó su nombre. En Alcalá la Real, ciudad situada en las fronteras del imperio morisco, levantó á su costa una torre para que se pudiese en ella todas las noches un farol, por el cual los cautivos cristianos que lograsen

escaparse de los moros pudieran orientarse y pasar á territorio cristiano. Durante el reinado de Juan I y de su sucesor, Don Pedro Tenorio ejerció grande influencia sobre el ánimo del Rey, en competencia con

4
65

el Arzobispo de Santiago; por lo que raras veces dejaba su lado y pocas cosas se hacian en Castilla sin su consentimiento.

Otro de los más allegados en la privanza del Rey era el famoso cronista, poeta, filósofo y letrado, y además hombre de mundo é influencia en la política de la época: Don Pedro López de Ayala. Nacido en 1332, por lo visto el Canciller Ayala contaba en aquel entonces 58 años, los que llevaba á cuestras con gallardía y desenfado. Habia empezado su carrera pública bajo la direccion de Don Pedro el Cruel, á quien abandonó para ponerse bajo las órdenes de su competidor Enrique, con quien guerreó y fué tomado prisionero en la batalla de Najara y llevado á Inglaterra, en donde sufrió duro cautiverio hasta que su rey subió definitivamente al trono. En recompensa de sus padecimientos Enrique II le dispensó muchos favores y le nombró Gran Canciller, empleo que tuvo durante todo este reinado, el de Juan I, Enrique III y parte del de Juan II. Acompañaba siempre la córte á todas partes, como cronista oficial de la Corona, y era muy atendido y apreciado por todos los cortesanos, que le buscaban por su conversacion intructiva, dichos agudos y amenidad general de su trato: era muy letrado, y en su equipaje llevaba siempre algunos libros, cosa rarísima en aquella época en que los libros eran muy difíciles de conseguir.

El Canciller Ayala era, además de hombre influente como miembro de la familia de los condes de Haro, de la primera grandeza de España, y señor de Salvatierra y Alava.

Además de estos dos personajes que cabalgaban inmediatos al Rey, estaban presentes: Diego Hurtado de Mendoza, Almirante de Castilla, hijo de Don Pedro González de Mendoza que habia perdido la vida en la batalla de Aljubarrota por salvar la del Rey, y padre del famoso poeta y letrado Don Iñigo López de Mendoza, marques de Santillana; el conde de Niebla, el Obispo de Osuna, el Maestre de la orden de caballería de Calatrava, el Maestre de Santiago, herman-

dad ó caballería instituida por Don Juan I, los nuevos mariscales Don Fernando Alvarez de Toledo y Don Pedro Ruiz Sarmiento, y cien hidalgos más á caballo, ataviados lujosamente con ropas recamadas de oro y piedras preciosas; reluciendo todos ellos bajo la luz de un claro sol que hacia brillar los diversos colores de los plumajes y birretes de los nobles, los sombreros de los obispos y las cimeras y celadas de los duques, condes, marqueses y ricos-hombres que iban armados y que formaban la córte. En pos de todos se veian los reyes de Armas de los grandes y los caba-

66

llerizos, monteros, gentiles-hombres, donceles meninos * y otros oficiales inferiores y subalternos que terminaban la ostentosa cabalgata.



A poca distancia de la puerta de Búrgos se veían detenidos y formados los farfanes del rey de Marruecos, aguardando respetuosamente que el Rey les mandase empezar su exhibición.

Sus vestidos eran extraños y curiosos por demas, y la gente plebe ya se agolpaba en torno para examinarlos y ver sus caballos que eran preciosísimos árabes, cuya mirada inteligente y elegante figura encantaban á cuantos conocedores habia.

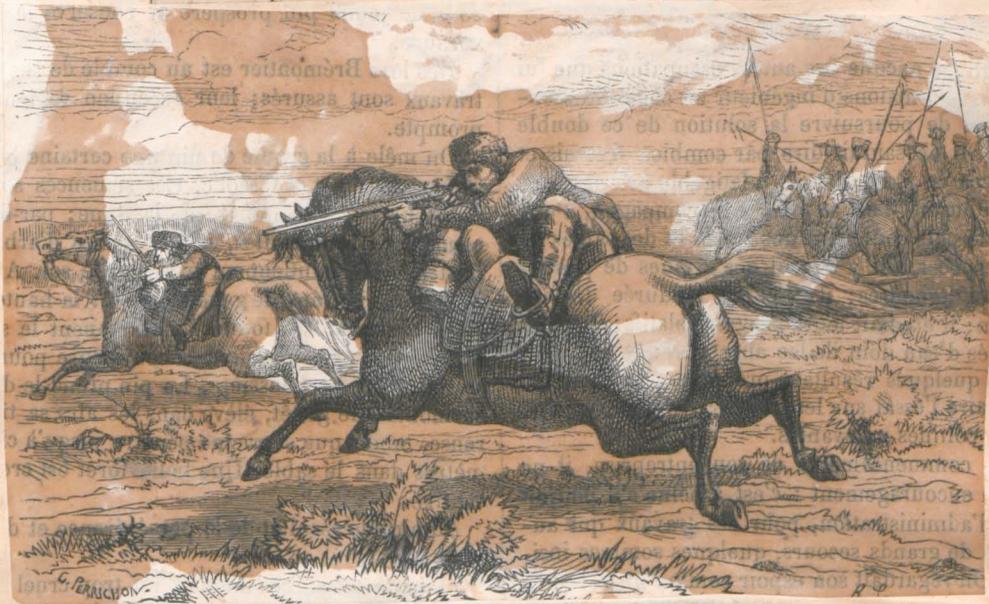
Los farfanes eran todos caballeros cristianos que habian permanecido largo tiempo en Africa, tirando sueldo del rey de Marruecos, ganando, segun su rúgía, grandes sumas en lejanas aventuras, hasta que fatigados de vivir entre infieles, habian acordado tornarse á España.

Apénas hubo tomado el Rey puesto en el mejor sitio del campo con su comitiva, cuando, á una señal que hicieron, empezaron los farfanes evoluciones tan asombrosas que causaron la mayor admiracion y sorpresa entre los que nunca habian visto la admirable destreza de la caballería africana. Volvian y revolvan los caballos, jugaban las lanzas, soltaban saetas que recogian despues sin desmontarse y á toda carrera de sus caballos, que parecian más bien pájaros rozando el suelo con sus alas, que seres terrestres y pesados.

Entre todos lucia el capitán de los farfanes, hombre en la flor de su edad, pues contaría poco más de treinta años; de elevada estatura, tostada tez, ojos

* Pajecillos que entraban desde niños á las grandes casas; menino es palabra portuguesa - *mêa nino* - mi niño.

negros y brillantes y un aspecto que, á la verdad, más parecía árabe de nacimiento que español ; su agilidad y destreza eran extraordinarias y asombraban á sus mismos compañeros. Montaba un caballo negro, ancho de pecho, de cuerpo cenceño, cabos blancos y de un brio singular, y al mismo tiempo humilde y dócil como un perro.



Llamaron la atención del Rey tanto el Capitan como su cabalgadura y le hizo venir á su lado para hacerle varias preguntas. Cuando el farfan estuvo á pocos pasos del Rey descabalgó repentinamente, dejando suelto el caballo (que le siguió humilde) y fué á besar la mano del monarca.

—Si tan barragan sois, dijo el Rey con amable sonrisa, cuanto sabeis gobernar vuestra cabalgadura, bien quisiera yo teneros siempre en nuestra compania.

—Ensalzado rey, dijo el Capitan, grande merced me haceis, y sabed que venia á buscaros sólo para pedir os servicio en vuestros ejércitos, si lo teneis á bien.

—Nuestra amiganza es hecha ! exclamó el Rey, y de buena gana os tomaré á vos y á vuestros compañeros á nuestro servicio. Ahora, añadió, es cuando más necesitamos soldados valientes, ca los quebrantamientos y desafueros de nuestros vasallos de Andalucía nos obligan á buscalles un pronto finamiento.

Y haciendo una señal al farfan se alejó algunos pasos con él del grupo de sus cortesanos, los que miraron con aspecto desdeñoso al Capitan aventurero que tan pronto se habia captado la simpatia del Rey. Uno de los hidalgos, jóven y bizarro, pero más irritable y envidioso que los demas, no pudo ménos que decir, de

manera que sus palabras llegasen á oídos del farían sin alcanzar á los del Rey :

“ Cuando los ensalzamientos vienen tan de priesa, tan de priesa se van..... Catad, señores, añadió mirando á los que tenia más cerca, catad que aventurosos no se apoderen del ánimo del Rey ! ”

El Capitan le oyó y fijó en el cortesano una mirada tan soberbia, que el envidioso se sintió amedrentado y confuso, y apartándose se unió á sus compañeros, no sin haber hecho interiormente propósito de vengarse de aquel español africanizado.

Entretanto que el Rey platicaba con su nuevo favorecido, los cortesanos se formaron en vários grupos en torno de los hombres más importantes, siendo el grupo que rodeaba al canciller Ayala el más animado y divertido.

—En esta córte, decia un noble aragonés (que habia llegado en esos dias en busca del rey de Castilla con el objeto de descubrir si una conspiracion que se tramaba en su patria alcanzaria la aprobacion del Rey Don Juan) en esta córte veo que las damas no siguen á todas partes al rey, como sucede entre nosotros.

—Cuando uno va á la guerra, observó Don Lope de Ayala, no hacen falta y están por demas las hembras.

—Así dicen los ancianos, contestó el jóven conde de Fuen-Salidas; pero bien sabemos los mozos que la ausencia de las princesas y sus damas y sus dueñas nos quita el brio y amaina nuestro valor..... Dispuso el rey Don Juan, añadió con un suspiro, que la reina Doña Beatriz se quedase con su córte en Talavera, en donde pasará el invierno. En tanto esto que llamais aquí córte del Rey es para nosotros sólo un mal guardado campamento.

—Ea, sobrino, contestó sonriendo el Canciller, para todos no es así, porque hay muchos que no tienen sus damas cerca de la Reina como vos.

—Tio, dijo el jóven, olvidais que fuísteis jóven.....

—No os congojeis, caballero, no os congojeis! exclamó el aragonés interrumpiéndole. Esta que os parece gran riguridad es un bien para vosotros. En Aragon nos arruinan los solaces, saráos y fiestas de la

córte femenina : allí no se oyen sino músicas, trovas y cantares que han puesto en uso los trovadores del Lemosin ; los juglares de profesion rodean á toda hora y tañen y declaman sin cesar ante el Rey ; las damas no pueden vivir sin danzar y los mozos las siguen en sus caprichos, lo que ha producido entre nosotros flojedad, desvío en la disciplina y afeminamiento ; los regalados manjares y vinos exquisitos han relajado los gustos y corrompido las costumbres del reino entero, ca el ejemplo de los príncipes es seguido por los

ricos-nombres, y a estos imitan los hidalgos de menor categoría, hasta bajar á la plebe.

—Tampoco, caballero, es provechoso prohibir los divertimientos entre los mozos, dijo el Canciller, y puesto que vuestros reyes gustan de distracciones, dejadles gozar; peor os seria una córte de tristeza y desabrimiento: más vale triscar que llorar!

—Catad, amigos, catad, exclamó á la sazón el cortesano que de tan mal grado habia visto la repentina privanza del farfan; el Rey, nuestro señor, no solamente ha platicado largo rato con el capitan aventurero, sino que hasta parece que ha apostado con él una carrera! Ved, añadió, cómo arrimando las espuelas al caballo echa á correr por aquel barbecho nada propio, desigual é incómodo.

—A fe! repuso el conde de Fuen-Salida, que la bienandanza de aquel farfan ha sido tan repentina cuanto brillante, y ya hasta de igual á igual le trata el Rey.

—Sin que tenga, á Dios plegue! otro merecimiento, añadió el envidioso con despecho, sino la gentileza en cabalgar y gran destreza en correr como un gamo.

—Pésia á mí! que es virtud digna de recompensa! dijo el de Fuen-Salida.

—No os apureis, fijo, ni lo lleveis á mal, repuso el Canciller; no hagais caso de glorias y mercedes de los príncipes, pues, como lo dijo Juan Lorenzo Segura hace un siglo:

“La gloria deste mundo quien bien la quiere amar,
Más que la flor del campo non la debe preciar,
Ca cuando home cuida más seguro estar
Echalo de cabeza en el peór lugar!”

No habia acabado de pronunciar Don Pedro la última palabra, cuando vieron rodar por tierra repentina-

mente al Rey entre los sulcos del barbecho, habiendo tropezado y caido el caballo en la carrera. El farfan dejó al momento su caballo apénas vió el peligro del Rey, y levantándole le encontró amortecido y sin vida al parecer. Se precipitaron al lugar de la desgracia todos los del séquito del Rey y recibieron espantados en sus brazos el cuerpo inanimado del mísero Don Juan. Y como llegase el primero de todos el envidioso cortesano que odiara al farfan, le dijo con tono despreciativo:

—Al rey no le puede tocar, sin cometer felonía, otro que no sea hidalgo.

—Más hidalgo que vos soy yo, ruin palaciego! exclamó el capitan. Los Cabrerías de Baeza son más caballeros que los mismos descendientes del Cid!

—Eso es lo que averiguarémos á su tiempo, aventurero desventurado! repuso el otro, y acercándose precipitadamente al Rey, de quien era gentil-hombre de cámara, le empezó á aflojar los vestidos.

Remo

Se arremolinaron los cortesanos en torno del Rey, y viendo las miradas que todos le echaban, el Capitan se alejó, pues bien le hacian comprender aquellos cortesanos que nada les faltaba para echarle la culpa de la desgracia ocurrida á Don Juan, aunque manifiesta era su inocencia ante el pueblo reunido.

Cuando llegó el Arzobispo de Toledo al sitio fatal, mandó que se alejasen todos y sólo dejasen acercar á su amo á un hombre vestido con toscos paños, que llevaba sobre el hombro derecho un rodete de paño rojo: era el médico del Rey, sabio judío, maese mayor que fué físico de Enrique II y lo era de su hijo Don Juan. En tanto que el médico tomaba el pulso al desmayado rey y examinábale todo el cuerpo, el Arzobispo ordenó que fuesen al momento á la ciudad y trajesen prontamente una tienda de campaña con los enseres necesarios para la comodidad del monarca, y la armasen en torno suyo, temiendo, dijo, que empeorara si le movian de aquel sitio despues de tan furioso golpe. Mandó en seguida á los que estaban más inmediatos al Rey que no dijesen á nadie que habia muerto, como en efecto resultó ser la verdad, sino que fingiéndole aun vivo le hiciesen fomentaciones y vários remedios para entrener á la gente, en tanto que él mandaba mensajeros á todo el reino para advertir á sus amigos y poder ha-



cerse dueño del reino y del sucesor, el joven Don Enrique, que no contaba á la sazón once años cumplidos y estaba con su madrastra en Talavera. Para ocultar mejor la muerte de Don Juan, puso en torno de la tienda de campaña hombres callados y de su confianza, y ordenó que se hiciesen rogativas y plegarias en todas las iglesias de Alcalá para pedir á Dios la salud del Rey. Durante todo aquel día y la siguiente noche continuó la representación, publicando unas veces que ya estaba mejor, ya peor; ya fingian recados de parte del finado, ya decian que se habia desmayado y que, vuelto en sí, pedía los auxilios de la religion. Sin embargo, con la llegada de Doña Beatriz no se pudo ocultar por más tiempo la desgracia ocurrida á su esposo, y fué preciso divulgar su muerte. Ya para entónces habian llevado al infante Don Enrique á Madrid, por orden del Arzobispo, y levantando los estandartes reales le habian declarado, primero en junta privada los nobles, rey Enrique, tercero de su nombre, y en seguida lo pregonaron por todas las plazas y calles de la ciudad.

Antes de pasar adelante no estará por demas hacer un breve retrato de este príncipe. Como hemos dicho, el nuevo rey no habia cumplido once años: era de complexion tan débil y flaca, que lleva en la historia el sobrenombre de *Dobiente*, y nunca gozó de salud. Era de condicion apacible y bondadoso natural, aunque firme en sus resoluciones, lo que demostró en



breve; pues que, teniendo apenas trece años, para atajar los males que causaban los grandes, sus tutores, logró dos años despues de la muerte de su padre que las Córtes le declarasen mayor de edad, y se encargó inmediatamente del gobierno, que empezó á ejercer con suma prudencia y no ménos firmeza, como lo demuestra la contestacion que dió al Arzobispo de Santiago que deseaba seguir dirigiendo los negocios:

“Mientras fui pupilo obedecí vuestros preceptos: ahora que soy rey no dejaré de valerme de vuestras advertencias cuando fuere menester; pero tened entendido que bien conozco las obligaciones de mi cargo.”

71/0

Hasta en 7/10

~~X~~



CAPÍTULO II.

De la extraña aventura
que le sucedió al
capitán de los farfanés.

DESPUES del trágico acontecimiento que se verificó

en Alcalá y cambió el gobierno de Castilla tan violentamente, si deseamos conocer el paradero del capitán de los farfanés (que diremos de una vez será el héroe de esta relación) le encontraremos á los ocho días del suceso en no muy buena condición, aunque postrado en una cama magnífica y en aposento no ménos rico y ostentoso; lo que no impedía que sus



dolencias fuesen tan agudas, que le habian tenido privado de conocimiento por más de una semana.

El dia en que le volvemos á encontrar habia despertado de un pesado sueño y examinaba con sorpresa el lugar para él enteramente extraño y desconocido en que se hallaba. Arcos góticos primorosamente esculpidos formaban las ventanas de la estancia, á traves de cuyos cristales de colores filtraba una luz suave y misteriosa sobre los azulejos del pavimento. Los muebles eran de madera maciza, esculpidos y dorados, y los sitiales y cofres, de cuero dorado y pintado con colores vivos, representaban animales imposibles y fantásticos. Al otro extremo del aposento habia una mesa cuyas patas formaban dos ángeles curiosamente labrados, y sobre ella un crucifijo de oro macizo y un libro encuadernado, con tejido de filigrana, como la trabajaban los árabes, cerrado con dos broches que representaban dos cabezas de águila con ojos de rubí. Despues de haber hecho mentalmente el inventario de aquellas riquezas, el Capitan fijó por último los ojos en una dama en quien por lo pronto no habia reparado y que parecia ser la señora de la casa. De rodillas frente al crucifijo, sobre una muelle alfombra de Persia, con las manos cruzadas y la cabeza inclinada, cubríale en parte las mejillas y el cuello un magnífico velo de tisú de plata que la envolvía como un manto. Entre las manos tenia un sartal de cuentas de filigrana y corales y parecia orar fervorosamente en voz baja.

Nuestro doliente farfan guardó silencio largo rato mirando arrobado aquella celeste aparicion, la que recordó entónces haber visto en torno suyo ántes como en sueños, y aguardó callado que ella le dirigiese la palabra; pero viendo que la oracion se prolongaba y que ella no parecia recordar su presencia en el aposento, al fin dando voz á su impaciencia exclamó:

—Señora, ángel ó aparicion, quienquiera que seais, os suplico que no oreis más, pues más falta me hacen

á mí las vuestras palabras que oraciones á Dios y á sus santos!

Púsose en pié al momento la dama y acercándose aceleradamente á la cama del enfermo le dijo:

—Callede, callede! caballero, que el físico ha prohibido que fableis en tres dias, temiendo que la vuestra herida se empeore.

—Mal avenido sea el físico si me priva de haceros, señora, preguntas que me interesan. Decidme, por Dios, ¿quién sois, señora, y porqué estoy en vuestra casa?

—Callad, callad, que despues lo sabreis todo!

—No haré tal, que en mi aventurera vida peor ferido he sido, sin que se me prohibiera hacer mi gusto! Y en prueba de ello quiero levantarme.....

Al decir esto hizo un esfuerzo para incorporarse, pero no pudo lograrlo; y en verdad debia de estar aun bien enfermo, porque cayendo para atras sobre las almohadas, se puso pálido y amortecido, con lo que la dama bubo de llamar á várias dueñas y doncellas que estaban en la vecina estancia, para que acudiesen á darle cordiales y confortativos y volverle á la vida.

Miéntas tanto digamos en pocas palabras cómo se llamaba el Capitan, quién era y porqué le hallamos en tan triste situacion.



Gil Bayle de Cabrera era vástago de una de las primeras familias que se fueron á establecer en Baeza despues de su rendicion al rey Fernando III (el santo) en 1227. A pesar del orgullo é hidalguía de su sangre,

cuando Gil Bayle nació, en 1359, su padre no tenía más bienes que un pobre cortijo, aunque el mayorazgo su hermano era uno de los ricos-hombres más poderosos de la provincia, y sin embargo vivía tan ruímente que nunca se le vió gastar en cosa alguna, ni áun siquiera en su propio hijo, y mucho ménos en socorrer á sus parientes pobres.

El padre de nuestro héroe se había casado con Doña Feuda Bayle á quien dejó viuda cuando Gil ya era mozo formado. Repugnando éste pedirle protección al rico-hombre, su tío, vendió el miserable cortijo que había heredado, para pagar por su madre la entrada y sustento en un convento de monjas de la ciudad de Leon, su patria, á quienes pidió asilo, y él se fué con otros de sus compatriotas á lejanas tierras, acabando

por ponerse al servicio del rey de Marruecos, en cuya corte pasó los más floridos años de su juventud, y volviendo á España cargado de riquezas ganadas en Africa con la punta de su espada. Enseñado á la vida activa de los campamentos, y no queriendo vivir en Baeza al lado de parientes más poderosos que él, determinó ponerse bajo las banderas de Juan I, pero la desgracia acaecida tan á destiempo á este rey desbarató su proyecto.

Después de haber alzado del suelo al Rey, como dijimos ántes, y unídose á los farfanos sus compañeros Gil Bayle * volvió al sitio en que guardaban á aquél, para informarse de su salud, pero le recibieron todos los cortesanos con miradas tan amenazantes, que creyó prudente volverse á la ciudad, pues se veía solo en medio de enemigos poderosos y le pareció inútil arriesgar su vida tan sin provecho. Sin embargo, no quiso alejarse mucho y varias veces se presentó á poca distancia de la tienda en que yacía Juan I, hasta que viendo que caía el día y que la oscuridad era casi completa en las estrechas calles de la ciudad, se dirigió al fin paso á paso á la posada en que estaba acuartelado con sus compañeros. Iba lentamente por una solitaria callejuela, cuando oyó tras sí un tropel de gente armada; detuvo su caballo, se volvió para averiguar lo que aquello significaba y repentinamente se vió rodeado de hombres armados de piés á cabeza que le atacaron al mismo tiempo. Apenas pudo valerse de la ligera lanza que llevaba en la mano y defenderse de los que tenía más cerca, cuando sintió que le agarraban por detras dos esforzados brazos, é inerte ya le descargaron sobre la cabeza un sablazo que le rindió al suelo, y allí trataron de rematarle á puñaladas, dejándole por muerto al pié de una estatua de la

* Los antiguos españoles tomaban frecuentemente el apellido materno, usándolo ántes ó después del paterno, sin distinción alguna.

Virgen, manifiesta en un nicho en la esquina de la callejuela. Todo aquello sucedió en pocos minutos, y momentos despues la calle quedó silenciosa y sobre las piedras un moribundo bañado en su sangre. Aunque vários vecinos oyeron el tumulto y el ruido de armas, los golpes y la caída de un cuerpo pesado, nadie se atrevió á salir ni asomarse siquiera á las rejas, porque los tiempos eran tan revueltos é inseguros que

en lugar de acudir á socorrer al herido ó moribundo, trancaron sus puertas y se recogieron, pidiendo á Dios no les fuese á tocar algo de lo que afuera pasaba.

Gil Bayle permaneció toda la noche sin sentido, pero volvió en sí con los primeros albores del dia, y sintiendo pasos cerca, trató de incorporarse y pedir socorro.

Dos sombras que parecian ser de dos mujeres se le acercaron inmediatamente.

—Jesus mil veces! exclamó una de ellas. Señora mia de Guadalupe! Vea vuesa merced como hay aquí un hombre todo cubierto de sangre!

—Dejémosle, dejémosle! Doña Juana, que si nos acercamos á él puede llamarnos la justicia á tomar cartas en el desaguisado, y bien sabedes que no me conviene se acuerden de mí.

En tanto la primera que habia hablado se acercó y viendo al farfan vivo y tratando de hacerle, aunque nada se le oia, volvió á decir:

—Ved, señora, que es un guarnido mozo, y si nose le socorre á tiempo muerto y fallecido estará dentro de una hora.

La otra se acercó entónces diciendo:

—Razon teneis, mujer, en las vuestras palabras, y pecado que no tendria perdon de Dios seria que las hembras bien nacidas se alejasen del desamparado. Llamad, llamad á la puerta para que ántes de que le vean aquí le metan mis sirvientes en casa.

Prontamente salieron vários hombres de la casa inmediata y Gil Bayle volvió á perder el sentido con el movimiento, abriéndosele de nuevo las heridas. La dama que le habia protegido hizo llamar al mismo físico del Rey, el que le reconoció como el capitán de farfanés, que sin quererlo habia tenido parte en la muerte de su señor, y ademas se supo que era persona de hidalgo nacimiento y gran reputacion como valiente. Ésto bastó para que la dama se esmerase en proporcionarle cuantas comodidades se podian conseguir en aquella época en España, que era entónces la nacion más civilizada de Europa, y en donde, merced á las costumbres muelles de los árabes, se disfrutaba de mayores regalos.

que le alzarón



La dama cuidaba de la salud de su huésped, en un principio por caridad; despues se interesó más en su buena accion y le cobró cariño: ademas, este nuevo cuidado rompía la monotonía de su vida encerrada y triste, y al fin - despues de aquel dia en que él trató de hablar y se desmayó - fué tanto lo que la interesó el Capitan que ya no estaba tranquila léjos de él, ni su huésped sentia alivio sino en su presencia. No se le ocultará, pues, al sagaz lector que este diário trato entre un hombre mozo y entusiasta y una jóven bella y amable, se fuera convirtiendo en pocos dias en algo más que simpatía y amistad, y que en breve Don Amor se hiciera dueño completamente de aquellos corazones.

Sinembargo Gil Bayle no habia logrado, al cabo de quince dias de estar en aquella casa, conocer siquiera el nombre de aquella dama ni quién era; sólo le habia dicho que era viuda y libre, y que hacia poco tiempo que vivia muy retirada en Alcalá, sin tener trato con ninguna persona, deseando no ser conocida por otro que no fuese ~~maese mayor~~ el físico judío que habia recetado al Capitan en su enfermedad, el que, dijo, tambien habia sido amigo de su difunto esposo. Aunque á Gil Bayle le sonó mal que un judío fuese amigo de la casa de su protectora, como este físico era muy sabio y le trataba el mismo rey Don Juan I con las mayores consideraciones, no hizo ninguna observacion,

y se contentó con mirarla y admirarla en tanto que ella le hablaba, sin atreverse por entónces á pedirla explicaciones.

Un dia, al fin, declaró el médico judío á la protectora de nuestro héroe que ya el herido podia considerarse curado, debiendo por supuesto guardar algunas

precauciones ántes de darse por sano; precauciones y cuidados que entónces todos sabian cuáles habian de ser, puesto que si en aquel tiempo se conocian poco las enfermedades reinantes hoy, en desquite las heridas eran tan comunes como en el dia los resfrios y las jaquecas, y de resultas de éllas morian la mayor parte de los varones, tanto los hidalgos como los mercaderes, pecheros y pastores. No era, pues, extraño que las damas, las dueñas, las doncellas y hasta las religiosas supiesen confeccionar remedios caseros para curar las heridas, y nunca se acudia á los físicos y curanderos sino en casos muy graves y apurados.

Notificóle la viuda á Gil Bayle la opinion del judío, añadiendo que ella, como conocedora en la materia, le prohibia que saliese fuera de la casa hasta pasados algunos dias más.

Agradecióle el Capitan su buena voluntad, añadiendo:

—¡ Me permitireis, señora, al ménos dar cuenta á mis amigos y compañeros de la suerte que he corrido y de la buena acogida que en vuestra casa me habeis dado?.....

—No, no, de ninguna manera! exclamó ella, y un color se le iba y otro le subia al rostro.

—¡ No podré comunicarme, decís, con mis amigos?

—Hasta el dia en que salgais definitivamente de mi casa es preciso que guardéis el secreto de ella.....

—¡ Y esto porqué, señora? exclamó el Capitan; me direis al fin qué significan los misterios que os rodean y quién sois?

—Sí, contestó ella, os lo diré mañana.

—¡ Y porqué no ahora mismo?

—Quiero guardar vuestra amistad y aprecio un dia más..... temo perder vuestra estima.

—Eso será imposible! exclamó él con fuego.

—No lo asegureis, Capitan, ca non sabedes lo que pensareis mañana!

—Al contrario, desde ahora, señora mia, os juro

haceros dueño de este corazon y llevar siempre vuestros colores y divisa.

—Nada acepto, contestó ella, hasta mañana..... porque, añadió con voz turbada, no quiero que me manifesteis vuestro arrepentimiento despues de haberme escuchado.

Al decir esto le volvió la espalda para ocultar su afliccion, y saliendo prontamente del aposento no volvió á él en todo el dia.

A la mañana siguiente no entraron en el aposento del Capitan las dueñas y doncellas que hasta entónces le habian servido, sino dos pajes que le ayudaron á ves-

tirse y, en nombre de su ama, le presentaron un atavío tan completo como rico: el jubon era de tisú de grana ó hilo de plata, las calzas de terciopelo carmesí, los borceguíes eran tan suntuosos como los que causaron la muerte al Rey Enrique II, pero no estaban como aquellos inficionados de veneno; * por último, el manto ó capa que le pusieron para abrigarle era tambien de terciopelo aforrado en preciosas pieles, así como el birrete con que le cubrieron la cabeza. En suma, aquel vestido valia muchos centenares de marcos de oro y miles de *Agnus Dei*. †

Cuando Gil Bayle estuvo perfectamente ataviado, los pajes le introdujeron en el aposento en que le aguardaba el ama de la casa.

Rodeada de pebeteros y perfumes orientales, recostada entre almohadones y cojines esparcidos sobre una rica alcatija ó alfombra de colores vivos y tan gruesa como un colchon, y en un aposento aún más suntuosamente colgado y adornado que aquel que le habian señalado, encontró Gil Bayle á su protectora; y al verla olvidó todo ante la belleza de la dama, belleza que realizaban los atavíos riquísimos que llevaba con una gracia y naturalidad innatas, que demostraban lo acostumbrada que estaba á ello.

Vestia saya de raso y jubon de paño de oro, y las tocas negras y blancas que demostraban que era viuda, estaban bordadas de plata, así como el velo. De la ancha manga rodeada de pieles blancas salia un torneado brazo engalanado con ricos brazaletes de piedras preciosas, así como el collar que la caia sobre el pecho, de oro macizo y guarnecido con perlas y zafiros, y de que pendia la imagen de la Virgen con el niño en los brazos, engastada en perlas y rubíes.

—Vengo, señora, dijo él inclinándose lleno de alegría, á veros y oiros; desde ayer me habiais abandonado!

—Tomad asiento, Capitan, sobre aqueste sitio y descansad, pues aún os veo pálido.....

El valiente aventurero á quien nada arredraba ni hacia cejar, se sentia delante de su dama sin fuerzas ni valor, y tratando de serenarse se sentó en silencio y aguardó que ella le volviese á hablar. Viendo que callaba, al fin dijo:

* El rey de Granada, temiendo que Enrique II le declarase la guerra, "acordó valerse de arte y de maña para darle la muerte, y entre otros presentes le envió unos borceguíes á la morisca muy vistosos y primorosos, pero inficionados de veneno mortal. Así lo atestiguan autores muy graves: conseja á que dió crédito la dolencia que desde que los calzó le sobrevino y que en diez dias le acabó."

(MARIANA—Historia de España).

† Moneda de vellon mezclada con plata, en uso en aquella época.



- Cumplid, os suplico, con vuestro ofrecimiento.
 —Cuál?
 —Acordaros debía que prometísteis referirme hoy vuestra historia.
 —Así fué, contestó, pero os suplico que amaineis vuestra impaciencia por un corto rato.
 Volvió á callar Gil, más obediente que un cordero; pero fijó en ella la mirada con tanta insistencia y sus ojos decían tantas cosas, que hizo perder á la viuda su presencia de ánimo, y turbada dijo casi sin saber qué hablaba:
 —Callede, Gil Bayle! Callede, por Dios!
 —Yo nada os digo, contestó él; al contrario, aguardo vuestras palabras como aguardaban los israelitas el maná del cielo para no morirse..... Señora, no hagais más pruebas en vuestro rendido amador, que mi anhelo es ya ingobernable y mi natural impaciencia se rebela.
 La viuda se sonrió tristemente y empezó su relacion como se verá en el siguiente capítulo.

Hasta aquí



CAPÍTULO III. La historia de la viuda.

—BIEN sabedes, Gil Bayle, dijo la dama, con los ojos bajos y volviendo la cara para otro lado; bien sabedes cuán odiados y aborrecidos son en Castilla y en Aragon los judíos, y cómo desde tiempo atras los han mirado mal en todas partes.

—Bien lo sé, contestó el jóven, y no me admira la gran riguridad que se ha usado con esa raza maldita, pues se dice que con frecuencia acostumbran sortilegios y brujerías contra los cristianos para perderles.....

Pero me doy á entender, señora, que esta plática acerca de los judíos no es del caso en vuestra relacion..... así os suplico que empecéis sin otra interrupcion.

—Así lo haré, repuso ella suspirando, y despues de una breve pausa añadió:

—Mi padre era hijodalgo de sangre, nacido en Barcelona, y gozaba de la privanza de la reina Doña Sibila, esposa del rey Don Pedro IV de Aragon.

—Vuestro padre era, pues, hijodalgo! exclamó Gil; loado sea Dios!

—Lo habiais dudado! respondió la dama. ¿Tenia yo el aspecto pechero y ruin?

—No tal, dijo él, al contrario, y esto mismo me confundia y llenaba de aprehension..... Continuada.

—Bien, pues. En el año de 87, es decir, ahora tres años, repuso ella, murió en Barcelona, como lo debéis saber, el rey Don Pedro, y mi padre, Don Bernardo de Samenar, se vió sin saber cómo envuelto en las sospechas que se levantaron contra la reina Doña Sibila, mi señora, y se dijo que mi padre habia tenido parte en los bebedizos que aseguraban habia administrado la Reina á su esposo con miras ambiciosas. Teniendo noticia de que sus enemigos intentaban apresarla, Doña Sibila huyó ántes de que acabase de fallecer Don Pedro, pero alcanzada y apresada en el camino fué devuelta á Barcelona, en donde amenazaron darla tormento, y vários caballeros que la habian acompañado fueron degollados. Mi padre en tanto habia logrado encontrar asilo seguro en casa de un amigo..... Poco pensaba yo, cuitada! que yo era la causa de todas estas calumnias, embustes y desgracias!

—Vos, señora! y eso cómo?

—Os lo diré en breves palabras, contestó. En la córte de Aragon, y sobre todo durante el reinado de Don Pedro IV, los judíos gozaban de grandes privilegios y eran acogidos con estimacion por los príncipes y grandeza, de que hacia bastante tiempo no

gozaban en Castilla. Entre los que tenian mayores entradas en la córte estaba un judío, de profesion mercader, inmensamente rico, quien tenia un hijo jóven y apuesto que se propuso hacerme la córte y requerirme por esposa.

—A vos, señora? Vive Dios! exclamó Gil Bayle con ímpetu; el malandrin era asaz insolente! Y vos qué le contestábais?

—Decíale que una cristiana no se unia jamas á un descendiente de los verdugos de Jesucristo, y le miraba con desprecio y hacia mil desaires. Doña Violante, me dijo un dia.....

—Os llamais Violante? preguntó Gil Bayle interrumpiéndola.

—No os lo habia dicho todavía?

—No.

—Perdonadme este olvido. ¿Os gusta el nombre?

—Me parece primoroso..... Pero siendo vuestro, cualquiera seria bello para mí; hasta el de Sancha ó Urraca!

—Doña Violante, me dijo el hijo del mercader judío, que se llamaba Samuel Aldalí: me desdeñaríais aún si me hiciese cristiano?—Eso acaso, dije, impediria que fuerais judío de la judería? Entónces tanto el padre como el hijo tomaron muchísimo empeño en conquistar mi buena voluntad, pero en vano. Al cabo de poco sucedió lo que os he referido acerca de la muerte del rey, y se vió mi padre en peligro de perder la vida de esta manera: un dia me avisaron que soldados rodeaban la casa en que estábamos asilados, los cuales buscaban á mi padre para prenderle y degollarle sin otra fórmula de juicio. Estábamos en las mayores angustias cuando se nos presentó repentinamente el mercader judío, y ofreció salvar la vida á mi padre y hacerle devolver sus bienes secuestrados, con una condicion, decia él, sencillísima.—Cuál? preguntó mi padre.—Que le diese, contestó, su palabra como hijodalgo de que me haria la esposa de su hijo.—Un judío! exclamó atónito mi padre.—No! un cristiano: él ofrecé convertirse y hacerse bautizar, respondió el mercader.—Mi hija es de sangre azul! dijo mi padre.—Y el mio tendrá grandes riquezas! repuso el judío. En aquel momento se oyó el ruido de armas ya cerca y los gritos de los perseguidores de mi padre que pug-

naban por entrar. Ante aquel peligro inminente yo no pude resistir más tiempo, y adelantándome entre los dos dije, dirigiéndome al judío:—Qué sacrificio no haria yo para salvar la vida de mi padre? Salvadle, por Dios, Aldalí, y os aseguro que seré la esposa de vuestro hijo!—Lo jurais, preguntó, sobre aquel crucifijo que veo allí? y mostraba uno que colgaba de la pared.—Lo juro! repuse, poniendo la mano sobre la cruz.—Está bien, dijo el judío, y volviéndose á mi padre añadió: si ratificais la promesa de vuestra hija, salid conmigo, señor, que yo puedo presentar pruebas que os descargarán de toda acusacion.

Al dia siguiente pudimos regresar á nuestra casa con toda tranquilidad; mi padre estaba libre y gozaba de la privanza del nuevo Rey Juan I. Yo tenia, pues, de cumplir mi ofrecimiento.

—Jesus! Jesus! exclamó Gil Bayle. Vos desposásteis con el judío?

—¿No os dije que lo habia jurado?

—Válgame el cielo! ¿Y no encontrásteis un sacerdote, obispo ú arzobispo que os relevara de semejante juramento? Con un judío la promesa no era válida.

—No traté de buscarle remedio al mal, pues pensé que aquello sería una deslealtad. Aldalí abjuró pública y solemnemente del judaismo y se hizo bautizar. Pero temiendo la venganza de sus correligionarios, salimos de Aragon y nos fuimos á establecer en Sevilla despues de nuestro matrimonio. Mi esposo me trataba con tanto respeto y tan grande amor, proporcionándome tantas y tan bellas cosas, y se manifestaba sin cesar tan amante y rendido, que le perdoné hasta la conspiracion que su padre habia ideado (acusando personas inocentes, como mi padre, de la muerte del Rey Don Pedro) con el solo objeto de ponernos en situacion tan apurada que fuera imposible no acceder á sus deseos. Solamente una cosa me atormentaba: la falta de seguridad que tenia de la conversion sincera de mi esposo, y la vergüenza de haber descendido de la categoría de hidalga á la de villana, siendo esposa de un antiguo judío. Cada vez que salia Aldalí á la calle se me figuraba que debia de ser para juntarse con otros judíos y reunirse con ellos en sus sinagogas. Para colmo de angustia, me confesaba con el Arcediano de la Catedral de Sevilla, el bachiller Hernando Martínez,

quien cuando supo que era esposa de un cristiano nuevo, empezó á exhortarme (amenazándome con los tormentos del infierno si no le obedecia) para que procurase descubrir á las claras si Aldalí frecuentaba los otros judíos y si practicaba sinceramente nuestra santa religion. * Mandóme que le tuviese al corriente de lo que pasaba en mi casa; pero sus discursos eran tan violentos y terribles que cambié de confesor y no volví á frecuentar la iglesia en donde predicaba él. Mi nuevo confesor era un buen fraile, quien, al contrario, me mandaba procurase llevar á mi esposo por el buen camino con ternura, dándole buenos ejemplos pero sin manifestarle desconfianza. Sinembargo, los sermones del bachiller Martínez eran cada dia más violentos contra los judíos de Sevilla, que eran numerosos, y á tanto llegaron que la poblacion entera estaba agitada, y el Capítulo de la Catedral de Sevilla escribió al Rey Don Juan suplicándole diese algun remedio para contener al populacho, y al mismo tiempo el Arzobispo de Toledo mandó suspender al Arcediano de todo ejercicio en sus funciones eclesiásticas.

No siéndole permitido entónces predicar en las iglesias, el bachiller Martínez recorría las calles y plazas

* Hernando Martínez era Arcediano en la Catedral de Sevilla y con los sermones sediciosos que predicaba por las plazas atizaba el furor del pueblo contra los judíos, de guisa que con armas, y sin poder los jueces irles á la mano, dieron sobre ellos, saquearon sus casas y *aljamas* y les hicieron todos los desaguisados que se pueden esperar de una canalla alborotada y sin freno.

públicas, rodeado de una multitud de villanos y peche-ros, profiriendo impropérios contra los judíos y tam-bien contra los nuevamente convertidos, que, decia, cometian mil sacrilegios horribles, profanando los sa-cramentos de la Iglesia. Al fin tuvieron, tanto los convertidos como los judíos, que dejar de salir de sus casas para no ser perseguidos é insultados por el pue-blo energúmeno é ignorante.

Gil Bayle escuchaba la relacion de Violante en silencio, con los ojos clavados en el suelo y la fisonomía agitada por mil diversos sentimientos. Ella, despues de mirarle en silencio durante algunos segundos, viendo que no hacia ninguna observacion, continuó así:

*—La vida en Sevilla era un martirio y al fin logré con mil súplicas que nos fuésemos á radicar en Cór-doba. Pero á poco la fama de las riquezas de Aldalí le concitó enemigos: una mañana no quiso escuchar-me cuándo le pedia que no saliese, y pretextando un negocio fuéramuy urgente, dejó la casa para no vol-ver á ella vivo..... Viendo yo que se pasaban las horas y no regresaba, envié á mis sirvientes á buscarle por toda la ciudad: una hora despues trajéronme su cadá-ver. Le habian atravesado el corazon con una certera puñalada..... Halláronle muerto en una callejuela que daba entrada excusada á una de las aljamas † de los judíos.

—Veiste! exclamó Gil Bayle. Vuestro esposo no fué cristiano sincero!

—Esa no es mi opinion. Creo que despues de mar-tarle, algun malqueriente ó ladron, para dar color al asesinato, le llevó á ese lugar.

—¿En qué fundais vuestra opinion?

—En que se encontraron señales de sangre desde un punto cercano en el barrio de los cristianos hasta el sitio en que le hallaron mis criados. Ademas, le habian robado las joyas y los vestidos que llevaba, dejándole solamente las ropas interiores. Me quejé y pedí justicia á las autoridades; pero en lugar de pro-tegerme se me notificó por tercera persona que me aconsejaban saliese en breve tiempo de Córdoba, pues la canalla se habia alborotado y pretendia saquear mi

casa, so pretexto de que era la de un sacrilego judío que habia fingido convertirse para gozar de las inmu-nidades de los cristianos en tanto que continuaba en su religion. No me fué permitido enterrar al desgra-ciado Aldalí en terreno sagrado, y hube de comprar uno fuéram de Córdoba y cercándole con altas tápias, hacerle sepultar secretamente en aquel lugar. No

† Aljama: junta ó sinagoga de judíos.

86
podía volver á Barcelona, porque mi padre habia muerto y me daba vergüenza presentarme en mi ciudad natal en calidad de viuda del hijo del judío Aldali, y así aconsejada por maese mayor, físico del difunto rey y pariente de mi finado marido, resolví venirme á radicar en Alcalá, aunque lo más secretamente posible, porque aquí, como en casi todas las ciudades, la canalla está alborotada y pretenderia repartirse mis bienes.

Calló Violante, esperando alguna contestacion de Gil Bayle. Pero éste guardaba silencio y parecia sostener consigo mismo una reñida batalla; hasta que poniéndose en pié, pálido y demudado, dijo con voz trémula:

—Vive Dios! señora, que en verdad más hubiera valido que nada me dijerais, pues tengo de separarme de aquí para siempre.....

—Eso era lo que yo temia! exclamó ella, cubriéndose el rostro con ambas manos. ¡Pero yo en qué he faltado?

—Vos en nada! pero..... cuanto me rodea ha pertenecido á un judío, á un descendiente de los deicidas, al hijo de los réprobos que asesinaron á nuestro Salvador.

—¡Gil Bayle, sois un ingrato!

—No soy ingrato, Doña Violante, y con gusto os daria mi vida; pero mi honor pertenece á mi raza y familia.

—¡Quién os pide vuestro honor? preguntóle ella con altivez, mirándole al traves de lágrimas que empezaban á secarse en los ojos.

Gil Bayle se adelantó algunos pasos y postrándose á los piés de la dama, dijo:

—Os amo, Violante, más que mi vida, y tenia el propósito de ofreceros la mano de esposo y mi proteccion..... pero en vuestra relacion he visto que renunciásteis á vuestro nacimiento hidalgo para casaros con un judío, es decir, peor que con un villano..... y un hidalgo no puede - no le es permitido - aliarse con quien no lo es.

—¡No os dije que perderia vuestra amistad!

—Perdon, Violante, y..... adios!

Ella se dejó caer desplomada sobre la alfombra y almohadones que cubrian el pavimento, sin contestar.

Gil Bayle la miró con angustia y levantándose vacilante se dirigió á la puerta del aposento, cuyo dintel atravesó haciendo un esfuerzo, y, sin mirar hácia atras, volvió á la estancia en que habia permanecido durante su enfermedad. Allí llamó á los pajes que le sirvieran ántes y pidióles las ropas que tenia puestas cuando Violante le recogió en la calle, quitándose el rico vestido con que le ataviaron aquella mañana. En seguida ciñóse la espada y tomando el birrete maculado que tenia puesto la noche en que le apuñalearon, salió de la casa de su protectora, y con dificultad, pues estaba aun muy débil, se dirigió al cuartel de los farfanos, sus compañeros de armas.

hasta aquí



CAPÍTULO IV.

El orgulloso hidalgo de Baeza.

A PESAR de su orgullo y soberbia, Gil Bayle amaba con intensa pasión á la viuda de Aldalí y no podía resignarse á perderla tranquilamente; así consultó á varios eruditos en la materia acerca de la posibilidad de casarse un hidalgo con una villana, y obtuvo tan desalentadoras contestaciones, que para distraer su pesar quiso ir á Baeza con el objeto de descubrir si por allí podría comprar unas tierras con los tesoros que había granjeado entre los infieles, resuelto á retirarse del ejercicio de las armas, pues su nueva pasión le impediría cumplir sus deberes con bastante abnegación. Tampoco deseaba favores en la corte, puesto que tenía seguridad de que las heridas que recibió habían sido consecuencia de la buena acogida que le hiciera el difunto rey, la que envidiada por el que desde un principio le miró mal, motivó el recurso á la traición para sacarle del medio. Además, su carácter altivo no podía acomodarse sino entre gentes que le obedeciesen sin replicar, y siendo impaciente y poco sufrido, la corte era lo peor que podía buscar si quería mantenerse vivo.

En Baeza encontró grandes nuevas: su tío, el mayorazgo de los Cabrerías, había muerto dejando cuantiosas riquezas, y su primo, el inmediato heredero, aguardaba el regreso de Gil Bayle á su patria para pasarle la herencia é irse, como peregrino, á Tierra Santa, en donde debía pasar el resto de su vida como Caballero Hospitalario de San Juan, haciendo penitencia en bien del alma de su difunto padre. Contábase entre los sirvientes y paniaguados de la casa, que pocos días después de muerto el mayorazgo se le había aparecido á su hijo en tristísima situación, suplicándole le librase de las penas del purgatorio en que yacía, y en donde permanecería indefinidamente, si su hijo no dedicaba su vida á rescatarle. Este fué, según se dijo, el motivo que tuviera el jóven para tomar una resolución que parecería extraña é inverosímil en nuestros días, pero que era enteramente natural en aquella época en que hasta los herederos de los tronos se hacían monges y renunciaban á los reinos de este mundo para conquistarlos en el otro.

De ninguna manera se opuso Gil Bayle á la buena idea de su primo, y sin hacerse de rogar aceptó los bienes que éste le dejó al tiempo de partir para Tierra Santa. Distrájose en un principio nuestro héroe administrando sus ricas haciendas, y con los caudales que había amontonado el tío durante su vida labró casas magníficas y un suntuoso palacio al lado de la Catedral de Baeza, sobre cuya portada se veían aun sus armas en el siglo antepasado.

Quando vió concluida su espléndida habitación, en la que competían los mármoles con las alcatifas ó alfombras de Persia, las columnas de jaspe, los azulejos y el pino primorosamente trabajado por artistas árabes, asombróse él mismo ante tantos tesoros de buen gusto, pero no se sintió satisfecho y quiso aumentar el esplendor de su morada. Como había vivido largo tiempo entre los árabes, había aprendido á llevar una vida muelle que siempre han desdeñado los españoles de raza gótica, por lo cual labró en sus aposentos de verano frescas fuentes de agua perfumada con olorosas flores, jardines deliciosos, divanes de ricas telas en los cuales se hundía el cuerpo entre almohadones, y techos y artesonados que brillaban con magníficos dorados y labores hechas con piedras de

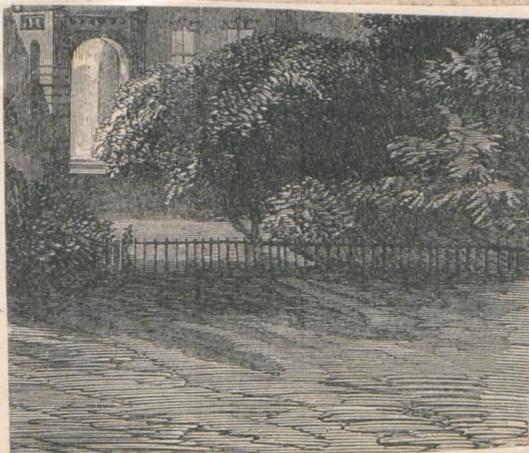
vários colores, así como los pavimentos se componían de diversos mármoles. Las pesebreras estaban repletas de potros de raza árabe y andaluza de lo mejor que podía hallarse en toda España, y su jauría no tenía igual en toda la provincia. Iban á visitar su casa, como cosa de curiosidad, desde Jaen y Ubeda y áun de

19
89

Córdoba y más léjos; pero lo que más llamaba la atención era su armería, muy completa y que encerraba una colección asombrosa de armas tanto españolas como italianas y moriscas. En cuanto á sus joyas y atavíos, no los tenía iguales ni el príncipe más poderoso. Su orgullo crecía á medida que causaba mayor admiración entre el vulgo de parásitos que naturalmente le rodeaban. Jactábase de que sus pesesiones eran tan vastas que podía cazar en ellas sin abandonarlas un momento durante tres dias, corriendo sin cesar por montes y por valles, puesto que se extendían entre el rio Guadahemar y el de Guadalén, Castillo Viejo y Bayle.

En su cortijo principal y el más cercano á Baeza tenía molino de aceite y cosechaba abundantemente vino, trigo y várias frutas. En sus dehesas tenía mucho ganado vacuno y lanar, y en los vecinos montes abundaban los jabalíes, ciervos, liebres y conejos.

No sabiendo cómo manifestar sus riquezas y deseo de extenderlas, se le ocurrió mandar poner en grandes letras sobre la portada principal del cortijo el siguiente letrero, que no dejó de escandalizar á las gentes sensatas:



*“ De rio á rio todo es mio;
Esta tierra es de Gil Bayle
Que no morirá de sed ni de hambre.”*

Salióse un dia del cortijo con dos hermosos perros alanos corpulentos, fuertes, bien nutridos, de hocico romo y arremangado y erguida cola, y púsose á pasear bajo una alameda de árboles que habia cerca del camino real, y desde de la cual se podia distinguir el arrogante letrero que ostentaba la portada.

Caía la tarde ya y pensaba Gil Bayle en volver al cortijo, cuando se presentó á deshoras por el empolva-



do camino un fraile dominicano que caminaba trabajosamente arrimado á una caña é iba acompañado sólo por un perrillo. Aunque el fraile parecia jóven estaba demacrado y flaco, y poco más ó ménos su perrillo se le parecia en la poca lozanía y el cansancio que demostraba. Apenas hubieron visto desde léjos á su flaco semejante, cuando los perros del señor de Cabrera se enderezaron y gruñeron desdeñosamente, pero viendo que el otro se acercaba poco á poco en pos de su amo, se levantaron de repente y se lanzaron sobre el mísero perrillo como dos flechas despedidas de un arco bien templado.

—Llamad, llamad vuestros canes, caballero! gritó el fraile viendo el peligro que corria su raquítico compañero. Y como éste no se dignara hacerle caso, añadió:

—Mirad, señor, que despedazarán á mi perrillo.

—Ja, ja, ja! rió Gil Bayle insolentemente. Dejad, hermano, que mis alanos levanten una caza nueva, y si os matan vuestro miserable y ruin animalejo, en cambio os daré dos de los muchos que tengo.

—No digais tal, el hidalgo, que yo no quiero si-

no éste. Y en tanto trataba de defender á su perrillo que gemia ocultándose detras de su amo.

—Caballero, volvió á decir el fraile con una voz muy suave pero clara; ¿no os han enseñado acaso que el cristiano es compasivo con todo sér viviente que ha salido de las manos del Creador?

—Voto á bríos! buen fraile! qué me importará á mí la vida de un mezquino can?

En tanto el fraile habia fijado su luciente mirada en los dos alanos, los cuales, ora fuesen tan cobardes cuanto gordos y tuviesen miedo al bordon que el fraile llevaba en la mano, ó fuese que en aquella mirada hubiese alguna ignota influencia, lo cierto es que dejaron caer las colas con humildad, en lugar de despedazar al perrillo, agacharon las orejas y haciéndose á un lado se fueron á echar á la vera del camino.



✓ Gil Bayle que no comprendía aquel nuevo capricho de sus perros, exclamó con rabia:

—¿Qué maleficio habeis hecho á mis canes, miserable fraile!

—Maleficio no, caballero, contestó el fraile con calma; roguéles en nombre de Dios que no maltrasen á mi compañero de viaje..... y vuestros soberbios perros se alejaron.

Gil Bayle no contestó sino que volvió la espalda, miéntras aquel acariciaba á su acobardado animalillo.

—¿Vuestro es aquel cortijo? preguntó el fraile sin cuidarse del evidente desprecio con que el hidalgo le trataba.

—Sí, contestó el otro secamente.

—¿Pésame, el hidalgo, pésame que así sea!



Amg -

* San Vicente Ferrer nació en Valencia en 1357. Predicó en toda Europa, convirtiéndolo, según dicen, 35,000 judíos. Murió en Yannes (Francia) en 1415, después de haber hecho extraordinarios milagros.

—¿Y eso porqué?

—Porque el orgullo perdió á Luzbel, y este os perderá, señor, si no cuidais de enmendaros.

—Yo enmendarme!

—Sí, vos. ¿Os figurais acaso que si Dios lo tiene decretado no podriais morir de sed y de hambre?

—Mentis, fraile; os equivocais tristemente! gritó Gil Bayle enfurecido.

—No os enojeis, que mis intenciones son buenas.....

—Salid, fraile malhablado, de mis tierras; de lo contrario os puede suceder algún desaguisado, pues tengo prohibido que se mendigue en mis propiedades.

—Escuchadme primero, el hidalgo, que despues me podeis castigar si lo teneis á bien.

Pero Gil Bayle se negó á ello y llamando á sus alanos entró aceleradamente por la portada, sin querer hacer caso de las palabras del fraile. Este le miró alejarse con grandes demostraciones de pena, pero viendo la inutilidad de sus ruegos se alejó, prosiguiendo su camino y orando en voz baja.

—Que la peste le caiga al fraile de mal agüero! decia entre dientes nuestro héroe, mirando de reojo á sus perros que le seguian cabizbajos y acobardados. Y, aunque á sí mismo no se lo confesase, se sentia asaz turbado y mohino sin saber porqué.

Como média hora despues de haber vuelto á la casa se le presentaron multitud de gentes á pié y á caballo y todos, caballeros y villanos, preguntaban con interes si no habian visto pasar al bendito fraile dominicano Vicente Ferrer, — el famosísimo predicador, gran lumbrera de España, honor y prez de Valencia, su ciudad natal, — quien se les habia escapado de enmedio cuando le llevaban con todo honor y cuidado á Jaen, en donde debia de hacer mision: se les habia escapado para seguir á pié por aquel fatigoso camino con el objeto, dijeron, de hacer penitencia y manifestar su humildad y mansedumbre.

Habiéndoles contestado nuestro hidalgo que efectivamente hacia poco rato que habia visto pasar un fraile dominicano por aquel camino, ellos continuaron su marcha en pos suya y él se quedó grandemente turbado, pues era fama que fray Vicente Ferrer tenia el dón de profesia, y éste le habia dicho que si no se enmendaba, bien podia castigarle el cielo á pesar de todo su orgullo. Ademas, le remordia la conciencia al recordar el soez trato que habia dado al santo varon, á quien dispensaban los mayores honores reyes y emperadores, invitaban los papas á su córté y pedian consejo los concilios.*

Obedeciendo al primer impulso quiso mandar enjazar un caballo prontamente para alcanzar al fraile y pedirle perdon; pero su maldito orgullo le impidió hacerlo y prefirió quedarse silencioso en su casa, aunque interiormente agitadísimo, más bien que pasar

por la humillacion de satisfacerle públicamente, como de pronto lo habia pensado, para conjurar el castigo que podria sobrevenirle con motivo de su irrespeto para con los escogidos de Dios.

Despues de su encuentro con el fraile empezó Gil Bayle á fastidiarse muchísimo enmedio de sus riquezas y ostentacion, y el recuerdo de Violante se le presentaba más y más frecuentemente, de suerte que dormido y despierto se soñaba con ella. Para desechar esta memoria atormentadora quiso buscar la sociedad de las mujeres más bellas de Baeza y sus alrededores; pero en vano trató de amortiguar aquel recuerdo encantador: en vez de olvidar á la viuda del judío, su imagen hacia que todas las mujeres le pareciesen desagradables, no obstante su persuacion de que le era indispensable casarse para tener un heredero de su nombre y riquezas. Pero aquellas salas espléndidas, aquellos suntuosos muebles, los jardines y todo lo que habia en su magnífica morada lo habia mandado hacer pensando en ella, y parecíale un sacrilegio hacer dueño de todo esto á una mujer á quien no pudiera amar.

Así por días iba creciendo su insufrible inclinacion á la tiranía, y manifestaba su despecho y ánimo descompuesto cometiendo toda suerte de tropelias é injusticias con los desgraciados que moraban en sus tierras y tenia bajo su dominio, hasta que su confesor se atrevió á reconvenirle por su conducta que ya nadie podia soportar; y cuando el buen fraile esperaba que se le enfureciese y prorumpiese en improperios, vió con asombro que se cubria la cara con las manos y que rasgando su pecho los sollozos, exclamaba con violentos movimientos:

—Sí, padre, tenéis razon; soy un desgraciado, y no sé hasta dónde llegaré en mi desesperacion y frenesí, si remedio no se pone. En seguida le refirió el combate que tenia que librarse á sí mismo á toda hora y la situacion en que se hallaba su corazon, manifestándole que no habia podido lograr en cuatro años de ausencia sufocar aquel loco amor por la viuda de un judío.

Estávoase meditando largo rato el fraile acerca de lo que Gil Bayle le habia confiado, y al fin le preguntó si tenia seguridad de que Violante no le habia



olvidado tampoco.
—Retraida y afligida vive, contestó el de Cabrera; en mí piensa, y segun entiendo no hay sacrificio que por volverme á ver á sus piés no hiciera.
—¿ La habeis visto recientemente?
—Nunca, desde el dia en que me refirió su historia, como ya os lo he dicho. La dueña de su mayor confianza la espía en mi nombre.

21
93

—¿Decis que por vos Doña Violante haria cualquier sacrificio?

—Así lo creo,

—Menester seria que ella os amase mucho para pasar por una prueba que en semejantes casos se ha hecho para limpiar el manchado honor.

—¿Es decir, exclamó con ímpetu Gil Bayle, que puede restituirse á su antigua hidalguía el que una vez la ha mancillado?

—Hay un remedio.....

—Hablad, por Dios!

El fraile entónces habló largamente con Gil Bayle, y éste, despues de oirle, partió inmediatamente para Alcalá de Henáres. Las consecuencias de este viaje las verá el lector en el próximo capítulo.

Hasta aquí.



CAPÍTULO V.

La rehabilitacion.

La ciudad de Córdoba, que fué tal vez la más rica de todo el imperio musulman en España, está situada en el seno mismo de la alta Andalucía, y goza de todos los encantos que esa provincia ostenta con una profusion maravillosa. Sentada en la base de las últimas faldas de la Sierra Morena, bañada por el magnífico é histórico rio Guadalquivir, la ciudad tenia en el siglo XIV una forma cuadrada; rodeábanla aun los huertos y jardines que tanto amaban los árabes, y no presentaba todavía el aspecto triste y decaído con que hoy ostenta tantas ruinas maravillosas. Tomada á los árabes por el rey Don Fernando III en 1236, es decir, 156 años ántes de nuestra historia, la ciudad habia perdido mucha parte de su brillo, pero no de su imponente belleza. Una de las principales salidas de la ciudad era por el barrio de Ajarquía, atravesando un puente hermosísimo de sillería con 16 arcos, el que estaba en mejor estado de reparo que hoy.

Pocas semanas despues de aquella conversacion que en el anterior capítulo mencionámos entre Gil Bayle y su confesor, una mañana de Mayo, al rayar el dia, atravesaba el soberbio puente sobre el Guadalquivir, á la salida de Córdoba, un grupo compuesto de varias personas, las que se detuvieron un momento simultáneamente para contemplar el imponente paisaje que



se les presentaba. Un edificio estupendo se levantaba al terminar el puente, por el lado de la ciudad: era éste el antiguo Alcázar de los reyes moros, que se convirtió despues en palacio de la Inquisicion; más cerca, varias ruinas de edificios moriscos, y al otro lado del puente, por el lado del campo, se veia una ruina de portada hecha por los romanos y una torre morisca; cercaban las orillas del rio suntuosos palacios y torres que demostraban á las claras lo que habia sido aquella ciudad desde los tiempos antiguos. Por enmedio de esos monumentos corria el Guadalquivir, y en los campos fertilizaba los terrenos más ricos de España. El cielo estaba azul y despejado y formaba contraste con las oscuras sierras, á lo lejos, y las medio derruidas y negras murallas de la ciudad. Los campos que se avistaban en lontananza estaban cubiertos de frescas arboledas de naranjos y granados y anchos olivares y viñedos, por enmedio de los cuales serpenteaba el camino que tomaron los paseantes á que aludimos.

El grupo se componia de cuatro mujeres y cuatro hombres; las primeras vestian sencillamente y una de ellas llevaba la faz cubierta con un espeso velo negro y se apoyaba en el brazo de una dueña de edad madura; seguíanlas dos doncellas jóvenes, y dos pajes, que parecían pertenecer á alguna casa rica, llevaban por turnos un extraño y anguloso objeto oculto entre paños burdos. Adelante iban caminando pausadamente y departiendo entre sí dos frailes franciscanos, los cuales habian dejado á la entrada del puente sus mulas enjaezadas, cerca de la litera que tambien habia llevado á la dama velada hasta aquel punto.

Habrian caminado unas tres ó cuatro cuadras fuera de la ciudad por el pintoresco camino cuando, despues de pasar un olivar, llegaron á un cercado de altas tapias, cerrado con una puerta gruesa y segura. La dama se estremeció y dió un paso atras al llegar á aquel sitio, pero en seguida levantó con nerviosos movimientos el velo negro que la cubria la cara y velábale parte del talle, descubriendo la bella pero pálida y agitada fisonomía de nuestra amiga Doña Violante de Samenar, viuda de Samuel Aldalí.

—¡ Llegamos ya, Doña Violante? preguntaron ambos frailes acercándose al cercado de tapias.

—Sí, contestó ella en voz baja; y mirando en torno

suyo como si buscase alguna cosa, añadió: abrid esa puerta, padre, que la llave la teneis.

Uno de los frailes metió la llave en la cerradura y la torció con dificultad, pues estaba mohosa, y despues de muchos esfuerzos al fin logró abrir la pesada puerta del cercado de tapias.

Al rechinante són de la cerradura mohosa y al descarrar el pesado cerrojo, se presentó al lado de la tapia un hombre que habia permanecido oculto detras de



los inmediatos árboles, y bajando el albornoz que le cubría parte de la cara descubrió la altiva fisonomía de Gil Bayle, quien saludó de lejos y en silencio á Doña Violante y á los dos frailes. Apoyóse casi desvanecida la dama sobre el brazo de una de sus doncellas, en tanto que los demas entraban en el recinto cercado, ménos Gil Bayle, quien miraba sin pestañear á Violante, la que merced á aquella poderosa influencia volvió á cobrar suficiente ánimo para penetrar tambien por la puerta en el cercado, siguiéndola el caballero á cierta distancia y en silencio.

Apénas hubieron entrado todos los circunstantes, cerraron por dentro la puerta y acercándose la dueña á su señora le quitó el velo negro y el manto, y ésta,

recibiendo de uno de los sirvientes el objeto que habian llevado oculto, y ayudada por las otras dos doncellas, se lo acomodó bonitamente sobre las espaldas..... ¡Qué era, pues, ese objeto anguloso? preguntará el curioso lector, y yo casi no me atrevo á decirle que era una *albarda* completa con sus correas, hebillas y demas jaeces.

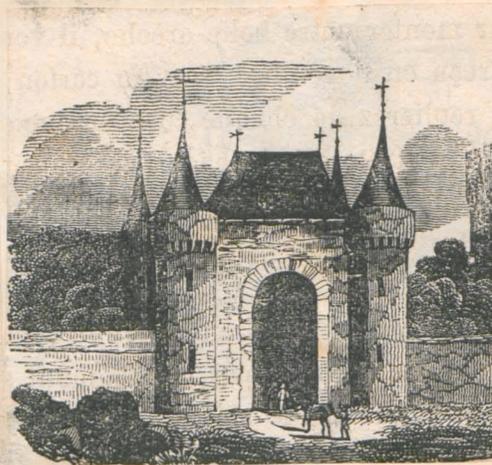
Un relámpago de alegría cruzó por los ojos de Gil Bayle cuando vió que Violante no se oponia á tan degradante adorno y que, con paso seguro y acelerado, se encaminó hácia el medio del recinto cerrado y se allegó sin vacilar á una losa de mármol negro, señoreada por una cruz igual, sobre la cual se leian las siguientes palabras con letras blancas:

YACE AQUÍ SAMUEL ALDALÍ,

CONVERTIDO EN 1387.

MUERTO ALEVOSAMENTE EN 1390.

Era ésta la sepultura del esposo que todo lo habia abandonado por ella: familia, religion, patria y hasta



su vida. Violante se adelantó con pasos firmes, pero al acercarse más tembló visiblemente, miró á los que la rodeaban con turbados ojos y dijo entre dientes:

—Dios mio! Dios mio! dadme fuerza, valor.....

—Doña Violante! exclamó Gil Bayle, aquí estoy yo, no lo elvide vuestra merced.

—Que Dios me perdone, dijo ella con amargura, si lo que hago no es generoso!

Y tomando al mismo tiempo la albarda con entrambas manos la descargó sobre la tumba misma, y dando con ella tres golpes exclamó con voz clara:

—Villano; toma allá tu villanía, que yo quiero aco-germe con mi fidalguía!

Y dejando la albarda sobre el sepulcro, la faz roja, los ojos llenos de lágrimas y la cabeza inclinada, Vio-

lante se dirigió hácia la puerta de salida. * Al llegar allí se le acercaron las doncellas y la dueña, la cubrieron con unas ropas de terciopelo con flecos de oro y la pusieron sobre la cabeza un magnífico velo de tisú de plata que la ocultaba como una brillante nube: eran las insignias de su ya recuperada hidalguía.

Entretanto Gil Bayle, que habia permanecido en parte embozado con una especie de albornoz con su capilla, Gil Bayle, repito, tiró léjos de sí el albornoz y se acercó á Doña Violante, ricamente ataviado con sayo de seda recamada de oro; la espada al cinto y una beca con chías luengas, las que á manera de turbante le rodeaban la cabeza y dos puntas le bajaban por el cuello: una más larga por la espalda y otra hácia adelante, la que le servia para embozarse y taparse cuando lo tenia á bien. Este atavío no lo podian usar sino los hidalgos y personas de autoridad.

Gil Bayle puso una rodilla en tierra frente á Doña Violante y díjola:

—Señora Doña Violante, hijodalga y descendiente de los condes de Samenar, aquí permaneceré á vuestras plantas, señora, hasta que delante de testigos me prometais dar vuestra mano de esposa á este vuestro muy rendido servidor.

—Levantáos, señor, dijo ella entregándole su mano;

estáos de pié, pues yo de buen grado (ya que recobré mi perdida fidalguía) ofrézcoos casarme con vos, aquí delante de vuestro confesor y el mio.

—¿ No teneis, pues, ningún inconveniente en que el matrimonio se haga inmediatamente? preguntó uno de los frailes.

—Ninguno,

—Vámonos entónces, dijeron éstos, que se hace tarde y en la iglesia de nuestro convento nos esperan ya.

Violante mandó cerrar la puerta del recinto en que yacia su infortunado esposo, y acercándose á la litera que la aguardaba en el camino se dirigió á la ciudad. Seguía la Gil Bayle caballero en una hermosa hacanea de pura raza árabe que varios mozos de espuela le habian llevado, y tambien se encaminó á la ciudad sirviendo de escolta á la litera. En pos de este grupo iban los dos frailes cabalgando dos mulas mansas y despaciosas, pero seguras y de suave paso.

* Véase la introduccion de la Geanología del Nuevo Reino de Granada, por Don Juan Flóres de Ocariz, en donde habla de esta extraña manera que usaban antiguamente las hidalgas que casaban con villanos, cuando querían recobrar la pérdida hidalguía.





CAPITULO VI.
 Fiestas justas, pasos honrosos
 y regocijos.

A su vuelta á Baeza con su esposa el señor de Cabrera quiso celebrar su enlace con grandes fiestas cuya fama se extendiera por toda la tierra española.

24
99

Costeó, en primer lugar, unos juegos de cañas y de toros públicos, con músicas y momos, que llamaron la atención de todos los ricos-hombres é hidalgos en muchas leguas á la redonda y atrajeron una gran concurrencia á Baeza. Pero desgraciadamente Gil Bayle se manifestó tan arrogante y se dió tanta importancia, que nadie le agradeció ninguna de aquellas cosas, retirándose de los torneos muchos hidalgos, disgustados con su orgullo extremado y génio poco sufrido.

Cuando hubieron concluido los regocijos públicos organizó el señor de Cabrera una vida de fiestas y banquetes diarios, cacerías y paseos que escandalizaron á todos los habitantes de Baeza, los que no estaban enseñados á aquellas prodigalidades. Pero á pesar de las larguezas y gastos extraordinarios que hacia, Gil Bayle no alcanzaba á gastar todas las rentas acumuladas de lo que él habia ganado en tierras extrañas, la herencia de su tío y la gran dote que le habia llevado Violante. En los primeros dias de su matrimonio

Violante habia querido renunciar á las riquezas provenientes del difunto Aldalí, pero Gil Bayle le probó que si deseaba manifestarse generosa con el judío, bastábale fundar una ermita en las inmediaciones de Córdoba y una capellanía para que se dijeran misas diarias por el alma del finado, por si acaso estaba en el purgatorio; añadiendo que si no estaba allí ninguna caridad se le debía, ni habia para qué volverse á acordar de un infiel. Enteramente satisfecha con aquella transacción con su conciencia, Violante siguió el consejo de su esposo vivo, y entregándose á las diversiones olvidó completamente al esposo muerto. En la morada de Gil Bayle veíanse á toda hora las mesas puestas en los comedores, cenadores y refectorios, cubiertas de ricas vajillas de plata y oro para obsequiar á los numerosos amigos y conocidos que sin cesar frecuentaban la casa y hacían uso sin escrúpulo de los exquisitos manjares, vinos generosos, aguas frescas, dulces y selectas frutas que allí encontraban en abundancia. Como si fuese un convento, habia varias cocinas, y en sus hornos, siempre calientes, se asaban por turnos ricas y aliñadas tortas, sabrosos bollos y carnes que se distribuían no sólo á los que frecuentaban la casa y á los sirvientes y paniaguados, sino también á cuantos mendigos tuvieran á bien presentarse á la puerta. Además, para la hora de la comida asaban, ensartados en grandes picas de hierro (que maniobraban algunos perros enseñados para el caso) cábritos enteros, piernas de venado, conejos, liebres y aves domésticas y de cacería. Las despensas estaban siempre repletas de selectas viandas, con tanta profusion que al verlas cualquiera hubiera dicho que aguar-

daban algun sitio prolongado ó esperaban la llegada de algun ejército. Las bodegas ostentaban no solamente muchas clases de vinos españoles, sino tambien italianos y griegos, los que se repartian á cuantos parientes, amigos, allegados, sirvientes y convidados deseaban probarlos.

La capilla era la pieza más suntuosa de aquel palacio, y en ella se decian dos misas diarias y algunas veces predicaban los capellanes encomiando la humildad y mansedumbre, sin que aquello fuese escuchado por el hidalgo, el cual sólo pensaba en ostentar su orgullo que ya no tenia límites; y la tiranía que ejercia sobre sus vasallos y pecheros era temible y hasta entónces desconocida en Baeza.

Desde ántes de salir el sol los patios de la morada de Gil Bayle estaban repletos de escuderos, pajes, caballeros, domadores de potros, monteros y doncellés que se ejercitaban en juegos de lanza, mientras que los sirvientes y villanos se entretenian jugando á los bolos, al tejo, á los moros y cristianos &c.

En medio de este bullicio aullaban y ladraban innumerables perros de cacería en torno de los caballos y yeguas de raza escogida, las mulas y los burros de carga, los que tambien servian para los que no eran hidalgos de nacimiento y para los frailes que, habiendo hecho voto de pobreza, tenian prohibicion de montar á caballo y cuando más debian aceptar un burro ó una mula, si el viaje era algo lejano y ellos no eran robustos.

Entre tanto las damas y doncellas permanecian en el interior de la casa, pero no ya, como entónces se usaba, haciendo labor, rezando devóticamente y ocupándose en faenas caseras; sino entretenidas cantando, tañendo y estudiando nuevas músicas con los juglares de profesion importados de Provenza y Aragon. Todo el dia y parte de la noche resonaba aquella casa con suaves trovas, romances dulces y amorosos, gayas cántigas y coplas con estribillo, declamaciones dialógadas, al són de templados rabeles, moriscas guitarras, odrecillos traídos de Provenza, vihuelas y otros instrumentos desconocidos todavía en España y que se usaban ya en las naciones del sur de Europa. Alternaban los cantos con alegres danzas en torno de las fuentes de los patios y aposentos embaldosados con mármoles, azulejos y ricos mosaicos de estructura arábica.

Un dia se dijo delante del señor de Cabrera que en la casa de los arzobispos de Toledo se acostumbraba sustentar diariamente á treinta pobres.

—¿A cuántos se sustentará en mi casa? preguntó él, dirigiéndose al despensero mayor.

—Dos veces por semana, le contestó, vienen á la puerta más de treinta mendigos á quienes se les distribuyen las sobras de las mesas, sin contar con algunos que vienen todos los dias.

28
102

—De aquí en adelante, exclamó el arrogante rico-hombre, no dareis diariamente de yantar á ménos de cuarenta pobres; pero es preciso que se les vea á todos juntos en la puerta, ca quiero que se manifieste que mi renta es mayor que la del Arzobispo de Toledo, y que mi generosidad ó largueza es más grande que la de Enrique *el dadivoso*, abuelo de nuestro rey.

—Y bien haceis, señor, en no citar á nuestro presente Don Enrique, sino á su abuelo, dijo á la sazón fray Diego (el confesor y capellan de Gil Bayle), puesto que dicen que el actual monarca está más pobre y necesitado que el menor de sus hidalgos y privados.

—Cómo así? preguntaron varios de los circunstantes.

Entónces el buen fraile les refirió la siguiente anécdota, sucedida por aquellos dias, pero que no hemos querido poner en boca del capellan para no hacerla más larga y prolija de lo que conviene.

Habiendo Enrique III, *el doliente*, tomado las riendas del gobierno cuando apenas contaba catorce años, sus tutores, que deseaban tenerle siempre en pupilage, no le dieron cuentas ningunas y pretendian seguirle tratando como á un niño. Sucedió que estando en Búrgos, en los principios de su reinado, salió un dia á cazar codornices al campo, y á su regreso no encontró cosa alguna que cenar en su posada. Preguntóle al despensero lo que aquello significaba, y éste le contestó que no habia ningun alimento que poderle dar, porque aquel dia no habia un maravedí en la caja real; y ademas, que el Rey no tenia ningun crédito en la ciudad, porque se sabia que la real hacienda se hallaba en un estado deplorable de pobreza. Asombróse Don Enrique con aquella noticia; pero sin hacer ninguna observacion mandó que llevasen su capa de viaje á la vecindad para que sobre ella le comprasen un trozo de carnero, con el que, en union de las aves que habia cazado durante el dia, le aderezasen una modesta cena.

Avergonzado el despensero mayor con la miserable pitanza que presentaba al Rey su señor, no consintió que los gentiles-hombres y pajes de la córte vieran semejante pobreza y quiso servirle en persona. Durante la comida el Rey entró con disimulo en pláticas con el despensero, quien le dijo que muy diferente deberia de ser aquella noche la cena en casa del Arzobispo de Toledo; pues este y varios duques, condes y marqueses, con unos cuantos ricos-hombres y señores de la córte real, se juntaban por turnos en sus casas para asistir á suntuosos banquetes, gastando en aquello todo el dinero que habian economizado durante la menor edad del Rey, y haciendo uso de las rentas que sobre el erario ó la caja del mismo se habian señalado.

Enrique no hizo ninguna observacion acerca de lo que habia descubierto; pero cuando hubo cerrado la noche se disfrazó y embozado se fué á la sala del festin, en donde sin ser notado vió por sus propios ojos la abundancia de los manjares, los vinos exquisitos y la ostentacion que cada uno de los concurrentes hacia de las rentas que tenia y las pensiones que le tocaban de las cajas reales.

A la mañana siguiente hizo llamar Don Enrique á todos los que habia visto en el banquete, y despues de haberles hecho esperar largas horas en las antesalas, al fin se presentó, con la espada desnuda en la diestra y armado de todas armas. Asombrados los cortesanos le rodearon en silencio, miéntras que el Rey tomaba asiento en su trono, mirán道les con aspecto fiero.

—¿Cuántos reyes habeis conocido en Castilla? preguntó al fin dirigiéndose al Arzobispo de Toledo.

—Cuatro, contestó éste.

En seguida hizo la misma pregunta á todos los de-

mas cortesanos. Unos decian que habian conocido dos, tres, cuatro, y el más viejo dijo que cinco.

—¿Cómo puede ser así, replicó el Rey, cuando yo de la edad que soy, menor que todos vosotros, he conocido no ménos de veinte reyes?

Ninguno comprendió lo que aquello significaba, hasta que Don Enrique añadió:

—¿Acaso vosotros no sois todos reyes en grave daño del reino?... Pero yo haré que el reinado no dure mucho, ni pase adelante la burla que nos haceis!

Y haciendo una señal convenida se abrieron repentinamente las puertas del salon y se presentaron en él 600 soldados bien armados y apercebidos, y con ellos el verdugo y sus secuaces que llevaban el tajo, la cuchilla y demas instrumentos para hacer justicia.

Confusos y suspensos los cortesanos se precipitaron á los piés del Rey, y confesando sus culpas y dando cuenta de sus rapiñas le pidieron perdon y ofrecieron devolverle cuanto le habian quitado de sus rentas; como pensiones, castillos y fortalezas que, durante la tutela de Enrique y con insigne osadía, se habian apropiado, dejándole á la verdad en la miseria.

Sin embargo el Rey no les perdonó la vida, sino cuando hubo recibido con documentos los bienes y rentas de la Corona, teniéndoles presos en su palacio dos meses. * Este rey fué el que dijo: "Más temo las maldiciones de mi pueblo que las armas del enemigo." Y como era severo con los grandes y blando con los pobres y desvalidos, cuando murió fué muy sentido por todo el reino.





Hasta aquí.

CAPÍTULO VII.

Quien bien tiene y mal escoge, del mal que le venga no se enoje.

UN año despues de su matrimonio Gil Bayle tuvo la satisfaccion de verse representado en un heredero, que debia serlo de su nombre y riquezas, y pocos dias despues de aquel acontecimiento Violante, que sólo pensaba en fiestas y diversiones, no quiso amamantar á su hijo, sino que se lo entregó á dos nodrizas asalariadas, las que le tenian tan completamente á su cargo que habia dias que, no solamente Gil Bayle sino hasta



la misma Violante, olvidaban su existencia y no se acordaban de preguntar por él.

La fama de la creciente largueza y prodigalidad de los señores de Cabrera crecía por momentos y se extendía por toda España hasta llegar á Leon, en donde, como dijimos en otro capítulo, la madre de Gil Bayle se había retirado á vivir asilándose en un convento.

Mucho pesar causó á la austera de Doña Feuda Bayle lo que se refería de su hijo, porque no faltó quien la dijera que la vida que llevaba parecía más al uso de infieles que de cristianos, y que su mal ejemplo había cundido tanto en todas aquellas comarcas, que empezábase á olvidar las buenas costumbres, características de Baeza y sus alrededores desde tiempo inmemorial. Además, se aseguraba por lo bajo que aunque Gil Bayle había presentado á su esposa como hija de un rico-hombre aragonés, la verdad era que había sido casada y era viuda de un riquísimo judío de Barcelona, cosa de mengua para una familia hidalga como la de Cabrera.



Deseosa Doña Feuda de indagar aquello que se decía, pidió y obtuvo licencia de la superiora del convento para hacer una visita á su hijo, conocer á su nuera y abrazar á su nietecillo.

Así sucedió que un día, á deshoras y sin haber anunciado su llegada, llamaron varios pajes y escuderos á la puerta de la casa de Gil Bayle y pidieron la hospitalidad en nombre de Doña Feuda Bayle, su ama. Aunque los señores de Cabrera no estaban en la casa, los criados, al saber quién era la viajera, la recibieron y obsequiaron cuanto les fué posible, llevándola al mejor aposento para huéspedes que había en la casa.

Reposaba aun de las fatigas del viaje, en la suntuosa estancia que la habían señalado, asombrada ante un lujo tan excesivo, cuando oyó llorar amargamente á un niño. Inspirada por la compasión que siente hácia los niños toda mujer que ha sido madre, Doña Feuda salió al momento á averiguar si el que lloraba era su nieto. Efectivamente así era, y le encontró abandonado por las nodrizas, quienes, so pretexto de



que ellas tambien querian pasear y divertirse como su señora, habian saido á solazarse dejando al niño solo y muerto de hambre.

Quando horas desques volvieron á la casa Gil Bayle

y Violante, Doña Feuda les salió á recibir con el niño en los brazos, y dióles las quejas del mal manejo que en su ausencia tenian las nodrizas con su nieto. Tanto Gil Bayle como su esposa acogieron con desabrimiento las quejas que Doña Feuda les presentaba, y no quisieron refñir á las criadas, manifestando que les disgustaba su ingerencia en los asuntos de su casa.

En breve empezó á notar la buena señora que cada vez que se hablaba de judíos á presencia de Violante siémpre se inmutaba y su esposo la miraba con enojo. Esto la dió mucho en qué pensar, y ademas comprendió que ambos esposos sufrían la aguda y difícil de curar enfermedad del egoismo más completo, y un orgullo desmedido que les hacia sordos y ciegos ante toda idea de racionalidad y buen sentido. Sus amonestaciones eran desoidas, sus consejos mal recibidos, sus súplicas desatendidas, y la ostentacion y altivez eran cada dia mayores, affigiendo sobremanera á la pobre madre.

Desesperanzada de blandear aquellos corazones tan empedernidos que en ellos hasta habian callado los afectos naturales del hombre, Doña Feuda acudió con sus penas á pedir consejo á la superiora del convento de Carmelitas descalzas que tenia fama de gran santidad, prudencia y virtud; pero en vano procuró hacerse oír de sus hijos, ni las palabras de la monja tuvieron tampoco efecto alguno en el espíritu de Gil Bayle y su mujer. Entónces la priora convocó á consejo á varios de los prebendados de la Catedral de Jaen que vivian en Baeza. Despues de haber discutido largamente el modo de vivir del señor de Cabrera y haberles hecho presente Doña Feuda la necesidad de la enmienda de su hijo, los prebendados la aconsejaron que tratara de sacar á sus hijos de Baeza y llevarles consigo á Leon, en donde á la sazón hacia muchas conversiones fray Vicente Ferrer y habia vuelto al camino de la virtud á varios pecadores mucho más empedernidos que aquellos.

—Ah! exclamó la affigida Doña Feuda con los ojos llenos de lágrimas, si Gil quisiera venirse conmigo á mi patria, allá tenemos, ademas de las predicaciones del santo padre Ferrer, reliquias milagrosas, que al verlas no más se le derrite á una el coracén en el amor á Dios.

—En cuanto á reliquias milagrosas, repuso con aire importante uno de los prebendados arrellanándose en su cómodo sitial, las de Andalucía no van en zaga de ningunas en España! Por ejemplo (y solo hablaré de

una) el preciosísimo lienzo en que se imprimió el divino rostro de Nuestro Señor Jesucristo, cuando la devota Verónica le limpió la sangre y el sudor.

—¿Y está en Baeza?

—No, en Jaen, en donde le han labrado una riquísima capilla, guardando la reliquia en una arca de nogal y dentro de tres más, siendo la cuarta de plata maciza ricamente guarnecida, en la que reposa el preciosísimo lienzo.

—Ah! exclamó la dama; y con cuánto gusto adorara yo esa reliquia!

—Si acaso permaneciera vuesa merced por aquí hasta el Viérnes Santo podría cumplir su deseo, puesto que Jaen está cerca y se acostumbra que aquel día el obispo la muestre al pueblo reunido bajo los balcones que para ese efecto tiene la catedral.

—Yo la ví por primera vez cuando estudiaba para graduarme, dijo uno de los canónigos, y aunque antes de poner mis ojos en el lienzo tenía mis dudas de si sería ó no el verdadero de la Verónica, cuando lo ví quedéme tan asombrado y enternecido que no volví á dudar.....

—Aquello será de maravillarse una y extasiarse! repuso Doña Feuda. En Leon tenemos un cabello de la Santísima Virgen; dos cuerpos de Niños inocentes; dos dineros de los treinta que recibió Júdas; el salero que estaba sobre la mesa durante la cena de Nuestro Señor Jesucristo. Es de calcedonia muy rico y bien labrado.....

—Seguramente será igual al cáliz que últimamente han trasladado de Huesca á Zaragoza, dijo uno de los canónigos. Lo habia enviado de Roma San Lorenzo, que era oriundo de aquella ciudad: es color de granate y ametista y muy hermoso y rico. *

—En Madrid, mi patria, y la ciudad que tiene el porvenir más halagüeño por ser tan central y hermosa, dijo el primer canónigo, hay una crucecilla del sagra-

do madero en que murió el Salvador, y tambien un clavo de los que penetraron en su santísimo cuerpo; un pedazo del vestido de su santísima madre; ocho de las espinas de la corona de Nuestro Señor, y muchas otras reliquias muy veneradas.

—Señor prebendado, dijo la priora, que si nos pusieramos á referir y hacer cuenta de todas las venerables reliquias que tenemos en nuestra España, no acabariamos en todo el dia..... Además, suplicoos me perdoneis, pero tengo de retirarme porque ya han llamado dos veces á vísperas.....

* En 1407 lo trasladaron á Valencia, y lo sacaban en procesion el 14 de Setiembre, dia de la exaltacion de la Cruz.

Inmediatamente se levantaron todos y se despidieron de las buenas monjas, retirándose cada cual á su posada, despues de haber nuevamente animado á Doña Feuda para que sacase á sus hijos de Baeza en donde servian de piedra de escándalo.

En vano intentó doña Feuda persuadir á Gil y á su mujer que deberian acompañarla en su regreso á Leon, á donde la precisaba volver porque espiraba ya el tiempo que la habian permitido permanecer ausente. Violante dijo que lo delicado de su salud la impediria tan largo viaje; y aunque Gil ofreció acompañarla se arrepentió á última hora cuando supo que en Leon estaba fray Vicente Ferrer, cuyo recuerdo le era en extremo antipático y desagradable. Deshízose en lágrimas Doña Feuda al ver que habian salido completamente fallidas sus esperanzas y que nada habia podido lograr. Violante la indicó que si en ello encontraba consuelo podia llevarse consigo al niño, su nieto. La señora rehusaba hacerse cargo del niño, no queriendo privar á la madre de su hijo; pero tanto Gil como su mujer la aseguraron que al contrario con esto les evitaria molestias, y que puesto que ella amaba tanto al niño, de seguro estaria mejor con ella que con sus padres que tenian otras ocupaciones. Doña Feuda aceptó el cargo gustosa, aunque pesándola en el alma los sentimientos desnaturalizados de aquellos esposos á quienes hacia estorbo la tierna criatura y que sólo pensaban en divertirse sin cesar.

Juró, al tiempo de partir, dedicarse á la educacion de aquel niño, huérfano en realidad; y ya que nada habia podido hacer por los padres, al ménos trataria de salvar al hijo del mal ejemplo que ellos le darian si viviese en su compañía.





Hasta aquí

CAPÍTULO VIII.

La última cacería.

POCOS días después de la partida de su madre y de su hijo, Gil Bayle organizó una espléndida cacería para la cual convocó á todos los hidalgos de la comarca.

La mañana de aquel día amaneció brillante y pura, y era tan fresco el ambiente, tan perfumada el aura, que propuso Violante á su esposo que la permitiese acompañarle; pero él no lo consintió, alegando que aquella excursión no era propia para hembras delicadas, pues se preponía internarse con sus compañeros por ciertas montañas que le pertenecían y visitar los lugares más recónditos de ellas, con el objeto de ver si descubría una mina de sal en desuso desde el tiempo de los moros y que, según decían, era aún más rica que las minas que trabajaba ya.

Era de verse cuando salieron de Baeza todos los cazadores seguidos de sus escuderos, pajes, monteros

y sirvientes con losalcones al puño para la cacería de los pájaros, y la jauría de perros valientes, fornidos y más ligeros que el aire para la caza de venados y jabalíes: bailaban los caballos alegres y contentos, y relucían al viento los diversos colores de los vestidos y los jaeces de los caballos. Violante, que permanecía en su casa, en extremo disgustada por la negativa de Gil, se subió al alto mirador y púsose á contemplar envidiosa la comitiva de su marido que aparecía y desaparecía por el tortuoso camino á lo léjos, distinguiéndose entre todos Gil Bayle por la gallardía de su porte arrogante y la del potro morisco que montaba, hijo de aquel que habia traído de Africa, y que era tan brioso é indomable que solo él se atrevía á cabalgarlo. Al fin desaparecieron todos los cazadores en un recodo del camino, y Violante bajó á buscar á las mujeres que con ella se habian quedado.

Pasó el dia oyendo cantar y tañir á un ministril provenzal recién llegado á Baeza, en via para la córte del rey moro de Granada, después de haber residido algun tiempo en la de Castilla. Gil Bayle le llevó á su casa para oírle y obsequiarle y le tenia entretenido y contento. Con las cántigas del trovador alternaban las danzas ejecutadas por dos esclavas árabes, compradas por Gil Bayle á ciertos aventureros que las habian robado alevosamente en una excursion que hicieron á las fronteras moras. Mandóles Violante que cantaran y danzaran, y como ellas se negasen á ello, compelidas por la amenaza de severos castigos hubieron de obedecer, aunque de muy mala gana y con lágrimas en los ojos. A pesar de estos divertimientos el dia se pasó muy lentamente para Violante, la que hasta entónces siempre habia participado de las cacerías y acompañado á todas partes á su esposo, á quien amaba con suma ternura.

De esta manera pasó la mañana, la tarde y la noche, y no volvian los cazadores. Cansada de aguardar á su esposo al promediar la noche, imaginando que se habrian quedado en alguna aldea ó cortijo por no regresar á Baeza á deshoras, Violante se retiró á su aposento, aunque presa de cierto vago presentimiento de desgracia que no la permitia dormir. Al fin se levantó ántes de aclarar el dia y salió á respirar el ambiente fresco á un balcon. A poco de estar allí oyó que llegaban á la puerta, con sigilosos pasos, varios hombres á caballo y preguntaban si áun no habia egresado del campo el señor de Cabrera. Alarmada^a Violante preguntó qué significaba semejante cosa, puesto que con ellos habia salido la víspera y ellos eran sus mayores amigos. Contestáronle que efectivamente con él habian estado hasta medio dia, hora en que se alejó el rico-hombre de su comitiva

para perseguir un venado, y como su caballo corría con suma velocidad, ninguno pudo alcanzarle ni le habian vuelto á ver. Como no pareciera en el resto del dia, salieron varios jinetes y peones á buscarle por aquellas enmarañadas montañas, tañendo las bocinas y azuzando los perros, en lo que emplearon inútilmente el tiempo hasta cerrar la noche. Sin embargo, añadieron los cazadores, áun habia esperanza de hallarle, pues no todos los de la comitiva habian regresado, y era probable que volviese á Baeza el perdido con los que faltaban.

Pasó el otro dia y Violante vió llegar de uno en uno y de dos en dos á todos los cazadores, escuderos, pajes y sirvientes sin faltar uno, así como los perros y halcones..... Todos llegaban tristes, mohinos y cabizbajos porque faltaba el señor de Cabrera. Al fin oyeron correr un caballo que se fué acercando á toda prisa, y vieron llegar jadeante, con las riendas rotas y la silla hecha pedazos, el potro moro que montara la víspera Gil Bayle. Semejante vista puso el colmo á la desesperacion de la afligida Violante, que se mesaba los cabellos y daba gritos pidiéndoles á todos su esposo; y amenazando, suplicando y llorando la dolorida dama, no cesaba de enviar en todas direcciones á cuantos podia en busca suya; pero en vano, porque ni huellas se encontraban del perdido caballero. Horas y horas trascurrían y la atribulada Violante, subida al mirador, no apartaba los ojos de los montes y valles por donde habia visto desaparecer la gallarda figura de su perdido esposo..... Así se pasaron dos dias: el mismo sol relucía en el cielo despejado de la Andalucía y, como en la mañana en que lo habia visto alejarse, cantaban los pajarillos entre los árboles floridos del jardin arrullados por el murmullo de las fuentes, y brillaban á lo léjos en los campos las puras gotas de rocío..... pero Violante nada veía sino á sus mensajeros, que se alejaban unos y volvian otros sin traerle la más leve esperanza. Pasó tres dias entregada al más acerbo dolor, y despues de tres noches de insomnio,

persuadióse Violante al fin de que sólo ella podria encontrar á su esposo; y mandando enjaezar el caballo más ligero de sus pesebreras, montó al punto haciendo solemne voto de que no regresaria á su casa sino en compañía de su esposo, vivo ó muerto.

Recorrió aquel dia una parte de las montañas, sin dejar sitio que no registrara, llamando sin cesar y con desgarrador acento á su esposo, rotos los ricos vestidos y dada al viento la cabellera desgreñada. De la misma manera pasó el cuarto dia, sin querer oír consejo ni tomar reposo, sino á ratos y cuando las fuerzas la abandonaban por completo y el sueño y el cansancio la rendían. Entónces se acostaba sobre el duro suelo



en alguna miserable choza de carbonero ó sobre el césped del bosque, teniendo por cabecera una piedra y por techumbre el azul del cielo.

En la tarde del quinto dia, muerta enteramente la esperanza, no diré de encontrarle vivo, pues ya hacia dias que no la tenia, pero ni siquiera de hallar su cadáver, volviase por una quiebra de la montaña hácia el poblado, cabizbaja, ronca de tanto gritar, seca ya la fuente de sus lágrimas y apagados los ojos, cuando de improviso dió un salto atras su caballo, poniéndola en riesgo de caer al suelo, asustado con el plumaje blanco de un rico birrete de terciopelo que yacia por el suelo manchado con el polvo y el rocío. No bien hubo puesto los ojos en él Violante, cuando dió un grito: acababa de reconocer el tocado que Gil Bayle llevaba el dia de la malhadada cacería. Sin esperar que la ayudasen se arrojó del caballo, exclamando entre alborozada y triste:

—Por aquí debe de estar!..... Ved; entre aquella maleza noto huellas como de pasos, y como si hubiera pasado por ahí un pesado cuerpo.

Efectivamente las rotas ramas de los arbustos y el suelo removido demostraban que aquel paraje habia sido teatro de una catástrofe.

Avanzó Violante hácia ese lado y halló una honda y oscurísima sima que se abria á pocas varas de aquel sitio y á la que parecia imposible bajar. Sin embargo, mandó que la recorriese inmediatamente uno de los escuderos más ágiles que llevaba consigo.

—Oh, Dios mio! exclamó, no hay duda! le han asesinado y en seguida tirado allí para ocultar el crí-

men!..... Si así fuere..... yo le vengaré! Yo descubriré, aunque se esconda en las entrañas de la tierra, al que me le ha quitado!

Regresó el escudero de la orilla del precipicio, asegurando que no había podido encontrar por donde bajar al fondo. Mandó Violante que le atasen con cuerdas y le descendiesen á la sima, lo que pusieron por obra, empleando en ello hasta las riendas de los caballos.

—Aquí está! gritó momentos despues el escudero desde abajo.

—Vivo..... ó muerto? preguntó Violante con voz turbada por el más intenso sentimiento de aprehension.

—Respira aun! contestó el otro al cabo de un instante.

—Atadle á la cuerda que os bajó! gritó Violante casi fuera de sí de alegría, acercándose á la orilla del precipicio á riesgo de caer en él tambien.

Despues de unos momentos de suspension y angustiado silencio izaron trabajosamente el dislocado cuerpo de Gil Bayle que, aunque daba señales de vida, estaba inerte y desmadejado. Depositáronle sobre un



112

lecho que formaron con los jaeces de los caballos y los mantos de los compañeros de Violante, quien esmeradamente se puso á frotarle los pulsos y las sienes con una agua aromática, haciéndole tambien respirar ciertas sales. Al largo rato volvió, en sí el hidalgo, abrió los ojos espantados y sin reconocer á nadie murmuró con apagado acento:

—Agua! Pan! Me muero!

—Muere de hambre y de sed! exclamaron consternados los circunstantes, recordando la inscripcion en la portada del cortijo.

—Corred vosotros, gritó Violante, volad! Traed agua, traed bastimentos, cualquier cosa, pero pronto!

Desgraciadamente aquel lado de la montaña carecia enteramente de agua, y fué preciso irla á traer de gran distancia, así como el alimento, que no se hallaba sino á más de dos leguas, pues eso distaba la más cercana habitacion. En tanto Gil Bayle agonizaba y, aunque sólo tenia las piernas dislocadas, la debilidad causada por la falta de agua y de alimentos era tanta, que perdió enteramente la cabeza y empezó á delirar sin reconocer á Violante.

—Que me saquen de esta sima!..... el caballo me arrojó..... cogedle, coged el venado! No quiero, no quiero morir de sed! Agua, agua, agua! De rio á rio todo es mio!

Su voz se fué apagando poco, á poco y cuando volvieron los mensajeros con el agua y alimentos él estaba sin sentido. Echáronle trabajosamente algunas gotas de agua entre los secos labios y trataron de hacérselas tragar, pero al esfuerzó que él hizo quedó muerto repentinamente, pereciendo, contra lo que él mismo habia pronosticado, de sed y de hambre.

Aquella noche los habitantes de Baeza vieron llegar por el empolvado camino una larga hilera de gentes con antorchas, escoltando dos camillas hechas con ramas cortadas en el monte. En la una llevaban el cadáver del rico-hombre de Baeza y señor de Cabrera, y en la otra á la desgraciada Violante quien, fuera de sí cuando vió expirar en sus brazos á su esposo, se dejó caer sobre la tierra, mustia, helada, sin habla, y aunque sin perder el sentido, tan muerta al parecer como Gil Bayle: por consiguiente sus criados hubieron de llevarla tambien en una camilla en pos de la del hidalgo. Ya en las calles de Baeza, notando que la llevaban á otra casa que no era la suya, por no aumentar su dolor, mandó perentoriamente que la condujeran á su habitacion, en la que pasó la noche, sin verter una lágrima, arreglando el menaje y haciendo apunte hasta de las deudas que pudiera tener. En seguida dió libres á los esclavos moros de su servicio (como usaban tenerles los hidalgos de la época), despidió los escuderos y criados, ménos unos pocos, y previno que

se dispusieran exequias tan suntuosas cual jamas se hubiesen visto en Baeza, para honrar á su difunto esposo.

Mandó que la ataviasen de luto y al aclarar el dia se dirigió á la Catedral, en donde permaneci6 postrada y orando con fervor al lado del cadáver, pero sin manifestar la mujeril debilidad que era natural en semejantes circunstancias. De igual manera estuvo presente á todas las ceremonias del entierro: valiente é imperturbable en su mismo dolor.

Cuando hubo presenciado todo, hasta ver sepultar en la bóveda de la capilla de la familia de Cabrera á su segundo esposo, y que empezaba ya á salir la mul-

titud, se adelantó con paso grave hasta las gradas del altar mayor y exclamó dirigiéndose al pueblo:

—Oid aqui todos mi promesa, al pié de esta cruz afinojada! Juro y hago voto ante el Señor del Cielo de no volver nunca á vestir ricas telas, ni mis piés calzar, ni dormir en cama blanda; cilicio traeré apretado el resto de mi vida; no comeré manjares que no sean los más groseros, ni beberé sino agua turbia y salobre. Pediré á toda hora perdon por las mis grandes culpas y las de mi señor que ha finado.....

Al decir estas últimas palabras se desataron al fin las lágrimas de la mísera Violante, dejándolas correr sin cuidar de enjugarlas.

Enternecida la concurrencia se fué saliendo poco á poco del templo con silencioso recogimiento. Todavía estaba la gente reunida en grupos al frente de la Catedral, cuando salió Violante á la puerta y, segun lo habia ordenado, la quitaron sus doncellas el calzado de sus delicados piés; en lugar del rico manto de luto que vestia la cubrieron con el tosco sayal de los penitentes y pusieron en sus manos el bordon de los peregrinos.



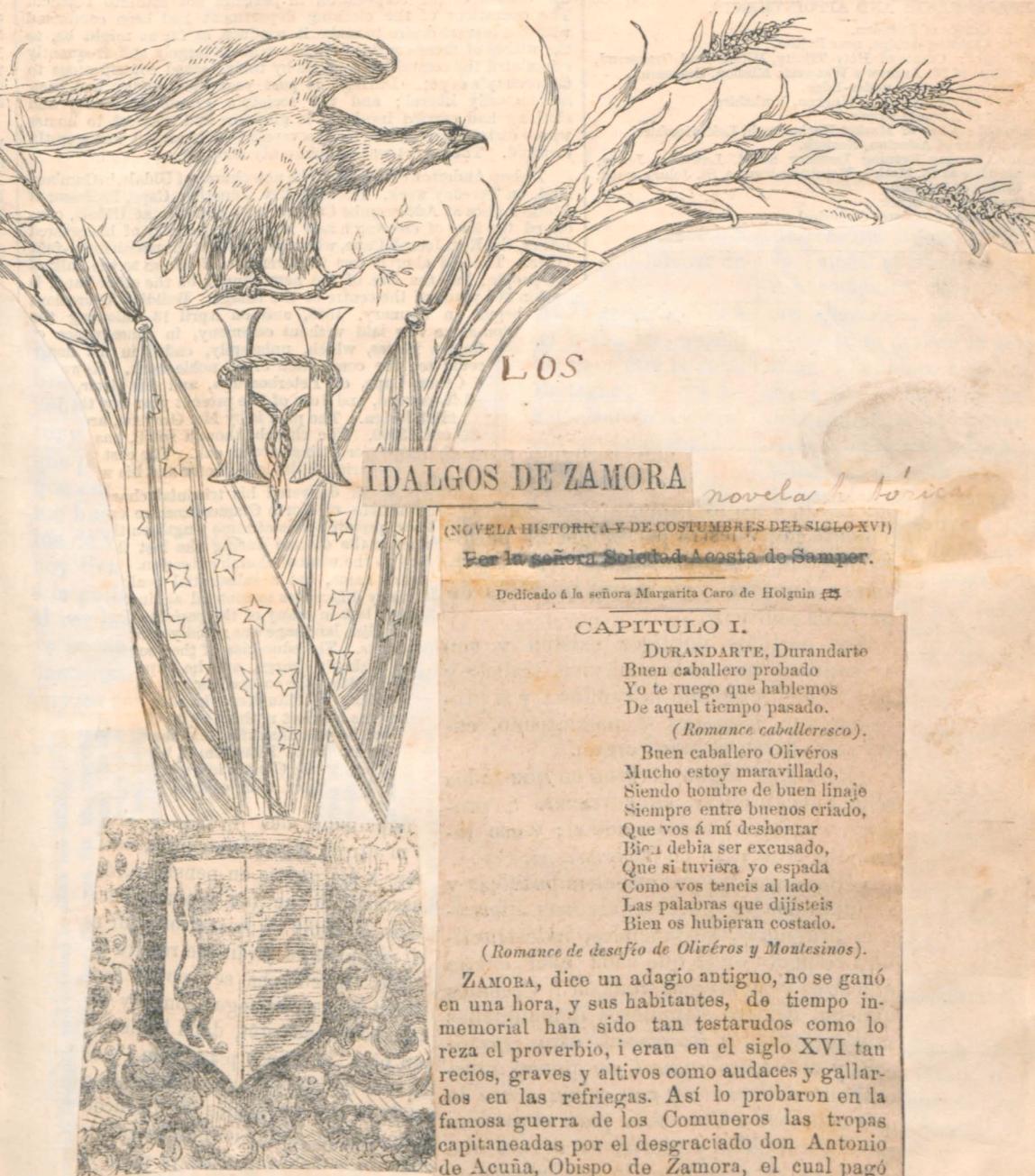
Ella, humilde y callada, no se encaminó á su casa, sino que, acompañada por un anciano escudero de la familia y una doncella que no la quiso abandonar, emprendió inmediatamente marcha en direccíon á Santiago de Compostela á cumplir una de las promesas que habia hecho en primer lugar, que era visitar el milagroso santuario tan venerado por toda la cristiandad en aquella época.

Jamas volvieron los habitantes de Baeza á poner los ojos en la viuda del señor de Cabrera. Antes de partir habia hecho entregar las llaves de su casa y de sus tesoros á la persona más respetable de la ciudad, con órden de que avisase á Doña Feuda lo ocurrido para que se hiciese cargo de la herencia de su nieto cuya tutela ejercia.

La peregrina no volvió á ver á su hijo, sino una vez, ántes de tomar el velo en el convento más rígido que encontró en España.

Esta es, poco más ó ménos, la leyenda de Gil Bayle, que se ha conservado en Baeza como un terrible ejemplo de la justicia de Dios para con los arrogantes y orgullosos. Y, asegura el genealogista Don Juan Flores de Ocariz, que hasta el siglo antepasado se veian las armas de Gil Bayle de Cabrera sobre la portada de su casa levantada al lado de la Catedral, y para entonces muy desmejorada.

FIN.



LOS

IDALGOS DE ZAMORA

novela histórica

(NOVELA HISTÓRICA Y DE COSTUMBRES DEL SIGLO XVII)

Por la señora Soledad Acosta de Samper.

Dedicado á la señora Margarita Caro de Holguin

CAPITULO I.

DURANDARTE, Durandarte
 Buen caballero probado
 Yo te ruego que hablemos
 De aquel tiempo pasado.

(Romance caballeresco).

Buen caballero Olivéros
 Mucho estoy maravillado,
 Siendo hombre de buen linaje
 Siempre entre buenos criado,
 Que vos á mí deshonrar
 Bien debía ser excusado,
 Que si tuviera yo espada
 Como vos tenéis al lado
 Las palabras que dijisteis
 Bien os hubieran costado.

(Romance de desafío de Olivéros y Montesinos).

ZAMORA, dice un adagio antiguo, no se ganó en una hora, y sus habitantes, de tiempo inmemorial han sido tan testarudos como lo reza el proverbio, i eran en el siglo XVI tan recios, graves y altivos como audaces y gallardos en las refriegas. Así lo probaron en la famosa guerra de los Comuñeros las tropas capitaneadas por el desgraciado don Antonio de Acuña, Obispo de Zamora, el cual pagó su patriotismo con la vida. (2)

(*) Se publica con patente de privilegio.

(2) Preso el Obispo de Zamora fué llevado á la foraleza de Simancas, de donde trató de huirse despues de haber muerto alevosamente al Alcaide con un ladrillo. Sin embargo no pudo salvarse, y el alcaide Rouquillo, por órden del Emperador, le dió garrote

Se supone que esta ciudad, que fundaron unos hebreos 590 años ántes de Jesucristo, es la antigua *Séntica* que los Moros llamaron Zamora. Alfonso el Católico la conquistó en 748



en la prision, y aún parece que le colgó de una almena para que todos le viesen muerto y sirviese de ejemplo—Véase "*Vida de Carlos V*" por Don Prudencia de Sandoval).

y los Moros la recuperaron en 985, casi destruyéndola, porque allí peleaban en una y otra banda con la resolución y valor que debe tener el que se bate por la patria y la religion, el hogar y la vida. En el siglo XI esta ciudad y la de Toro tomaron el nombre de Infanzado, lo que quiere decir segun Mariana "la hacienda que señalaban para sustento de los infantes hijos menores de los reyes." Y el mismo historiador dice que "sus moradores eran gente muy esforzada y muy leal y aparejados á ponerse á cualquier riesgo por defenderse de cualquiera que les quisiese acometer." Los famosos romances del Cid hablan mucho de Zamora, y en uno de ellos leemos esta corta descripcion de ella :

" Armada está, sobre peña
Tajada, toda esta villa :
Los muros tiene muy fuertes
Torres ha en gran demasia.

Duero la cercaba al pié,
Fuerte es á la maravilla ;
No bastan á la tomar
Cuantos en el mundo avia."

A extramuros de aquella ciudad se ven todavía las ruinas del castillo de la reina Doña Urraca, y también señálanse los muros de la casa que fué del Cid.



Pero no se trata aquí de describir la ciudad ni hacer una relacion histórica de ella, puesto que sólo queremos dar un rato de solaz á nuestros lectores refiriéndoles lisa y llamente

varios hechos, segun parece perfectamente históricos, acaecidos á mediados siglo XVI. (3)

Acostumbraban los ricos-hombres é hidalgos de Zamora reunirse en Ayuntamiento despues de la misa mayor en Santa Maria la Nueva, siendo el principal y general Ayuntamiento cada año el dia de Reyes. Sucedió, pues, que el dia 6 del mes de Enero de 1532, estando muchos hombres principales reunidos en la sacristia de la iglesia, y como tardasen los demas en llegar, el gran prior de San Juan, Don fray Diego de Toledo, invitó á aquellós caballeros á que pasasen á una pieza vecina de la sacristia donde pudiesen platicar con más desahogo.

El prior de San Juan era el jefe de los caballeros de esta órden, que en aquella época tenian un establecimiento particular en Zamora. Esta órden militar habia cambiado de nombre por aquellos años, llamándose de Malta, con motivo de la donacion que les hizo Carlos V de la isla de este nombre. (4) Era el

Prior hombre venerable, y aunque anciano, todavia demostraba en su palabra y en sus modales mucho brio y animacion; habiéndose distinguido notablemente en su juventud en las guerras contra los Turcos, y despues tomando las armas contra los Comuneros, en union de los condes de Benavente y de Haro. En su familia se contaban grandes de España,

siendo él tio del que fué despues famoso como duque de Alba, de sangrienta y cruel memoria. Tenialo en mucho el Emperador y estuvo como testigo en su matrimonio con la princesa Isabel de Portugal, y en seguida en el bautizo de Felipe II.

El caballero más anciano entre todos los que habia allí reunidos era Don Francisco de Monsalve, hidalgo de antiquísimo linaje, habiendo sido su abuelo Juan de Monsalve, privado y señor de la huerta del rey Don Enrique IV, gran cortesano y galan muy estimado por las damas de aquella corte. Don Francisco pertenecia á varias órdenes militares, honores ganados gallardamente sobre los campos de batalla. Con motivo de su avanzada edad, pues llegaba á los ochenta años, de las enfermedades que suelen traer los años y de las muchas heridas que habia sufrido en las guerras, le habian desamparado las fuerzas y andaba arrimado á una caña.

Si Don Francisco era el más anciano de aquellos caballeros zamoranos, era el más mozo un pariente suyo llamado Diego de Mazariegos, mancebo gallardo, de muy florecientes prendas, de ménos de veintiocho años de edad y el más hermoso y mejor dispuesto de todos los ricos-hombres de España. En Zamora, su patria, era respetado por su gallardísimo valor y por pertenecer, aunque segundon, a la casa de mayorazgo de Guadalupe. Sus hermanos, mayor el uno y menor el otro, se habian dado á conocer en muchas ocasiones por el valor y fortaleza que mostraran en los lanceos de honor, saliendo siempre con mucha honra y ventaja de todos ellos. Sus relaciones y amistades, como sus disputas y encuentros, habian tenido lugar siempre con la gente más principal de aquellas tierras. Sin embargo, entre los tres hermanos el ménos conocido era Diego, que habia vivido desde muy mozo casi siempre en la corte de Valladolid, yendo á Zamora solamente en ocasiones solemnes.

Siendo el Prior hombre de mundo y curioso por demas, aunque amable y cortés con todos, y más que con todos con las gentes principales del lugar en que vivia, deseaba granjearse la amistad y buena voluntad de Don Francisco de Monsalve, y así le dijo con blando acento, mostrándole un sillón para que se sentase en él, honor que el anciano rehusaba cortesmente:

—Siéntese vuesa merced, señor caballero, que siempre sienta bien á los ancianos tomar lo mejor que hubiere, y más que á nadie al

(3) Véase Genealogías de Juan Flórez de Ocariz. (Tom. II, pág. 168).

(4) El origen de la órden religiosa y militar de San Juan de Jerusalem tuvo principio en el siglo XI, y llamáronse entónces Hospitalarios por ser su instituto asistir á los enfermos en el hospital católico de Jerusalem, cuya capilla llamóse de Santa Maria la Latina. Despues de la primera Cruzada, el Papa Pascual II les confirió en 1113 un carácter oficial: reglamentó su organizacion, dividió los religiosos de los caballeros destinados exclusivamente á la profesion de las armas, aunque unos y otros estaban obligados á guardar los tres votos: pobreza, obediencia y castidad. Para ser recibidos en la órden era preciso probar que eran de nacimiento noble, y en su noviciado tenian que servir en las galeras de la órden durante cuatro *caracanas* ó campañas, combatiendo contra los infieles. "Sin más educacion que la guerra, sin más familias que cuidar, ni más méritos que alegar para los honores y los puestos que las glorias militares, por las que se elevaban hasta la soberanía, á todas partes donde estaban los enemigos de la Cruz les llevaba el ardor de los combates." Hé aquí lo que dice de ellos un español viajero. Arrojadlos de Jerusalem se establecieron en la Isla de Ródas, de donde les expulsó Soli-

man II, situándose despues en Malta, y allí permanecieron hasta el principio del siglo presente en que los Ingleses se hicieron dueños de la isla.

que ha sido tan insigne guerrero en su mocedad, según es fama. Además deseo pedir os una merced.

—Cual? Si pudiera servir os, la merced sería para mí.

—Nada diré hasta que os vea bien acomodado en esa silla.

Logró al fin su intento el Prior, tomando asiento Don Francisco en el sillón, mientras que los demás se sentaron en varios toscos bancos que por allí había, tocándole el peor á Diego de Mazariégo, por cuyo motivo se manifestó azas descontento.

—Ahora diréme en qué puedo servir os, señor Don Diego de Toledo, dijo Monsalve.

—El caso es, señor Don Francisco, que há mucho tiempo deseaba yo llegase la oportunidad de suplicaros me refiriérais algunas de

vuestras aventuras, cuya fama tuvo tan grande eco durante la conquista de Granada, según me han dicho.

—Con placer os daría gusto, pero la vejez es cansada y prolija, y aunque tuve ocasion de ver muchas cosas extrañas cuando guerreábamos contra los enemigos de la fe, temo fastidiaros, tanto á vos como á estos caballeros.

—Por cierto, dijo el de Mazariégo con aire chocante, el tiempo tal vez no será tanto que Don Francisco alcance á referir la menor de sus hazañas.

—No crea vuesa merced, dijole el Prior sin hacer alto en las palabras del jóven, que una relacion como la vuestra pueda ser fatigosa; que si los jóvenes no quieren acordarse de los peligros que corrieron sus mayores para dejarles una España heroica y honrada y la nacion más poderosa del mundo, no todos pensamos de igual manera, añadió mirando al anciano con cariño, y las glorias vuestras no son solamente vuestras sino nuestras.

Muchos de los que allí estaban instaron entónces con empeño á Don Francisco para que les contase algun lance de su juventud.

—Mal haya la peregrina idea del Prior! dijo Mazariégo por lo bajo á uno de sus amigos, — pues no faltaba más sino que gastásemos la mañana entera aguantándole la chochera al viejo!

—Dios te perdone, hijo, y cuando tengas mi edad ojalá te veas más respetado que yo! — dijole con dulzura Monsalve, pues aunque era tan anciano no habia perdido el oido.

Mazariégo se mordió el bigote y no contestó, mientras que el Prior, volviéndole la espalda con marcado enojo, se dirigió á Monsalve diciendo:

—Contad, señor, lo que gustéis, que tiene de interesarnos á todos cuanto se refiera de la magna guerra de Granada, pues es fama

que vos fuisteis uno de los campeones que acompañaban á Hernán Pérez del Pulgar en muchas de sus maravillosas hazañas.

Iba á negarse otra vez Don Francisco, pero todos los que allí estaban se acercaron manifestando tanto deseo de oír sus relaciones que hubo de acceder. Dijo que todos los que allí estaban, y me engañó, porque Mazariégo y dos ó tres jóvenes más, sus amigos y secuaces, se apartaron marcadamente del grupo que rodeaba al anciano, y acercándose á una reja pusieronse á mirar á un oscuro patio, haciendo alarde de su mala crianza.

“Desde niño, empezó Don Francisco, mi mayor deseo era llegar á ser hombre para ir á la frontera á lidiar con los infieles. La sola idea de ser parte en arrancarles una torre, una almena, un caserío, me llenaba de entusiasmo y alegría. Así, luego que pude calzar espuelas i blandir una lanza, abandoné el hogar de mis mayores, y obtenida la bendicion de mi padre fuíme derecho á ofrecer mi brazo al primer Capitan que encontré en guerra abierta con los moros de la frontera.

“Desgraciadamente sucedióme que en una de las primeras refriegas en que me hallé fueron tantos los enemigos que nos rodearon, que sin poderme defender, con motivo de estar herido, me hicieron cautivo y llevaronme consigo al interior del Reino de Granada los mismos á quienes tanto habia deseado yo conquistar. En los primeros dias de cautiverio sufrí con harto coraje y poca resignacion mi triste suerte; pero como pasaba el tiempo y no le veia fin á mi desgracia, fui perdiendo la esperanza de volver á tierra de cristianos, y más humilde y rendido á la voluntad de Dios quise examinar detenidamente mi conciencia, y la encontré tan repleta de orgullo, tan sin caridad cristiana, en fin, tan mundana y poco digna de la proteccion divina, que comprendí que aquel deseo de vencer al infiel no habia nacido del de servir la religion y la patria, sino, pesa á mí! del amor propio y ambicion de que mi nombre fuese esclarecido y famoso, mirando con desden la tranquilidad en que

había vivido mi padre en Zamora, entregado solamente á favorecer los intereses de su familia, amparar al desvalido y menesteroso y servir á Dios en su patria.

“Agobiado por mi triste cautiverio, sin esperanza en lo humano, pero también anheloso de redimir mis pecados y castigar mi orgullo, hice un voto á la Virgen desta manera: ‘Juro, dije, que si salgo pronto de enmedio de los Moros y vuelvo á tierra de cristianos, me dedicaré á servir á la Santísima madre de Dios con las armas y lidiar contra los infieles sin descanso; pero ocultando mi nombre para que jamás se sepa el apelativo del que llevara á cabo las proezas que medito, no hablando de ellas sino cuando ya me encuentre tan cerca de la tumba, que no pueda recibir premio ni galardón por mis merecimientos, si llego á ser digno de ello.’

“Hacia pocos días que había hecho aquel voto piadoso, cuando deparóme la Divina Providencia la tan ansiada libertad. Acababa Hernan Perez del Pulgar, el famoso caudillo cristiano, de ganar heroicamente la fortaleza de Salar, quedándose en ella como Alcaide, cuando un día le dieron aviso de que se dividaba una turba de moros que llevaban en su séquito unos cuantos cautivos, al parecer cristianos. No fué más que oír aquello cuando Pulgar, sin tomar armadura, saltó á caballo y llegándose á los que conducían á los míseros cautivos, entre los cuales iba yo, les gritó:

“Soltad la presa, perros, que Pulgar es quien viene por ella! (5) Los moros, que conocían el valor y denuedo de Pulgar, echaron á huir dejando atrás á los cristianos cautivos, entre los cuales me hallaba yo.

“Aquel día mi amo, el moro que me había cautivado, cayó también en manos de Pulgar, desta manera. Era este moro un hombre valiente y esforzado, y cuando vió venir sobre ellos á Pulgar procuró defenderse, pero en vano, porque los demás compañeros suyos huyeron desalados sin querer atender á lo que él les decía, de lo que humillado el moro, aguardó á Pulgar y acercándose le dijo:

—“Más quiero ser tu cautivo que adalid de cobardes: disponed de mi libertad y de mi vida.”

—“Una y otra os devuelvo, y mi amistad, si la teneis en precio, — contestóle Pulgar alargándole la mano.

“Admirado el moro de semejante generosidad

(5) Martínez de la Rosa—“Hernan Pérez del Pulgar.”

se postró ante el español y le hizo pleito homenaje, jurando servirle hasta el fin de sus días, lo cual cumplió; en términos que recibiendo luego el bautismo y tomando el nombre de Pedro del Pulgar, no se apartó jamás del amo que había escogido.

“Al otro día me acerqué al ínclito Pulgar y ofrecíle mi espada, suplicándole me permitiese ser su más humilde escudero, y aunque á le dije mi nombre, pedile que guardase el secreto.

—“Bien venido seáis, — me dijo el guerrero. En la toma del Salar perdí uno de los quince escuderos escogidos que me acompañan siem-

pre; — venid vos conmigo, y en el primer encuentro que tengamos veré si sois tan arrojado como los demás, y si así fuere os tendré siempre á mi lado con gran regocijo.

“Dióme en seguida los arreos necesarios para salir al campo, pues yo nada tenía, y á poco se ofreció la ocasión de señalarme en el encuentro á que le acompañé, mereciendo que me llamase para decirme que decididamente me recibía entre los suyos. Desde aquel día hasta la toma de Granada no le abandoné un instante, siendo testigo de todas sus hazañas.”

—Y no solamente testigo, exclamó el Prior, sino compañero suyo; y así parte de su gloria es vuestra!

—Sin su ejemplo nada hubiera sido.....

—Sois modesto por demás, señor don Francisco. Sin duda fuisteis vos uno de aquellos esforzados campeones que tuvieron la grande honra y el heroico atrevimiento de entrar en Granada, estando todavía en manos de moros, y ausentes del campo las huestes católicas?

—Esa es una de tantas aventuras, señor Prior, que si se escribiesen diríase tal vez que eran cuentos inventados. Aunque es cierto que acompañámos á Pulgar, repito que sin él nada hubiéramos hecho.

—Ruego á vuestra merced que nos refiera aquel hecho.

—Pero se hace tarde, señores, y cuidad que mientras platicamos aquí, los demás caballeros del Ayuntamiento deben de haber llegado y nos esperarán impacientemente.

—No tal! exclamaron algunos que habían entrado despues: con gusto os escuchamos; por otra parte, faltan aun don Gregorio de Sotelo y don Enrique de Guzman.

—Sea como mandais, dijo sonriendo con agrado el anciano, que gustaba mucho de ha-

blar de sus pasadas hazañas. Aconteció, pues, que estando Hernando del Pulgar con todos sus escuderos y amigos en Alhama, muy des-

cansados, habiéndose suspendido por entónces las hostilidades con los Moros, con motivo del invierno,—por lo cual hasta los reyes vivían retirados á Sevilla y parecían desear el descanso,—un día convocó nuestro Capitan á sus allegados y escuderos para que nos reuniésemos en su posada para una conferencia. Como los montes estaban cubiertos de nieve y no se hablaba por entónces de combates, no acertábamos cuál sería el motivo de la convocatoria.

—“Os he mandado llamar, nos dijo resueltamente, para anunciaros que he hecho voto de entrar mañana en Granada, y deseo que me acompañéis hasta cerca de aquella ciudad.

“Nos quedámos todos atónitos y sin habla, por lo increíble de aquella empresa, y más que increíble nos parecía imposible.

—“Y no solamente he jurado llegar hasta el centro de la ciudad, sino pegarle fuego, añadió.

—“Esta es una empresa imposible de toda imposibilidad, exclamámos. Granada está rodeada de ejército enemigo y llena de infieles que os reconocerían al momento, si acaso lograrais entrar.

—“No os he llamado para que me deis consejo, dijo con altivez, y renuevo aquí mi juramento de que entraré en Granada y fijaré el nombre de María en la puerta de la mezquita principal.

“En seguida nos explicó circunstanciadamente la manera como había pensado llevar á cabo su empresa; y eran tales su acento, ademan, arrogancia y elocuencia, que en breve rato nos convenció de que lo pensado era hacedero, llevando tan denodado y audaz caudillo, por lo que le declarámos que no iría solo.

“Cuando lo hubimos concertado todo nos señaló un pergamino rodeado con cintas verdes y rojas en el cual había mandado le inscribiesen el Ave María, el Padre Nuestro, el Credo y la Salve, y abajo su nombre, tomando posesion

de la mezquita mayor de Granada el dia 17 de Diciembre de 1490.

“Aquel mismo dia, cerca de la noche, partímos los 15 escuderos y Hernan Pérez del Pulgar, llevando una hacha de cera, alquitran, unos manojos de hachones y nuestras armas. Como á la una de la mañana llegámos á las cercanías de Granada,—despues de atravesar, callando y con mil precauciones y peligros, el río Darro

por medio de su cauce, y á oscuras nos metimos debajo de un puente que llaman de los Curtidores; y allí nos apeámos en silencio, pues oíamos muy cerca las voces de los centinelas del rey moro, quienes creyendo imposible un ataque no se cuidaban de guardar las entradas de la ciudad. Apénas nos hubimos desmontado y á pesar del peligro que nos rodeaba, surgió entre los quince escuderos una disputa en voz baja que podía habernos perdido á todos, porque ninguno queria quedarse guardando los caballos,—teniéndose por oficio poco honroso en comparación al de entrar en la ciudad con nuestro adalid. Al fin se convino en que seis no más acompañariamos á nuestro caudillo, miéntras que los otros permanecerían en aquel sitio. Tocóme la dicha de ser uno de los seis escogidos.”

Callóse aquí durante algunos momentos el anciano para tomar aliento, miéntras los que le escuchaban parecían sentir el mayor interes en la relacion y estaban pendientes de los labios del antiguo soldado.

—“Tomó la delantera, metiéndose por la primera calle que encontró, el moro que había sido mi Señor, como quien conocia la tierra,—continuó don Francisco, yendo casi á su lado Pulgar, pues siendo moro el guia nos recelábamos secretamente de su buena fe. Despues de atravesar varias callejuelas oscuras, cuyas casas cerradas y silenciosas denotaban que sus habitantes dormían, al fin llegámos á una casa muy reducida, teniendo á un lado un edificio muy grande que daba una sombra oscura

y era, segun nos dijo el moro, la mezquita que buscábamos. Pulgar se dirigió hácia ese lado, y nosotros le seguimos sobrecogidos y en silencio hasta la puerta de la mezquita, é imitándole nos arrodillámos en el dintel. Sacó entónces Pulgar del seno el pergamino que nos había señalado en Alhama y lo clavó con su puñal en la tablazon de la puerta; mandó en seguida encender el hacha prevenida con cera y alquitran, y atándola cerca de la puerta dijo con aire solemne:

—“Sedme vosotros testigos que en nombre “de nuestros reyes de Castilla, tomo posesion “de esta mezquita y la consagro desde ahora á “la purísima Virgen del Cielo.”

“Habiendo cumplido desta manera la mejor parte de su voto, pasó á lo que restaba hacer, que era pegarle fuego á la Alcaicería, que estaba por allí cerca y era un sitio en donde se custodiaban los mayores tesoros de los Moros.

Pero á consecuencia de haber dejado uno de los escuderos la cuerda alquitranada que se llevaba con este objeto, en la puerta de la mezquita, este proyecto no pudo llevarse á



efecto. Furioso Pulgar al ver frustrado su designio, se arrojó sobre el escudero lleno de ira diciendo:

—“¿Qué has hecho, mal hombre? Tú me has quitado la mayor hazaña que hubiera hecho en mi vida!

“Pero un pariente suyo, llamado Diego de Baena, procuró calmarle diciendo que él mis-

mo iria a traer lumbre, encendiendo una hacha en la que había quedado á la puerta de la mezquita, y sin aguardar más razones cruzó la calle y se dirigió á la plazoleta de que hablé antes. Pero sucedió que en aquel momento pasaba la ronda de soldados moros, los que viendo un bulto que se deslizaba por la orilla de la pared le tiraron una piedra. Baena dió voces

y acometióles con la espada: volámos á socorrerle; alborotáronse los infieles, empeñóse la refriega entre la ronda y nosotros, — abriéronse las ventanas, gritaron por todas partes... pero no nos dejámos acobardar al vernos rodeados de enemigos, y dando cuchilladas y reveses nos fuimos retirando por donde mismo habíamos entrado. Al ruido de la pelea trabada en las calles y de la gritería de aquella gente, salieron á nuestro encuentro los escuderos que se habían quedado guardando los caballos debajo del puente. El último que llegó al sitio donde estaban los caballos fué Pulgar, que quiso quedarse atrás para guardarnos las espaldas. Al fin nos reunimos todos sin que faltase uno, y montando, cabalgámos por entre el cauce del río para más seguridad, y los moros, creyendo sin duda que habría muchos más españoles por allí escondidos, no se atrevieron á seguirnos por tan peligrosa vía. Cuando nos encontramos en la llanura dimos brida suelta á nuestros caballos que salieron á toda carrera, dejando la ciudad alborotadísima y en la mayor confusión y algazara. Rompiendo el día llegámos á la primera fortaleza de cristianos, harto cansados en verdad, pero sanos y salvos y sin haber recibido la menor herida.”

—Esta hazaña es, por cierto, dijo el Prior, una de las más extraordinarias que se ejecutaron en aquella famosa campaña contra los moros de Granada.

Los demas caballeros se miraban unos á otros asombrados y llenos de entusiasmo, pues en aquella época de denuedo y arrojo el mayor mérito que podía tener un caballero era el de una valentía á toda prueba. El anciano narrador se había puesto en pié, erguido y animado, y al recordar aquellos hechos de su juventud parecía haber vuelto á ella; y hasta el mismo Mazariégos, sacudido también por la emoción que á todos había electrizado, se había incorporado involuntariamente al grupo

que rodeaba al antiguo soldado de Fernando é Isabel.

Volviendo al cabo de un momento en sí y como recordando lo que fué y entónces era, Monsalve dió un golpe con la caña en que se apoyaba sobre el pavimento, exclamando:

—Benditos tiempos eran aquellos, caballeros, en que lidiábamos á la vista de nuestros soberanos, quienes exponían sus preciosas vidas casi á la par con nosotros, y sólo nos ocupábamos en conquistar terrenos para el mayor bien de la patria y de la religion!.....

Mientras que ahora, añadió con mal comprimida amargura, — nuestros ejércitos combaten en tierra extraña y por cuestiones que en nada nos atañen.....

Interrumpióle el Prior diciendo:

—Gracias os sean dadas, señor don Francisco, por vuestra interesante narracion; pero no seamos imprudentes; y además de que ya estareis fatigado, creo que es pasada la hora en que debemos reunirnos en Ayuntamiento. Os aseguro, sin embargo, que he gustado tanto de las relaciones que nos habeis hecho, que no dejaré pasar oportunidad alguna de pedirnos me refraís otras.

Fácil es comprender que el Prior no le permitió seguir hablando, temeroso de que dijera alguna palabra imprudente, y así lo entendieron todos, pues sabíase que aunque su hijo servía en los ejércitos reales, don Francisco, amigo de las tradiciones puramente españolas, no era muy adicto á Carlos V.; y aunque no había tomado parte años ántes en la insurrección de los Comuneros, había simpatizado mucho con la causa de Padilla.

Entraron, pues, en la sacristía, y habiéndose discutido varios asuntos importantes ocurrió uno cuya determinación estuvo en diversas opiniones, fundando cada cual la suya más en su capricho que en la razón. El que más porfiaba y se alejaba de transigir era Diego de

Mazariégos (que estaba allí en nombre de su hermano mayor, el marques de Guadalajara, entónces ausente de Zamora) y se manifestaba todavía de mal talante y enojado desde el incidente con Monsalve, hácia quien se le conocía muy mala voluntad. Parecióle á don Francisco que sería bueno oír las opiniones de otros caballeros de mayor edad que hasta entónces nada habían dicho en el asunto que les ocupaba.

—Señor sobrino, dijo el anciano dirigiéndose al mozo, dejad hablar en este negocio á los caballeros hijodalgos más antiguos, que después hablareis vos.

—Yo soy más antiguo caballero hijodalgo que vos, respondióle Diego con arrogancia.

—Reportaos, caballero, contestóle el de Monsalve, que yo no trato de la antigüedad de nobleza, que bien notoria es la mia, sino de la edad; pues están aquí muchos caballeros de más edad que vos, y sería bien que todos oyéramos sus pareceres.

El semblante de Mazariégos estaba pálido de rabia, y más que pálido su rostro tenía visos amarillentos y echaba chispas por los ojos.



—Ya os he dicho, gritó furioso, que soy más antiguo caballero que vos y no hay aquí quien lo sea más que yo!

Al oír aquel insulto, don Francisco de Monsalve púsose en pie y agarrando con temblorosas manos la caña en que se apoyaba, exclamó con ira;

Mentis como villano y ruin caballero!

El mozo entónces perdió enteramente el juicio y arrancándole repentitamente el baston lo rompió con furia: en seguida se le acercó con un fragmento del baston, y antes de que tu-

viese tiempo de impedir semejante desacato é irrespeto, le dió sobre los hombros dos ó tres golpes.

Fué tal la sorpresa que tuvo don Francisco al verse blanco de semejante inmerecido ultraje, que perdió los colores y cayó sin sentido en los brazos de los que le rodeaban.

Diez espadas salieron á un tiempo de las vainas; pero cuando se volvieron hácia el insolente jóven, éste habia desaparecido de la sacristía, acompañado de sus deudos y amigos, y metidose en su casa, que por allí cerca estaba.



CAPITULO II.

En la cumbre, madre,
Tal aire me dió,
Que el amor que tenia
Aire se volvió.

(Coplas y canciones antiguas.)

PARA que esta historia no se haga ininteligible es preciso que aquí demos razon, tal vez algo prolijamente, de las personas que componian la familia de don Francisco de Monsalve; además daremos cuenta de acontecimientos ocurridos algunos años ántes del en que empieza nuestra narracion. Como se lo oímos decir al mismo don Francisco, siendo todavía muy joven y segundón de la casa de Monsalve, pidió y obtuvo licencia de su padre para salir de Zamora y echarse por esos mundos en busca de aventuras en las fronteras moriseas. Al tiempo de dejar su casa quedaban en ella sus padres, un hermano mayor, una hermana pequeña, y otro chiquillo que todavía andaba

en brazos de su nodriza. Despues de pasar más de diez años en cautiverio, otros tantos guerreando bajo el mando de Pulgar y en las huestes del Gran Capitan, * - volvió á Zamora, ya viudo y triste, con la intencion de profesar caballero de San Juan; pero encontró la casa paterna casi completamente desierta: su madre habia dejado de existir poco despues de llegar á Zamora la falsa noticia de la muerte de don Francisco, que fué cuando cayó en manos de los Moros; su hermano mayor habia muerto sin haberse casado, y por último su padre acababa de espirar lleno de años y de pesares, dejando de heredero á su hijo menor, pues creia que no habia quedado más varón en la familia. Además, su hermana doña Mencía habiáse casado, pero perdiendo en breve su esposo tornó á la casa paterna pobre, desvalida y sin amparo.

Al llegar de nuevo al seno de su familia, su hermano menor, don Juan, le recibió con al-

borozo y le entregó su corta herencia paterna, manifestándose muy contento con la reaparicion de su hermano; pero aunque la familia Monsalve era muy principal y pertenecia á la nobleza más antigua de la provincia, no era rica, y el único que podia disponer de algunos bienes con qué sustentar el honor de su posicion era el mayorazgo; así, don Juan tuvo que abandonar á Zamora para buscar fortuna en Flándes, donde le ofrecian un honroso destino. Al verse á la cabeza de la familia, don Francisco renunció á su intencion de hacerse caballero de San Juan y contrajo matrimonio á poco de haber regresado á Zamora, perdiendo en breve á su esposa, pero quedándole un hijo de poca edad.

Habia cumplido don Diego de Monsalve

20 años cuando su padre don Francisco recibió la noticia de la muerte de su hermano, quien habiendo casado ventajosamente en Flándes con una rica y hermosa holandesa, se habia establecido en la corte de Valladolid, donde enviudó tambien. De este enlace le quedó una hija, de nombre Beatriz, única heredera de sus cuantiosos bienes. Falleció don Juan dejando en su testamento recomendada aquella niña á su hermano, rogándole que la casara con su hijo cuando llegase á la edad conveniente, y finalmente disponia que si por culpa de Beatriz se frustraba este matrimonio, no recibiria de la herencia sino la acostumbrada dote para hacerse monja; pero si Diego rehusaba su mano sin motivo justificado, Beatriz quedaba libre para contraer matrimonio con otro que fuese del gusto de su tio.

Cuando la hija de don Juan cumplió quince

* Don Francisco se habia casado durante sus correrías, en Granada, ocultamente, de cuyo matrimonio tuvo un hijo de tan mal carácter, que siendo todavía niño, se huyó y fué á las Indias.

años, don Francisco mandó por ella al convento de la Visitacion de Madrid, enviando á su propia hermana doña Mencía con varios escuderos y sirvientes á traerla á su casa con toda honra y respeto. Apenas llegó doña Mencía á Madrid, ciudad que aunque no era todavía residencia de la corte, era ya lugar poblado y considerable, sacó del convento á Beatriz, y durante los quince días que allí duró procuró esparcirla y recrearla llevándola á los paseos y á cuantas procesiones y fiestas religiosas tuvieron lugar en aquellos días. De esto resultó que prendado de su belleza, ó acaso de sus bienes, dió en seguirla á todas partes y rondar su posada un mancebo, el que viéndola sin más guarda que la descuidada dueña, se atrevió á mandarla mensajes y billetes por medio de una doncella que llevó doña Mencía para que la sirviera, creyéndola persona recogida y discreta,—siendo todo lo contrario, soez, lenguaraz y codiciosa, capaz de vender su alma por un ducado. Entre el galan, Azulina (que así se llamaba la donce-

lla) y un sirviente del galan que cortejaba á la criada, inventaron tantos enredos infames acerca de la honrada familia de don Francisco, que Beatriz, niña inocente, sin experiencia de la vida, criada entre monjas rígidas y severas que nunca supieron captarse ni su cariño ni su confianza, creyó firmemente cuanto aquellas personas la aseguraban. Dijéronla que don Francisco era un viejo reacio y de mal carácter, propenso á esclavizar á cuantos le rodeaban; que su hijo, el futuro novio de Beatriz, era un imbécil y tan áspero, que tenía fama de cruel en Zamora; que doña Mencía, que se fingía amable y cariñosa lejos de su familia, al llegar á ella se convertía en humilde instrumento de su hermano y de su sobrino; en fin, que en aquella casa,—que parecía más bien una triste cárcel,—todos eran necios y perversos, y cuantos vivían en ella al cabo de poco tiempo morían de tedio y espanto.

Era tanto lo que la decían aquellas malas gentes, que Beatriz (que había oído referir muchos cuentos de crueldades y horrores que sucedían, segun la opinion de las monjas, en el siglo) no puso en duda que en casa de su tío se volvería loca; y como el galan la hizo mil protestas de adoracion eterna, á lo que se agregaba el ser tan hermoso y gallardo, cuanto fino y galante se manifestaba, nada tuvo de extraño que cautivase la confianza de una niña de quince años que no conocía los ardides de los hombres malos. Todo vino á parar en que, menudeando los billetes en que él se lamentaba de no poder expresarla de



palabra su grande amor y la hacia los más rendidos juramentos de tomarla por esposa, la propuso con las mayores instancias que accediese á fugarse con él. Beatriz rechazó al principio esta propuesta como impropia, no obstante que en su ignorancia del mundo no

195

tántas las bellísimas palabras del pretendiente y las lisonjas de la doncella, que al fin ofreció hacer cuanto la dijese para salir del poder de sus parientes. Entre el galán y Azulina arreglaron y determinaron la manera como se debía llevar á efecto la fuga de Beatriz, aprovechando la primera coyuntura que se presentara durante el próximo regreso de Doña Mencía á Zamora. Con efecto, á los pocos dias se puso ésta en marcha con su sobrina, pajes y escuderos, y en la primera jornada detúvose á comer en una venta cerca del lugar llamado Castro-Nuño y no lejos del Encinar de Cabillos. Despues de la comida, Doña Mencía, á quien agobiaban los años y fatigaba mucho el andar pesado de la mula en que iba desde Madrid, retiróse á dormir la siesta mientras pasaban los fuertes calóres del dia, insufribles en el verano por aquellas provincias, cuyos caminos eran áridos y sin sombra.

Apénas se cercioró Azulina de que Doña Mencía y sus acompañantes dormían, bajó con la mayor cautela con Beatriz al patio posterior de la venta, procurando que nadie las viese, y abriendo una puerta excusada se encontraron en el campo, á pocos pasos de un bosquecillo de róbles, á la vera del camino. Allí las aguardaba con cabalgaduras el amarelado galán. Apénas las vió llegar se desmontó, y prorrumpiendo en palabras de alborozo ayudó á Beatriz á montar, cubierta con un antifaz para no ser reconocida, en tanto que, acercándose, el escudero subió á la doncella al anca de su propio caballo, y sin detenerse más tiempo partieron á rienda suelta hácia un espeso encinar que desde allí se columbraba. A poco rato se encontraron en la parte más tupida del bosque, en donde el jóven se detuvo y dijo á Beatriz que estando en lugar seguro convenia desmontarse para aguardar allí á unos mensajeros que habia enviado á Toro á disponer las diligencias del

matrimonio, que por la noche debía verificarse en un convento de frailes amigos suyos. X

Beatriz, asustada y llorosa, cayendo en cuenta al fin de lo impropio del paso que habia dado, ni aun se atrevia á alzar la vista, y bien arrimada al tronco de un árbol procuraba ocultarse tras de éste.

—Esposa mia, díjola el galán sentándose sobre el verde musgo á su lado: os ruego que no me mireis con desamor, que os amo más que á mi vida..... Recordad que esta noche nos debe echar su bendición un religioso franciscano con quien lo tengo concertado todo; él nos aguardará á la puerta de la Iglesia para abrirnosla con sigilo.

Ella no contestó nada, pues su miedo iba creciendo por momentos y sólo acertaba á escuchar los latidos de su corazón.

Entónces el galán procuró tomarla la mano, pero ella se la rehusó con un ademán de tan tierna súplica, que el jóven, que era audaz, pero caballero de nacimiento y educacion, comprendió ser mejor manifestarse obediente y respetuoso; así contentóse con mirarla tiernamente y hacerla mil prótestas de amor.

Al cabo de un rato la dijo fingiendo indiferencia:

—Vuestra merced debe de conocer este camino hasta Toro, pues he oido decir que vuestro padre poseía un rico terreno y un castillo por aquí.

—Ciertamente recuerdo que muy niña me llevaron á él, pero seguramente nunca lo volveré á ver.

—Y por qué?

—¿Acaso no sabeis que si me caso con otro que no sea mi primo Don Diego, nada heredaré de lo que dejó mi padre?

—Qué decís? exclamó el galán; sin duda eso no es cierto!

—Es la pura verdad.

—¿Quién es lo ha dicho?

—Mi padre en su testamento manda que si yo rehúso casarme con mi primo, todos sus caudales pasan á manos de Don Francisco, salvo una corta suma que me servirá de dote para entrarme de monja.

Quedóse el galán atónito y suspenso al oír aquello, y fijó los ojos en la niña con aire tan contrariado que, notándolo ella, le dijo:

—Señor caballero, ¿no me dijisteis que no sabiais si yo era pobre ó rica y que me amábais sin acordaros de mi herencia?

A lo que él siguiendo sus pensamientos, replicó:

—Estoy seguro de que vuestros parientes os engañaron, pues semejante testamento sería absurdo.

Beatriz, que á pesar de ser tan jóven no era nada tonta, sino perspicaz y de talento claro, cayó inmediatamente en la cuenta de que aquel hombre no la amaba á ella sino á su caudal, y comprendiendo lo que la pasaba agachó la cabeza y rompió á llorar desconsoladamente. El mozo no notó su turbacion, ó si la notó no acertó á consolarla, sino que demudado y confundido la miraba y miraba sin atravesar palabra. Al fin, viendo que el llanto se prolongaba, la dijo con brusquedad:

—Dejad esas lágrimas, señora, y contestadme seriamente si lo que me acabais de decir es cosa cierta y averiguada, ó patrañas in-

ventadas por vuestros parientes para obligaros á llevar á cabo el matrimonio con Don Diego.

—Lo que os dije es la verdad, contestó ella entre sollozos y lágrimas; y ya veo que sólo eso os interesa, y que para vos mi persona... sin dinero nada vale.

Pero él no hizo caso alguno á tan justas reconvencciones, y mientras ella continuaba entregada al dolor de su desengaño él no dejaba de repetir con enojo:

—No puede ser, no puede ser!

Viendo esto la niña enjugó sus lágrimas,

procuró reprimir el llanto y afirmando la voz le dijo con dignidad al jóven:

—Sí, señor; —tan puede ser, que se lo oí decir á mi padre varias veces, y la última que le oí, pocos días antes de morir, me notificó que no le desobedeciese en el mandato de que fuera la esposa de mi primo; pero que si por capricho yo quebrantaba su voluntad, sólo me dejaría 3,000 ducados para que pudiese retirarme honradamente á un convento. Cuán pronto ha venido el castigo! exclamó en seguida la cuitada Beatriz; bien me decian las monjas que el mundo sólo se compone de acechanzas y peligros!..... Socorredme, Virgen Santa! socorred á esta desdichada, mi Señora del Pilar, mi patrona! Y levantaba los ojos anegados en llanto y los clavaba en el azul del cielo.

Volvió en sí el jóven al verla tan desesperada y la dijo: “Bien claro lo veo, vos no me amais!.....Pero no lloréis, señora..... no lloreis así, que si tanto os pesa haberos venido conmigo, aun se puede remediar el paso que habeis dado..... Yo no os quiero obligar.....

—¿Qué es lo que decís? Todavía se puede remediar lo que he hecho, es decir que podré volver al lado de mi tia?

Indignada la misma Azulina con el mal proceder del galan, pues habia estado escuchando la conversacion de los jóvenes, vino en su ayuda diciendo:

—Porsupuesto que nos podremos volver á la venta. No hace una hora que salimos de ella, segun creo. La casa estaba en silencio, nadie vos vio salir y es posible que aun se halle recogida Doña Mencía, que suele dormir argo. Teneis razon, señora el caballero no se ha portado como tal!

Beatriz, viéndose apoyada por su criada exclamó, dirigiéndose al galan con animacion:

—Señor caballero, ya que encontrásteis que os habiais equivocado, y que en lugar de una doncella rica os habiais robado una pobre, volvedme, os lo suplico, al sitio en donde me

hallásteis, y entónces en lugar de odiaros hasta el fin de mis dias, trataré de olvidar el mal que me habeis hecho.

El jóven vacilaba y no sabia qué partido tomar; pero al fin, llamando al escudero, le mandó que acercase los caballos.

—Gracias, caballero, gracias! le dijo ella; y ahora, añadió, ya estoy libre, pues tendrá un motivo mi primo para rechazar me si le refiero lo ocurrido, y entónces.....

—¿Entónces qué hareis? ¿Ireis á un convento?

—No sé..... porque si mi primo me rechaza, y no yo á él, la herencia será mia y podré hacer de ella lo que á bien tenga..... Pero no me entretengais más, que tardo en volverme á ver en lugar seguro.

—Aguardad! exclamó él; quiero ántes que me expliqueis vuestras palabras.

Y así como se habia notado en la bella fisonomía del jóven un cambio total cuando Beatriz le habló de la pérdida de la herencia, así al oír decir que los caudales no eran irremisiblemente perdidos para el futuro esposo de Beatriz, cambió de expresion su móvil semblante y con suave acento y dulce y amable sonrisa dijo á Beatriz:

—Decidme, Señora de mi alma y de mi vida, que no me aborrecis!—mi conducta ha sido en verdad muy ligera, pero el amor, la pasion que me habeis inspirado me habia quitado el juicio.....

—Esto es acabado, señor: no me detengais más aquí.

—Sí, por Dios! Repetidme que si vuestro primo no os acepta podreis disponer de vuestra mano,—añadió con marcado interes.

—Ya ós lo he dicho.....pero será preciso el consentimiento de mi tio.

—Vive Dios! Beatriz muy amada! exclamó él con alboroso,—no quiero ser causa de que perdais vuestra hacienda, pues la mia no es tanta que os la pudiese compensar haciéndoos mi esposa y dueña de cuanto tengo. Y en prueba de mi obediencia voy á llevaros de nuevo á la posada de vuestra tia, y si han caido en cuenta de vuestra desaparicion no dudo que esta doncella os sacará con bien, inventando algun lance que calme las sospechas y encubra la verdad.

Al montar, dijo Beatriz con enojo á Azulina:

—¿Por qué me pintaste á este mal caballero como un modelo de hidalguía, de finura y de bondad, que sólo pensaba en librarme de los malos tratamientos que me aguardaban?

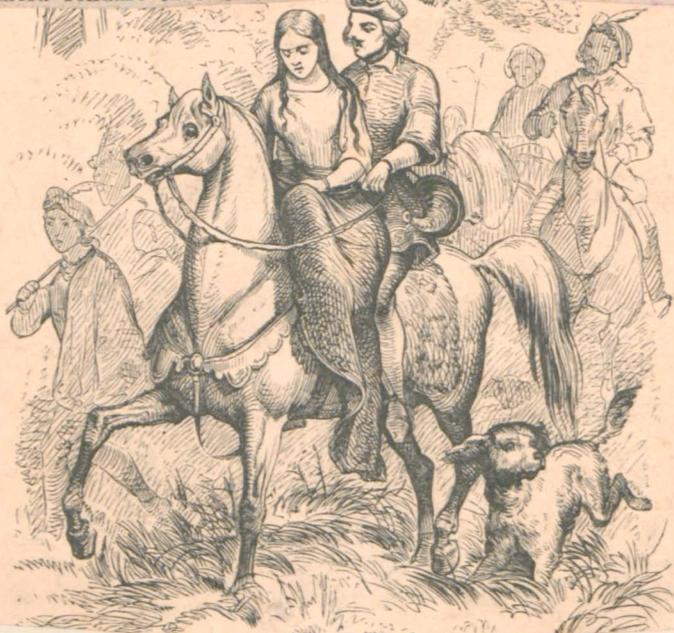
Y seguida rompiendo de nuevo á llorar añadió conmovida: Quién hubiera creído que este lance acabara así, y que tan pronto habria de verme engañada!

—Engañada! replicó el jóven; no digais tal cosa.....; Acaso pensais que no volveré á buscaros? En Zamora rondaré la calle como

vuestro más fiel amante, y no dudo que encontraré modo de hablaros á menudo.....

—Hablarne á mí! exclamó ella interrumpiéndole! no lo imagineis, que si he sido incauta no soy liviana.

—Veo que no me habeis comprendido, dijo



128
él, procurando suavisar más y más su acento: me explicaré mejor. Mi esperanza se cifra en que al volver á vuestra familia no me olvidéis, sino que declareis á vuestro primo que amais á otro con quien estais ligada por formales promesas de ser su esposa. Vuestro primo cederá por dignidad, y porque sabe lo que un caballero debe á una dama.

—No há mucho me deciais que era imbécil y cruel!

—Lo uno no quita lo otro, repuso el galan sin turbarse. Pero dejadme concluir: él, y no vos rehusará el enlace:—al momento me lo avisareis ¿no es cierto?—yo me presentaré á vuestro tío, pediré vuestra mano y como somos hasta parientes y él me conoce, estoy seguro de que me la concederá.

—Basta de pláticas! contestó Beatriz, temblando de indignación y sentimiento; despues os diré lo que pienso.

Montaron en silencio; ella se volvió á poner el antifraz, y poco despues llegaban á la vecindad de la posada, sin haber atravesado una palabra.

Cuando Beatriz se vió tan cerca de la casa en que estaba su tia, se apeó del caballo sin dar tiempo á ser ayudada, y volviéndose al caballero que procuraba tomarla una mano le dijo con altivez:

—Idos, señor! Y sabed que me enfada y me

ofende la compañía de tan ruin, femella y traidor hombre!

Mirábala él atónito, y ella, clavándole los airados ojos, añadió:

—Mientras me creísteis rica fingísteis amar-me: fuísteis de hielo cuando sospechásteis que seria pobre, y ahora.....volvíeme vuestro amor al calcular que puedo ser vuestra sin perder por eso mi hacienda. ¿Qué os parece esta conducta en quien se titula hidalgo? Aunque no quiero ser esposa de mi primo,

vuestra no, se | jamas,—añadió, y volvióe la espalda con desden.

El galan estaba pálido de ira y empuñaba con la mano derecha una daga que llevaba oculta entre los pliegues de su capa de viaje.

—Escuchad! gritó asiéndose del manto de Beatriz que caminaba ya hácia la posada.

—En vano seria, caballero.....

—Yo me vengaré, si me despreciais!

—No me faltan parientes y deudos que me defenderán! Y al decir esto desprendió sus vestidos y echó á correr seguida de su dencella, dirigiéndose á la posada.

—Ira de Dios! exclamó el caballero con furia: se me ha escapado!

Y viéndola entrar en la posada montó en su caballo y espoleándolo con cólera salió por el camino, siendo tal su ímpetu que su sirviente no logró alcanzarle sino ya llegando á Toro.



CAPÍTULO III.

Dicen que dos instrumentos
 Conformemente templados
 Por los ecos dilatados
 Comunican sus acentos;
 Tocan el uno, y los vientos
 Hieren el otro, aunque allí
 Nadie lo toque;.....

(Calderon.)

Quando Beatriz entró en la posada la encontró alborotadísima, pues habiéndose despertado doña Mencía mandó llamar á su sobrina; pero como no la hallaron en toda la casa, se aprontaban ya los sirvientes á buscarla por los campos, cuando la vieron entrar por la puerta del corral.

—Qué es esto, sobrina! exclamó la señora de dónde venis tan agitada y con aire tan descompuesto?

—Señora y ama mia, contestó Azulina ántes de que pudiese hablar la niña,—salimos á dar una vuelta hasta aquellos árboles que veis en la orilla del camino, y habiéndonos sentado á

descansar nos quedamos dormidas; despertónos un gran ruido de caballos y nos vimos rodeadas de hombres enmascarados, lo que nos causó tanto afan y espanto que nos soltámos á correr hácia este lado y hemos entrado por el corral temblando de miedo.

Beatriz al verse en lugar seguro dió rienda á su sentimiento, agitada por tantas y tan contrarias impresiones como habia sufrido en ménos de dos horas, y exhalando un hondo suspiro cayó sollozante sobre un banco que por allí estaba.

—Qué tiene la niña? Qué tienes Beatriz? dijo doña Mencía acercándosele con cariño.

—El susto, señora, el pismo, el espanto..... dijo interrumpiéndola Azulina, temerosa de que Beatriz dijera alguna palabra imprudente.

—Calla, mujer! ataja esa tarabilla! gritó la colérica doña Mencía; y en lugar de quedarte aquí corre á decir al escudero y á los pajes que preparen los caballos y mulas lo más pronto posible, pues tenemos que dormir esta noche en Toro, y ya es tarde.

Después de preguntar repetidas veces á Beatriz lo que causaba sus lágrimas, sin obtener una contestación satisfactoria, doña Mencía, algo enojada, dió la orden de partida, y la caravana se puso en marcha con dirección á Toro, á donde llegaron cuando el día se acababa.

A la mañana siguiente, mientras aprestaban los arreos para continuar el viaje, doña Mencía que había oído llorar á Beatriz toda la noche, se esforzaba por inspirarle confianza para que la dijera por qué desde el día anterior parecía tan afligida, sin que se comprendiese el motivo de su pena. En vano la hablaba, ya con cariño ya con enojo; Beatriz no quería decir otra cosa sino que sufría con frecuencia melancolías sin causa, y que no la hiciese caso porque la pasaban pronto.

—No me gustan las melindrosas, decía doña Mencía, y es preciso que te corrijas.

Estaban las dos damas frente á una reja de la sala de la posada que miraba hácia la calle, abierta como las que se usaban entónces en muchas ciudades de España y que todavía se ven en Toro, es decir, de hierro tosco y volada, de manera que parecía el costado de una jaula propia para exhibir á los criminales en los lugares públicos, más bien que la ventana de una casa particular. En aquel momento pasó por el pié de la reja un apuesto jóven, el que las saludó con gracia y miró á Beatriz de tan extraña manera que sobresaltándose la niña se abrazó á su tia, temblorosa y confusa.

—¿Qué te asusta? la preguntó ésta.

—No sé, contestó la niña bajando los ojos y poniéndose roja como una amapola.

—¿Acaso conoces á ese mozo?

—No señora, —pero creí reconocer en su apostura á uno de los enmascarados que tanto me asustaron ayer. ¿Vuestra merced conoce por ventura quién es el caballero?

—Ciertamente, y es pariente nuestro, aunque muy lejano; su abuela era prima en tercer grado de mi madre.

—¿Cómo se llama?

—Diego de Mazariégos. Pertenece á una distinguida familia de Zamora; pero se dice que la herencia que le dejó su padre la ha derrochado en Madrid y en Valladolid en fiestas y devaneos. Yo nunca le he visto de cerca,

pero es fama que tiene sus filetes y respuntes de hombre vano y audaz, y que es aficionado á gallardear en torno de las damas con no muy buenas intenciones; — así, bueno será, sobrina, que te guardes de él, porque una doncella bien nacida no debe dar nunca margen á que hablen y se ocupen de ella ni en lo mínimo.

—Dios y su Santísima Madre me amparen y libren de tan mal sujeto! exclamó Beatriz, santiguándose y palideciendo.

Mientras hablaban las dos damas habían salido de la sala, y bajando al porton de la posada se llegó Beatriz á una bonita hacanea que había enviado su primo expresamente para ella, aderezada con su rico sillón y gualdrapa y grupa dorada; y después de haberse santiguado devotamente montó con mucho garbo y donaire, siguiendo tras la tarda mula de doña Mencía, y acompañada por los sirvientes y doncellas salió de Toro muy pensativa y callada, como embotado el entendimiento, sin poner cuidado en ninguna cosa de las que la rodeaban.

Como una legua ántes de llegar á Zamora se encontraron con don Francisco y su hijo que las habían salido á recibir.

Diego iba caballero en un briosísimo potro andaluz que manejaba con soltura y destreza. Era un elegante mozo como de hasta veintidos años de edad, moreno, alto, delgado, grave y cortés, y aunque sus facciones no fuesen tan perfectas como las de Mazariégos, sus modales y la expresion de su rostro denotaban tanta nobleza de sentimientos, que se granjeaba las voluntades. Aunque orgulloso en el fondo, le adornaba tal modestia que solamente después de tratarle algun tiempo se descubria ser más docto é instruido que la generalidad de los hidalgos de su tiempo, pues había estudiado algunos años en Salamanca, y se preciaba un tanto de poeta, bien que hasta entónces no había empleado su musa sino en componer coplas y sonetos á María Santísima, de quien era particularmente devoto.

Mientras doña Mencía daba cuenta á su hermano de lo que había pasado en su viaje, don Diego se llegó á Beatriz y dirigiéndola la palabra con respetuosa galanteria procuró hacerla hablar; pero ella, avergonzada y tímida, casi no acertaba á contestar á derechas las bien hiladas razones de su primo.

A pesar de las calumnias que tanto la habían asustado, fragnadas por Mazariégos y Azulina,

desde que Beatriz puso los ojos en su primo comprendió que la habían engañado totalmente; y á medida que le oía hablar, mejor enten-



dia la falsedad de los cuentos con que la habian entretenido en Madrid, y más la pesaba la locura de su conducta con Mazariégos.

Al ver á don Diego tan apuesto y discreto, tan respetuoso y tan fino, se penetraba más y más de la superioridad de éste sobre el anterior pretendiente, que tan vil se habia mostrado.

Despues de haber platicado más de una hora con Beatriz, don Diego la dijo:

—Levantad esos ojos, señora y prima, que no siempre han de estar clavados en los polvos de estos caminos, y mirad cómo desde aquí se descubre ya muy cerca la bella ciudad de Zamora, ciudad que en breve rato tendrá la honra de poseeros y en donde confío que pasareis la vida á nuestro lado.

Levantó Beatriz los ojos, que los tenia muy

bellos, grandes, azules y melancólicos, herencia que la venia de su madre la flamenca, pero antes de fijarlos en Zamora los puso en don Diego, diciéndole entre confusa y amable:

—Dudo que el cielo me depare esa satisfacion, pues es muy probable que acabe mis dias en un convento.

—¿Cómo así? ¿Tánta aficion cobrásteis á la vida monástica durante el tiempo que permanecísteis con las buenas monjas de la Visitacion?

Y como no le contestara, turbándola una pregunta que la recordaba la enojosa escena del dia anterior, Diego añadió:

—Mucho me pesaría eso, prima mia, pues héme acostumbrado á veros en lo porvenir como el sol que ilumina mi vida....

Mas ella nada decia, sino que apénas le miraba.

—Por otra parte, continuó don Diego, lástima grande seria sepultar en los oscuros claustros de un convento esos ojos de turquesa que hasta por su color deberian pertenecer á Zamora.

—¿Qué tienen que hacer mis ojos con Zamora? preguntó Beatriz sonriéndose con la ligereza propia de su edad, en la que pronto se pasa de lo triste á lo risueño.

—Porque la palabra Zamora significa en lengua árabe *turquesa*; los Moros llamaron esta ciudad así, porque, diz que al tiempo de excavar el terreno para edificar sus muros, hallaron muchas piedras turquesas de gran valor.

Platicando de esta manera llegó la comitiva de doña Mencia al grande y hermosísimo puente que atraviesa el rio Duero, y á poco de haberlo pasado, á las casas de don Francisco.

Aunque parezca exageracion, se puede decir que al ayudar don Diego á Beatriz á desmontarse, ámbos estaban ya tan prendados el uno del otro, como si de largo tiempo se hubiesen tratado. Entregado el jóven hasta entónces al estudio de las letras y ejercicio de las armas: sabiendo que estaba decretado por su padre que debía tomar por esposa á su prima, y deseando, con la caballerosidad que distinguia aquella época, guardar su corazon intacto á la que seria dueña de su honra, Diego ni habia

pensado siquiera que le seria posible amar á otra que no fuese Beatriz. Así aunque hubiera sido contrahecha y fea, la habria recibido con cariño y héchola su esposa; pero encontrándola bella, discreta y viva, la entregó su corazon inmediatamente, con todo el fuego y entusiasmo del primer amor en una naturaleza rica y enteramente virgen.

En Beafriz el naciente amor tenia otros motivos: miéntras creyó que la obligarian, sin consultar su voluntad, á ser la esposa de su primo, bastando esto para que le fuera odioso, rechazaba hasta la idea de manifestarse sumisa á tales tratos, y se hallaba dispuesta á desbaratarlos de cualquier modo. Pareceria inverosímil semejante resolucion en una niña educada en un convento del siglo XVI; pero hay que tener en cuenta la sangre flamenca que corria por sus venas, es decir, la tenacidad invencible de aquella raza, demostrada en la larga insurreccion de Flándes contra España, — desafiando la Inquisicion con sus hogueras y los ejércitos entónces vencedores en toda la Eu-

ropa. Ademas, Beatriz hasta los diez años habia permanecido en casa de su padre, en la que todos le obedecian ciegamente, desde su madre, que habia fincado en ella todo el cariño de su corazon, hasta el último paje de su servicio. Despues de la muerte de su madre, habiánla puesto en un convento, en donde aprendió, no á ser humilde y resignada, sino á encubrir su voluntad á los ojos de las monjas, á quienes miraba más como á carceleras que como á maestras cariñosas. Pero apénas comprendió que su atolondramiento habia puesto una barrera que juzgaba insuperable entre don Diego y ella, imposibilitando su matrimonio, esta misma imposibilidad la hizo ver en él una persona interesante y digna de atencion; convirtiéndose por momentos aquel interes en ternura y en un cariño verdadero y profundo. Por supuesto que ella misma no se

daba cuenta de estos nuevos sentimientos, que nacian en su corazon casi como instintos, y no sabia analizarlos ni mucho ménos comprenderlos.

Pocos dias despues de la llegada á Zamora empezaron en la casa de don Francisco los aprestos para la boda, que debía tener lugar tres meses despues de haber salido Beatriz del convento, segun lo habia ordenado su tio.

Beatriz entretanto vivia sobresaltada y affligida, pues tenia que luchar con sentimientos encontrados: en primer lugar, el cariño y respeto que, como hemos dicho, nació repentinamente en su corazon al encontrar á su primo tan diferente de lo que la habian dicho, la aguijoneaban para dejar correr los acontecimientos sin mezclarse en ellos; pero por otra parte, si esto sucedia y se verificaba el matrimonio temblaba por lo que pudiera suceder despues, si Diego algun dia tenia conocimiento de su loca fuga con Mazariégos. ¿Qué hacer? Resolvió conocer bien su futura suerte; así un dia, con maña, suscitó la conversacion refiriendo un suceso que decia la habian contado, muy semejante al suyo, y volviéndose á su primo dijo:

—¿Y tú primo, en el lugar del novio qué hubieras hecho?

—Yo me veria obligado á cometer tres muertes.

—Tres?

—Si, tres: mataria en primer lugar al infame galan, en seguida á la mujer liviana, y despues, no pudiendo vivir con esa mancha sobre mi honor, tambien me mataria.

continuaban. Su angustia llegó al colmo cuando un día Azulina la llamó aparte y la entregó el siguiente papelito que la dejó más muerta que viva:

“Estoy en Zamora, señora doña Beatriz, y he venido para advertir á vuesa merced, que si el proyectado matrimonio se verifica yo revelaré al novio en qué pláticas se ocupaba la novia durante las horas que pasó en Castro Nuño.”

Al leer aquello quedóse aterrada Beatriz, y como no sabía qué contestar acudió á llorar y afigirse; pero Azulina no se contentó con semejante respuesta, diciéndola:

—Tengo de contestar al señor de Mazarié-gos lo que resuelva vuestra merced.

—Dirásle, mala mujer, que tal matrimonio no se hará; pero que tampoco seré jamás esposa de tan ruin caballero, en cuyas venas no parece que haya gota de sangre noble.

—Lo primero diré, contestó con desenfado la criada, lo segundo nó.

—¿Te niegas á obedecerme?

—No tal, — no veis que salgo?

Y al decir esto tomó la puerta; pero ocurriósele á Beatriz: llamarla para decirle:

—Te mando que le digas que salga de Zamora, porque si le veo por aquí no respondo de mí misma, y seré capaz de arrostrar todos los peligros para vengarme de él. Añáde que le doy mi palabra de que de una manera ú otra romperé el matrimonio, pero que no me persiga con su presencia ni con sus papeles...

Salió muy ufana la criada y quedóse la niña llorando; la una fué á recibir el galardón de su traidora conducta, y la otra permaneció rezando y pidiendo á Dios y á sus santos que la librasen de la amarga copa del sacrificio, enviándola socorro de alguna manera ántes que llegase el trance en que habria de decir que no se creia digna de la mano de su primo.

La juventud rechaza con horror las penas y

se resiste á creer que tiene que resignarse á sufrirlas. Además, Beatriz por entónces amaba realmente á su tío, que era un caballero completo y la atenia y miraba como si fuera su mismo padre; queria entrañablemente á doña Mencia, quien no cesaba de hacer esfuerzos para tenerla contenta, y en cuanto á su primo ya no tenia límites el cariño, respeto y admiración que por él sentia. Así la idea no más de que aquellas personas tan amables con ella y tan honradas llegasen á mirarla con desvío y desprecio, la entristecía sobre manera. Sin embargo, pasaba el tiempo y corrían los días, es-

tando ya cercano el que se habia señalado para la boda, y Beatriz callaba. Al fin una noche se decidió á hablar y dirigiéndose al anciano le dijo en tono de chanza:

—¿Qué sucederia, mi respetado tío, si yo á última hora me negara á casarme con Diego?

El anciano arrugó la frente con disgusto y contestó:

—Aunque hay ciertas chanzas que niñas bien nacidas no deben gastar nunca, te contestaré, que si hicieras por ventura lo que dices, no vivirías una hora más en mi casa, y te llevaria á un convento en donde te estuvieras recogida y honrada hasta el fin de tus días.

Quedóse nuestra apurada heroína callada y temblando, sin atreverse á continuar, pues en aquella época las mujeres no eran sino súbditas, de cuya suerte podían disponer absolutamente sus deudos y parientes más cercanos, siendo cosa nada rara el verse, muchas veces por puro capricho, sepultadas para siempre en un convento, sin que nadie llegase á saber su paradero.

Al temor de verse despreciada por sus parientes añadíase, pues, el de que la depositasen en algun monasterio; vida que odiaba y temia ántes de llegar á Zamora y que ahora de tal modo aborrecia que hubiera preferido la muerte al encierro sempiterno; y sobretodo

dolíala en el alma el tener que abandonar sin esperanza la idea de ser algun dia la esposa de su primo.

De todo lo que la podia suceder lo que más temia era perder el cariño y estimación de su primo, y desvelábase la pobre niña pensando en lo que le habia de decir. Al fin creyó haber encontrado la disculpa que deseaba, zanjando así todas las dificultades. Aunque rara vez podia hablar á solas con su presunto novio, una tarde por rara manera se hallaron solos en el estrado, merced á la creciente oscuridad, pues ya venia la noche. Beatriz creyó ocultar mejor su tristeza y turbacion, y aprovechándose de la oportunidad que tal vez nunca volveria á presentarse llamó á don Diego al hueco de una ventana, y con los ojos bajos y la voz llena de lágrimas le habló de esta manera:

—Mi querido y respetado primo, tengo que comunicarte algo que hace días deseaba decirte, aunque me pesa en el alma.

—¿Qué tienes, Beatriz mía, que me hablas tan conturbada? ¿Acaso te habré ofendido?

—Tú no, tú no..... contestó ella batallando

consigo misma para no llorar.

—Entonces quién? Habla: no sabes que te amo tanto que no hay cosa que no hiciera por tí, y salvo el honor, mi vida y cuanto poseo es tuyo y te lo daría con gusto si eso te contentara? Por qué callas? dime lo que deseas, con franqueza: ¿no sabes que soy ó seré muy en breve tu esposo y tu hermano?

—Diego, primo mio, contestóle ella con angustia, no me hables con tanto cariño porque me partes el alma.

—Cómo Beatriz.....

—Déjame decirte en calma lo que tengo de decirte, interrumpióle; déjame que hable mientras me encuentro con valor para hacerlo, si no me quieres ver morir aquí de angustia y de dolor!



—Procuraré obedecerte contestó él viéndola tan agitada. Y acercóla un sillón para que se sentase.

—Es preciso que tengas paciencia, pues mi relacion será tal vez larga y tengo de empearla desde tiempo atras. No recuerdo si alguna vez te hablé de una grave enfermedad que sufrí poco ántes de que fuese por mí al convento mi señora tia. Un dia en que me hallaba más mala y me creia de muerte y sin remedio en lo humano, hícele un voto á la Virgen del Pilar si me salvaba y me ponía buena..... Yo no queria morir entónces, creyendo que la vida era muy bella y apetecible..... La Virgen escuchó mi voto y desde ese momento empecé á mejorarme y á poco quedé buena.

Costábala trabajo mentir á Beatriz, pues las mujeres encuentran que engañar al hombre que aman es una felonía tal, que no con facilidad la cometen. Así las palabras de Beatriz eran confusas y la temblaba la voz.

—Qué voto fué el que hiciste? preguntóla al fin Diego viendo que no seguia su relacion. ¿Lo has cumplido?

—Quiero cumplirlo y por eso he venido á hablarte de él para que me ayudes. ¿Prometes hacerme ésta merced?

—En cuanto esté á mi alcance cuenta conmigo.

—No sé cómo explicarme con tigo.

—No temas; habla con claridad.

—Pues, bien, hice voto..... voto á la Virgen del Pilar, mi patrona (pues tambien me llamaron Pilar) de servir á ella no más en mi vida y de no casarme jamas.

—Tú! imposible..... ¿Acaso no sabias que tu pádre habia dispuesto ya de tí?

—Sí; pero en aquel momento no pensé sino en ofrecer lo que podia.

—Pero puedes hacer alzar ese voto, lo sé.

—No es posible.

—Te engañas, dijo él muy agitado, te en-

gañas; hablaré con tu confesor Fray Benito de Calatraba. No lo dudes: en cambio de alguna cuantiosa limosna ú otro sacrificio, podrá devolverte la libertad.

Beatriz, que no habia previsto este inconveniente, rompió á llorar; pero viendo que Diego buscaba su sombrero para salir, le detuvo diciéndole otra mentira; pues no hay nada más cierto que aquello de que es imposible decir una sola sin que le sigan cien más.

—Diego, ven acá.....

—¿Qué me quieres?

—Excusa el hablar á Fray Benito, porque ya le hablé y le expliqué mi voto.

—Y qué te dijo?

—Que tengo de cumplirlo, porque fué muy solemne y muy serio.

—Pero eso no puede ser! Tocaré con el Obispo; me iré á Roma si es preciso.....

—No lo permitiré jamas, Diego. No puedo ir en ello..... Escúchame..... mientras más me porfies, más sufriré. Y al decir esto sollozaba con apasionado llanto y sin poderse contener. Diego la estuvo mirando un rato y al fin la dijo;

—Ea tu llanto creo notar no solamente pena sino despecho. Dime ¿ hay en esta determinacion algo más de lo que me dices? pues si es repugnancia que tienes al matrimonio con migo dílo francamente, que yo haré saber á mi padre que no serás mia sin tu voluntad.

—Repugnarme tú á mí? imposible!

—Pues si así no fuera ¿ te opondrias á que yo hiciera esfuerzos para que te levantaran el voto que tan imprudentemente hiciste? En esto hay algun misterio.....

—Dices la verdad.

—Misterio extraño! ¿ Qué puede ser?

—No me preguntes más, que me despedazas el corazon ¿ Qué más quieres saber sino que hice un voto, un voto á la Virgen que me impide casarme?

—Beatriz, Beatriz! Qué cruel eres..... ¿ Por qué no dijiste esto apénas llegaste aquí, y entónces yo hubiera procurado no amarte tanto? ¿ Por qué me dejaste creer que me mirabas con cariño para despues darme este desengaño?

—No sabes, Diego, cuánto he padecido, en estos tres meses..... Un dia pregunté á tu padre qué haria él si yo me negara á casarme contigo, y mirándome airado me dijo que sin tardanza me sepultaria en un convento. Tanta severidad me quitó el valor para explicar todo mi pensamiento.

—Es decir que si no te casas conmigo tampoco quieres hacerte monja?

—Oh! no; temo al convento más que á la muerte! Y don Francisco dice que seguirá las instrucciones de mi padre al pié de la letra!...

—¿ Y eso es lo que temes? preguntó friamente don Diego.

—Mucho, Diego; pero más temo tu displacer: no me mires con malos ojos, primo, que me partes el alma!

—¿ Y quisieras que te mirara con agrado despues de lo que ha ocurrido entre los dos?

—Que desgraciada soy! exclamó ella; el único amparo que tenia, el solo consuelo que esperaba era el de que tú me dieras ánimo! Y me miras con desvío, añadió, y no me tienes lástima!

—Lástima! Y quién me la tendrá á mí, dijo él, que finqué toda mi vida en una ingrata que me rechaza cuando quisiera vivir y morir por ella!

Beatriz no respondió y permaneció como anodada en sus reflexiones. Diego, sentado en un banco frontero, con los codos apoyados sobre las rodillas y ámbas manos debajo de la barba, la miraba y la miraba como para arrancarla con los ojos su secreto, pues no dudaba que alguno tenia, aunque no adivinaba cuál pudiera ser. Nunca olvidó Diego á Beatriz como estaba aquella tarde: agobiada en el gran sillón de brazos, con las manos cruzadas caídas en el regazo, sus dorados cabellos esparcidos por los hombros, mientras que las lágrimas resbalaban por sus mejillas y caían una á una sobre la gruesa tela de seda de su vestido, sin que ella reparase en ello y ni siquiera supiese que lloraba; las lágrimas son tan naturales á esa edad, que brotan de los ojos y caen como el rocío sobre las flores!

—No llores más, Beatriz, la dijo al fin Diego; yo haré lo que quieras, aunque me duela en el alma. Dime qué deseas de mí y obedeceré.

—Quisiera que tú, primo, y no yo, dijeras á tu padre que no puede hacerse este matrimonio todavía.

—¿Me das esperanza de que algun día obtendré tu mano?

—No sé..... conoces mi voto.....

—Basta, Beatriz, no quiero contrariarte más! Esta misma noche hablaré á mi padre y lo arreglaré todo á tu antojo; pero no me quites la última esperanza: tu voto no será irrevocable, y confío en que con el tiempo entenderás razón ¿no es cierto?

Ella no contestó, sino que cubriéndose la cara con ademán desesperado se inclinó sobre su asiento.

—¿Qué más quieres que haga? añadió don

Diego con acento trémulo por el reprimido sentimiento; dímelo y serás obedecida.

—Oh! Diego, díera mi vida para que Dios te hiciera feliz, pero no quiero verte frío é indiferente conmigo.

—No te comprendo, Beatriz.....

—Ni yo tampoco me comprendo á ratos, dijo ella con la sencillez de una niña despechada por su situación. Púsose en pié para salir, pero Diego la detuvo.

—Una palabra más, Beatriz, dime ¿acaso has puesto los ojos en otro que te agrada más que yo?

—No, no, Diego! Lo juro por la memoria

de mi padre..... Y dire mas: te autorizo para que me des muerte el dia en que, olvidando mi voto, haga el menor esfuerzo para casarme con otro.

Y dicho esto salió precipitadamente del aposento.

Aquella misma noche Diego habló largamente con su padre, y al dia siguiente se anunció en la familia que el matrimonio concertado ya no se haria el dia pensado, sino que se dejaria para llevarlo á cabo al regreso del jóven, de Italia, á donde tenia proyectado un viaje.

Ademas del asombro que produjo semejante determinacion en la familia y en la sociedad zamorana, nadie se atrevió á criticarla, y una semana despues de su conversacion con Beatriz don Diego de Monsalve se despedia de su patria para reunirse á los ejércitos del emperador Carlos V. y sentar en ellos plaza de soldado, llevando varias cartas de introduccion de su padre para algunos de sus antiguos compañeros de armas.

No es ponderable cuán profundo fué el sentimiento que á Beatriz causó la partida de don Diego, y cómo quedó de triste y lúgubre la casa de don Francisco por la ausencia del jóven que era el ídolo de todos en ella.

No obstante el motivo que alegó don Diego para pedir licencia á su padre de diferir el proyectado matrimonio,—motivo muy natural y plausible, en aquella época,—el anciano no quedó muy contento de su repentina resolcion. Habiale dicho don Diego que aun no se consideraba en edad suficiente para contraer obligaciones, y que deseaba ántes de reducirse á la vida doméstica dejar memoria de su linaje en algun encuentro ó batalla, creyéndose ademas obligado á servir al rey y á su patria, no solamente como cumplia al hijo de un compañero del Gran Capitan, sino para ganar fama y respeto, merced al valor de su brazo y excelencia de sus propias acciones en los campos de batalla.

No podia oponerse el anciano á tan justa ambicion, puesto que él habria obrado en su juventud de la misma manera. Sin embargo se sentia ya muy viejo y con gusto hubiera querido ver á sus nietecillos y referirles él mismo las aventuras de su juventud; á que se añadia el temor de que á su regreso Diego ya no le encontrara vivo. Dejóle ir, sin embargo, y dióle su bendicion, callando su pena por no parecer débil y egoista; pero en cambio concentró todo su cariño paternal en Beatriz, á quien queria más que á una hija, pesándole el poco amor que la demostraba su hijo.

En breve se difundió la noticia de la partida de don Diego de Monsalve é hicieronse mil comentarios acerca de ella, y lo que más extrañeza causó fué el saberse que al tiempo de partir habia dicho que dejaba á Beatriz entera libertad para casarse con otro si á bien lo tenia. Supo esta nueva el de Mazariégos, que estaba en Valladolid, marchó inmediatamente á Zamora y presentóse en casa de Don Francisco pidiendo la mano de Beatriz.

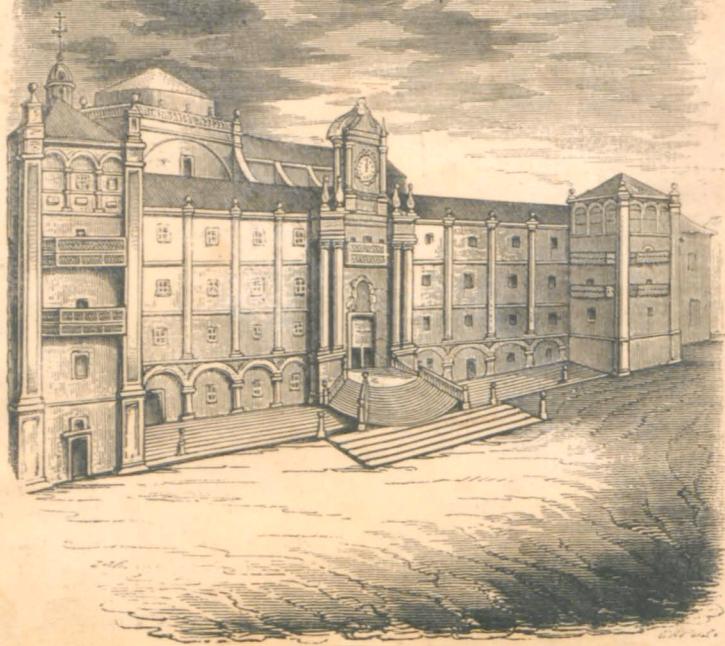
Consultó don Francisco á Beatriz lo que habia de contestar al pretendiente, pues al tiempo de partir Diego le habia hecho prometer que avisaría á su sobrina de cuantos la pidiesen en matrimonio, y que si alguno de ellos era honrado y bueno, no se opusiera, si ella venia en ello; acto de generosidad que pinta la grande hidalguía del hijo de don Francisco. Grande fué la satisfaccion del anciano al notar la invencible repugnancia que Beatriz rechazó la propuesta de Mazariégos, protestando que si no se casaba con don Diego nó lo haria con nadie. Poco contento con lo que le dijo don Francisco, el pretendiente pidió y obtuvo, aunque con trabajo, una audiencia en que le dejasen hablar con Beatriz sin testigos; pero aqueño sólo le sirvió para disgustarse más, pues ni con ruegos ni amenazas pudo obtener que Beatriz no le mirara con horror y desprecio. En este punto se hizo palpable un hecho moral que en tales casos suele acontecer: y fué que mientras Mazariégos creyó fácil la conquista de Beatriz sólo pensaba en casarse con ella para hacer uso de su caudal; mas apénas se convenció de que no le amaba, trasformáronse sus habituales sentimientos y brotó en su corazon un amor cual nunca habia experimentado, en aquella vida de vicios y agitacion que habia llevado

nasta entonces, y en la que solamente ponía en juego la vanidad en el trato con las damas. Pensativo y verdaderamente agitado, paseaba la calle de Beatriz á toda hora é interrumpia su silencio con músicas de noche; seguía á la Iglesia y á las visitas, y en suma, de tal manera turbaba la tranquilidad de la niña, que ni á misa se atrevia á salir ya. Viendo aquel empeño don Francisco, aprovechó la ocasion un dia en que le encontró al pié de una reja de su casa para reñirle fuertemente y prohibirle que le pisara su calle; pero como sólo esto no bastaba, pidió al marques de Guadalajara, hermano mayor de Mazariégos que pusiese fin á tanta impertinencia. Efectivamente el Marqués ordenó á su hermano que fuera á Valla-

dolid á encargarse de un grave asunto, y desde entónces rara vez pudo volver á Zamora, por lo que fué tal el coraje que se apoderó de su alma, culpando á don Francisco, que juró vengarse en primera oportunidad.

En esta situacion pasaron meses y años y Monsalve no volvía de la guerra, pues habia declarado que no regresaria hasta que Beatriz no le hiciera saber que se allanaba á ser su esposa, lo que ésta diferia con varios pretextos, y sin determinarse á tomar la única resolucion que podia poner término racional á tanta angustia; cual era referir de llano en plano á sus tíos lo ocurrido con Mazariégos, resultado de su inexperiencia de niña, que no de liviandad que mancillara su honor. Tales son los resultados, y no pueden ser otros, de una educacion cimentada en el temor, fuente de disimulo, y no en el amor á los padres; en la sumision servil, que mata toda confianza y desnaturaliza las relaciones benévolas y protectoras de los padres para con sus hijos.





CAPITULO IV.

Erizados los cabellos
 Revuelta la barba cana,
 Que el tiro de la deshonra
 Descompone barbas canas.

(Romance del Cid).

Contóle su agravio, y dióle
 Su bendición y la espada.....
 A su cabecera tiene
 Religiosos y hombres buenos
 Y en torno de su persona
 Sus amigos y sus deudos.

(Romance del Cid).

Volveremos ahora á tomar el hilo de nuestra narracion que se cortó al fin del primer capítulo.

Cuando hubo salido huyendo el alevoso joven de la sacristia de la Iglesia de Santa Ma-

ría la Nueva, dejando postrado al noble anciano, éste volvió en sí y los que habian quedado con él le llevaron á su casa, en donde al punto se fué á la cama, herido en el alma y affigido y acongojado al pensar en la humillacion que habia sufrido, sin poderse defender. El dolor de verse así públicamente afrentado le alteró la salud de tal suerte, que estando poco ántes bueno y sano le sobrevino una gran calentura y accidentes tan mortales, que cuantos le rodeaban creyeron no sobreviviria á su agravio.

Causó este suceso gran rumor en la ciudad; llenóse la casa de parientes y amigos de la familia, que iban á ofrecer sus servicios al moribundo; pero en breve muchos empezaron á salirse sin ofrecer defenderle, pues Mazarié-

gos y sus valedores y parientes difundieron la especie, por lo bajo, de que don Francisco poco ántes del lance con aquel, habia proferido ciertas frases asaz sediciosas; y era tal el temor que esto causaba entónces en España, que creyeron seria mejor no echar mucha luz sobre el suceso y que la justicia no interviniera. Por otra parte, Monsalve no tenia entónces en Zamora ningun pariente cercano que tomase su defensa con denuedo, y los que allí se hallaban eran sobrinos y primos en tercer y cuarto grado, y más allegados á los Mazariégos que á los Monsalves.

Declararon al fin decididamente los médicos á la familia que don Francisco debia preparar su alma para pasar á mejor vida, y se lo hicieron saber al moribundo por medio de su confesor, quien habia acudido á su cabecera apénas supo la enfermedad del anciano. Recibió el enfermo con impavidez é indiferencia la noticia, enterneciéndose solamente cuando vió el dolor y desamparo en que quedaban su hermana y su sobrina.

Despues de hablarlas con dulzura y dignidad, procurando consolarlas, mandó llamar á un escribano y dictó algunas mandas más, para que se añadiesen á su testamento hecho ántes; arregló todos sus negocios temporales, se hizo administrar piadosamente los sacramentos y habiendo cumplido con estos deberes dijo:

—Siento que el tiempo que me resta en el mundo es ya muy corto, y es preciso que yo mismo dé cuenta de lo sucedido á mi hijo el Capitan Monsalve que se halla ausente. Que llamen á Gutiérrez Diaz, mi escudero, á quien quiero dictar la última carta para mi hijo.

—Diego os vengará, tío, no lo dudeis!—exclamó Beatriz enjugando sus lágrimas.

—Ah! dijo doña Mencia exhalandó un gran suspiro, dicen que Diego de Mazariégos es hombre capaz de cualquier alevosía, y no excusaria medio de hacer matar á mi sobrino ántes de que llegase aquí.

—Matarle!—repuso Beatriz: Jamás se atreveria!

Para entónces habia entrado en el aposento Gutierre, el antiguo escudero de Don Francisco, hombre ya de bastante edad y que se puede decir formaba parte de la familia Monsalve. Habia sido, cuando muy mozo, lego de un convento de las fronteras de Andalucía, de donde fugó para seguir la carrera de las armas durante las guerras con los moros de Granada. Tomóle á su servicio don Francisco, á quien acompañó en sus últimas campañas, contando más de treinta años que fielmente le servia. Ademas de acompañarle como criado

era el amanuense de su amo, que apénas sabia firmar, y el que habia enseñado á leer y á escribir á Diego y dado lecciones á Beatriz en el arte caligráfico.

Sentóse delante de una mesa el bueno del escudero y aprontó lo necesario para escribir, mientras que el moribundo cerraba los ojos y trataba de recogerse; al fin dijo con débil acento:

—¿Ya pusiste el encabezamiento de la carta?

—Si señor, contestó Gutierre; dice así:

“AL INSIGNE CAPITAN DIEGO DE MONSALVE.”

—Bien..... Pero ántes de empezar, mándatú, Beatriz, pue vaya alguno de mis deudos y parientes á casa de Diego de Mazariégos y le diga de mi parte que ántes de morir tengo de verle.

—¿Y si rehusa acceder á vuestro deseo, temiendo tal vez una asechanza?

—Que le den palabra de caballeros de que saldrá sano y salvo de mi casa, y le digan que jamas se rehusa cumplir la última voluntad de un moribundo. Y volviéndose al escudero le dijo: escribe pronto, Gutierre.

Y con voz firme aunque débil le dictó la siguiente carta:

“Muy magnífico señor—

“Antes de ayer, dia de los Reyes, tuvimos ciertas palabras el señor don Diego de Mazariégos y yo, y á las que él me dijo, por ser muy falsas y muy demasadas, me obligó á desmentirle;—entónces arrancómé é hizo pedazos la caña que yo llevaba en la mano y dióme con ella de palos, sin ser parte nada á estorbárselo; que como me han desamparado las fuerzas para resistir y satisfacer á tan grande deshonor é insulto, sólo me ha quedado la

memoria de mis pasadas y antiguas obligaciones y hechos de armas: esto me causa tal dolor que me ha de quitar la vida con mucha brevedad.

“He querido dar cuenta de este miserable suceso á vuestra merced para sólo suplicarle que de aquí en adelante no se llame hijo mio, sino de don Pedro de Monsalve, mi señor y mi padre (que acabó su vida con tanta honra como la conservó viviendo), y no hijo de quien ha sido tan desgraciado que la Naturaleza le ha quitado las fuerzas, su miserable fortuna, la honra y la vida todo á un mismo tiempo; y olvidado por sólo Dios de mi injuria, suplico á vuestra merced, por lo mismo, que deste negocio no se hable más, y lo deje como si no hubiera sucedido.”

“Por mi parte (no por la vuestra) perdono al señor don Diego de Mazariégos, porque

Dios perdone mis muchos y grandes pecados.
"Quedan en esta nuestra casa y á vuestro cargo en adelante doña Mencía, mi señora hermana, y Doña Beatriz, mi sobrina, á quien doy entera libertad para casarse ó nó con vos, como lo tenga á bien, salvando vuestra voluntad, la que pienso será como la mia.

"Fecha en Zamora, á 8 de enero de 1535.

Francisco de Monsalve."

Al acabar de dictar la carta el mísero anciano, ya enteramente falto de fuerzas, cayó sin sentido sobre sus almohadas. Las mujeres empezaron á dar gritos creyéndole muerto, y un religioso que por allí estaba cayó de rodillas y empezó á rezar, miéntras que Gutierre se le acercó y echóle un cordial entre los labios que le hizo recobrar la vida.

En aquel punto llegaba al aposento del moribundo don Diego de Mazariégos, quien más por fuerza que voluntariamente se habia dejado llevar hasta allí. Las hermosas facio-

nes del jóven estában pálidas como el mármol y en sus ojos asustadizos y aterrados se veía el peso del remordimiento.

Tal pareció que don Francisco hubiera sentido la presencia de su enemigo, porque apenas pisó éste el dintel de la puerta, el moribundo volvió enteramente en sí y sentándose derecho en la cama dijo, fijando los ojos, desmesuradamente abiertos pero sin brillo ni vida ya, en el jóven á quien habian empujado hasta cerca de la cama:

—Diego de Mazariégos, ya que no me fué posible vivir para mi honra sino morir sin ella, os he mandado llamar porque no quiero salir de este mundo sin volveros á ver, y pedir os que ya que ante ayer me agraviásteis sin motivo, me pidais perdon hoy, á fin de poderme ir más tranquilo á mejor vida.

—Perdon, decís! exclamó con aire arrogante el jóven, cubriéndole la cara olas de fuego. En mi familia esa palabra no se ha usado jamas.

—Mirad bien lo que decís, repuso el anciano con angustiosa voz; ¿olvidáis que mi hijo vendrá á pedir os razon de lo que habeis hecho?

—¿Qué me importa? Si él tiene una espada, yo tengo la mia.....

—Está bien, dijo entónces el anciano con tono triste; vos lo habeis querido así. Despedad, añadió mirando á los que habia en el aposento, y que no se quede aquí sino ese religioso, que sabrá guardar el secreto de lo que voy á decir.

Cuando hubieron salido todos como él lo mandó volvióse otra vez al jóven y dijo:

—Ahora, Diego de Mazariégos escuchad mis últimas palabras.....

El rostro del anciano se iluminó entónces de una manera singular y sus ojos brillaron con una luz extraña. El jóven le miró atónito y aterrado con la idea que le asaltó, y era que

el anciano le iba á emplazar para la eternidad; así juntó las manos temblando y gritó con angustia:

—Callad, señor! callad!

Reinaba en aquel aposento un terrible silencio, interrumpido sólo por la recia respiracion del moribundo; pero el anciano hizo otro esfuerzo supremo y elevando la voz gritó con tono lúgubre:

—Diego de Mazariégos, yo te perdono; pero tu crimen no puede quedar impune y el castigo será que en adelante y sin que puedas evitarlo, no sacarás la espada para combatir sin que entre ella y tu enemigo veas mi sombra airada que te impida acometerle como caballero.....



—No, no! exclamó Mazariégos postrado ya en el suelo; retractad, retractad, señor, vuestras palabras.

Pero el moribundo ni veia ni oia cosa alguna, y así continuó diciendo con apagada, aunque clara voz:

—Y por último te prohibo, bajo pena de una muerte repentina, desastrosa é inevitable, que jamas por ningun motivo hagas armas contra mi hijo Diego de Monsalve, y si muere por tu orden ó deseo, te sucederá lo mismo, y

El anciano no pudo continuar, porque cayendo hácia atras sobre sus almohadas quedó muerto en el acto, lo que visto por el religioso, único testigo de aquella terrible escena, se postro devotamente y empezó á rezar en alta voz.

Diego de Mazariégos, que habia permanecido como anonadado, volvió en sí y abriendo la puerta de la estancia salió como un criminal por entre las gentes que se agolpaban al aposento, y como loco llegó á su casa, sin querer contestar á las preguntas que le hacían, y mandando ensillar un caballo salió para Valladolid á rienda suelta.

Las exequias y entierro del noble anciano don Francisco fueron suntuosas y solemnes. Le sepultaron en la Iglesia de Santo Domingo, en donde tenia capilla la familia de Monsalve, y el acompañamiento que llevó su cadáver fué numerosísimo, concurriendo toda la población de Zamora, que admiraba y respetaba sobre manera al antiguo soldado que tanto lustre habia dado á su patria. Honráronle tambien con su presencia las principales personas de Toro y de Miranda que habian tenido noticia del acontecimiento, y de más léjos hubieran ido si el tiempo lo hubiese permitido.

—Mucha gente le acompaña al sepulcro, y hubiera bastado sólo una espada á tiempo para salvarle la vida! exclamó doña Mencía, mirando desde una reja de su casa la procesion que llevaba el cadáver á la Iglesia.

—Señora, contestó una dueña que tenia cerca, dicen los físicos (1) que el mal que le llevó al sepulcro fué una fiebre muy brava metida en el pulmon.

—Y sus muchos años. añadió una doncella, que es la más mortal enfermedad de todas.

—Nuestro padre vivió más años, repuso la dama; somos de raza de no fallecer mozos..... pero las pesadumbres son las que dan más pronto fin á la vida, y tienen mayor poder y fuerza para acabarnos que los males y los años.

Retirada en un cerrado aposento, Beatriz lloraba amargamente la muerte de su tío, y discurría consigo misma mil cosas penosas. “Ahora, pensaba,—de seguro volverá don Die-

go á España y no descansará hasta no vengar á su padre: y si muriese Mazariégos en la demanda, yo quedaria libre de sus amenazas y entónces ¿quién podria impedir mi felicidad? “Cierto, parecia contestarle una voz, pero tambien puede acontecer que el desleal Mazariégos haga matar á Monsalve alevosamente.”

“Tambien puede suceder que don Diego, fascinado por alguna bella italiana, olvide á

su melancólica prima”—A esta idea Beatriz se levantó y midiendo la estancia con acelerados pasos, se llevaba las manos á la frente y hondos gemidos la desgarraban el pecho.



(1) Así llamaban antiguamente á los médicos.



CAPITULO V.

Ofrécense de ir con él
 A le servir náy de grado,
 Y que todos morirán
 Con él juntos en el campo

Y en un altar consagrado
 Ambas las dos manos puso
 Sobre un eyangelio santo.
 Que la mancha del honor
 Sólo con sangre se quita.

(Romances del Cid).

Por aquel tiempo Diego de Monsalve se hallaba en Grecia, á donde habia sido enviado con

una parte de la marina española y bajo el mando de Dória, á combatir los Turcos de Soliman, con quien mantenía Cárlos V crudísima guerra.

El hijo de don Francisco era ya conocido en los ejércitos del Rey por su indomable valor y denuedo, y se habia distinguido particularmente en varios encuentros y combates en las guerras de Italia, y aun se dijo que fué uno de los que habia escogido el Emperador para hacer batalla con otros doce caballeros franceses, á cuyo valor se intentó librar la suerte de las pretensiones de Cárlos V y Francisco I,

sobre algunos dominios de Italia.

Aunque todavía bastante jóven, era, como hemos dicho, respetado y querido por cuantos le conocieron y trataron, siendo instruido en leyes, profundo en historia y heráldica, y sin rival en el manejo de las armas. En el asalto de Coron, ciudad de la Morea, que fué tomada á viva fuerza y saqueada, Diego de Monsalve se portó con tanto brillo y audacia, que fué aventajado en la compañía de su jefe el capi-

tan Machicao, hombre valeroso y muy perito en la guerra.

Algunos días despues de la toma de Coron invitaron varios de sus amigos á Diego de Monsalve á pasar la tarde á orillas del mar en un sitio muy ameno, de donde se divisaba la bellísima bahía, que aunque pequeña está bastante abrigada de los vientos, y ofrecia cómodo asilo á los buques de Doria, los que se balanceaban no léjos de aquel sitio: distinguiéndose entre otros uno que acababa de llegar de Italia y maniobraba para fondear.

Los compañeros de Monsalve eran tres compatriotas suyos: don Alfonso de Sosa, natural de Toro, Bernardo de Sotelo, caballero del hábito de San Juan, natural de Zamora, amigo de infancia y hasta pariente de Monsalve, y Alonso de Cisnéros, oriundo de Benavente en España; todos ellos hijos de familias muy principales, bien que de cortos caudales por ser segundones, pero sobrados de valor y afamados de honradez y denuedo. Los tres amaban entrañablemente á Diego, y desde que éste tomó las armas años ántes vivieron siempre unidos cual hermanos. Quejábanse ellos de que hacia algun tiempo que andaba él triste y meditabundo, apartándose de su compañía con frecuencia para meditar á solas y calládoles el motivo de tan extraño retraimiento. Pero haciendo uso del privilegio de novelistas narraremos aquí brevemente el motivo de su apartamiento y tristeza. Meses ántes, el 8 de Enero de 1532, estando Diego de Monsalve en la isla de Malta, á donde habia ido con su amigo Bernardo de Sotelo, que debia vestir el hábito de caballero de San Juan, tuvo una extraña vision que le atormentaba sobremanera. La víspera de partirse de Malta para Italia, en donde iba á ponerse bajo las órdenes de Doria, no habiendo dormido nada la noche anterior y estando solo en su aposento, como á las tres de la tarde, le venció de tal manera el sueño que se dejó caer sobre su lecho y se quedó profundamente dormido. Soñó que llegaba á Zamora y entraba en su casa, la que notó llena de gente afligida y llorosa: caminó en derechura al aposento de su padre, y le vio

moribundo en su cama, pero al acercarse levantó el brazo el anciano y le mostró un bulto postrado en el suelo diciéndole:— *Mirad, aqueste me ha causado la muerte!*

Diego se abalanzó hácia la sombra, pero al echarle mano al cuello despertó, sin haber logrado distinguir sus facciones. Al despertar le sobresaltó un ruido de armas, y notó que su espada, recibida de su padre ántes de partir de Zamora, estaba caida sobre el pavimento de piedra, con la hoja en parte salida..... Recogiola, y juró sobre la cruz de la empuñadura descubrir la verdad de aquella vision; y si no hubiera sido por estar su honor comprometido á no dejar los ejércitos del Emperador en el momento de ponerse en campaña, no habria dilatado un punto en volverse á Zamora. Triste, rehuendo no sólo las distracciones propias de su edad, sino hasta la compañía de sus hermanos de armas, habia pasado largos días entregado á sus meditaciones.

—¿Hasta cuándo, amigo mio, nos mostrareis esa cara de descontento y desplacer? le dijo Bernardo. Qué se hizo aquel génio despierto y aquel agudo decir que os distinguian?

—No hagais caso, Bernardo, de mi mal talente, contestóle Diego: ya os he dicho varias veces, mis queridos amigos, que me pesa en el alma haberme venido hasta Grecia, sin recibir recientes noticias de mi casa... Bien sabeis la grande ancianidad de mi padre, por lo que de un dia á otro puede faltarme.

—Anciano pero robusto y fuerte, y ademas de raza de largo vivir, contestóle su amigo. Por otra parte, no es la primera vez que carecis de noticias de Zamora, sin causaros ello tanta pesadumbre.

—Es verdad; pero hay presentimientos, Bernardo, que causan á veces tanta pena como los sucesos mismos.

—Desechad ideas tristes, dijo Alvaro de Sosa, que es preciso tener ánimo y brio en todas las circunstancias de la vida.

—Mirad, añadió Alonso de Cisnéros, que se preciaba de poeta, y era el que llevaba la palabra en nombre de su Compañia cuando se ofrecia algun discurso ó felicitacion; extended la vista por el bellissimo paisaje que se descubre desde aquí, y vereis que en verdad no debe pesaros haber venido á contemplar tantas maravillas de la naturaleza cantada por Homero y Virgilio. ¿No os parece una delicia aquel cielo intensamente azul ribeteado en el horizonte por los arboles de la tarde; aqueste mar cuyas inquietas olas tratan de remedar el color del cielo; aquellas escarpadas y pintorescas rocas y colinas coronadas de castillos, por cuyas faldas se derraman preciosas casas de campo rodeadas de árboles frutales y palmeras; á más cerca, casi á nuestras plantas, esta

que habla á los sentimientos del alma y del corazón? ¿No veis poblarse estos mares de las flotas de los antiguos Griegos, y estas colinas de las sombras de los héroes de la Iliada y de la Odisea?

Durante este discurso de Alonso, Monsalve contemplaba el paisaje con mirada distraida, y cuando aquel hubo acabado de hablar le dijo:

—No culpeis, Alonso, á la naturaleza de mi alma de la indiferencia que hoy no puedo menos que mostrar por todo lo que no sea el pensamiento que me domina; y para daros una prueba de mi confianza y cariño quiero confiaros á vosotros tres el motivo de mi tristeza.

Entónces Diego les refirió el extraño sueño que habia tenido en Malta, lo que ellos escucharon en silencio sin saber qué contestarle, ni cómo consolarle, pues las creencias de aquellos tiempos no permitian que tales profecías del alma pareciesen inverosímiles. Y aun hoy en este presuntuoso siglo XIX, que todo lo quiere indagar y pretende descifrar, ¿no hemos visto á veces realizarse los sueños y sombras proféticas que pueblan nuestra imaginación aparentemente dormida? Cuántos ejemplos no podríamos citar que probarían que con más frecuencia de lo que se piensa los sueños se convierten en realidades! Pero sucede casi siempre que olvidamos lo que hemos soñado y no nos fijamos en ello, sino cuando por casualidad llegamos á despertar, sea sobresaltados por algun ruido externo, ó porque la violencia de nuestros sentimientos nos vuelve á la vida real. ¿Serán acaso los presentimientos (percepción del alma que nadie se atreve á negar) solamente recuerdos de lo que ya hemos visto en sueños? Sea de esto lo que fuere, hay misterios en nosotros mismos que jamas penetramos, y que nos obligan á creer que existe en el fondo de nuestro sér algo distinto del organismo, algo que se agita y vive de por sí, que ve más de lo que ven nuestros ojos corporales,

que álguien llamó "resabio de divinidad," como para significar que será perdurable y está destinado á una existencia más bella que la miserable conocida, compuesta casi en su totalidad de crueles aficciones y de esperanzas indefinidas, nuestro lote misterioso en este mundo.....

Callaban, pues, los tres amigos sin saber qué decir, cuando vieron llegar en busca suya un mensajero enviado por el General con cartas y papeles de sus familias de España, llegados en la nave que vieran poco ántes anclar en el puerto.

Con el ansia que es de considerarse tomó cada cual su parte de correspondencia, llenán-

dose de alegría. Diego abrió sus cartas, pero á medida que leía se inmutaba más y más, poniéndose al fin más palido que la muerte, pues en lo escrito halló la triste confirmacion de sus presentimientos. Despues de leer varias veces la carta que dictó su padre ántes de morir, abrió otra que resultó ser de doña Mencía y escrita por Beatriz, en la que le referia los pormenores de lo acaecido á don Francisco y su consiguiente fallecimiento. Añadia que la ciudad habia asistido á las exequias del buen anciano y que todos mostraron gran dolor y sentimiento en Zamora.

Cuando Diego hubo leído hasta el fin esta carta, la dejó caer al suelo, y dando una gran voz se tiró desesperado y casi sin sentido sobre la blanda arena de la orilla del mar.

Sus compañeros leyeron asimismo sus cartas, en las que tambien les hablaban de la triste muerte de don Francisco, siendo este acaecimiento uno de los más extraños que sucedieron en Zamora por aquellos dias. Viendo el estado de anonadamiento en que habia caido Monsalve, recogió Bernardo de Sotelo las cartas que cayeron al suelo, y apartándose un poco invitó á sus camaradas á que las leyesen juntos, y habiendo conferenciado algunos momentos concertaron acerca de la manera de consolar al infortunado Diego.

Llegósele Bernardo y levantándole del suelo en que yacia postrado le dijo con dulzura:

—Señor y amigo nuestro, es justo que tengais dolor y sentimiento al contemplar la triste suerte de vuestro padre: pero tambien es preciso que en este caso manifesteis vuestro gran corazón y ánimo valeroso, levantando el pensamiento á la venganza de la gran sin razon, para que el mundo conozca quién es Diego de Monsalve como nosotros y todo el ejército le conocemos.

—Bien sabeis, añadió Cisnéros, que en la toma de Coron hemos obtenido los tres que aquí estamos ocho mil ducados * que nos tocaron por nuestra parte del saqueo. Sin duda Dios nos lo deparó para buena causa, porque es muy extraño cómo nos ha sucedido que despues de haber vivido hasta ahora sin dineros ni recursos, hoy seamos dueños de tanto caudal, que nos servirá para realizar nuestro regreso á España y restaurar lo más pronto la honra de vuestro padre.

Abrazóles muy conmovido Monsalve diciéndoles:

—La merced que me queréis hacer es tan grande que no sé cómo agradecerósla! Pero aunque, bien lo sabeis, no tengo aquí más que mis sueldos, no podria permitir que por ser-

virme os priváeis de bienes adquiridos con riesgo de la vida.....

—No nos ofendais, le interrumpió Alvaro de Sosa; porque como no ignorais el cariño que tenemos por vos, sabeis muy bien que siempre y en todo caso nuestros bienes y nuestras personas son vuestras, los que os entregamos con toda voluntad para que hagais de ellos lo que quisieredes.

—Ademas, añadió Bernardo, os prometemos solemnemente hacer os pleito homenaje, como

* Cada ducado valia 11 reales y un maravedí.

caballeros hijodalgos, de os seguir y acompañar hasta que quede satisfecha vuestra honra herida en lo más precioso.

Y sin más razones hicieron pleito homenaje en las manos los unos de los otros. *

Quedó muy agradecido Diego á sus amigos; pero temiendo la vergüenza que le causaria el suceso cuando se difundiera por el campamento tan triste noticia, no quiso volver á él hasta que el sol se hubiese puesto y les cubriera la oscuridad.

Apénas llegaron á la posada en que vivian juntos, se agolparon á ella cuantos amigos tenia Diego, que eran muchos y los más notables del ejército; pero él no quiso recibir sus pésames, ocultándose en su aposento, sin dejarse ver de nadie sino de uno de los capellanes de las tropas, con quien tuvo una conferencia secreta, acabando tanto él como sus amigos por confesarse piadosamente y con la mayor devocion. En seguida habló con su Maestre de campo y pidióle licencia para embarcarse para España, con sus tres camaradas, en la primera oportunidad que ocurriese. Despues de algunas dificultades que les oponian, obtuvieron al fin licencia escrita y firmada, con la cual se retiraron á descansar hasta el dia siguiente que era domingo.

Cuando amaneció ese otro dia el sol encontró á Monsalve y á sus amigos en pié y aderezados con ricos vestidos, siendo el de Monsalve de luto entero, mientras que los otros tres ostentaban lo mejor que habian podido obtener en tan retirados parajes.

Corrió luego la voz entre los soldados, que aquel dia se iba á celebrar una ceremonia particular y muy solemne, y curiosos acudieron

* Eran estos caballeros de linaje antiguo de hijodalgo, siendo el de Sotelo el más principal, dice Ocañiz: "El apellido de Sotelo (que es de Zamora) es de muy buenos hijodalgos, y traen por armas escudo de plata con una encina y dos cabras de sable rampantes &c."

145
sin faltar uno á oír la misa, que se celebraba bajo un abierto pabellon á la vista de todo el ejército, derramado en silencio por los afueras de la ciudad. Poco ántes de que empezase la misa, Monsalve y sus tres compañeros salieron de la ciudad muy graves y con paso mesurado, excusando hablar con los amigos que se encontraron en el camino, y se dirigieron al altar situándose muy cerca de él. Despues de leído el Evangelio por el sacerdote, éste hizo á los cuatro amigos una señal, y éstos se acercaron uno á uno como habian convenido, y en medio del recogimiento absoluto el ejército Bernardo de Sotelo dijo, extendiendo la mano sobre los sagrados Evangelios, y haciendo otro tanto Alvaro de Sosa y Alfonso de Cisnéros:

"Yo y don Alvaro de Sosa y don Alfonso de Cisnéros juramos aquí, sobre los Santos Evangelios y á presencia de todo el ejército imperial, como caballeros hijodalgo, de seguir y ayudar á don Diego de Monsalve hasta que quede satisfecha su honra, herida por Diego de Mazariégo en la persona de don Francisco de Monsalve. Item más, juramos y prometemos que si dentro de dos años no queda satisfecha la honra, cualquiera de nosotros tres, ó uno en pos de otro, ha de quitarle la vida á Diego de Monsalve, porque no se presume que faltamos á la ley de amistad que con él profesamos, por cuanto el hijodalgo y hombre de honor no puede vivir si lo ha perdido. Y en prueba de que pensamos cumplir nuestro juramento hasta la muerte, tomamos la divina majestad por testigo de él y nuestro fiador."

Jurado que hubieron los tres amigos, acercóse Monsalve al altar, pálido el rostro y grave el continente, y levantando la mano dijo con voz fuerte y clara:

"Juro no dormir en lecho, ni comer á manteles, ni divertirme, ni volver á pisar la casa de mi padre, hasta que su honra no sea satisfecha y limpia."

La impresionada muchedumbre guardaba profundo y religioso silencio, sólo interrumpido por las graves y pausadas voces del sacerdote y su ayudante.

Los cuatro amigos se pusieron juntos y de hinojos al pié del altar, permaneciendo con las cabezas inclinadas hasta que el sacerdote hubo consumado, y acercándose á ellos rompió una hostia en cuatro partes y dió la comunión á los cuatro juramentados.

Terminada la ceremonia, levantáronse erGUIDOS aquellos caballeros, persuadidos de que habian hecho una cosa buena y santa.

Tales eran los cristianos de aquellos tiempos! Tomaban á Dios mismo como testigo de sus venganzas y creian firmemente que el las aprobaba!



Yo vos ruego como amigo,
Como bueno y de valia
Que vayades á Zamora
Con la mi mensageria.

Porque es tan fuerte el amor,
Y son sus efectos tales
Que lo publican los ojos
Aunque la lengua lo calle.
(*Romances del Cid*).

Postrada ante un altar estaba doña Beatriz de Monsalvo una mañana al rayar el alba, meses despues de la muerte de su tio. Habiase salido de su casa sola con una dueña llamada doña Juana, emparentada con la familia, bastante sorda, un tanto ciega y de suyo algo lenguaraz y entremetida y curiosa, pero buena en el fondo y muy queredora de Beatriz, quien se hacia acompañar por ella á todas partes en reemplazo de la mal criada Azulina, la que, dotada por Beatriz, se habia casado y vivia en Portugal con su marido hacia algunos años, dejando en santa paz á su ama.

Llena de aprehensiones y tristezas, Beatriz se habia desvelado mucho durante la noche anterior, logrando apenas dormir por retazos, y despertando presa de mil temores y sueños desapacibles. Antes de aclarar llamó á la dueña y ámbas salieron con direccion á la Iglesia más cercana, á la que llegaron cuando el sacristan abria las puertas perezosamente, mientras su ayudante daba el primer toque á misa.

Despues de haber rezado con fervor algun rato, Beatriz no pudo ménos que recordar los sueños que la habian atormentado durante las horas de la noche, en los que se mezclaba el recuerdo de su primo y de Diego de Mazariégos: hombre funesto que tanto habia influido en su vida, siendo él y sólo él la fuente de todas sus penas, y acabando por labrar la desgracia de la familia y probablemente su ruina; pues no habia duda que al volver su primo á España, inmediatamente procuraria vengar la muerte de su padre, y sólo Dios podria saber cuántos infortunios causaria esta guerra á muerte entre las dos familias más importantes de Zamora. Muchos meses habian trascurrido desde el memorable dia de Réyes en que Mazariégos descargó su alevosa mano sobre los caducos hombros de don Francisco, y desde entónces nada absolutamente se habia sabido de Diego de Monsalvo, no obstante haberlo escrito varias veces por diferentes conductos. Sólo se sabia en Zamora que habia partido para Grecia con la escuadra de Doria, pero no se tenia más noticia suya..... "Tal vez le habrán muerto!"—pensaba Beatriz; "acaso no le volveré á ver jamas!"—y al discurrir así consigo misma se la llenaban los ojos de lágrimas y levantaba el corazon al cielo pidiendo consuelo... Aquí

iba en sus tristes meditaciones, cuando el sacerdote salió á decir la misa y las personas que estaban en la Iglesia se acercaron al altar. Entre los habituales concurrentes á esta misa, todos conocidos más ó ménos de vista, Beatriz notó un caballero al parecer extraño en la ciudad, que embozado en su capa llevaba en la mano un sombrero con plumas, levantado de tal manera que la parte del rostro que dejaba descubierta la capa la ocultaba el sombrero. Sitúose de tal manera dando la espalda á la luz y apoyado contra una columna, que era imposible distinguir sus facciones. Varias veces durante la misa volvió Beatriz involunta-

riamente la vista hácia el desconocido, y siempre tuvo que apartar los ojos avergonzada, creyendo notar que él la miraba con mayor devoción que á las ceremonias de la misa.

Concluyó por fin el acto religioso, salieron del templo casi todos los concurrentes, pero el embozado permanecia como una estatua en el mismo sitio, espialdo al parecer á Beatriz. Confusa y disgustada levantóse y se encaminó á la calle, pero al llegar á la puerta de la Iglesia, yendo la dueña adelante, notó que el embozado la habia seguido y acercándose se inclinó diciéndola en voz baja:

—Beatriz..... No te asustes, soy yo, ¿no me conoces?

—Primo!..... tu aquí? contestóle ella temblando y sin fuerzas para hablar.

—Calla, la replicó,—no hables, y escúchame; deseo entrar en la huerta de casa para hablar contigo y Gutierre sin ser visto.....

La dueña que oyó el rumor de las palabras de Diego se detuvo, y volviéndose miró á Beatriz que se habia apartado de su primo al notar el movimiento de doña Juana.

—Creí que vuestra merced me hablaba,—dijo la dueña.

—Sí,—contestóla con voz turbada Beatriz:—deseo que sigais adelante y me hagais abrir la puerta de casa pronto porque me siento mal.

—Así parece,—contestó la vieja, pausadamente;—en verdad que está vuestra merced más descolorida que un cirio, á causa, sin duda, de este empeño de madrugar que ha tomado, cosa que no aprovecha á la salud.

—Por Dios, doña Juana, pasad adelante; andemos, dijo Beatriz con angustiada voz,—y al ver algo léjos á la dueña,—se volvió al embozado, que habia permanecido bajo el portal, y le dijo apresuradamente, porque se acercaban algunas personas:

—¿Y á nuestra tia tambien debemos guardar el secreto de tu llegada?

—Es mejor: lo que me importa es hablar con Gutierre.

—Bien; á la hora de siesta te haré una seña desde la reja del estrado para que pases al postigo de la huerta.

—Y apresurando el paso se alejó Beatriz, palpitándola el corazon entre alborozada y suspensa, y alcanzando á la dueña en el momento en que abria la puerta de la casa, corrió á su aposento y dejóse caer sobre unos cojines casi sin sentido.

Pasó el resto del dia hasta despues de la comida como en sueños, bordando en su almohadilla y dañando el hilo de oro y las sedas de su dibujo, leyendo la vida del santo del dia, como tenia costumbre de hacerlo, con tono tan desabrido que doña Mencía, fastidiada, mandóla que se callase y dejara quieto el bordado y nada hiciese en aquel dia. Al fin llegó la hora de la siesta y quedó la casa en silencio: Beatriz llamó cautelosamente á Gutierre Díaz, que se preparaba tambien para entregarse al reposo, y haciéndole entrar en la sala del estrado cerró la puerta y en pocas palabras le puso al corriente de lo que sucedia, diciéndole que su amo deseaba hablar en secreto con ellos dos en la huerta sin que nadie en la casa llegase á sospecharlo.

Llenóse de alborozo y contento el buen anciano y corrió á situarse en el postigo de la huerta, cuya llave tenia y comunicaba con una callejuela excusada.

Hecho esto se acercó Beatriz á la reja y se puso á esperar á su primo, pensando con amargura en aquel dia aciago en que, aprovechándose tambien de la siesta habia tenido la imprudencia de esperar á otro Diego; cuán diferente del de ahora! Al fin, en medio del silencio en que estaba sumida la ciudad, se oyó resonar el ruido de pasos y el rozar de una espada contra las paredes: luego apareció un embozado que se detuvo un momento de-

lante de la reja; Beatriz agitó su pañuelo saliendo á toda priesa del aposento y de la casa, corrió á la huerta y avisó á Gutierre que abriese el postigo. Un momento despues se presentó Monsalve en la huerta, y vióle al fin Beatriz, despues de seis años de ausencia, más gallardo y apuesto que cuando se fué, con un aire desembarazado y noble que no le conocia; y aunque su tez se habia tornado morena en los campamentos y los ardientes climas que habia recorrido, su mirada era tan tierna y su voz tan armoniosa como cuando Beatriz le vió por primera vez y él avasalló su corazon.

Despues de las primeras exclamaciones y

preguntas mutuas, sentaronse los dos primos en unos bancos que por allí habia, y tocó á Beatriz preguntarle cómo y cuándo habia llegado á Zamora y por qué deseaba que su venida fuese tan ignorada que ni á su tia queria darla aviso.

—No deseo que mi tia sepa mi llegada, dijo, porque está muy anciana y achacosa, y yo quisiera que no tuviese más penas, sino que al mismo tiempo que me viera la anunciaran que ya estaba vengado el honor de la familia, mancha que sólo puede lavarse con la sangre del alevoso Diego de Mazariégos.

En seguida Monsalve refirió la manera como habia recibido la triste noticia de la muerte de su padre y el juramento que habian hecho sus amigos, añadiendo:

—Pocos dias despues de aquel en que arreglámos nuestra vuelta á España, Doria se embarcó de regreso á Italia, dejando á Coron bien abastecida y segura, bajo el mando del denodado capitán Machicao, y nosotros le acompañamos volviendo á Italia para buscar allí un navío que nos trajese lo más pronto posible á España. Al cabo de más de un mes de demora lográmos embarcarnos en un buque mercante. Sufrimos bastantes contratiempos, escapando de caer en manos de piratas turcos, y casi naufragando sobre las rocas que rodean la isla de Iviza, empujados por una terrible tempestad: pero Dios que habia querido probar nuestra fortaleza tuvo misericordia de nosotros, y hoy hace ocho dias que pudimos desembarcar felizmente en él pequeño puerto de Dénia.

“Apénas me encontré en tierra española sentí que una nueva vida corria por mis venas, y llamando á parte á mis tres camaradas puse una rodilla en tierra y con la espada desnuda hice una cruz sobre la arena, á imitacion del rey Enrique de Trastamara, y dije; “Juro por esta cruz, señal de nuestra redencion, que ántes de salir de la Península Ibérica habré vengado como se debe el manchado honor de mi padre!” Quitáronse los sombreros mis camaradas y dijeron devotamente Amen, y en seguida acudimos á buscar medios de ponernos en camino sin perder más tiempo. Anoche llegámos aquí, y estamos ocultamente alojados en casa del padre de mi amigo Bernardo de Sotelo.

—¿De manera, preguntó Beatriz, que no volverás á tu casa?

—He jurado no volver á la casa paterna hasta no ver el fin de su dañador; y temiendo que Diego de Mazariégos se me oculte ó quiera matarme á traicion, he determinado que mi

presencia sea un secreto para todos hasta el dia en que yo le obligue á combatir. Deseaba veros á tí y á Gutierre, y mi buena suerte me ha deparado esta ocasion de ponernos de acuerdo.

—“Nada para mí, pensó Beatriz: todo para su venganza! Y recobrándose dijo sin tutearle ya:

—Deseais seguramente que os ayude en vuestra empresa; mandad, que estoy pronta á obedeceros.

Miéntas hablaban los dos primos, Gutierre, lleno de contento al oír las palabras del digno hijo del amo que tanto habia querido, habia

permanécido inmóvil á poca distancia de ellos, sin perder ni una sílaba de lo que decia Diego, pero con la mirada fija en la puerta que comunicaba con la casa, cuidadoso de impedir cualquiera interrupcion. No fué en vano su vigilancia, pues á poco vió á la dueña doña Juana entreabrir pausadamente la puerta.

—Ocúltense vuestras mercedes detras de aquellos árboles, les dijo, porque acaba de abrir la puerta de la huerta la dueña doña Juana.

—Anda á impedir que vea á Diego, dijo Beatriz: dile que yo la necesito en mi aposento.

Caminaba doña Juana por una calle de árboles repasando su camándula y atisbando para todos lados, cuando Gutierre se le puso por delante.

—Jesus mil veces! gritó ella santiguándose; qué veo?

—Cosa rara, por cierto, contestóla el escudero; Ya no me conoce doña Juana?

—Qué hace por aquí Maese Gutierre? dijo ella con aire sorprendido; A quién asecha?

—¿Y vuestra merced á quién busca? repuso él con sorna; ¿por ventura seria á mí?

—A él? Para qué?

—Entónces á quién?

—A mi doña Beatriz.

—La sale usted á buscar á la huerta, cuando sabe que está en su aposento. Vaya con ese cuento á otro, doña Juana!

—Déjeme pasar, Maese Gutierre, gruñó la dueña con impaciencia, que me pareció oír voces por aquel lado cuando abrí la puerta de la huerta.

—Vuélvase vuestra merced para la casa, la contestó Gutierre, pues ahora recuerdo que doña Beatriz me encargó la dijera que la necesitaba para que aderezase la rueda de la señora doña Mencía.

—Y he de ser yo?

—Pues quién? ¿Yo acaso entiendo de rucas, randas y almohadillas?

—Antójaseme que quiere engañarme el Maese Gutierre!

—Yo engañar á una.....

—A una qué?

—¿A una dueña tan cumplida como vos? ¿Bruja de los demonios, añadió en voz baja, no te iras?

—Qué decia?

—Que se vaya usted á la casa prontamente, porque allá la necesitan y aquí no.

—No me iré con ese prontamente que dijo.

—Que sí! porque la obediencia es lo primero.

—Que no! porque lo primero es acabar mis oraciones.

—Pues de buen ó mal grado se irá! exclamó ya colérico Gutierre, lo cual viendo la dueña le tuvo miedo; y como Gutierre no tuviera fama de muy paciente, se retiró ell con pasos pausados, que juzgaba acelerados, murmurando y santiguándose.

En tanto Diego que se vió sólo con Beatriz la dijo con tierna mirada:

—¿Sabes, prima mia, que eres más bella ahora que cuando me fuí y que mi corazon es siempre tuyo?

—Oh! Diego! le contestó ella cubriéndose la cara con las manos para ocultar su sonrojo.

—¿Todavía eres cruel é ingrata?

Levantó la cara Beatriz y le dijo con dulzura:

—Ingrata con tigo, primo; jamas!

—Dime, dime, Beatriz ¿ya no te opondrás á que te absuelvan del voto de soltería?

Guardó ella el silencio un momento y haciendo un esfuerzo dijo:

—Ahora no es ocasion para tratar este asunto; hablemos primero de lo que os trajo á España.

—Tienes razon..... tiempo habrá despues.

—Si Dios lo quiere! suspiró Beatriz.

—Sí lo querrá, porque es justo, repuso Monsalve sacando una carta y entregándosela;— es preciso que hoy mismo lleve Gutierre esta carta á Diego de Mazariégos y la ponga en sus manos.

—De desafío?

—De qué otra cosa puede ser?

Beatriz se estremeció y mirándole dijo:

—Creo que Diego de Manzariégos no está ahora en Zamora, sino con su hermano el Marqués, en su castillo cerca de Toro.

—Que le busque Gutierre y le entregue la carta lo más pronto, en donde le halle.

—Se hará lo que mandais.

—Ahora me voy, Beatriz, y mañana, si Gutierre no me ha ido á buscar á casa de don Gregorio de Sotelo con la contestacion, volveré aquí á verte y saber lo que haya ocurrido.

En esto sobrevino Gutierre, que no fiaba mucho en la obediencia de doña Juana, y les interrumpió diciendo:

—Salid pronto, mi señor, si no quiere vuestra merced que le vea aquella vieja de mis pecados, que tiene más curiosidad que nuestra misma madre Eva. Acercóse Diego al postigo y seguro de que la calle estaba solitaria, se depidió de Beatriz, con un tierno "hasta mañana." Adios!

Hasta mañana, primo mio: que Dios os proteja y os prospere para bien de todos. Con lo cual, más llorosa que contenta, se retiró á su aposento.





CAPITULO VII

La su noble faz nublaste
 Con nube de deshonor,
 Mas yo desfaré la niebla,
 Que es mi fuerza la del sol.

El duque sin responderle
 Se quedó muy sosegado.

(*Romances del Cid*).

Como ántes ya dijimos, Diego de Mazarié-
 gos tenia un hermano mayor llamado Alonso
 Gómez de Guadalajara mayorazgo y titulado,
 que vivia la mayor parte de su vida en un
 hermoso castillo cerca de la ciudad de Toro,
 yendo á pasar solamente temporadas en su ca-
 sa solariega de Zamora, en donde vivian sus
 hermanos menores, don Diego y don Felipe,
 á quienes él mantenía del todo con la ge-
 nerosidad de un rico hombre de noble cuna.

Pero si ellos tenían sus aposentos y sus sa-
 lientes en Zamora, con frecuencia también le
 hacían compañía en su casa de campo, tribu-
 tándole tanto respeto y cariño como á un
 padre.

Sucedió, pues, que estando don Diego de
 Mazariégos solazándose con varios parientes y
 amigos en un salon del castillo de Toro, y
 mientras se divertían todos alegremente ju-
 gando diversos juegos, entró un escudero y
 llamando aparte á don Diego le avisó que le
 buscaban afuera con empeño.

—Quién me llama? preguntó.

—Un escudero armado de todas armas ha
 llamado á la puerta del castillo, y á todo trance
 quiere que vuestra merced salga á verse con
 él.

—Hacé entrar en la pieza vecina.

—Ha rehusado entrar, y dice que sólo se desmontará en el portal mientras que vuestra merced no llegue, para que descansa un rato la jaca en que viene desde Zamora, según dijo.

—El hombre es sobrado descortés.

—No es culpa suya, pues alega, parece, que tiene órden expresa de no pasar de la puerta del castillo.

—Vive Dios! exclamó don Diego, —dile á ese necio que no soy yo el sirviente de nadie y que si me necesita éntre á buscarme.

Volvió en breve el sirviente diciendo que el escudero de ninguna manera quería entrar, y que alborotaba la puerta pidiendo á todas voces que llamasen á don Diego, con quien había de verse aquella misma noche.

—¡Necio empeño! dijo el Marqués ¿qué casta de pelaje tiene ese hombre?

—Es alto, flaco y al parecer viejo, pero como está armado (según dije ántes á vuestras mercedes) no le hemos podido ver la cara. Tiene catadura de soldado ó de escudero de algun caballero.

—¿Y no le has conocido?

—No señor, porque no soy de Zamora.....

—Ya caigo, exclamó á la sazón Felipe Mazarigos; no puede ser otro sino el anciano escudero de don Francisco de Monsalve, que vendrá de parte de don Diego.

—¿Ha vuelto acaso á España el Capitan Monsalve? preguntaron varios caballeros.

—No lo sé, pero nada tendria de raro.

Púsose pálido don Diego, levantóse de su asiento, y dejando caer los naipes, hizo ademán de salir del aposento; pero al llegar á la puerta se devolvió y dirigiéndose á su hermano menor, le dijo:

—Anda tú, Felipe, y averigua lo que quiere ese importuno.

Todos los circunstantes se miraron mutuamente al notar la extraña turbacion de Diego,

quien tomó asiento en silencio, esperando la vuelta de su hermano.

Al cabo de poco rato regresó Felipe con una carta en la mano, diciendo:

—No me habia equivocado! Era Gutierrez Díaz, que buscaba á Diego; y aunque tenia órden de no dar la misiva de su amo sino en propia mano, tuvo á bien entregármela para que inmediatamente se la trasmitiese.

—Esperaba contestacion? preguntó Diego.

—No; y apenas le dí mi palabra de que la recibirias inmediatamente, cuando, sin esperar mas razones, montó y se fué.

En aquellos tiempos una carta era cosa muy importante, y era tan grave aquello de escribir que no se prodigaban las misivas como su-

cede hoy dia;—así los circunstantes rodearon á don Diego mientras él con no muy segura mano abria el papel. Todos conocian el hecho y el motivo que habia ocasionado la muerte de don Francisco de Monsalve, suponian que aquella carta contendria el desafío de Diego, y esperaban con ansiedad saber en qué terminos seria el reto.

—Léala en alta voz, dijo el Marqués; aquí no hallareis sino parientes y amigos que deben imponerse de esa clase de asuntos que á todos nos interesan.

Diego pasó la vista por toda la carta y dándosela á su hermano Felipe le dijo:

—Es mejor que tú la leas: así me haré cargo de ello mejor.

Y entre tanto que Felipe leia lo que sigue, Diego, con los ojos puestos en el suelo, escuchaba en el más profundo silencio.

“Magnífico señor:

“En Coron, en la Grecia, me dieron aviso y supe la diferencia que vuestra merced tuvo con don Francisco, mi señor padre; y porque vuestra merced vió, estaba tan impedido y acabado, que apenas podia sustentar su cansado, flaco y enfermo cuerpo, si no era arrimado

á una caña, que vuestra merced tomó por instrumento de tan temerario y miserable suceso,—he venido yo de la Grecia á que vuestra merced me entienda, que siendo quien es no podrá dejar de demostrar que era indigno de imaginar tan temerario atrevimiento como vuestra merced usó con él; y no pudiéndose averiguar este negocio sino entre la persona de vuestra merced y la mia, le suplico me haga merced que nos veamos en una isla que hace el Duero cerca de Muanda, entre Portugal y la provincia de Zamora, con una espada y una daga ó las armas que vuestra merced escogiere, señalándome el dia en que será servido hacerme esta merced. Si vuestra merced quiere traer en su compañía dos ó tres caballeros, podrá escoger los que hasta este número fuere servido, que de él llenaré yo el que vuestra merced señalare; que á esto están aquí conmigo los señores Alvaro de Sosa, Bernardo de Sotelo y Alonso de Cisneros, hijodalgos que vuestra merced muy bien conoce y sabe quiénes son. Ahora, si otro sitio le pareciere á vuestra merced más á propósito para nuestra entrevista, lo podrá escoger como fuere servido. La respuesta de esta la podrá vuestra merced dar al señor Gregorio de Sotelo, vecino de esa ciudad de Zamora, que yo cumpliré puntualmente lo que por ello vuestra merced mandare.

“DIEGO DE MONSALVE.”

Quando hubo acabado de leer la carta Felipe, Diego se dejó caer como sin ánimo ni fuerzas sobre una silla que tenia cerca y quedóse allí como anodado y suspenso sin atravesar palabra. Viéndole así el Marqués se le acercó, y poniéndole la mano sobre el hombro le dijo:

—Escoged, hermano, entre los que estamos aquí los padrinos y compañeros que debeis llevar ante el de Monsalve,—y haced pronto la escogencia, que ya me tarda castigar á ese

insolente caballero, pues deja entender en su cartel que un miembro de su familia pudo alguna vez obrar con cobardía.

Pero Diego parecia haber perdido el uso de la palabra y aún el del oído, pues continuaba meditando y callando, sin atender á las palabras de su hermano mayor.

—Vamos, Diego, dijo entónces Felipe,—no dudo que llevaréis al lugar del desafío á don Gómez y á mí, puesto que es de nuestro deber responder con nuestras personas al reto de Monsalve; y en cuanto al tercer padrino que os pide, no faltará uno entre estos caballeros que nos quiera acompañar y servir de testigo y padrino.

Inmediatamente todos los circunstantes ofrecieron sus espadas y personas.

Diego no se movió, y seguia taciturno, la cara apoyada en ámbas manos y los brazos puestos de codos sobre la mesa en que habian estado jugando.

—Vive Dios! hermano, exclamó colérico el Marqués, que si no fuerais quien sois diria que teneis miedo.

—Miedo! miedo yo? dijo al fin Diego levantando la cara y mirándoles á todos con aire sorprendido.

—Voto á brios! Parece que al fin salisteis de vuestro arrobamiento, dijo Alonso;—responded, y decidnos pronto á quién escogéis para que os acompañe en vuestro duelo con Monsalve y para qué dia debemos retarle!

Escuchó como hebetado las palabras del Marqués el mísero Diego, y agachando la cabeza dijo humildemente y con los ojos clavados en el suelo:

—Mandad, hermano, yo obedeceré en lo que tengais á bien.

—¡Etais loco! ¿Sois acaso niño de brazos para que sea preciso que otros os arreglen vuestros lances de honor?

—Pésia á mí! señor don Gómez,—exclamó Diego levantándose iracundo y dando una patada en el suelo,—os diré que si vos no arreglais este asunto yo no haré tal!

Y en seguida, dirigiéndose á la puerta, salió del salon y fuése á encerrarse en su aposento,

dejando á todos los testigos de aquella escena mudos de sorpresa.

Ahogaba la cólera al Marqués y Felipe se restregaba los ojos creyendo soñar.

—Vive Dios! exclamó al fin don Alonso, que si mañana no arregla Diego este negocio yo mismo iré á buscar á Monsalve y le retaré en su nombre.

—Calmaos, señor, calmaos, le decian los demas; esperad al dia de mañana: no hay duda que si don Diego se ha retirado es para meditar mejor el negocio y no hacerlo precipitadamente.

—Me ha faltado al respeto y á los miramientos que me debe, decia don Alonso, paseando por la sala.

—Disimuladle ese arranque de coraje, añadian los otros;—vereis cómo mañana se arreglará todo á vuestra satisfaccion.

Pero ellos se equivocaron, como á su tiempo lo verá el amable lector, si continua hojeando las páginas que siguen: porque por ahora hemos de volver á la ciudad de Zamora, dejando al Marqués y á sus hermanos en su castillo harto desazonados y cavilosos.

Tanto Monsalve como su prima Beatriz y el escudero Gutierre, habian quedado convenidos de que la entrevista que habian tenido en la huerta permanecia secreta para todos, siendo así que dos horas despues todo Zamora tenia noticia de la llegada del hijo de don Francisco y se hablaba de ello en todas las casas de la ciudad. Los primos habian contado sin la curiosidad invencible de la dueña doña Juana, la que como recordará el lector fué obligada por Gutierre á retirarse mal de su grado; pero apeló al arma de los débiles, al

engaño, y fingiendo que salia de la huerta, apenas el escudero la volvió la espalda se entró de nuevo, y dando un rodeo tras de los árboles y las matas llegó hasta cerca del postigo, en el momento en que Monsalve volvía la cara para despedirse de Beatriz y ésta le decia:

—“Hasta mañana, primo mio.”

Reconocióle la vieja, alborotóse con lo que habia descubierto, y alborotó á los criados, quienes, con su habitual comezon de charlarlo todo, se fueron saliendo unos en pos de otros á la calle, con diferentes pretextos, apresurándose á comunicar á cuantos amigos y compadres encontraban la gran noticia de la llegada oculta de don Diego. Naturalmente esta noticia, al pasar de boca en boca, adquiria nuevo brillo y color diferente: unos decian que Monsalve habia mandado desafiar á muerte á Mazariégos, otros que buscaba los medios de ma-

tarle alevosamente, y no pocos aseguraban que el escudero Gutierre Díaz era el encargado de cometer el hecho. Estos rumores tomaron mayor cuerpo cuando se supo que Gutierre, armado de todas armas y á caballo, habia salido de la ciudad esa misma tarde y dirigiéndose, segun parecia, al castillo del marqués de Guadalajara siguiendo el camino de Toro. No faltó quien corriera á avisar al Corregidor lo que sucedia, y siendo este antiguo y grande amigo de la familia de Mazariégos, entró en cuidados y creyó que bien pudiera suceder que Monsalve, desesperado por lo ocurrido con su anciano padre, llegase á cometer algun desacerto, cegado por la ira y la venganza. Salió al momento á la calle á pedir informes y se dirigió en primer lugar á la casa del Marqués, en Zamora, con la intencion de mandar algun aviso de lo que sucedia á Diego de Mazariégos, y se encontró con éste mismo que acababa de desmontarse.

Habia salido del castillo el de Mazariégos ántes de que amaneciera, sin despedirse de sus hermanos y acompañado por sólo un paje. Fuele á buscar el Corregidor hasta su aposento,— pues las circunstancias no permitian que gastase con él ceremonias,— encontróle pálido y demudado, y en su fisonomía una expresion tan extraña de aturdimiento y tristeza, que formaba notable contraste con su ordinario aire de arrogancia y osadía.

—Vengo á ponerme á la disposicion de Vuesenoría, dijole cortesmente el Corregidor, pues hanme dado la noticia de la llegada de don Diego de Monsalve.

—Ya lo sabia,— contestóle el otro casi en voz baja.

—¿Y por ventura os han informado tambien que prepara el dicho señor una celada para quitaros la vida con alevosía? Y en seguida le refirió cuanto en Zamora se charlabá.

Mazariégos, que parecia haber perdido el uso de su juicio desde la noche ántes, ó por lo ménos haberse vuelto sordo, nada contestó, sino que se dejó caer con ademan de fatiga sobre una silla, y tomando un baston que tenia á su lado se entretuvo formando un agujero entre las baldesas, olvidado al parecer de la presencia del Corregidor.

—Ya le entiendo á vuestra merced, continuó

el oficioso Corregidor; seguramente no desea que en este asunto se mezcle la mano de la justicia, y quiere llevar este duelo adelante.

Mazariégos continuaba mudo.

—Teneis razon, añadió el otro: entre caballeros esta clase de negocios ha de ventilarse no por mano ajena sino por la propia; pero

yo he cumplido con mi deber viniendo á ofrecer mis servicios, si acaso encuentra vuestra merced que los ha menester.

Esperaba el bueno del Corregidor que Mazariégos le contestara dándole siquiera las gracias por su oficiosidad, é irritado al ver que nada le decia, sino que parecia enteramente entregado á sus meditaciones, se puso en pié y calándose el sombrero, que habia llevado en la mano desde que entró, le dijo con tono de disgusto:

—Puesto que no puedo obtener de vuestra merced una palabra, yo cumpliré con mi deber como Corregidor y haré guardar la paz en Zamora;— es decir, que prenderé á don Diego de Monsalve y le tendré en la cárcel hasta que dé fianza de no recurrir á medios ilegales para mataros,— y lo mismo haré con cuantos encuentre con las armas en la mano turbando la paz en la ciudad.

Al oír aquellas palabras Mazariégos pareció recobrar algun brio, y por sus decaídas facciones atravesó como un relámpago de vida y animacion, diciéndole al Corregidor:

—¿Eso hareis, señor Corregidor?

—Si señor.

—Haced lo que tengais á bien,— contestó el otro, y desde ahora os notifico que no me mezclaré en nada de lo que querais hacer con Monsalve.

—¿Es decir que no se opone vuestra merced á que se trate de arreglar este negocio por medios pacíficos?

—A nada me opongo, ni pido nada,— contestó el jóven, volviendo á caer en su anterior

apatía y aturdimiento, sin volver á levantar la cabeza ni hacer caso alguno del Corregidor.

—Bésoos la mano, señor don Diego,— dijo este despidiéndose; pero viendo que no le respondia, omitió la vénia y salió del aposento y de la casa, nada contento con la poca cortesía del hermano del Marqués.

—Vive Dios! dijo para sí el buen hombre, que si yo no conociese tanto la familia y la raza, diria que don Diego le tiene miedo al bravo Capitan Monsalve!

Ordenó que se juntasen los alguaciles, operacion despaciosa, tanto que cuando se hubieron reunido y les mandó que buscasen y aprehudiesen á Monsalve, ya éste sabia lo que le aguardaba y se dispuso á salir de la ciudad con sus amigos.

Llegó al fin á oídos de doña Mencía la nueva de la llegada de su sobrino, y se alarmó sobre manera, riñendo á Beatriz porque la habia guardado el secreto de su entrevista con él.

—No quiero morirle sin volverle á ver!

exclamó, y mandó á Gutierre Diaz le dijera que si la estimaba y queria no dejara de pasar por su calle ántes de salir de Zamora, como debería hacerlo pronto.

Obedeció Monsalve, yendo á abrazar á su tia, á pesar del riesgo que corriera dejándose ver públicamente.

Llegóse, sin embargo, hasta la puerta de su casa, y cuando salia doña Mencía á la calle á saludarle y él se desmontaba respetuoso, los corchetes armados desembocaron por la calle, y apenas tuvo tiempo el valiente jóven de montar de nuevo y arremeter por en medio de ellos, dando tajos y reveses, yendo á unirse con sus amigos que le aguardaban en una cercana plaza. Siguiéronle los alguaciles, pero él no quiso salir de Zamora sin haber retado personalmente á Mazariégos, que sabia estaba en la

ciudad. Detúvose un momento delante de la casa de su enemigo, gritando :

—Diego de Mazariégos! Diego de Mazariégos, aquí estoy y en Miranda te espero!

Hallábase Mazariégos en su aposento platicando con su hermano Felipe, que acababa de llegar enviado á Zamora por el Marqués para que indagase de Diego lo que habia determi-

nado acerca del duelo. Oyó Felipe el tumulto y asomándose á la reja vió que Monsalve, á pesar de que le perseguian y acosaban, se detuvo ante la puerta y retó en alta voz al hermano :

—Diego, dijo volviéndose: oye el reto de Monsalve; acércate á esta reja y contéstale que de hoy á mañana saldrás á encontrarle.

—Jamás! exclamó Mazariégos pálido y desencajado.

—Diego, por Dios!..... gritábale su hermano, llégate á contestar á Monsalve, que ya se va!

—Jamás! repitió el otro, y con trémulas manos abrió la puerta y salió del aposento.

—Cobarde! exclamó furioso Felipe y lo siguió; pero ya no pudo acercárcele, porque se habia encerrado en otro aposento, en donde permaneció todo aquel dia sin querer contestar ni salir.

Viendo Monsalve que no contestaba Mazariégos, que sus perseguidores aumentaban y sus amigos eran pocos, aunque denodados y valientes,—rompió otra vez por en medio de ellos, y espoleando los caballos en breve rato se encontraron fuera de la ciudad, camino de Portugal, sin que los alguaciles se tomasen la pena de seguirles gran trecho.



CAPITULO VIII.

Es posible que fuyir
Pueda un hombre, siendo noble,
Por temores de una lid?
Y más vos, siendo quien sois,
Viniendo de do venís,
Que cuando fincárais muerto,
Os fuera honroso morir!

A todos los de Zamora
De esta manera ha hablado:
" Varones de grande estima,
Los pequeños y de estado
Si hay alguno de vosotros
Que en esto se haya hallado
Dígalo muy prestamente &ª

(Romances del Cid).

A la mañana siguiente aparecieron carteles
en los lugares más públicos de Zamora que
decían así :

A LOS ZAMORANOS.

Notorio sea á todos los caballeros hijodalgos,
vecinos desta ciudad de Zamora, cómo habien-
do venido á mi noticia la diferencia que tuvo
el señor don Diego de Mazariégos con el señor
don Francisco de Monsalve, mi padre, el que
por sus muchos años, flaqueza y enfermeda-
des no pudo defender su persona ni poner
esta diferencia en el estado que convenia á su
honra,—yo, como obligado á ello, he venido
de la provincia de Grecia, de la ciudad de
Coron, á tratarla y ponerla en razon; y para
ello le escribí en llegando una carta del tenor
siguiente :

(Aquí entraba la copia de la carta que habia
enviado á Mazariégos).



Y habiéndola recibido el señor don Diego
de Mazariégos, no sólo no cumplió como caba-
llero lo que por ella se le pedia y suplicaba y
estaba obligado á hacer y satisfacer, sino que
por su causa, y tal vez por orden suya, se dió
noticia á la justicia, para que prendiendo mi
persona impidiese la satisfaccion que Dios

Francisco de Monsalve. Para que á todas
vuestras Señorías y vuestras mercedes conste
que mi intencion en esta causa no es proceder
con ventaja ni alevosía, sino en toda igualdad
de persona, armas y lugar, advierto y afirmo
que en cualquier lugar que el señor don Diego
de Mazariégos quiera verse conmigo, lo haré
con que de ello me dé noticia por cualquier
vía ó manera que sea.

" Ytem declaro que doy tregua de dos meses
á la respuesta, señalándome el lugar del en-
cuentro, desde la fecha de este cartel. Aguar-
do la contestacion en la ciudad de Miranda
del Reino de Portugal, á donde me voy á resi-
dir. Basta que la respuesta haya estado en
lugar público que puedan ver ó sepan de ello
los vecinos de esta Zamora ó los de Miranda.
Protesto aquí que si no llego á obtener res-
puesta de una ú otra manera dentro de los di-

permite se haga, porque semejante sin razon
no quede sin castigo. Apesar de todo, el señor
don Diego de Mazariégos, olvidado de sus an-
tiguas obligaciones, y seguramente cargado y
temeroso de su conciencia, no ha querido pre-
sentarse ni poner su persona en público, para
que con ella pudiese tratar del demasiado
atrevimiento y temeridad que su merced in-
tentó; entendiendo y teniendo por cierto que
no había de haber quien saliese á la demanda
y defendiese la honra mancillada de don

chos dos meses, me satisfaré de la suerte que me fuere posible, con armas aventajadas de fuego, ó arrojadizas, ó de otra cualquiera manera, aunque sea con tósigo ó ponzoña, cosa indigna de poner en memoria de hombre.

“En esta Zamora, á 18 de Diciembre de 1532.

“DIEGO DE MONSALVE.

(Capitan de Archeros en los ejércitos del Emperador)”

Semejantes carteles causaron la mayor inquietud en toda la poblacion de Zamora, for-

mándose inmediatamente dos bandos ó parcialidades en favor y en contra de Monsalve y Mazariégos, mas siendo á la verdad los partidarios de Mazariégos (salvo algunas excepciones) los ménos honrados y respetables de la ciudad. Estos se armaron al momento y empezaron á recorrer la ciudad, gritando y vociferando insultos contra el Capitan Monsalve, á quien llamaban alevoso y cruel: los amigos de Monsalve empezaron tambien á armarse; y dando “mueras” á Mazariégos se paseaban por los lugares públicos, desafiando al cobarde mozo, que no se habia mostrado valiente sino ante un anciano débil y caduco.

Sabedor el marqués de Guadalajara de cuanto sucedia en Zamora, montó á caballo y seguido de sus pajes y escuderos llegó á buscar á su hermano Diego. Irritado con los silbos y risas burlonas con que le acogieron en las calles de Zamora, llamándole el “hermano del cobarde,” entró presuroso en el aposento donde aquel se habia refugiado y donde permanecia sin hacer caso de nadie ni de nada, y sin querer recibir á los que le iban á visitar ni contestar una palabra á Felipe. Habia mandado que sus criados se armasen y permaneciesen noche y dia en una antesala que precedia á su aposento, y no permitia que le desamparasen á ninguna hora.

Entró el Marqués como un vendabal hasta donde estaba Diego y encarándosele le dijo:

—Vive Dios! Diego, que esto ya no es sufrible; y juro aquí castigar al ruin y miserable que permite se manille así la honra clara que nos dejó nuestro padre!

—¿Y quién la manilla? preguntó el otro palideciendo.

—Quién? No oyes acaso en las calles los gritos que nos deshonran, llamándote cobarde los hidalgos de Zamora?

—Yo cobarde? exclamó Diego fuera de sí.

—¿No has visto los carteles del Capitan Monsalve?

—Algo he oido.....

—Si no los has visto leé ese que arrancaron de una pared y me enviaron.

Con mano temblorosa tomó Diego el cartel y leyólo todo hasta el fin sin decir palabra, y cuando lo hubo leído dejó caer la cara entre las manos.

—Miserable! gritó su hermano ¿No hay ya insulto para ti?

Levantóse Diego y poniendo la mano sobre la guarda de la espada dijo lleno de ira:

—Vive el cielo! Alonso, que si no fuérais de mi propia sangre.....

—Cuán brioso te muestras, por cierto (contestóle su hermano con irónico acento) con aquellos á quienes debes amor y respeto, y cuán humilde y prudente con los que te insultan y amenazan!

—¿Alonso no me exasperéis!.....

—Por lo visto es difícil.

—¿Qué quereis que haga?

—Y lo pregunta y pide consejo el menguado! Qué quiero? que busques á Monsalve y mueras ó le mates!

—Alonso no me pidais eso.....

—Por qué?

—Porque no puedo, no puedo batallar con Monsalve.

—Que no puedes?

—No puedo.

—Miserable! exclamó el hermano mayor ¿quién, mal caballero, te lo impide?

—Mi desgracia!

—Eres cobarde? dímelo; cobarde un hermano mio!

—Cobarde yo! balbució Diego, repitiendo la palabra con ademan de terror.

—Sí, tú!..... Tú no eres de mi sangre, puesto que no hallas en ti honor, sino vileza; no altivez, sino ruindad; no vergüenza, sino infamante flaqueza. Oh, mis mayores! claros varones de mi raza! veis esto?

Al oír aquellos insultos animáronse las facciones de Diego con un resplandor de orgullo, y sacando la espada, ciego de ira, gritó:

—No permito que nadie me insulte desta manera! Aunque fuérais mi propio padre..... defendeos, caballero! defendeos!

—Eso era lo que yo queria, dijo Alonso alegremente; deseaba saber si habia muerto en ti toda idea de vergüenza y pundonor!

Diciendo ésto desnudó tambien su espada; pero al ver brillar el acero de su hermano, Diego dió un paso atras como deslumbrado, dejó caer su arma, juntó las manos y poniendo una rodilla en tierra dijo con la voz temblorosa y las facciones espantadas:

—No, no me mateis!..... Mirad al anciano amortajado y muerto cuya sombra airada me amenaza..... Y al punto añadió aterrado:

—Perdon, perdon! no lo pedí entónces, pero ahora sí..... Miradme humilde á vuestros piés..... No me mateis!.....

Con la última palabra cayó de espaldas al suelo y quedóse sin sentido.

—Desventurado! exclamó don Alonso en vainando su arma.— Ya lo habia sospechado... está loco!

Y levantándole del suelo le puso en la cama y arrojóle agua al rostro; pero viendo que no volvía en sí abrió la puerta del aposento á los que habia en la antesala, para que presenciasen aquella desgracia, que todo lo explicaba.

Varias horas duró Mazariégos privado, y cuando volvió en su acuerdo le acometió una violenta fiebre cerebral, de la que al fin se salvó, despues de haber pasado varios dias delirando sin cesar. Sus hermanos creyeron que pasado esto, tornaria su pensamiento á la obligacion del duelo con Monsalve, y aunque excusaron al principio hablarle de aquello, acechaban con afan la primera palabra que dijera para arreglar el negocio. Pero esperaron en vano la palabra salvadora que aguardaban; porque si se curó, en verdad, de la fiebre, quedóle tal tristeza y abatimiento que daba compasion verle; callaba dia y noche y rara vez contestaba á alguna pregunta. El Marqués, cansado de esperar, le recordó el deber que tenia de contestar á Monsalve; pero fué tal el terror ó invencible repugnancia que se pintó en su fisonomia, que tanto él como Felipe y los demas parientes y allegados se convencieron de que seria imposible obligarle á combatir. Más aún: temiendo que descubriera ante los ojos de los indiferentes el estado de pusilanimidad en que se hallaba sumido, se propusieron ocultarlo á todos, hablando del mal estado de la salud de Diego que le impedia mostrarse en público. Sinembargo, en breve notaron que nadie creia en la supuesta enfermedad de Mazariégos y que muchos se sonreian cuando se hablaba de ello, lo que exasperó tanto á aquellos honrados caballeros, que determinaron enviar á Monsalve una carta de aceptacion, ofre-

ciéndose uno ú otro en lugar de su hermano.

Contestóles el hijo de don Francisco que con ellos no iba nada, que tenia hecho juramento de no reñir con nadie hasta no vengar

en don Diego de Mazariégos el insulto hecho á su padre, y que nadie podia reemplazar la persona del dicho caballero.

Refiriéronle á Mazariégos lo ocurrido entre don Alonso y don Felipe con Monsalve, y le notificaron que puesto que absolutamente rehusaba portarse como caballero, tenian resuelto encerrarle como á demente y de ninguna manera permitirle salir ni recibir visitas de sus amigos y conocidos. Mazariégos se conformó humildemente con su suerte y aceptó el encierro sin quejarse.



CAPITULO IX.

Domingo por la mañana,
 Cuando el sol claro salia,
 Más alegre que otras veces
 Por gozar de la ocasion.

Y arrastrando luengos lutos
 Entraron treinta fidalgos
 Escuderos de Jimena,
 Fija del conde Lozano

Mandó dar luego un pregon:
 Estas palabras decia.....
 (Romances del Cid).

Yendo y viniendo dias se pasaron los dos meses del plazo fijado por Monsalve para responder á su desafío: generoso, quiso ademas que se pasase la cuaresma, que guardaban muy devotamente los habitantes de Zamora hasta concluir la el domingo de Ramos con solemne procesion.

Sucedió que aquel día era 18 de Marzo de 1533—tres meses cumplidos desde el en que habia salido de Zamora Diego de Monsalve y vivia en Miranda. Beatriz no le habia vuelto á ver y sufría al pensar que, aunque su primo estaba á pocas horas de distancia, no habia hecho el menor esfuerzo para ello. Ignoraba que él se habia propuesto no distraer con otros pensamientos el de la venganza jurada, ni abandonar siquiera un minuto el lugar del emplazamiento.

El domingo de Ramos, doña Mencía y Beatriz salieron de su casa con sus dueñas y sirvientes, y tanto ellas como toda la servidumbre iban vestidas de luto riguroso, pues habian hecho voto de no quitárselo hasta que fuese cobrada la muerte de don Francisco. Despues

de oír devotamente la misa mayor en la Catedral, todas las damas principales que habian asistido á ella salieron del templo, y se dirigieron á las casas de las amigas que tenian en la plaza mayor y calles circunvecinas, por donde habia de pasar la procesion. Los balcones y rejas estaban tendidos de ricos cortinajes de sedas y brocados, presentando á la vista un bellissimo cuadro exornado por la flor de las damas zamoranas. Todo lo notable de Zamora estaba en los balcones y rejas, permaneciendo en la calle los galanes con los ojos clavados más bien en las bellas que en la santa ceremonia,—sin faltar ninguno de los hidalgos conocidos, excepto Diego de Mazariégos y sus dos hermanos, por cuanto el primero permanecia oculto y los otros dos no se querian presentar en público, llenos de vergüenza al pensar en el ruin papel que hacian su familia y partidarios.

Desfilaban grave y devotamente, una á una y con la debida pausa, las corporaciones y autoridades, haciendo alarde el Corregidor, hombre vano y presuntuoso, de la fuerza y armas de sus alguaciles y corchetes, que eran muchos y bien armados. De repente, en medio del recogimiento general, se oyeron pasos de caballos, y cruzando por una esquina, con los sombreros en la mano y los rostros cubiertos con antifaces, se presentaron cuatro caballeros medio armados, montados en briosos potros, y llevando en pos suya otro personaje desconocido en Zamora, descubierto y vestido como simple soldado, pero tambien á caballo. Cuando se hubo reunido toda la procesion en la plaza, se adelantó algunos pasos el soldado y

sacando un papel pregonó lo siguiente, con voz tan fuerte y clara, que no hubo uno que dejase de oírle, sea entre la comitiva de la procesion ó en los balcones y rejas:

“La persona que quiera dar noticia á Don Diego de Monsalve (actualmente domiciliado en Miranda de Portugal) de la parte y hora en que pueda ver y hablar á don Diego de Mazariégos, recibirá 500 ducados de albricias, los que pagará luego don Gregorio de Sotelo, vecino de la ciudad de Zamora.”

Quedóse toda la gente tan sorprendida y admirada, que ni el mismo Corregidor, que se preciaba de vivo, ni ninguna de las autoridades se movieron; en términos que despues de dado el pregon, á vista de todo el lugar, el pregonero y los cuatro caballeros que le acompañaban tomaron el camino de Portugal, de donde habian llegado, y á média rienda marcharon en órden sin que hubiese quien lo impidiera. Apénas habian desaparecido, cuando el Corregidor, volviendo en sí, mandó que al

momento se pusieran los alguaciles en persecucion de los que tan insolentemente se habian burlado de la autoridad, y tan poco respeto tenian por el culto religioso que así interrumpian las santas ceremonias. Pero los alguaciles iban á pié y de mala gana, y aunque muchos corrieron tras los caballeros, cuando llegaron á los afueras de la ciudad tuvieron por conveniente asegurar que apénas se divisaba en lontananza el polvo que levantaban los caballos.

Estaba doña Mencía con Beatriz y otras damas en el balcón de una amiga suya viendo desfilar la procesion, á lo que habian sido excitadas por Monsalve, prometiéndolas que verian cosas que las interesarian.

Miraban á una y otra parte aguardando el incidente avisado: así fué que la primera que vió llegar á los caballeros fué Beatriz, reconociendo á pesar del antifaz á su primo entre todos ellos.

Quando hubo pasado el pregon y retirádose los caballeros, una señora anciana que estaba cerca de Beatriz dijo á otra en voz baja:

—Vaya, señora doña Juliana, que aquí os diré en reserva que si yo quisiera ganarme los 500 ducados lo podria hacer, porque sé en dónde se halla el mozo don Diego de Mazariégos.

—De veras? Contádmelo, doña Mayor, pues bien sabeis lo curiosa que soy,—contestó la otra señora.

—Qué me place..... pero os lo digo en absoluta reserva, porque no quisiera tomar cartas en el asunto. Y al decir esto miró á Beatriz, y notando que ella la escuchaba con interes, añadió bajando aún más la voz, pero no tanto que la niña perdiese una palabra:

—Si vuestra merced me da su palabra de callar.....

—Porsupuesto, querida amiga, repuso la otra:—callaré como una tumba, y si acaso llegare á trascender la noticia no me culpeis á mí.

—Sea, dijo la otra. Bien sabe vuestra merced que mi hermano, ahora ausente en la corte, tiene su casa, al presente desocupada, al lado de la de los Mazariégos.....

—¿Cómo no lo he de saber? Bien aderezada y adornada que la dejó.

—Sí, señora:—así fué que deseando ventilarla y asearla, hace tres dias fuíme á ella, y estando sola en una pieza que toca con la vecina oí voces en el aposento inmediato, y por la grieta de una alacena alcancé á ver que estaban condenando una puerta que comunicaba con un corredor, y al mismo tiempo oí al Marqués dar varias órdenes á sus criados, diciendo

160
al fin: "Diego puede vivir perfectamente en este aposento, comunicado por una puertecilla secreta con el mío. Yo haré que un paje de confianza le traiga lo que ha menester, y aunque deje la puerta libre á cuantos quieran vi-

sitar la casa, nadie descubrirá el escondrijo; mientras tanto haré correr la voz de que ha partido de Zamora."

—Por cierto, contestó doña Juliana que no deja de valer el premio vuestro descubrimiento! ¿Es decir que don Diego no está fuera de Zamora, como se decía?

—Vuestra merced lo ve!

—Pues esto nadie lo sabe aquí.....

—Ni por pienso! Dicen que es tal el temor que le tiene ese desventurado al Capitan Monsalve, que hasta se enfermó cuando recibió el cartel de desafío.

—Cosa más rara en un caballero tenido hasta aquí por valiente! Parece que varias veces dió de sí buenas pruebas en lances apretados! Y acobardarse así cuando más necesitaba de ser hombre!

—En cuanto á su valor personal, me han dicho que nadie le ha visto en la pelea; pero no se dudaba que lo tuviese, cual cumple á todo hijodalgo y siguiendo el ejemplo de sus antepasados y deudos.

—La cobardía de don Diego es cosa nueva; mi hijo Pedro Alonso me ha asegurado haberle visto varias veces salir airoso en lances de honor.

—Así será.....! pero aquí en Zamora no ha habido ocasion de verle en otras aventuras sino en las de galantear las damas, y con frecuencia en vez de darles honra quitársela.

—Por otra parte, señora doña Mayor, es preciso tambien considerar que siendo su causa tan mala, no debe de tenerlas todas consigo, y temerá el juicio de Dios.

—Ciertamente: ademas de la gran fama que tiene Monsalve en el manejo de las armas, debe de amedrantarle aquel insigne valor y denuedo que en su familia es hereditario.

—La verdad es, repuso doña Mayor, que jamas en Zamora ni en todas las Españas se ha-

brá visto el caso de que un hijodalgo de raza noble y limpia le huya y tema de esta manera á otro caballero!

Aquí iban en su plática las dos ancianas señoras, cuando doña Mayor hizo señas á doña Juliana que Beatriz las escuchaba, y apartándose la segunda, quedóse sola con la niña la sagaz doña Mayor y acercándose con sigilo la dijo sonriendo:

—Todo lo habeis oido; ¿no es cierto, doña Beatriz?

—Casi todo, mi señora, apesar mio.

—No os afaneis por eso,..... Escuchad: lo que dije, dije ¿me entendeis?

—Tal vez.

—Pues aproveche vuestra merced mis palabras en lo que puedan interesar á vuestro primo. La llave de la casa vecina á la de los Mazariégos está á la disposicion de los amigos del Capitan.

Agradeciola Beatriz el ofrecimiento, dejando entender que haria sabedor de todo á su primo.

—No estará de más advertir, dijo al oido de Beatriz doña Mayor al despedirse, que los 500 ducados ofrecidos por el pregonero no me vendrian mal.

Al reunirse Beatriz á su tia la encontró en conferencia secreta con doña Juliana, quien por lo mismo que habia prometido á doña Mayor guardar más silencio que el de una tumba, referia á doña Mencia cuanto aquella le habia confiado, y sin empacho pedia en albricias los 500 ducados ofrecidos.

Entre tanto, habian vuelto los corchetes de su vana persecucion, ponderando su hazaña y dando pábulo á los corrillos formados en la plaza con abandono de la procesion que hubo de recogerse alborotada.

Acaloráronse los ánimos: amigos y enemigos de Monsalve y Mazariégos disputaban en pro y en contra de uno y otro, y llegaron las cosas hasta el punto de que salieran las espadas de las vainas, dando punto á la funcion con ruidos y asonadas y quedando muchos levemente heridos, salvo un mancebo inexperto que lo fué tan malamente, que hubieron de sacarle en andas con poca esperanza de salvarle.

En resolucion fué preciso que saliesen todas las cuadrillas de la justicia á poner paz; y el Corregidor se irritó tanto con estos desórdenes, que no sabiendo cómo desfogarse le ocurrió mandar prender á don Gregorio de Sotelo, el padre del mejor amigo de Monsalve y uno de los hidalgos principales de Zamora, que en nada se habia metido.

Salíó el Corregidor á encontrarle hasta la puerta de la sala de justicia; pero recibióle el hidalgo de muy mal talante, diciéndole amostazado:

—Extraño mucho, señor Corregidor, que tengais ia audacia de mandar prender á los honrados y pacíficos hidalgos de esta ciudad, cual si fueran malhechores y malandrines.

—Siéntolo mucho, señor, contestó el Corregidor algo mohino; pero cuidad que no puedo permitir que dia tras dia se formen en la jurisdiccion de esta ciudad asonadas y pendenias tan ricas que corre riesgo la vida de los

moradores de ella, y tengo de ponerles remedio.

—Ponedlo en hora buena; mas ¡pésia mí! ¿en qué puede serviros mi prision para que se guarde la paz? Ando yo acaso en penencias por la calle?

—Vos no, pero sí los vuestros. Ademas, el nombre de vuestra merced ha sonado en boca de pregonero, proclamando que vuestra merced daria 500 ducados de albricias al que descubriese el paradero de don Diego de Mazariegos.

—Eso me dijeron, es verdad; pero os doy mi palabra de hidalgo de que yo nada sabia de semejante pregon ni de la venida de esos caballeros.

—Cómo, señor don Gregorio, díjole el Corregidor con más amabilidad: ¿me asegurais que nada sabiais de la historia de los 500 ducados?

—Ya os he dicho que nada se me habia avisado.

—Lo extraño mucho!

—¿Por qué, señor Corregidor?

—Porque me parece que os han faltado al respeto tomando vuestro nombre sin el consentimiento de su dueño.

—No crea vuestra merced que eso me ofende: al contrario, celebro que tengan confianza en mi amistad, y bien saben que quiero á Diego de Monsalve y á su familia, que de muy buena gana daria los 500 ducados, y más que fueran, si hubiese quien me avisara de qué manera el Capitan puede llegarse á su enemigo y hacerse justicia.

—Señor don Gregorio, exclamó el Corregidor perdiendo la paciencia, — pareceme que os quereis burlar de la justicia de Su Majestad!

—No tal, señor Corregidor! Yo burlarme de vuestra respetabilísima persona?.....

Y al decir esto el anciano le miraba con sorna.

—Os mofais de mí! gritó colérico el Corregidor, y en castigo del desacato que á la justicia habeis hecho, ireis á la cárcel y permanecereis en ella hasta que este negocio se ventile á fondo.

—Haré vuestro gusto, señor Corregidor, díjole con mesurado aunque azaz irónico acento el de Sotelo; iré á donde lo tuviéres por conveniente, — pero os suplico recordéis que yo no soy hombre solo y desamparado y que vuestros desmanes é injusticias pueden costaros muy caro.

Y sin volverle á mirar dijo á los corchetes que le esperaban en la puerta:

—Conducidme á la cárcel. ¿No habeis por ventura oido la orden del señor Corregidor?

No será por demas añadir aquí que, asustado el Corregidor de su propia energia contra uno de los hombres de más influencia en Zamora, le mandó soltar esa misma tarde, pidiéndole mil perdones por su atrevimiento y protestándole que sólo habia querido dar á entender á la gente popular, harto alborotada, que así como prendia á un hidalgo principal, ahorcaria diez pecheros si no se reportaban; todo en bien de la República.





CAPITULO X.

Para Zamora se ha ido,
 Junto al muro se ha llegado,
 A grandes voces diciendo,
 De esta suerte ha razonado:
 "Fementidos y traidores
 Sois todos los Zamoranos,
 Porque dentro de esa villa
 Acogistes al malvado."

Ribera del Duero arriba
 Cabalgan dos Zamoranos;
 Las divisas llevan verdes,
 Los caballos alazanos.

(Romancero).

Pocos dias despues de los acontecimientos que hemos narrado, Monsalve salió de Miranda con sus tres amigos y llegó ya tarde de la noche á la ciudad de Zamora. Dejaron en los afueras los caballos, y encontrando apostado bajo unas viejas murallas á Gutierre Diaz, que les aguardaba, echaron á andar por las calles de la ciudad dormida y llegaron sigilosamente á la casa desocupada de que habia hablado la doña Mayor á Beatriz: allí encontraron á dos peones con picos y azadones, y abriendo la puerta Gutierre, entraron en la casa, encendieron lumbre y se dirigieron á la estancia próxima al aposento que ocupaba Diego de Mazariégos. La intencion de Monsalve era abrir un agujero en la pared para penetrar en la

casa vecina y llegar hasta su enemigo. Pero la alacena de que habia hablado doña Mayor estaba tapada con ladrillo por el lado de adentro, y resultó la pared tan gruesa que á pesar de haber trabajado casi toda la noche, vinieron los primeros albores del alba y todavía no habian abierto paso hasta la otra casa. Fué preciso, pues, interrumpir el trabajo, proponiéndose Monsalve volver á la noche siguiente; y saliendo cautelosamente tomaron los caballos en el sitio en que los habian dejado y se encaminaron á una hacienda, en donde decidieron pasar el dia, no queriendo regresar hasta Miranda para volver esa misma noche á Zamora. Era ya tal el coraje de Monsalve, que estaba determinado á cometer hasta crímenes para lograr su objeto.

La Providencia, sinembargo, habia decretado que de esta manera Monsalve no veria á su enemigo; porque habiendo oido Diego de Mazariégos trabajar toda la noche en la casa vecina, á la mañana siguiente contó á sus hermanos cómo no le habia dejado dormir aquel rumor.

Los Mazariégos hicieron inmediatamente examinar la casa, interviniendo la justicia, y aunque no hallaran dentro persona alguna, encontraron las espuelas, picos y azadones



que habia dejado allí Gutierre Diaz la noche anterior, y ademas la excavacion empezada y la tierra que habian sacado de ella.

No dudaron que aquello fuese obra de Monsalve, y se hacian cruces de tanta audacia, espantados al considerar su arrojo: los curiosos se agolparon á ver los agujeros y difundieron la especie de que Monsalve habia querido volar la casa vecina con pólvora;— cosa que sus amigos rechazaron, pues no era creible que un caballero pudiese quererse vengar no solamente en su enemigo, sino en tántos inocentes como habrian perecido en la catástrofe.

Por consecuencia de estas hablillas volviése á alborotar la ciudad con cien disgustos y pen-

dencias entre los amigos de una y otra familia: la tempestad rugia más y más, y el misero Corregidor enflaquecia á ojos vistas, perdidos el apetito y el sueño con tantos sobresaltos.

Recelosos los hermanos Mazariégos con un hecho tan notablemente osado de parte de Monsalve para llegar hasta Diego, y persuadidos de que no podrian tener nunca bastante cuidado con el prisionero, resolvieron ponerle en lugar tan oculto y seguro, que fuese imposible encontrarle. En consecuencia un dia, sin que cayesen en cuenta los espías de Monsalve, le sacaron de su asilo y se le llevaron fuera de la ciudad.

El Marqués y su hermano menor habian convenido ya en que, siendo imposible obligar á combatir á Diego, era más prudente ocultar á todos su increíble cobardia, tan subida de punto que dieron por cierta una sospecha, natural en aquel tiempo, absurda en el nuestro, y era que estaba hechizado; cosa que tambien le daba vergüenza propalar, porque se tenia á deshonra el caer en poder de brujas y convertirse el cuerpo de un caballero en morada del demonio. Demente no creian que estuviese quien siempre hablaba en razon, sólo que se manifestaba profundamente triste y pasaba el

dia receloso y taciturno; señales todas de hechicería para cuyo remedio le llevaron á parte donde le pudieran exorcizar en secreto, restaurando el honor mancillado de la familia.

Habia llegado en aquellos dias á Zamora, de regreso de Italia (á donde le habia enviado en mision secreta el Emperador) el prior de San Juan, Fray Diego de Toledo, y habiendo sabido el estado en que se hallaban las familias de Zamora, divididas por rencores y disgustos, con motivo del duelo entre los Monsalve y los Mazariégos, quizó poner algun remedio á tamaños sinsabores, y mandó llamar á Felipe de Mazariégos para conferenciar con él.

Felipe obedeció al momento á su invitacion y encontró al Prior, que era hombre vivo é impaciente en demasia, aguardándole en el átrio de la iglesia de la Magdalena, adjudicada al convento de los Caballeros de San Juan de Jerusalem. Databa este edificio del siglo XII y así era antiguo aún entónces; habia pertenecido á la órden de los Templarios, pero habiendo el Papa Clemente V abolido la institucion, heredaron sus bienes los Caballeros de San Juan de Jerusalem.

Paseábase el Prior, como hemos dicho, delante de la Iglesia, recogidas sobre el brazo sus luengas vestiduras y con la capa negra puesta al desgaire del lado izquierdo, acaso para hacer visible una gran cruz blanca con

dios, y, de seguro, sin la misma excusa de la necesidad? Yo ruego á los señores Diputados que se erigen en apóstoles y defensores de estos crímenes, que piensen por un momento en el numeroso concurso que nos oye, y en que las doctrinas que aquí proclamamos deben tener y tienen necesariamente eco en todas partes. Nuestras palabras no mueren en los ángulos de este salon. Ellas son repetidas y comentadas en los corrilos de las calles, en el hogar de las familias, en el taller del artesano

—¿Y de todo tiene la culpa vuestro hermano Diego?—decídmelo sin empacho, pues bien sabéis que he sido siempre grande amigo de vuestra familia.

—Estoy tan exasperado, señor Prior, con este asunto, que daria mi vida por remediarlo!

—Ahora decidme francamente ¿por qué no acepta el duelo vuestro hermano, como caballero, y desagravia al Capitan Monsalve?

—Diréos en reserva, don Diego, respondió con angustiada voz Felipe, que no hemos podido descubrir cuál sea el motivo que tiene mi hermano para rehusar el duelo.

—Cosa extraña por demas!

—Esto supuesto, nos hemos ofrecido á Monsalve en lugar de Diego, pero él no ha querido aceptar el cambio, lo que tanto á mi hermano don Gómez como á mí nos trae desesperados.

—Y con razon! Yo que presencié el acto de don Diego de Mazariégos que ha causado este retó por parte de Monsalve, puedo aseguraros que el Capitan tiene razon para exigir una pública reparacion, así como fué pública la afrenta.

—Y no teneis idea de lo inexorable que se muestra!

—Es un deber sagrado el suyo!

—¿Pero qué hacer en este caso?

—Mazariégos no puede, como caballero, eludir el combate.

—Así se lo hemos dicho; mas nada ha valido, ni súplicas, ni amenazas, ni insultos, ni encierro!.....

—¿Qué contesta á vuestras razones?

—Nada absolutamente, y hace cosas tan extrañas que, fiado en vuestra discrecion, os diré que tenemos por hechizado á nuestro desgraciado hermano.

El Prior guardó silencio durante algunos momentos, mirando como absorto el azul del cielo, y al fin, volviendo repentinamente la vista y fijando la mirada en Felipe, dijo:

—Teneis razon! es muy posible que le hayan hecho un maleficio, caso grave, muy grave; pero entremos en mi habitacion, que os

tengo hablando aquí en pie, y allí podremos concertar lo que me ocurre acerca de este duelo, que es preciso arreglar de alguna manera.

Entraron en los aposentos del Prior y encerrados tuvieron una larga conferencia, de la cual salió Felipe con rostro alegre, y volviéndose á su casa buscó á su hermano para darle parte de cuanto le habia dicho el Prior. El resultado fué que muy luégo mandó Felipe ensillar un caballo, y seguido por un escudero de confianza tomó el camino de Portugal con direccion á Miranda.

A medida que se alejaba de las tristes y escuetas llanuras que rodean á Zamora, el paisaje iba haciéndose más risueño y se alegraba la vista con los vastos viñedos y extensas dehesas que se presentaban por todas partes, en las que corrían manadas de cerdos y rebaños de ovejas, los primeros manteniéndose ampliamente con las bellotas que en aquellos parajes abundan, y los segundos pasciendo mansamente por entre los bosquecillos y colinas que salpicaban el paisaje.

Empezaba á caer la noche sobre aquellas preciosas y variadas cuanto apacibles campiñas, cuando Felipe, atravesando el Duero por un hermoso puente que ponía en comunicacion el camino de España con el de Portugal, llegó á la villa de Miranda la portuguesa, situada á orillas del rio, las que en aquel sitio son agrias y escarpadas.

Poco rato despues solicitó y halló á don Bernardo de Sotelo, caballero de la orden de San Juan y uno de los juramentados con Monsalve, á quien expresamente buscaba, y dióle una larga carta que el Prior don Diego de Toledo le mandaba.

Hízole entrar Bernardo en su estancia y despues de leida la carta fuése á buscar á Alonso de Cisneros y Alvaro de Sosa, y entre los cuatro tuvieron una larga y acalorada discusion, con motivo de las proposiciones que Felipe traía en nombre suyo y de su hermano, acerca del duelo entré Monsalve y Mazariégos. Al fin ofrecieron hablar con Monsalve, cuando volviese aquella noche, de regreso de una excursion á cierto lugar en donde esperaba recibir noticias, habiales dicho, de Mazariégos. Esperáronle sus tres amigos y Felipe hasta que volvió tarde de la noche, y le hablaron de las propuestas del último. Al principio rechazó absolutamente lo que le proponian; pero al fin, queriendo manifestarse concediendiente, vino en ello, aunque no de buena gana.

Muy de mañana al dia siguiente regresó Felipe á Zamora, y á poco rato volvió á salir, armado y con tres caballeros más que le guar-

daban ya listos para marchar con sus respectivos escuderos. Todos cuatro iban enteramente armados, caladas las viseras, y tomando el camino de Portugal siguieron el mismo que habia llevado el dia anterior Felipe; pero en vez de entrar en la poblacion se quedaron en una casa cerca del puente, en la que pasaron la noche.

Apénas rayaba el alba los viajantes volvieron á montar y pasando el puente, que está

casi en la frontera de España y Portugal, tomaron por la márgen izquierda del Duero, en direccion norte, una senda casi perdida entre los matorrales, y andando un cuarto de hora llegaron á un hermoso sitio abierto casi en cuadro, perfectamente llano y entapizado de fina y menuda hierba, rodeado de altos arbustos y zarzas y algunas añosas encinas.

Ya les aguardaban en el campo otros cuatro caballeros que habian llegado al sitio momentos ántes, por otra vereda que venia desde Miranda. Los cuatro caballeros estaban tambien montados y armados, entre los cuales se hacia notar la roja armadura de Bernardo de Sotelo, sobre la cual brillaba la cruz blanca de San Juan.

Los del partido de Mazariégos llevaban caladas las viseras y poco ó nada hablaban entre sí; los de Monsalve, tenían las viseras alzadas, manifestando los rostros descubiertos y festivos.

Diego de Monsalve permaneció en su lugar, y lo mismo hizo otro de los caballeros del bando opuesto, miéntras que los padrinos de uno y otro se acercaban á reconocerse. Vuelto que entre ellos no iba el Marqués preguntó Bernardo por qué no habia concurido al duelo, duelo que tan ardentemente habia dicho deseaba presenciar.

—Por una repentina indisposicion, contestó algo turbado Felipe.

—Lo siento muy de véras, repuso Sotelo; y acercándose al caballero que como mantenedor estaba apartado de los otros y permanecia silencioso, le dijo:

—Bueno seria que tambien vuestra merced se alzara la visera, pues no se usa emprender pelea con un caballero cuya faz no se ha visto.

Intervino Felipe y llamándole le dijo con disgusto:

—¿Habeis olvidado que esta era una de nuestras condiciones del combate?

—Qué condicion? preguntó don Bernardo.

—Que mi hermano permaneceria encubierto.

—Extraña condicion, que declaro, aunque á última hora, inadmisibile.

Encendióse en cólera Felipe, pero se llegaron á ellos los otros padrinos é hicieron entrar en razon á Bernardo, recordándole que así se habia tratado.

Felipe exclamó entónces:

—Por Dios! hacednos la merced de terminar los preparativos, porque segun se dilatan, temo que mi hermano se fastidie y ponga manos á la obra ántes de tiempo.

Quieto y reposado Monsalve al otro extremo del campo, platicaba con el antiguo escudero de su padre, diciéndole:

—Por cierto mi buen Gutierre que no estoy satisfecho!

—Con razon, señor, pues lo que veo no se parece á como estas cosas pasaban en mis buenos tiempos.

—Aunque vine sin mucha dificultad en las condiciones del combate propuestas por los Mazariégos, exigiéndome que fuese á caballo y armado, y no como yo lo queria, á pié y con espada y daga,—es decir á muerte, como debia de ser en este caso,—no me place tanta ceremonia: pareceme ¡vive Dios! que en todo esto hay algun engaño en mengua del desagravio que se me debe.

—Pero al fin y al cabo, mi señor, hoy llegarás, y pronto, el momento que tanto ha ansiado vuestra merced.

—Sábelo Dios! Dime ¿no te parece que aquel caballero es más alto y grueso que Diego de Mazariégos?

—Así lo pensais, señor, porque há muchos años que vuestra merced no le ha visto; pero yo puedo certificar que aunque no le he visto la cara, esas son sus armas y esa su semblanza.

—Ya saldré de dudas; desde el primer encuentro válgame mi lanza,—dijo Monsalve con aire sombrío.

Pero entónces los padrinos habian paseado el campo y dividido el sol, dando en seguida la señal del combate. Arremetieron ámbos mantenedores con las lanzas enristradas: la de Mazariégos pasó por sobre el hombro de su contrario; pero la de Monsalve, dirigida con certera mano, entró por la juntura del yelmo con la visera, que saltó desprendida, y puso patente la desconcertada faz, no de Diego de Mazariégos, sino de su hermano el marqués de Guadalajara. Al descubrir el engaño con que se habian manejado los Mazariégos, Monsalve se llenó de ira y volviéndose hácia los padrinos de su contrario exclamó con tono de desprecio:

—Vive el cielo! que me habeis engañado,—insulto que me habeis de pagar! ¿A qué venis á la lid, caballero? dijo en seguida diri-

giéndose al Marqués, con vos no tengo querella, ni os cumple hacer armas aquí!

—Eso no importa! contestó el otro: yo riño en nombre de mi hermano; y sin más decir le arremetió con la lanza en ristre.

Pero Monsalve se hizo á un lado desdeñando el encuentro; y arrimándose á un árbol se desmontó, clavó su lanza en el suelo y levantó tranquilamente la visera.

Furioso el Marqués, le dijo:

—El golpe de mi lanza honra á cualquiera, señor de Monsalve ¿por ventura os amedrenta?

—En verdad, señor Marqués, contestó el Capitan tranquilamente, que no necesito dar pruebas de que jamas he temido á nadie, ni en mi familia se ha conocido un cobarde.

—Pudiérais añadir que ni un descortés tampoco.

—No insistais, caballero: ya os he dicho que he jurado no combatir con otro hasta no dar muerte al que llaman don Diego de Mazariégos, á no ser en defensa de la vida.

—Pues yo, un Mazariégos, amenazo vuestra vida y os obligaré á combatir.

—No lo creo, señor Marqués, porque sois hijodalgo y conocéis las leyes del duelo.

—Ira de Dios! Capitan Monsalve, que de algun modo os he de enojar.

—No lo lograreis, por cierto.

Y montando añadió cortemente:

—Idos en paz, señor don Alonso Gómez, que por hoy no va nada con vos; pero despues que haya vengado en vuestro hermano el agravio que deploro, estaré á vuestras órdenes.

El Marqués, fuera de sí, intentó arrojar de nuevo sobre Monsalve; pero le rodearon sus compañeros procurando calmarle; y despidiéndose con un ademan volvian grupas, cuando Monsalve, dirigiéndose á los dos hermanos Alonso y Felipe:

—La conducta, dijo, que conmigo habeis observado, tratando de engañarme, es de tal suerte enojosa, que ratifico sin límites mi sentencia de muerte contra vuestro hermano; y no os sorprendais si no esquivo humillacion ni insulto que no le haga en donde quiera que logre hallarle.

—Pésia mi! señor Capitan, gritó el Marqués ya enteramente airado, que esto es insufrible. Defendedos! sí, defendedos si quereis vivir! que me falta paciencia para soportar por más tiempo semejantes palabras!

Aunque Monsalve se habia quitado el yelmo, y llevaba con descuido su lanza, aguardó con entera calma al furioso Marqués, y viéndole cerca le dió con el cabo de la lanza tal golpe en la mano de la espada, que ésta saltó

165
lejos, quedando desarmado el Marqués, con lo que, saludando cortesmente á los otros, Monsalve arrimó las espuelas á su brioso potro y en breves segundos desapareció detras de los árboles, seguido de sus compañeros. Quedaron

el Marqués, su hermano y los otros dos caballeros mohinos y cabizbajos; y sin decir palabra, despues de haberse mirado en silencio, de comun acuerdo, volvieron riendas é internándose por la escabrosa vereda que ya conocemos, orillando el rio tomaron el camino de España, sin haber logrado su objeto y sin haber podido engañar á Monsalve, como se lo habia figurado el Prior autor de aquella treta, imaginando que un rato de combate sin que fuera descubierto el Marqués bastaba para dejar contento á Monsalve y terminada la desaveniencia de las dos familias. Cuando llegaron á Zamora el Marqués y Felipe, fueron inmediatamente á buscar al Prior de San Juan para avisarle el triste fin que habia tenido su proyecto.

—Veo que no ha sido robada la fama del Capitan Mansalve! exclamó el Prior cuando le hubieron referido cuanto habia acontecido en el campo. He visto lidiar al Marqués, añadió, y aseguraria que pocos pueden aventajarle con la lanza en la mano.

—Acabóse, pues, toda esperanza! exclamó el Marqués; pues aunque me pese el decirlo, veo que nunca lograré la menor ventaja sobre ese incontrastable Capitan.

—Será preciso acudir á otros medios! concluyó el Prior.

—No encuentro ninguno! dijo Felipe.

—Dejad, dejad, contestó el fraile, que yo voy á meditar seriamente acerca de esto; pero es preciso tener paciencia y no hacer nada sin consultarme.

—Probad, Felipe, nuevamente con Diego vuestra elocuencia; pintadle la situacion angustiosa en que se halla la familia y toda la ciudad.....

—Vaya, hermano! todo eso fracasará, pues tengo la persuacion de que Diego está hechizado.

—Cómo! ¿no han valido los conjuros y exorcismos de los buenos frailes de San Benito?

—Dicen que hay hechizos y hechizos, y aseguran que los Moros tienen untos y yerbas, palabras y señales de tan terrible poder sobre el alma, que de un momento á otro pueden trastornar para siempre el juicio de sus enemigos.

—Pero aunque los infelices tengan ese supremo poder, dijo el Prior, ¿cuándo, dónde y cómo ha tenido don Diego tratos con los Moros, que se están allá en su provincia, sin que los veamos por acá jamas?

—Con los Moros es cierto que no ha tenido dâres ni tomâres, ni en estos últimos meses ha ido ni siquiera á Valladolid.

—Pues por el aire no ha podido venir el hechizo.

—Suplico á vuestra merced que deje á un lado las conjeturas.

—De alguién teneis sospechas, contestólo severamente el Prior; decídmelo en breve porque mi deber es averiguar estas cosas.

—De cierto nada sé, y por lo mismo me empacha el hablar de eso: apenas tengo sospechas.....

—Os guardaré el secreto de vuestras sospechas.

—Bien sabeis, señor, que don Francisco de Monsalve vivió muchos años entre los Moros.....

—Así se lo oí decir; ¿pero eso á que viene?

—Es posible que de ellos aprendiera tales artes.....

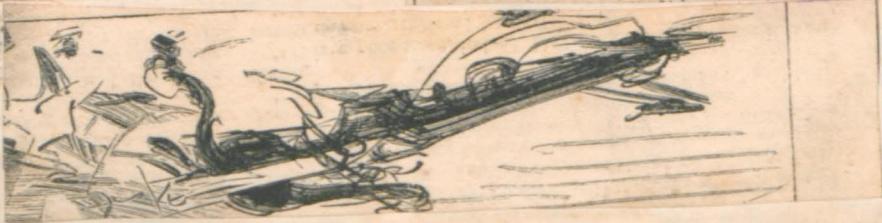
—Aprendiera qué cosa?

—Palabras de hechicería. Ello es que estando don Francisco á punto de morir mandó llamar á Diego, y se estuvo con él encerrado, sin que nadie oyese lo que dijo.

—Eso nada prueba!

—Tal vez sí, porque desde ese dia mi pobre hermano vive triste y se ha cambiado en otro.

—Si esas son, señores, las sospechas que teneis,—dijo el Prior con acento frio y serio,—no las admito como pruebas, pues sólo demostrarian que el diablo que tiene anidado en su alma no es otro que su propia conciencia. Yo



estuve presente, añadió con animacion, cuando tuvo la audacia de golpear al indefenso anciano, tan caduco y viejo como respetable, y jamas ¡vive Dios! he visto cometer por un caballero accion más deshonrosa!

—Señor Prior, exclamó el Marqués amostazado, vuestra merced tambien pretende insultarnos?

—En esto no hay insulto, sine tranqueza, y preciso es que confeseis, entre amigos y como caballeros, que vosotros nunca podriais aprobar semejante hecho.

Los dos Mazariégos permanecieron un gran rato callados y en seguida se despidieron del Prior harto desabridos.

+
+





CAPITULO XI.

Oct. Lo que brilla y alborota.
Una fiesta de San Juan!

Alf. ¡ Salen bien los Capitanes?

Oct. Mañana hay bravos galanes
Porque de joyas lo van!

Lope de Vega—(Las Flores de Don Juan).

.....O criadas!

Y cuántas honraz ilustres
Se han perdido por vosotras!

(Calderon).

El verano de aquel año había entrado reciamente, y los calores eran tan fuertes que en el mes de Junio los alrededores de Zamora, tristes y áridos de suyo, presentaban un aspecto todavía más melancólico.

Sin embargo, el día de San Juan se ha celebrado con gran regocijo en toda España, y á pesar de la sequedad de los campos, desde antes de amanecer discurrían numerosos hombres, mujeres y niños por los prados, buscando yerbas y flores para hacer guirnaldas y mano-

jos, que después quemaban en las casas, creyendo que de esta manera se preservaban de muchos males y desgracias. Cuando lució el sol ya estaban completos los preparativos para celebrar el día, y á pesar del calor las calles se veían llenas de gente de á pié y de á caballo; la muchedumbre de curiosos corrían á recrearse en los juegos de las cañas, que los engalanados caballeros mantenían en un palenque levantado junto á las ruinas de la casa del Cid, ó á disfrutar de los bolos, luchas y otras diversiones que ofrecían á la plebe solaz y contento.

Los balcones estaban coronados de alegres espectadores y en las abiertas rejas se asomaban las damas entre confusas y altivas, alegres y gallardas, encubriendo el rostro con melindres á los ojos de los indiferentes, pero dejándose ver siempre al galan preferido.

Generalizose la fiesta de manera que nadie permaneci6 encerrado, y los pocos que no podían salir se ponian á las puertas de sus casas para ver pasar la variada y divertida multitud. En medio de la alegría general Beatriz, no queriendo tomar parte activa en ella, púsose en la reja más visible de su casa, acompañada por doña Juana, la dueña. Vestia Beatriz una saya de raso negro con peto blanco tambien de ras, cubierta la cabeza con tocas de finísimos encajes y pedrería, todo ello, aunque lujoso, de medio luto; sentándola aquello mucho y contrastando con su alba y sonrosada tez, sus ojos azules y lánguidos, y las blancas manos que cual jazmines aparecian en el remate de las mangas negras de su vestido. Por debajo de las tocas se mostraban rubias trenzas de pelo que descendian hasta la cintura como cadenas de cambiante oro. Así cuanto galan pasaba por de frente de su reja la miraba y remiraba, encontrándola tan bella que sobre pasaba á las demas doncellas de Zamora en hermosura, gracia y señoriles modales.

Muchos caballeros, con armas corteses y sin ellas, habian pasado á caballo, cuando de repente Beatriz se estremeci6 reconociendo uno, que solo, perfectamente armado y con la visera calada se venia á média rienda calle arriba. Por su gallarda apostura y la color de su caballo le conoció al punto Beatriz, y levantando el velo se inclinó sobre la ventana, esperando una mirada ó un saludo de su primo. Pero él, alzando la visera al pasar por frente á la reja, la miró fria y tristemente, y sin hacerla el más leve acatamiento siguió su camino. Llevaba el caballo arrastrando una tabla en que se veia

pintada la figura de un hombre, al pié un mote que no alcanzó á leer, y encima una tosea imitacion de las tan conocidas armas de los Mazariégos, que consistian en un escudo en cuarteles, el primero de campo azul con cinco mazas de oro, el segundo con una rosa de oro sobre el mismo color, y el tercero con un castillo de plata sobre campo de oro. *

La expresion de casi desden con que la miró su primo, obligó á Beatriz á quitarse de

la reja, llena de turbación, y no quiso volver á asomarse á ella en todo el dia.

Siguiendo su paseo Monsalve lleg6 hasta la plaza, cuajada ent6nces de gente, y allí se detuvo algunos momentos para que los que supiesen leer se impusieran del mote que Beatriz no habia alcanzado á descifrar y que decia así:

“Diego de Mazariégos, caballero indigno y cobarde.”

Apénas hubieron leído aquellas palabras algunos de los amigos de los Mazariégos, cuando levantaron un grito de indignacion, y mientras los unos corrian á cortar la cuerda que ataba la tabla, otros se arrojaban sobre el caballero; pero éste, que no esperaba ménos y sabia que seria atacado por muchos enemigos, se defendió con denuedo, é impidiendo que le quitasen la tabla sali6 de la ciudad, ahuyentando á cuantos le rodeaban y defendido por sus parciales que se le habian allegado. La fiesta se convirti6 en alboroto, la justicia corri6 tras del caballero, quien como lo habia hecho otras veces se burl6 de ella escapándose, pero no ántes de haber tirado al rio la tabla con la imágen de su enemigo.

Quedáronse en la alborotada ciudad riendo á más y mejor los amigos y enemigos de Monsalve; descompuestas palabras é insultos reemplazaron las risas y alegrías que pocos mo-

mentos ántes animaban á la poblacion, y por largas horas resonaron las calles con el ruido de armas y pendencias, poniendo en afliccion á las familias y en desórden y fin los comenzados regocijos.

Permitanos ahora el lector volver atras unos dias, á fin de explicar el motivo que tuviera Monsalve para mirar tan friamente á Beatriz. Recordarán los que han leído las precedentes páginas que, cuando Felipe fué á Miranda á proponerle el duelo (que despues fracas6) Monsalve se hallaba ausente, habiéndose ido, segun dijo á sus amigos, á verse con los espías que tenia en Zamora; lo que era en parte verdad y en parte no, pues con quien iba á hablar era con aquella Azulina que fué criada de Beatriz, la que dotada por su señora cas6 con el escudero de Mazariégos, quien en realidad mir6 más á los patacones de la doncella que á su honra, no muy limpia que digamos, segun se colige de su conducta en la atolondrada escapatoria de Beatriz con Mazariégos, recién salida del convento.

El cómo encontró y reconoci6 Monsalve á Azulina fué de esta manera. Andaba solitario un dia pescando por los contornos de Miranda.

* Refiere Quintana en la vida del Gran Capitan un hecho semejante.

y ya caída la tarde, al pasar por frente de una casita de campo rodeada de viñedos, entróse en ella á pedir un trago de agua ó de vino, si acaso, pues entónces sucedia en España como ahora, que es más escasa el agua que el vino, y cando se pide un jarro de aquella dan de balde uno de éste. Pidió Monsalve cortesmente lo que deseaba á una moza que por allí estaba; pero Azulina (que se hacia llamar *Doña* por las sencillas gentes de los alrededores) reconoció de léjos á su antiguo señor, y salió á recibirle y hacerle entrar. En breve entabló con él conversacion, y sabiendo ya, merced á las hablillas de Miranda, el reto de Mazariégos, ideó, con aquella prontitud femenina que la distinguia, poner en planta un proyecto que la proporcionara alguna ganancia, pues su amor al luero no habia disminuido con sus nuevas obligaciones de madre de familia.

—Quisiera pedir á vuestra merced un gran favor, dijo á Monsalve cuando éste se disponia á salir.

—Cuál es?

—Deseo hacerle á su señoría una revelacion muy importante, y como es cosa difícil de contar y muy larga de explicar, y esta tarde no se puede (porque mi señor y marido llega ya de la heredad y delante de él no conviene hablar) quisiera tener con vuestra merced una entrevista.

—¿Qué clase de revelacion quereis hacerme? En verdad que no acertó...

—No me atrevo á deciros nada esta tarde, y ántes de hablar quisiera que me hiciese una promesa su señoría, y es que si en realidad encuentra que vale algo mi revelacion, como lo creo, me haga la merced de regalarme el dinero que necesito para comprar un terrenito vecino al nuestro. Ya sabe vuestra merced que somos pobres, que tengo dos hijos y que...

—Basta! interrumpió Monsalve; contad con lo que pedis, si en verdad tiene algun interes para mi vuestra revelacion.

—Entónces, señor mio, ojalá se acercara vuestra merced á esta humilde estancia mañana á las 7 de la noche, hora en que me hallará sola, pues mi marido debe de irse por la tarde al mercado de Braganza.

—Está bien, pero decidme siquiera de quién os proponéis hablarme.

—Ahora no diré más sino que vuestra merced sabrá muchas cosas que ignora acerca de mi señora Doña Beatriz y del señor don Diego de Mazariégos.

Sorprendióse Monsalve al oír aquellos dos nombres juntos, e iba á pedir alguna explicacion cuando entró en la escena (que al mismo tiempo se vio de pie de recibo) el ma-



rido de Azulina, hombrecillo sumamente obsesivo y amablemente falso, aunque bien parecido, llamado Manoel Solórzano, de nacion portugues y oriundo de la provincia de Trás os Montes. Despidióse al momento de aquella digna pareja y volvióse á su posada preocupado y pensativo.

Al siguiente dia, sin admitir compañeros, se dirigió á la hora citada por Azulina para oír su revelacion, pero halló que una amiga habia ido á acompañarla aquella noche y no pudo hablar á solas con ella; de suerte que hubo de volver contrariado y mohino á su posada, en donde halló á Felipe que habia ido á proponerle el duelo que ya presenciámos en las orillas del Duero.

No podia conformarse Monsalve con que álguien pronunciase al mismo tiempo los nombres de su prima y de Mazariégos, y esto le traia cuidadoso, porque su enemigo, como ya varias veces hemos dicho, tenia una fama poco honrosa en sus cortejos, y mujer que él galanteaba no volvia á tener limpia reputacion.

Azulina era mujer viva y concedera del corazon humano, por lo que de propósito y para despettar más la curiosidad de Monsalve, ideó varias dificultades para llegar á verse con él en secreto. Sin embargo, al fin se encontró Monsalve con ella, y despues de mil circunloquios y rodeos, fuése al grano y contóle cómo Mazariégos habiendo visto á Beatriz en Madrid se habia prendado de ella, y cómo, merced á las relaciones que mediaban entre su criado Manco Solórzano y ella habianla asustado de tal suerte que la pusieron en el caso de fugarse con el galan que la prometia este mundo y el otro, y á Azulina una buena propina si lograba su objeto. Monsalve escuchaba aquella ralaacion con mal disimulada ira, pero cuando empezó á contarle Azulina cómo se habian salido de la posada de Castro Nuño y encontrados con Mazariégos, no le alcanzó la pa-

ciencia y poniéndose en pié exclamó furioso:

—Y de todo eso tuviste la culpa, mujer perversa! Porque aquella inocente niña no sabia lo que hacia. Vive Dios! añadió, que he de borrar esa mancha con tu vil sangre!

Y sacando la daga añadió:

—Tú echaste esta mancha sobre mi familia; tu castigo ha de ser ejemplar!

—Téngase vuestra merced! gritó la mujer, aterrada al ver la rabia de Monsalve, y corrió á ampararse detrás de una mesa: oígame hasta el fin y se convencerá de que el mal no fué tan grande como se lo figura.

Monsalve, avergonzado de su arranque de furor, envainó la daga y la mandó que prosiguiera.

Tranquilizada Azulina, le refirió lo más aprisa que pudo cómo el galan se habia mostrado frio y desdeñoso cuando habia sabido que la niña perdía su dote con la fuga, y cómo ella habia regresado inmediatamente á la posada, despidiendo á Mazariégos con palabras de enojo y desprecio.

Quedóse Monsalve un rato sumido en un silencio sombrío y al fin dijo, casi ahogado por el sentimiento y exhalando un hondísimo suspiro:

—Juráisme, mujer, que Mazariégos no obtuvo de ella palabra de ternura ni llegó á tocar su mano?

—Se lo juro á vuestra merced por mi salvacion eterna y sobre la cruz de este rosario.

—Decidme: ¿ella le amó despues de esa aventura?

—No; señor: os lo afirmo solemnemente; y aún digo más: nunca le quiso, y se huyó con él más por miedo del matrimonio con vuestra merced, que por voluntad que le tuviese.

—¿Y despues tambien me tuvo horror? no es cierto?

—No, señor don Diego; al contrario; y así fué que á poco de estar en Zamora me decia

llorando, que no se creía digna de ser la esposa de un hombre como vuestra merced, tan merecedor de todo su cariño. Pero no se atrevia á revelaros el motivo que tenia para desistir del matrimonio, temiendo vuestra ira. “Eso nada seria, me decia afligida; aunque me matase nada importaria ya para mí; pero no puedo decidirme á perder la estimacion del hombre más delicado del mundo y el único que podré amar en mi vida.”

—¿Y por qué no me revelaste todo esto entonces, cuando de alguna manera se hubiara remediado? dijole Monsalve:—bien lenguaraz has sido toda la vida y bien entremetida y nada tímida!

Azulina no estaba tan turbada que no comprendiese bien que no la seria posible ocultar la verdad, si llegaba á hablar, y permaneció callada.

—Habla, mujer! la gritó Monsalve. Voto al cielo! que si no hablas te ha de pesar!

Corrida y asustada dijo ella entonces:

—Casi no me atrevo á decir á vuestra merced la causa..... pero el motivo que tenia para aquello y para no dejar que doña Beatriz hablase tampoco, era que así la tenia en la obligacion de hacerme muchos regalos, y al fin arrancarla la promesa de que me dotaria para poderme casar con Manco Solórzano, cosa que sabia no podia llevarse á efecto si no tenia algunos dineros. Ya veis, señor, que nada os oculto, descubriéndoos hasta mis más secretos pensamientos..... Espero que no lo echareis en olvido, cuando se trate de recompensarme,

—Esta mujer venderia su alma al diablo por obtener oro! dijo Monsalve entre dientes; y añadió:

—¿Y por ventura habéisle revelado estos hechos á algúien en el mundo?

—No, señor: á nadie.
—Y tu marido?

—Tanto él como yo jurámos, cuando nos casámos, no revelar á nadie esas historias.

—¿Y entónces cómo me lo habeis dicho á mí?

—Porque le dije á mi señor que era preciso que hiciéramos una excepcion en vuestro favor, pues podría llegar el caso de que fuese preciso contar á vuestra merced con toda verdad de qué manera habia sido aquel lance.

Levantóse Monsalve de su asiento y mientras se paseaba de un lado á otro murmuraba entre dientes:

—Infame Diego! Ahora más que nunca tengo de odiarte.....Cobraré con usura las afrentas que me has hecho.....las peores que se le puedan hacer á un hijodalgo!

Y al decir esto iba á salir, cuando Azulina se le puso por delante diciéndole con despejo:

—No olvide vuestra merced la propina que me ofreció!

—Ahora, mujer, no me hables de tí!... despues, cuando tenga más calma, me ocuparé de la recompensa que mereces.

Quedóse Azulina cabizbaja y pensativa, sin acertar á descubrir si las palabras de Monsalve conservaban doble sentido, pudiendo ser de recompensa ó de castigo por sus infamias.

Pocos dias despues llegó la fiesta de San Juan, y más enconado que nunca Monsalve

ideó aquella terrible y afrentosa farsa para humillar á Mazariégos, que puso en ejecucion, como yase sabe.

A pesar de lo que le habia asegurado Azulina del ningun afecto de Beatriz hácia Mazariégos y los desfavores que habia recibido de

su prima, experimentó el tormento de los celos más violentos, y por lo mismo que su corazon no habia pertenecido jamas sino á Beatriz, llenábase de ira al considerar la aventura de ésta con Diego; de que provino que, si bien quiso saludarla con cariño el dia de San Juan, al verla tan bella y amable recordó la escena en el bosque del encinar de Cubillos, y no le fué posible mirarla sino con despego y frialdad, bulléndole la ira en el pecho y sobresaltado el corazon.

Pasáronse dias y Azulina, inquieta, hizo viajes á Miranda solicitando á Monsalve, quien no la consintió conversacion alguna, esquivando hasta sus miradas. Sin esperanzas por este lado, tomó Azulina el partido de ir á ver á su antigua señora, y haciéndo méritos de la revelacion á don Diego, pedirle una suma con promesa de devolvérsela cuando recibiera la ofrecida propina.

Hizo aparejar una mula que servia tanto para la silla de los dos esposos como para cargar el fruto de sus labranzas al vecino mercado,—y seguida de un mozo que llevaba varias cestas con frutas de regalo para sus amas, fuése una mañana para Zamora, llegando á aquella ciudad por la tarde.

Al dia siguiente volvióse Azulina muy contenta para su estancia, habiendo conseguido el objeto de su viaje, pero dejando á Beatriz llena de aprehensiones y temores; aunque tambien la satisfizo el pensar que ya no mediaba entre su primo y ella secreto alguno. Y si por desgracia esa revelacion llegase á ser la causa final de la pérdida de sus esperanzas, se alegraba pensando que ella en persona no tendria

que pasar por la vergüenza de confesar aquel error pasado, fruto de su juventud é inexperiencia, y que tan cruelmente habia expiado.





CAPITULO XII.

Todo le parece poco
 Respetto de aquel agravio,
 El primero que se ha hecho
 A la sangre de Layn Calvo.

Perdóna al vencido triste.
 Que no puede tomar lanza:
 No des lugar que tu brazo
 Rompa las medrosas armas.
 (Romances del Cid).

Estaban los dos hermanos de Diego de Mazariegos fuera de Zamora el dia de San Juan, pues evitaban quanto les era posible el permanecer en aquella ciudad en tiempos de fiestas y dias feriados, temiendo algun insulto del partido de Monsalve. Volvió á poco Felipe á Zamora y tuvo noticia de lo sucedido y la gravísima ofensa que habian sufrido las armas

de su familia.— Indignado con esto más que con lo anterior, resolvió poner fin, á todo trance, á tanta humillacion que á todos tocaba y ultrajaba,— y al dia siguiente muy de madrugada montó á caballo y seguido de solo un paje se dirigió por caminos excusados á verse con Diego. Pasó el dia entero caminando, y el sol ya descendia en el horizonte, cuando llegó á un terreno montuoso y lleno de colinas y barrancos, á los que á poco trecho se sucedieron altos cerros cubiertos de maleza, por entre los cuales escogió una vereda que serpenteaba por las laderas.

Poco más léjos oyó el distante sonido de campanas, indicante de que se acercaba á lugar habitado, cosa que le alegró mucho, puesto que habia pasado el dia entero sin ver otra persona que su paje, quien le servia de guia por aquellas soledades y desiertos. A breve rato mostróle el mozo un edificio solitario entre la

rocas fronterizas, cual nido de águila, rodeado por las nieblas de la tarde. Después de transitar el vallecillo que les separaba de las rocas en que estaba el convento, empezó á subir por el lado opuesto, atravesando riscos y torrentes, anchas grietas y escarpadísimos barrancos, hasta llegar á las puertas de la torre de la iglesia, que brillaba entre las sombras herida por los últimos rayos del sol. A pesar de haber caminado por una oculta vereda, entre peñascos, que no era el camino principal, ya le habían visto acercarse desde una almena del convento, de manera que encontró las puertas cerradas y encadenadas.

El monasterio pertenecía á la órden tan severa de San Benito, y pocos eran los que tenían permiso para penetrar en el convento. * Después de aguardar mucho rato en la puerta, fin permitieren que entrase Felipe á ver á su hermano.

Encontró á Diego en una celda, al parecer satisfecho, pero, como siempre, taciturno y silencioso.

—Vengo con el solo y exclusivo objeto de referirte las últimas hazañas de Monsalve, de las que todo el mundo se ocupa, y darte cuenta de la resolución que he tomado.

Refirió Felipe lo del fingido duelo en las orillas del Duero y el mal éxito que había

tenido. Escuchóle Diego impávido y sin dar la menor señal de interés; pero cuando le habló del insulto y sin paragravio que había sufrido la familia entera el día de San Juan, viendo arrastradas por tierra las armas de sus antepasados, saltó Diego indignado gritando con colérico acento:

—Tienes razón, Felipe! la medida se ha colmado, y no quiero que por mi culpa se vean ajados los limpios blasones de nuestros abuelos!; Vive Dios! que es preciso que se lleve á cabo este duelo..... No lo dudes, que no aguardo más, y me verás presentarme en el campo lleno de ira y denuedo. Vuelve á Zamora y llévale á Monsalve mi reto, pues se me hace siglos el tiempo sin ver lavado con

* "La órden de San Benito, dice Michelet, dió el primer ejemplo de virtud y trabajo en el mundo de la Edad Média, el que se había acostumbrado á unir la idea del trabajo á la de la esclavitud." Guizot dice que "los benedictinos fueron los zapadores de la Europa, asociando la agricultura á la predicación, las ciencias á la humildad y la virtud." Fué San Benito el regularizador de los conventos, y las obras más importantes de la Edad Média fueron ejecutadas por personas pertenecientes á esa órden. Se ha hecho la cuenta de los hombres y mujeres importantes que ha dado la órden benedictina, y resulta que han pertenecido á ella 40 Papas, 200 Cardenales, 50 Patriarcas, 116 Arzobispos, 4,600 Obispos, 4 Emperadores, 12 Emperatrices, 46 Reyes, 41 Reinas y, 3,600 Santos!

sangre semejante agravio, el primero que ha sufrido la noble familia de Mazariégos!

Felipe, lleno de regocijo, le abrazó diciéndole:

—Al fin te encuentro, hermano mio!—dame esos brazos, que en ellos ahogaré mi anterior resentimiento, pues dígame ahora que venía decidido á matarte con mi propia mano si te encontraba tan irracional y apático como hasta aquí te habías mostrado. Y si te librabas de mi enojo no sería lo mismo con don Gómez, porque yo sé que su intención no era otra.

Pasó Felipe la mayor parte del día siguiente conferenciando con Diego acerca de la manera como debería llevarse á cabo el duelo con Monsalve, quien había exigido que fuese público. Diego convino en ello, diciendo que, puesto que el insulto había sido tan público, era preciso que el desagravio fuese lo mismo, y no ya en lugar oculto y con pocos testigos, sino á la vista de las gentes de Zamora y lugares comarcanos.

Al tercer día partióse Felipe del convento, lleno de brio y contento, dejando aún á Diego en el asilo benedictino, pero resuelto á volver por él con escolta, temeroso de las asechanzas de

Monsalve, quien podría atacarle en el camino, puesto que últimamente había jurado matarle sin miramiento ni respeto alguno.

Apénas le dejó su hermano, Mazariégos, lleno de valor y resolución, llamó á su paje y mandóle limpiar muy bien su armas, ayudando él en persona en aquella faena tan grata para el valiente y tan desagradable para el cobarde. Cuando, después de haber trabajado toda la mañana, vió que las armas estaban más relucientes que multiplicados espejos, y siendo la celda de suyo oscura y sombría, quiso examinarlas á la luz y acercóse con ellas á una reja que caía sobre el escarpado camino que conducía desde el fondo del valle hasta el peñasco en que estaba edificado el monasterio. Satisfecho del buen efecto de las armas se iba á quitar de la ventana, cuando, tendiendo casualmente la mirada hácia el suelo, vió de espaldas un caballero en medio de la vereda; pero mientras le miraba volvióse el caballero y fijó los ojos en todas las ventanas del convento hasta que llegó á aquella en que estaba él y uno y otro se reconocieron:

—Diego de Monsalve! exclamó Mazariégos dando más bien un gemido que una voz, y cayó de espaldas desplomado.

Corrió el paje á la ventana, creyendo que habían muerto á su señor con alguna arma arrojadiza, pero no vió á nadie en el campo, notando sin embargo el movimiento de las ra-



mas de unos arbustos cerca del muro. Ayudó á levantarse en seguida á su amo, quien parecia haber sufrido un golpe tan moral como físico, y casi no podia tenerse en pié. Apenas pudo hablar Mazariégos, pálido, demudado y como demente, fué para pedir que rogaran al Abad que viniese á verle porque le necesitaba con urgencia. Un momento despues entró el fraile en la celda, recibíendole Mazariégos con lágrimas mujeriles, y diciéndole entre angustiados sollozos que le amparase y protegiese;

y en seguida le refirió cómo habia visto á su enemigo al pié del muro anonadándole con una mirada tan terrible que le quitó todo el ánimo y valor que sentia horas ántes. No obstante la seguridad del paje de haber visto mover

las ramas de los arbustos, dé manera que no le quedaba duda de que se habia ocultado álguien entre ellos, el Abad, que creia que Mazariégos estaba loco y ademas hechizado, no dió ninguna importancia al incidente, pensando que lo que su huésped decia haber visto no era sino fantasmas y visiones enviadas por el demonio para confundirle y acabarle de quitar el juicio.

—Bien, le dijo el fraile con el tono con que se procura calmar á un niño asustado, —bien: dice vuestra merced que su enemigo se halla en los afueras del convento; supongamos que así sea (aunque los que he puesto de espías sobre las almenas nada han visto) ¿no os parece imposible que con las puertas cerradas se éntre nadie escalando estos muros rodeados de

precipicios?

—Es verdad; pero me asalta la idea de que como de un momento á otro vendrán á buscarme mis hermanos para irme á ese desafío... aunque yo ofrecí lidiar conozco que no podré cumplirlo, cuando sólo con una mirada me asesina y vence aquel hombre.

—Les puede decir eso vuestra merced cuando les vea.

—Imposible! Me han dicho que ha llegado el caso de morir, y que si no mantengo el reto de Monsalve, me asesinarán sin cuidarse del sitio en que me halle.

El buen Abad miró al pobre mozo compasivamente, sorprendido y admirado delante de aquella cobardía sin ejemplo entre caballeros, triste sesgo de la demencia de don Diego.

—No se aflija vuestra merced, le dijo, que yo no permitiré que vuestros hermanos le maltraten ni vuestro enemigo llegue á veros.

—Mis hermanos me buscarán por todo el convento y os causarán enojos y disgustos.

—Ocultaré á vuestra merced en un lugar tan secreto que nó le podrán hallar.

—¿Pero podreis librarme del arrojó de mi enemigo? Acercáos á esta ventana; mirad: allí al pié de aquel muro, en medio del camino, estaba mirándome Monsalve.

—Bien puede ser, contestóle el Abad, pero si vuestra merced no le va á buscar en el campo, creo que no le será posible entrar hasta aquí.

—Yo salir de aquí! exclamó Diego, Dios me libre! Pero, añadió, mire vuestra merced, señor Abad, cómo la puerta de la iglesia está abierta! Y al hablar así se puso pálido y tembloroso.

—Eso no importa, contestó sonriendo el monje; ¿no ha reparado vuestra merced que de la Iglesia no se puede entrar al convento sino por la puerta de la reja del coro, y ésta he prohibido que la abran desde que os tengo á mi cargo?

—Quién tiene la llave?

—El Sacristan.

—Tuviera yo esa llave en mi poder!

—Si eso basta para tranquilizaros, con gusto os la daré.

—Por las santas letanías! esa seria una merced que os agradecería en el alma, señor Abad.

Mandó el Abad á pedir la llave al sacristan y se la entregó á Mazariégos.

—Dispéñeme vuestra merced, reverendo padre, díjole entónces Mazariégos con una humildad que causaba lástima,— dispéñeme, si todavía tengo de pedirle otra merced.

Cuál? Hablad sin empacho.

—Como nadie puede adivinar hasta dónde llegarán la temeridad y asechanzas de mi enemigo y la persecucion de mis hermanos, os suplico que me mandeis dar un hábito de fraile para encubrirme de modo que nadie me conozca.

—Qué me place! dijo el Abad, y le ofreció enviar el hábito; y para que el disfraz fuese completo le aconsejó que bajase á comer al rectorio con la comunidad.

El caritativo fraile queria evitar por todos los medios que aquel desventurado pasase de la manomanía á la locura furiosa.





CAPITULO XIII.

.....pero cuando
 Un hombre de bien intenta
 Seguir, con ánimo honrado,
 Un heroico pensamiento,
 Ha de morir sin dejarlo.
 (Las flores de don Juan) Lope de Vega.

ANTONIO—¿Qué me mandas?
 DIANA—¿Qué hombre es este que salió?
 ANTONIO—Hombre?

.....
 DIANA—Espera, apártate más
 Porque á sospechar me das.
 Si engañarme no pretendes.
 (El perro del hortelano) Lope de Vega.

Ahora veamos de qué manera habia llegado Monsalve á los alrededores del monasterio en que estaba su enemigo. Sucedió que, como

Monsalve tenia espías que no perdian de vista á ninguna hora á los hermanos de Mazariégos, pensando, con mucha razon, que desta manera al fin descubririan el sitio en que se habia ocultado su enemigo, en la madrugada en que salió Felipe de Zamora, al parecer sin ser visto, un hombre se levantó del quicio de una puerta en el que habia pasado la noche frente á la casa del Marqués y siguió de léjos á Felipe y al paje. A poco trecho se unió otro hombre al primero, y cuando Felipe imaginaba que ningun extraño le seguia por las veredas y lugares desiertos que tomó para dirigirse al convento benedictino, los dos hombres le acompañaban desde léjos y espiaban sus pasos. A poco rato de haber entrado Felipe en el convento, uno

de los espías golpeó, y cuando hubo logrado que viniese el ocioso lego que servía de portero, le dijo con lastimoso acento que le perseguía la justicia y estaba muerto de hambre, prometiéndole que si le daba asilo por aquella noche le contaría mil aventuras que le divertirían y además le daría una buena propina. El lego, que era ocioso por naturaleza y propenso á darse gusto, no vaciló en acoger al supuesto perseguido por la santa Hermandad y aceptar la ofrecida propina, con la añadidura de los cuantos, que era la gran pasión de aquella época en España. Abrióle pues, la puerta y ocultóle en la portería, dándole además una parte de su merienda. Fingió en seguida el espía tener mucha curiosidad de ver aunque fuera un cianstro, y habiéndoselo permitido el portero, tuvo la fortuna de columbrar á Diego de Mazariégos que tomaba el fresco sentado en un corredor con su hermano Felipe.

Después de haber platicado el espía largamente con su protector, refiriéndole algo de lo que pasaba en el mundo, sorprendiendo, afiigiendo, alegrando y admirando con patrañas y abundantes mentiras al cándido lego, que le escuchaba y creía cuanto le decía con si fue-

ran palabras del Evangelio: repito, el lengua-raz espía acabó por dormirse, riéndose para su capote (si acaso lo tenía, que la historia no lo dice) del crédulo monje. A las primeras señas del alba pidió el espía al lego que le echase fuera ántes de que alumbrara el sol, lo que ejecutó de buena gana el portero, después de haber recibido la propina ofrecida. Todavía no estaba bien claro cuando nuestro espía se encontraba en camino para Miranda, que estaba más cerca del convento que Zamora, dejando á su compañero en los alrededores, por si acaso trasladaban á Mazariégos á otra parte.

Con la tarde de aquel día tuvo noticia Monsalve de lo que ocurría, y alborozado con aquel descubrimiento llamó á sus amigos y emprendieron viaje sirviéndoles de guía el susodicho espía. Fuéles preciso pernoctar en el camino, pero al día siguiente Monsalve con sus tres amigos, otros tantos escuderos y Gutierre Díaz, llegaron á un caserío no lejos del monasterio. Allí se desmontaron y á pié se metieron por entre rocas y barzales para llegar sin ser vistos, como en efecto llegaron, hasta el pié mismo del edificio. Monsalve, cuyo genio acelerado no le dejaba hacer nada en oculto, salió incautamente al abierto camino para inspeccionar la situación del convento, dejándose ver de Mazariégos como arriba queda apuntado.

Protose las manos cuando descubrió á su enemigo y dijo para sí:

—Del convento por lo ménos no saldrá vi-

vo, pues aunque intentara escaparse con dos mil de á caballo, yo encontraría el modo de llegarme á él y matarle, aunque muriera en la demanda!

Mandó apostar á sus compañeros en torno del edificio, lo que era fácil, gracias á la manera cómo se le había situado entre altas rocas escarpadas que le servían de muralla, pero tan alta que no era fácil salvarla, no teniendo otra entrada que la de la puerta principal y la de

la iglesia en la que de luégo á luégo se entró con Bernardo.

—Perdóneme Dios, dijo santiguándose, si en esto cometo sacrilegio; pero si acaso encuentro á mi enemigo y logro lo que deseo, juro ante estas aras levantar en esta misma iglesia un altar á la Virgen, en desagravio del desacato que haya cometido.

En seguida púsose á registrar toda la iglesia, que estaba desierta, por ver si tenía alguna entrada al convento, pero halló que no había otra sino la reja de hierro delante del altar mayor, por entónces bien cerrada, oponiendo una alta barrera que remataba cerca de la techumbre con puntas doradas.

Después de examinar más minuciosamente aquel impedimento, volvióse á su amigo y le dijo:

—Tengo pensado que apénas oigamos la campana que llama á la comunidad á refectorio (pues calculo que será ya cerca de medio día) nos subamos por aquella reja.

—Por la reja! exclamó Sotelo mirándola de arriba á abajo.

—Si señor; y si no quieres aventurarte en semejante empresa iré solo.

—Diego, amigo, no me ofendas, porque no lo merezco: ¿no he jurado seguirte y acompañarte á donde quieras?

—Una vez adentro, continuó Monsalve, registraremos todo el convento hasta topár con lo que buscamos.

En esto se oyó el toque de campana á refectorio, el rumor de puertas que abrían y cerraban y un lejano ruido de voces y de pasos, señas todas de que la comunidad se dirigía al refectorio, quedando solitario el resto del monasterio, excepto el aposento de Mazariégos, puesto que los huéspedes no sacerdotes no eran llevados al refectorio de los frailes. En esta persuasión Monsalve emprendió la peligrosa ascension, con la espada en la boca para

mayor desembarazo y seguido de su amigo. Gran trabajo les costó subir por las labores de la reja, que á veces no daban campo para meter el pié; pero mucho más peligroso fué el descenso al otro lado por encima de las puntas del remate. Sin embargo, llegaron sanos y

seguro, en el que permanecerán en nuestro poder hasta que nos deis vuestra palabra de hidalgo de dejar de perseguir al dicho Diego de Mazariégos, y no volver á promover asonadas y alborotos en aquesta provincia de Zamora. Siendo de linaje de caballeros hidalgos no hemos querido llevar á efecto esta amenaza hasta no daros parte y enteraros del asunto.

Alonso Gómez de Mazariégos, marqués de Guadalajara—Felipe María de Mazariégos.”

—La idea no me disgusta, dijo el Marqués; servíos darme la carta para enviarla ahora mismo á Miranda con uno de mis escuderos.

—Eso no haré, señor Marqués, contestó el Abad, si no me prometeis solemnemente, que si llevais á efecto lo que aqui se dice, esas damas serán tratadas con todo respeto y miramiento.

—Señor Abad, replicó el Marqués con calma, podriais haber escusado esa sospecha. ¿No sabeis que somos hijosdalgo y que en nuestro poder las damas estarán más honradas y seguras que en manos de arzobispos y cardenales?

Resuelto este punto y enviada la carta, partieron del monasterio los dos hermanos con sus escuderos y sirvientes á ejecutar su represalia y esperar las consecuencias.

Mucha pesadumbre y turbacion produjo al hijo de don Francisco la carta de los Mazariégos, y vióse tan perplejo que lo único que determinó fué mandar inmediatamente á Zamora á Gutierre Díaz con varios hombres armados para que guardase la casa de su padre. No se encontraba con suficiente frialdad para abandonar de redondo las hostilidades, ni entrar

en arreglos ni pláticas con sus enemigos, y al mismo tiempo pesábale en el alma el peligro que por causa suya corrian aquellas señoras, y enfureciase cuando imaginaba siquiera que Beatriz pudiese volver á caer en manos de Mazariégos.

Entre tanto doña Mencía y doña Beatriz pasaban mil amarguras, sobresaltadas, sin atreverse á asomarse á las rejas siquiera, y mucho ménos salir á respirar el aire á la huerta, ya que no les era posible presentarse en la calle, careciendo de la misa diaria, que rara vez la excusaban en España hombres ó mujeres, viejos ó muchachos. Menudeaban los amigos de Mazariégos las tentativas para entrar en la casa de doña Mencía, de noche, tratando de escalar las paredes, y aun de dia, dando asaltos, aunque siempre infructuosos por la resistencia que hallaron en los defensores, quienes les recibian con descargas de los mosquetes y arcabuces que para ello tenian prevenidos. Para decir verdad los Mazariégos no ponian

grande empeño en aquello en los primeros dias, pues sólo trataban de obligar á Monsalve á venir á paces intimidándole de algun modo.

Sin embargo, á medida que se pasaban los dias y Monsalve ni respondia siquiera á su carta, ellos se fueron enojando más y más, y sus tentativas contra la casa llegaron á ser muy serias, no obstante las amonestaciones de la Justicia, que tomando cartas en el asunto procuró al principio calmarles y despues amenazarles con prisiones y castigos. Cansada de sufrir Beatriz, ideó un medio de salir de aquella situacion angustiada, muy eficaz si se podia cumplir al pié de la letra. Fingieron las damas estar más tranquilas, merced á que en esos dias no habian sido atacadas (aunque la casa estaba por fuera rodeada de espías de los Mazariégos y de dia la vigilaban desde la huerta), y salieron doña Mencía y Beatriz una tarde á tomar en ella el fresco. A la mañana

siguiente, despues de haber salido las dos señoras hasta la puerta, con los rostros descubiertos, volviéronse á entrar y vistiendo con las mismas ropas de doña Mencía á la dueña, doña Juana, que tenia el mismo tamaño suyo, y poniendo á una doncella la saya y manto de Beatriz, las enviaron á la calle acompañadas de una criada y un paje, pero con las caras perfectamente tapadas y fingiendo desconfianza y susto. Despues de haber andado algunas cuadras se entraron en una iglesia á oír misa, metiéndose en una capilla muy oscura. Porsupuesto, los espías, que creyeron ver salir su presa, abandonaron sus garitas y las siguieron hasta la iglesia, en donde las vieron entrar, quedándose unos asechándolas y corriendo otros á dar aviso á los Mazariégos.

Mientras tanto doña Mencía y Beatriz, disfrazadas de las vestidas de las criadas, salieron por la puerta principal de la casa y, aunque tapados los rostros, con aire desembarazado y tranquilo se dirigieron por la puerta llamada de la Féria á las ruinas del antiguo palacio de la Reina doña Urraca, en los afueras de la ciudad, sitio muy propio para el caso. Allí encontraron á Gutierre Díaz con caballos ensillados, y más lejos se las unió un piquete de soldados enviado por Monsalve desde el dia ántes para que las custodiaran. Puestas á caballo marcharon con la celeridad mayor que podian soportar, por el camino de Benavente, en cuya ciudad iban á buscar asilo en un convento de monjas, donde era profesa la hermana de don Alonso de Cisnéros, amigo y compañero de Monsalve.

Dejaremos á estas damas seguir apresuradamente su camino, y veamos lo que pasaba á las dos sirvientas disfrazadas. Apenas supieron las Mazariégos que las de Monsalve habian

180

—Aquí se quedará vuestra merced esta noche, le dijo su protector; mañana os sacaremos de este lúgubre asilo, ó si lo desea vuestra merced, puede permanecer en él cuanto le plazca.

—No, señor Abad; este albergue no es de mi gusto, y preferiría en verdad la más miserable choza al aire libre, á permanecer mucho tiempo en este calabozo con riesgo de enloquecerme.

—Pues si no le arredra á vuestra merced la pobreza de la habitacion, yo, es decir, la comunidad, posee una choza sencilla, pero limpia, en medio de un bosque en donde vive un pastor; sitio que nos sirve de albergue, porque tiene en donde poner los caballos, cuando vamos á cacería, diversion que es muy del gusto de la comunidad. Si lo tiene á bien vuestra merced, podrá irse á vivir á ese lugar. Mandaremos allá cuanto pueda haber menester, y como el pastor está ahora ausente de la provincia en otra propiedad de la órden, podrá vuestra merced establecerse no muy mal en la choza, teniendo para servirle la madre de dicho

cho pastor, mujer de edad pero discreta y, sobre todo, excelente cocinera.

Concertaron los dos, en seguida, las cosas de manera que Mazariégos apenas viese entrar la claridad del dia por las grietas de su calabozo, saldria al campo por una puerta oculta que le señaló el Abad, y allí cerca encontraría un caballo y un guia para conducirle á su nuevo asilo.

Despues de arreglado este asunto, el Abad le refirió lo que habia pasado con Monsalve, y despidiéndose volvió á su convento, cada vez más sorprendido del carácter pusilánime y tímido de su huesped.

Al dia siguiente, casi al mismo tiempo que dejaba ocultamente Mazariégos el monasterio, llegaban á él sus dos hermanos. Salióles á recibir el Abad, y, aunque con algun embarazo, les dió cuenta de todo lo que habia ocurrido con Monsalve y del pavor que habia manifestado Mazariégos con sólo ver á su enemigo de lejos.

—Dónde está Diego? preguntó el Marqués con aire sombrío.

Díjole entonces el Abad que se habia visto en la necesidad de dejarle salir del convento, porque el desgraciado jóven tenia ya más desconfianza de sus hermanos, que tanto empeño tenían en obligarle á combatir, que de su propio enemigo.

—Y razon tiene! repuso furioso el Marqués, porque aseguro que donde quiera que le halle

le he de matar como á un perro, porque no le tengo ya como hermano y ni aun pariente!

—Cálmate, hermano, dijo Felipe; no quieres persuadirte de que ese desgraciado ha perdido el juicio y está hechizado?

—¿Acaso el señor Abad no ha probado exhorcizarle, cómo me lo habia ofrecido?

—No he dejado de hacerlo, pero es cierto que no he probado el exhorcismo mayor.

—¿En qué consiste? preguntó Felipe.

—Consiste principalmente en ungirle todo el cuer con aceite bendito, desde la cabeza hasta los pies, y en seguida darle á beber una pocima de mismo aceite, en el que se mezcla incienso, mirra, huesos de mártires pulverizados y tierra del Santo Sepulcro. * Pero me faltan algunos de los ingredientes necesarios para componer la bebida.

—Pésia mi! señor Abad. ¿No os habia suplicado yo que pusieseis toda vuestra ciencia en ésto, por estar empeñada la honra de una familia tan noble como la nuestra?

—Ya lo remediaremos, señor; pero ántes que todo, es preciso que de alguna manera se ponga fin á las hostilidades de Monsalve, que traen alborotada toda la provincia y ya ni los conventos respetan.

—En realidad, señor Abad, que esto me tiene á mí tan congojado y triste, que diera mi fortuna al que sugiriese una idea que nos sacara con lucimiento, ó al ménos sin humillaciones, de esta situacion intolerable.

—Creo, exclamó, como inspirado Felipe, haber dado con un remedio eficaz, aunque algo repugnante.

—Cual? preguntaron los otros dos.

—Sentaos á esa mesa, señor Abad, os lo suplico, que os voy á dictar:

“Al señor Capitan don Diego de Monsalve.

“Muy noble caballero—Puesto que no habeis querido venir á partido ninguno con nosotros, manteniéndoos en la sinrazon del más fuerte contra el débil y, por añadidura, perturbando la vida pacifica de los honrados moradores de la provincia de Zamora, hasta el punto de haber asaltado á mano armada los monasterios y conventos en persecucion de nuestro hermano don Diego de Mazariégos, os notificamos por estas letras, que si no dejais en paz al dicho hermano nuestro, que se halla impedido de combatir con vos en ningun sitio ó lugar, nosotros tenemos pensado poner remedio á tantos males, apoderándonos á toda costa de vuestras parientas doña Mencia y doña Beatriz, sacándolas de vuestra casa y llevándolas á lugar

tenido la imprudencia de salir de su casa, hicieron rodear la manzana de la iglesia y pusieron á un piquete en acecho.

A la hora ó más de estar en la iglesia las fingidas señoras, el paje que las acompañaba salió á la puerta, y viendo los hombres armados volvióse á entrar con aire sobresaltado y dió aviso á las mujeres de lo que ocurría: ellas aparentaron grandísimo susto, y cobijándose bien con sus mantos permanecieron quietas y agrupadas hasta medio día, hora en que, cal-

culando que ya estarían en salvo sus señoras, salieron dirigiéndose á la casa. Rodeáronlas inmediatamente varios hombres armados; pero ellas, sin hablar palabra, descubrieron sus rostros, riéndose en las barbas de aquellos hombres, que las dejaron ir regalándolas los oídos con palabras que nada tenían de tiernas, y corrieron á contar á los Mazariégos el engaño que habían sufrido. Quedaron éstos desconcertados, pues al punto adivinaron toda la extensión del chasco, de que no les quedó duda al ver que los hombres que guardaban la casa de Monsalve la desocuparon, dejándola abierta,





CAPITULO XV.

La noche está muy ascura,
 Comenzó recio á tronare,
 El cielo estaba nublado
 No cesa el relampagueare.

 Otro dia de mañana
 Cartas de fuera le traen.

(Romances antiguos).

Doña Mencía y Beatriz continuaban su camino, y para evitar el más concurrido se internaron por solitarias veredas en que hubieron de acortar el paso, impedido al andar de los caballos por las piedras, abrojos, zanjas y vallados que tenían que salvar. Además la anciana doña Mencía no podía soportar sin mucha pena el movimiento de la bestia, lo que retardó tanto la marcha que era llegado el medio día sin haber adelantado gran cosa, dando pié en una triste venta orillas del camino real, el cual debían volver á tomar por

Riesgo de Campo, siendo casi imposible continuar la via de las veredas y sendas excusadas, El susto, lo precipitado del viaje y los muchos años que llevaba á cuestas, pusieron en tal situación á doña Mencía, que cuando llegó á la venta declaró que no pasaría de ella en dos ó tres horas que necesitaba para reposar. Puesto fué preciso darla gusto en tan natural deseo, pues harto hacia con montar á caballo y andar en semejantes aventuras tan ajenas de su edad y carácter.

Pasadas dos horas Gutierrez hizo presente á Beatriz la necesidad de continuar su viaje, siendo preciso dormir aquella noche en el convento de Benavente, si no querían faltar á los consejos de la prudencia. Montaron, pues, de nuevo, pasando lo más apriesa que pudieron por la aldea de la Granja, y á poco de haber salido de ella comenzó á encapotarse el cielo con negros nubarrones, nuncios de una récia tempestad; y en efecto, soltóse luego de repente un fuerte agnacero acompañado de vien-

narnos un poco de vino para mojar los labios de esta señora que viene desmayada.

El caballero no contestó, pero se acercó á un lado de la estancia, y sacando por fuerza á una vieja que estaba postrada detras de una arca grande, en donde se habia refugiado temblando cuando oyó el ruido de las armas de los que llegaban.

—Sal de haí, mujer, la dijo con impaciencia, pero en voz baja, y suministra á esas damas lo que pidan.

Atolondrada y temblando todavía obedeció la vieja, y un momento despues, habiéndola humedecido los labios con vino y frotádole las sienes, volvió en sí doña Mencía y anunció que ya no sufría sino grandísimo cansancio.

Preguntó Gutierre al caballero si por allí habia alguna cabaña ó albergue en donde pudiera ampararse la escolta con sus caballos, pues la lluvia no cesaba y dolíale que tuviesen que pasar tantas horas á la intemperie. Contestóle el caballero en voz evidentemente fingida que á espaldas de la choza en que estaban habia otra abandonada á los cerdos y gallinas, pero en la que podrian estar abrigados más de diez hombres.

Salió muy agradecido Gutierre á avisar á los soldados que siendo imposible continuar el viaje por aquellas asperezas se acomodaran como pudieran en la otra choza. De mal talante aceptaron los soldados la ofrecida posada, porque habian pensado, si nó á Benavente, llegar siquiera á la aldea de Santo-vería en



donde contaban con cómodo albergue y alegre compañía.

Estaban aquellos hombres quejándose de hambre, sin que Gutierre se atreviese á pedir alimentos al dueño de casa, cuando le llamó la criada para ofrecer á la escolta en nombre de su amo un médio cabrito, algunas gallinas, una ó dos botas de vino y pan blanco, diciéndoles ademas en donde estaba el fogon para que pudiesen asar los animales, y leña para encender lumbre. Con esto y un poco de heno para el pienso de los caballos, quedaron alegres y satisfechos, volviéndose Gutierre á la choza. Encontró que doña Mencía, ya desentumecida, se habia entrado en uno de los cuartitos á mudarse los vestidos con las prendas de ropa que llevaban prevenidas en las alforjas que traia al anca Gutierre. El dueño de casa se metió en el otro pequeñísimo aposento, quedándose en el principal la criada ocupada en servir la cena para las señoras.

—¿ En dónde está el amo de aquí? preguntó Gutierre á la sirvienta.

—En aquel aposento, le contestó, porque cedió el propio á las señoras; y me encargó

que les hiciese presente que dispusiesen de cuanto necesitaran y les suplicara que le excusaran si el mismo no les servia, porque sintiéndose algo indispuerto se habia retirado á dormir.

—Cosa más rara! ¿ Es decir que no cena?

—Dijo que nada queria y que comiérais vosotros lo que yo le habia preparado.

—Por cierto, tia Maria, que lo aquí contenido, bastaria para satisfacer el apetito de más de cuatro personas.

—Siempre me manda disponer comida para más de tres personas, por si acaso vienen á visitarle del vecino convento, lo que sucede á menudo.

—Decidme ahora, señora, díjola Gutierre

to, relámpagos y truenos. Era imposible regresar á la aldea en busca de albergue, sin correr el riesgo de ser reconocidos, y fué preciso continuar por aquel camino sólo y desierto, batidos por el viento y la lluvia; y temiendo las damas á cada momento ser arrojadas de sus caballos por la fuerza é ímpetu del tempo-

ral. Doña Mencía rezaba á grito entero, encomendándose á toda la corte celestial, miéntras Beatriz, presa del pavor, no desplegaba los labios, y los soldados que las acompañaban dejaban escapar á cada rato algun juramento ó palabra de impaciencia, cuando el viento les arrancaba el sombrero ó brincaban los caballos, asustados por los relámpagos y las ramas secas que barrían el camino impelidas por el huracan.

Deseaban á todo trance pasar ántes de que oscureciese enteramente, una montaña que atravesaba el camino, teatro de salteamientos y robos, segun las crónicas de la comarca. Ademas, poco más léjos estaba la aldea de Santovería, en donde Gutierre habia determinado quedarse aquella noche, puesto que ya no era dable llegar á Benavente, como habia sido su intencion al principiar la jornada. En esta disposicion llegaron á la montaña, lóbrega no sólo á causa de la tempestad sino ademas porque se hacia de noche, cuando doña Mencía exhalando un gemido, se ladeó en la silla y hubiera dado consigo en tierra si Gutierre, que iba á su lado, no la hubiera recibido en los brazos y pedido auxilio á los demas para que le ayudaran á sostenerla.

—¿Qué le sucede á vuestra merced, querida tia? exclamó muy acongojada Beatriz, acercándose miéntras que detenía la marcha toda la comitiva.

—Me muelo, me muelo... decia la pobre anciana; me ha dado un desfallecimiento y no puedo seguir á caba'lo.

El viento y la lluvia continuaban furiosos azotando los árboles, retorciendo las ramas y tirándolas sobre los desventurados viajeros, acrecentándose más y más la pavorosa voz del trueno y cerrando de tal modo la oscuridad, que ya era tinieblas.

—¿Qué haremos en este bosque? qué haremos? decia Beatriz desesperada.

—Yo conozco no léjos de aquí la choza de un pastor que no rehusará albergar á las señoras, dijo un soldado.

—Guíanos á ella pronto! le mandó Gutierre, que ya mi señora doña Mencía parece que no respira y está toda desmadrada en mis brazos.

Merced á un clarísimo relámpago el soldado descubrió la entrada de la vereda que debía

conducirlos á la choza: tomó la delantera, seguido por Gutierre y un escudero que se habian desmontado para cargar á la desmayada señora; detras iba Beatriz á caballo y llorando, y en seguida los demas de la escolta. Caminaron un buen rato todos en silencio, hasta que sintieron el ruido de un torrente que corria henchido por las lluvias y se precipitaba por aquellas lomas.

—Ya llegamos! exclamó el soldado; y efectivamente les cerraba el camino un gran bulto que resultó ser la casa ó choza que buscaban.

Llamaron fuertemente á la puerta sin obtener contestacion, aunque se conocia que la choza estaba habitada, porque filtraba luz al traves de las grietas. Viendo que no abrian de buen grado, amenazaron entrar por la fuerza, lo que oido por los que adentro estaban juzgaron prudente abrir, pero lentamente como con desconfianza, y apareció en la abertura un hombre embozado en una ancha capa, traje que indicaba no ser labriego.

—¿Qué se os ofrece tan á deshoras? preguntó el embozado, qué quereis de mí?

—De vuestra merced, nada, dijo Gutierre, pero sí mucho del albergue de vuestra casa para amparar estas damas.

Y sin añadir más razones se entraron de rondon en la casucha, llevando amortecida á doña Mencía, y en seguida entró Beatriz, que en su angustia no se acordó de ponerse el antifaz; y como la diera en el rostro la luz de adentro, el embozado ó sea dueño de la casa hizo un movimiento de viva sorpresa y dando un paso atras, permaneció en la sombra despues de haberse alzado instintivamente aún más el embozo.

Acercaron la abatida anciana á la lumbre que ardia en un brasero puesto debajo de una chimenea que daba frente á la puerta de entrada. Se conocía que habian procurado aderezar y darle alguna comodidad á la pobre choza; amoblada con dos hermosas sillas de brazos aforradas en cuero dorado, varias arcas, algunas mesas, una lámpara de plata que parecia pertenecer á alguna iglesia ó convento, y en los huecos que no tenian puertas de comunicacion con dos pequeños aposentos á un lado y otro de la estancia, hacian sus veces colgaduras de damasco de seda. En el brasero ya mencionado ardian gruesos leños, cuyo humo salia por la tosca chimenea, y encima de ellos hervian un caldero grande y otro más pequeño, y una de las mesas, aderezada con mantel y varios platos, cubiertos y jarros de bruñida plata, parecia que esperaba la cena.

—Caballero, pues sin duda lo sois por lo que veo, dijo Beatriz volviéndose hacia el embozado, hacednos la merced de proporeio-

bajando la voz, ¿ por qué oculta ese caballero el rostro? ¿ Tiene acaso alguna enfermedad cuya vista repugne?

—Mi amo está tan sano como el mejor, y es tan gallardo y apuesto como ninguno.

—¿ Hace aquí penitencia ó se oculta por algun desaguisado?

—Valame Dios! señor escudero, que vuestra merced es azaz pregunton. Creo que es loco, le dijo al oido, y luégo en voz alta, ¡ qué penitencia ni qué desaguisado, si es una oveja mansa: pásase los dias enteros mirando los árboles sin atravesar palabra, ni quejarse, ni pedir cosa alguna; y sepa usarcé que es caballero noble y principal.

—Vaya que no es muy suntuoso el palacio de vuestro caballero! parece que tiene gustos más que modestos. ¿ Cómo le llamis?

—Mi amo, mi señor. ¿ No me habeis oido?

—¿ Pero su nombre cuál es?

—Eso no os importa, señor escudero, ni yo me intereso en averiguarlo.

Salió en esto del aposento doña Mencía, recuperadas las fuerzas, pero no tanto, que no necesitase de venir apoyada en su sobrina, la que habiéndose quitado los velos y las tocas

llevaba el cabello suelto. Sentáronse á la mesa manifestando que les pesaba la ausencia del amo de la casa, y obligando á Gutierre á que tomase puesto en la misma mesa, cenaron muy á gusto. Retiróse en seguida doña Mencía á descansar, acompañada por la criada que ofrecia servirle de camarera.

Gutierre salió á dar las últimas órdenes á los de la escolta, y Beatriz se quedó sola al amor de la lumbre, grata para quien por largas horas habia estado tiritando de frio y con las ropas mojadas.

Hacia algunos momentos que estaba embebecida en una triste meditacion, cuando el dueño de la casa levantó con precaucion la cortina de su aposento y se adelantó hácia ella todavia embozado. Sin hacer alto en lo extraño de esta conducta, Beatriz iba á expresarle su gratitud, cuando él, haciéndola señas de que callase, se acercó rápidamente y la dijo en voz baja:

—Hacedme la merced, señora doña Beatriz, de no hablar en alta voz, y especialmente os ruego que no manifesteis sorpresa cuando veais quien soy; pues los momentos son pocos y me importa imponeros en ciertos asuntos ántes de que nos interrumpan. Al decir esto, bajó el embozo enteramente, descubriendo (ya lo habrá adivinado el sagaz lector) el rostro de Diego de Mazariégos.

—Vos aquí! exclamó Beatriz sobresaltada. ¿ Es decir que mi tia y yo, creyendo huir de un peligro hemos venido á caer en él inme-

diatamente?

—Por qué huir de mí! ¿ acaso yo os perseguia? Ha mucho tiempo, añadió con voz conmovida, que me dí por vencido y perdí toda esperanza de que vos.....

—No se trata de vuestras quiméricas esperanzas, le interrumpió Beatriz con sequedad: aludí á la ruin persecucion de vuestros hermanos en que tendreis parte.

—Os juro que no. ¿ Ellos os han amenazado?

—Sí; ellos! los hidalgos! quieren apoderarse de nosotras, pobres mujeres, para tenernos como rehenes y obligar á mi primo á dejar de perseguiros.

—No lo sabia yo por cierto! Y me pesa en el alma este procedimiento de mis hermanos... Pero ahora hablemos de otra cosa: deseo le digais á vuestro primo que no procure obligarme á batirme con él, porque no lo conseguirá jamas, jamas!

—¿ Es posible que un caballero como vos diga tal cosa?

—Lo digo y lo afirmo.

—¿ Y nada os importa la deshonra que quedará para siempre manchando vuestros blasones?

—Cuando hay imposibilidad absoluta de cumplir lo que se exige, cesa la obligacion.

—Imposibilidad! Estais acaso baldado? Y si así fuere, ¿ por qué no lo haceis saber?

—No me comprendais!... ni nadie me comprenderá, exclamó dolorosamente el desdichado. Que Dios me mire con misericordia!... pero no hablemos más de esto, que el tiempo urge, y nada he dicho. Deseo hacerle una propuesta á vuestro primo por conducto del Prior de San Juan; pero si vuestra merced le llega á ver quisiera que apoyara con todo su valer mi propuesta.

—No tengo ningun valer contestó con amargura Beatriz. Pero bien sabeis que él no admitirá de vos ninguna propuesta que no sea la del combate.

—Todo lo haré, ménos combatir!

Beatriz miraba entre disgustada y compasiva aquel humillado hidalgo, antaño tan arrogante, ahora flaco, demudado y con grandes ojeras producidas por el sufrimiento moral, y tan descaecido que no se atrevia á levantar los ojos del suelo. Causaba en realidad la mayor compasion el mísero Mazariégos!

—Desearia que interpusiéseis vuestro valimiento para que vuestro primo acceda á las propuestas que le presentará el Prior de San Juan. Yo haré todo más bien que continuar viviendo en este estado! Ha dias que tengo escrita esta carta para el Prior, pero no habia tenido oportunidad de enviarla con persona segura

—¿Y vuestros hermanos?

—Dios me libre! Ellos no saben en dónde estoy, y el buen fraile que me protege no querrá enviar la carta sin saber su contenido... Pero vos, señora, sois mujer, y por consiguiente compasiva; así confío plenamente en vuestra prudencia y bondad, y estoy seguro de que cumplireis mi encargo como buena cristiana, sin revelar el lugar de mi asilo... Sin embargo, temiendo que vuestros criados hayan maliciado algo, mañana mismo pienso mudar de posada.

Es cierto que soy mujer y cristiana, pero no olvidéis que soy mujer á quien habeis ofendido y causado mil sin sabores y penas; mas á pesar de todo, os doy mi palabra de que cumpliré con lealtad lo que me pedis, si es con una condicion.....

—Cuál, señora?

Beatriz calló ruborizada, pero no queriendo perder la única oportunidad que tendria en toda su vida de hablar con aquel hombre, contestóle precipitadamente.

—Que me hagais la merced de escribir con vuestra mano cómo pasaron las cosas entre vos y yo en el Encinar de Cubillos, durante aquella malhadada fuga que me ha costado tantas lágrimas y penas. Yo quisiera tener d

vos un certificado de que aquel hecho fué enteramente una niñada... necesito mostrar eso á mi primo para que no sospeche de mi honor.

—¿Supo él lo sucedido?

—Sí, para mi vergüenza y por mi desgracia!

—Me humillaré tambien hasta confesar que me despreciásteis... Es preciso que yo expie todas mis faltas!

Con manifiesta precipitacion, se volvió á embozar Mazariégos en su capa, al oír que se acercaban á la puerta de entrada, y mientras la empujaban de afuera añadió:

—Mañana, ántes de vuestra partida, tendreis el papel que me pedis, y se apresuró á entrar en su aposento.

A la mitad del día siguiente doña Mencía y Beatriz llegaron al convento de Benavente, sin haberlas ocurrido novedad alguna, llevando consigo la segunda el ofrecido papel para Monsalve y la carta para el Prior de San Juan, la que confió á Gutierre para que la entregara al mismo Prior apenas volviese á Zamora, dándole á entender que era cosa urgente.





CAPITULO XVI.

Aquí pagarás, maestre,
 La tu grande villanía
 La muerte del gran Vivero,
 Hecha con alevosía.

Yo, Secretario, os perdono
 Porque á mí Dios me perdona
 Olydando la venganza,
 Que ya es tiempo de perdones.

(Obras de don Leandro de Moratin).

Apénas hubo llegado á sus manos la carta que le enviaba Mazariégos, el Prior de San Juan escribió otra á Bernardo de Sotelo, suplicándole encarecidamente le dicese la merced de verse con él, y asegurándole á fe de caballero religioso que estaria sano y salvo en su Convento y lo mismo volveria á Miranda, no obstante haber determinado la justicia

prenderle como amigo de Monsalve.

Fué en el acto Sotelo á verse con su Prior, el que apénas le vió entrar le dijo:

—Ah! Señor don Bernardo, venga acá vuestra merced y entre los dos veamos el medio de que vuelva á gozar de paz esta ciudad; pues no hay dia en que no me avisen de algun alboroto, riña ó desafio, y las familias viven atemorizadas y sin gozar un momento de tranquilidad.

—No podrá haber, reverendo Prior, contestó Bernardo sentándose en una silla que le ofrecia el padre, no podrá haber otro, sino que Diego de Mazariégos, rompa lanzas con Diego de Monsalve hasta morir.

Fingió sorprenderse el buen Prior diciendo:

—No será razon que por una mocedad, hecha tan sin consideracion, de Diego de Mazariégos, quiera vuest. migo proceder á tanta cruel-

dad con él!

—Si no quiere pelear rindasele, respondió Sotelo, y no le matará ni pondrá las manos sobre él.

—Dura condicion! Bien pudiérais poner

otra más llevadera, dijo el Prior con dulzura.

—No hay otra, señor, ni puede haberla.

—Entonces tratad vos con Monsalve, prosiguió el Prior, para que se contente con eso, que yo trataré con Diego para que convenga en ello.

—No caben aquí tratos con Monsalve, repuso Bernardo, ni él vendrá en ningun género de medio que parezca trato ni haya tenido olor de ello. Sálgase él á matar con Monsalve y rindasele, que yo aseguro no le pondrá las manos; y estáo despues de haber pedido perdon al difunto don Francisco.

—Eso ya es demasiado pedir! exclamó el Prior.

—Y ha de ser en lugar público y ante las autoridades, añadió Bernardo.

—¿No bastaria que se le rindiese en lugar ménos notorio?

—No, señor, porque el agravio fué público, y delante de los principales hijosdalgo y ricos hombres de la provincia, como vuestra merced bien lo sabe.

—Ademas, repuso el Prior, viéndose Monsalve armado y delante de su agraviador ¿qué seguridad habia de que no le matase?

—Saber quién es Monsalve, replicó Sotelo, y tener yo mucha experiencia de su valor é hidalguía, lo que me asegura que no pondrá las manos en el rendido, ni es de caballero como él hacerlo... Y cuando lo intentara, yo me hallaré allí y daría muerte á Diego de Monsalve si tal hiciera.

—Yo como apoderado de la familia de Mazariégos no puedo convenir en tanta humillacion.

—Ni yo como amigo de Monsalve puedo admitir ménos.

—Hablad con Monsalve y sondead su pensamiento.

—Seria inútil.

Quedóse gran rato meditando el Prior, en

seguida sacó y leyó de nuevo la carta de Mazariégos varias veces, diciendo al cabo de esto:

—Bien, pues; pensad vos cómo se ha de arreglar esto y ordenadlo todo como os parezca mejor, que yo aseguro que Diego de Mazariégos hará lo que quisiéredes. Reflexionadlo bien, añadió, y mañana os espero con la contestacion definitiva.

Al otro dia volvió Sotelo á verse con el Prior, y despues de muchas pláticas, objeciones, consultas y conferencias con el corregidor,

el Obispo y cuantas personas importantes habia en la provincia, se convino en que se pondrian carteles en las ciudades de Zamora, Toro, Valladolid, Benavente y las principales aldeas y villas circunvecinas, convidando á una ceremonia que tendria lugar en el convento de Santo Domingo, dentro de ocho dias, y á una justa de armas al dia siguiente en los afueras de la ciudad. Convocabase la gente para los dias 14 y 15 de Agosto por ser éste último feriado.

Enviáronse postas á Benavente para que volvieresen á Zamora doña Mencía y Beatriz mandando el Obispo una litera que usaba y en la que la primera vendria sin la fatiga de cabalgar. El prior escribió á los dos hermanos de Diego de Mazariégos, dándoles cuenta de lo que ocurría, é lo que ellos contestaron desechados amenazando con dar muerte á su hermano antes que sufrir tan desmedido vejámen.

El Prior insistió procurando calmarlos y asegurándoles que él habia tomado bajo su proteccion á Mazariégos, le tenia viviendo consigo en su aposento, y de ninguna manera permitiria que le hiciesen daño.

Sotelo escribió tambien á los dos amigos de Monsalve, que estaban con él en Miranda, sobre lo que pasaba encargándoles que guardasen el secreto á Monsalve quien nada habia de saber hasta última hora.

Por fin llegó el 14 de Agosto, y á la hora

dispuesta para la ceremonia en la iglesia de Santo Domingo llenóse el templo de gente notable: y en la testera tomaron asiento en sillones prevenidos para el caso el Obispo de Zamora, el Prior de San Juan, los corregidores y alcaldes, por órden de dignidad y antigüedad, siguiéndose los principales ricos hombres é hidalgos de la provincia; lo demas de la Iglesia á discrecion de los artesanos y plebe de la comarca. En medio del más completo silencio se abrió una puerta que comunicaba con el convento, y salió por ella Diego de Mazariégos, vestido todo de negro con chapas plateadas: llevaba el sombrero en la mano, la espada al cinto y los ojos puestos en el suelo con ademan humilde y respetuoso: le acompañaban Bernardo de Sotelo vistiendo el hábito de su órden, don Gregorio de Sotelo, padre de Bernardo, y otros tres caballeros, todos muy bien aderezados. Previamente y por auto de justicia, se habia nombrado á Bernardo de Sotelo curador del sepulcro de don Francisco de Monsalve, enterrado cerca del altar mayor, hacia el cual se dirigió aquel grupo de caballeros, y cuando llegaron al sepulcro, que era de mármol, Bernardo se pasó á la cabeza del monumento y Diego se situó al pié,

siendo notorios su palidez y aire abatido. En torno de estos dos caballeros se situaron los otros, pero de manera que no se ocultase lo que iba á pasar entre ellos á los ávidos ojos de la concurrencia, que seguía con viva curiosidad aquella extraña ceremonia.

Bernardo de Sotelo, con gran desembarazo y voz clara y sonora, se dirigió á Diego de Mazariégo y dijo:

—Señor don Diego de Mazariégo; tendría vuestra merced á bien repetir las palabras que se os van dictar.?

—Haré lo que mandéis, contestó el otro.

Desdobló entónces don Gregorio de Sotelo un pergamino que le entregó su hijo, y fué

dictando por lo bajo á Mazariégo los siguientes palabras que éste repetía de manera que las oyeran todos los presentes en la iglesia: "Yo, Diego de Mazariégo, doy fe y declaro: que habiendo visto que don Francisco de Monsalve estaba viejo y sin fuerzas, y que el día de Reyes del pasado año de 1532 no llevaba armas ni cosa que lo pareciera, me atreví á agraviarle dándole golpes con su misma caña; insulto que costó la vida al dicho don Francisco. Además aseguro que si hubiese llevado ó podido traer armas no sólo no lo habría hecho, más ni me atrevería á imaginarlo; y ahora que sé que de sus cenizas ha salido un hijo que, en su nombre y con las armas en la mano, representa el valor de su padre, que por sus años y enfermedades estaba en el amortiguado, y que el dicho hijo amenaza matarme; por tanto, no pudiendo vivir en el mundo con seguridad, rindo aquí la espada en este sepulcro dó yace don Francisco de Monsalve, y pídele perdon, confesando lo que arriba he dicho, repitiendo que he obrado sin razón y faltado á las leyes del honor por los respetos y motivo dichos."

Callóse, dejó caer la cabeza sobre el pecho con tal expresión de tristeza, que se le hubiera podido tomar por la estatua del abatimiento. Respondióle Bernardo y le felicitaba por su cristiana humildad. Y habiendo recibido con trémulas manos del penitente la espada desnuda pásola sobre la tumba, y en cambio le entregó una carta en nombre de don Francisco para su hijo Diego de Monsalve, en la que mandaba que no procediese contra Diego de Mazariégo sino que antes le ayudase y asistiese en todo trance como deudo y amigo.

Ya por entónces se había acercado un escribano público que tomó testimonio de cuanto entre los dos había ocurrido. Pasado este acto solemne, se retiraron á la sacristía Diego de Mazariégo, Bernardo de Sotelo y los de-

mas caballeros, siguiéndoles el Obispo, el Prior y dignidades para firmar todos ellos como testigos el acto de la curaduría y del rendimiento de la espada.

Con esto fué desocupándose la iglesia, y á medida que salían los concurrentes comenzaron los más variados comentarios sobre lo que habían visto y les había conmovido en extremo, y asegurando cosas más extraordinarias para el día siguiente en la palestra preparada fuera de la ciudad. Quiénes aseguraban que se trabaría un combate tan reñido entre Monsalve y Mazariégo, que no concluiría sino al quedar uno de ellos ó entrambos en tierra, pero que el hijo de don Francisco no sacaría la espada hasta que Mazariégo no le pidiese perdon por lo del padre; otros afirmaban que sabían de buena tinta que Mazariégo no se presentaría en la palestra á combatir, sino á ponerse de rodillas ante su enemigo, para que le matara; no faltaban quienes dijese que cuando hubiese pasado por la humillacion de pedir perdon se atravesaría el pecho con su propia daga; en suma, cada cual discurría á su manera, acertando en poco y desacertando en mucho, como acostumbra la opinion popular.

Cuando se hubo concluido la ceremonia del rendimiento de la espada sobre la tumba de don Francisco, Sotelo fué á su casa y montando partióse de Zamora, llegando á Miranda con la tarde á prevenir á Monsalve de que por fin se había logrado que Mazariégo aceptara el duelo á muerte, para lo cual le esperaría al otro día por la tarde en un campo cerrado, que la Justicia había hecho disponer con tal objeto en las afueras de la ciudad.

—¿Por ventura se me presentará otra vez armado y con celada? preguntó irónicamente Monsalve.

—Excusada es la pregunta, sabiendo que yo lo he arreglado todo: le encontrareis en calzas y camisa, con sólo una espada y una daga, y sin otra defensa ni armas en su persona.

Abrazó Monsalve lleno de regocijo á su amigo y llamó á los otros dos compañeros para darles parte de tan feliz suceso; y quitándose el sombrero se arrodilló é hizo una corta oracion á la Virgen para darla gracias y pedirle su amparo en el día siguiente, imitándole con todo respeto sus tres compañeros.

Por la noche, al recogerse á dormir Monsalve, le entregó Bernardo una carta que le habían dado en Zamora para que se la diera cuando estuviese solo. Abrióla Diego y vió que

era de Beatriz, incluyéndole un papel firmado por Diego de Mazariégos.

La carta de Beatriz decía:

“ Señor don Diego de Monsalve.

“ Aunque nada me habeis dicho, he tenido noticia de que sabeis lo que me pasó con Diego de Mazariégos años atrás. Conociéndoos y sabiendo cuán delicado sois, no se me oculta que esto os habrá dado mucho que sentir, por lo que aprovechando una rara casualidad, que parece más bien disposición del ángel de mi

guarda, he logrado obtener de Diego de Mazariégos el certificado que os incluyo, ofreciéndoo referir los pormenores destas cosas si os place, cuando nos veamos y me hagais la merced de escucharme.

“ Llena de pena y vergüenza os pongo estas letras, pues no sé si con escribirlas faltaré a los fueros de mi sexo y calidad; pero he preferido morir de bochorno á perder la estimación de un hombre como vos.”

Encantóse Monsalve con la carta de su prima, y despues de haber leído y releído y tornado á leer uno y otro papel, se entregó al sueño, tan satisfecho y contento, que apenas si pensó una sola vez en el combate del día siguiente, para proponerse preguntar á Mazariégos ántes de matarle si juraba de palabra, como lo habia certificado por escrito, que cuanto decia en dicho papel era la



CAPITULO XVII.

Suspense el concurso entero
Entre dudas se embaraza,
Cuando en un potro ligero
Vieron entrar en la plaza
Un bizarro caballero.

Volved, fijo, hácia Zamora,
A Zamora y sus andamios;
Mirad dueñas y doncellas
Cómo nos están mirando.

(Romance del Cid).

Profesando su amistad
Le pide la amiga mano:
Dióla don Diego de Lara
Con un semblante gallardo,
Y tras darla, el uno al otro
Enreda y cruza los brazos,
Celebran las amistades.

(Romances del Cid).

Conforme á las costumbres de aquellos tiempos, Bernardo de Sotelo y el Prior, — como apoderados de Monsalve el uno y de Mazariégos el otro, — habian pedido al Justicia Mayor de Valladolid (estando ausente el Emperador

en Madrid que era el que la debia dar) licencia para cercar un palenque en Zamora, su-

plizando que, conforme á los fueros de Aragon y leyes antiguas de Castilla, les concediera el campo.

Señaláronles el llamado de la Verdad en los afueras de Zamora, y allí se preparó lo necesario, de manera que en la mañana del 15 de Agosto ya estaba levantada la estacada, encerrando una plaza de 50 pasos de largo y 36 de ancho. Estaban las estacas espesas y trabadas y tenian 5 piés de altura; entre este orden de estacas y otro, habia un espacio de 18 piés, en donde construyeron tablados para los principales habitantes de la ciudad, como el Obispo y los funcionarios públicos. Estos tablados estaban ricamente aderezados, como para quienes eran, con colgaduras de telas de seda y oro y cómodos asientos: ademas de estos habia otros para los parientes y deudos del uno y otro campeón, llevando encima cada cual las armas de la familia. En los dos extremos de la plaza se veían dos tiendas de campaña para retiro de los combatientes, por si necesitaban armarse ó desarmarse. En torno de la plaza

* Véase historia de Carlos V por don Prudencio de Sandoval, tomo 1.º, página 422.

Бабров



habia pequeños andamios para la plebe, y el ámbito de la palestra se cubrió con una capa de arena para que los combatientes no se dañaran en las caídas que sufrieran.

Desde temprano se fueron cubriendo las estacadas con muchedumbre de gentes que invadían hasta las gradas de los tablados, pues el concurso que había ido de Galicia, Castilla la Vieja y Leon era tan abundante que muchos no hallaron puesto en torno del palenque y se derramaron por los campos; en términos que años despues se referia en Zamora, que había sido tal el concurso, que faltó alojamiento para muchos, no sólo en la ciudad, sino tambien en los campos circunvecinos.

A la hora señalada abrióse la puerta de la palestra para dar paso en primer lugar á un

heraldo ó Key de armas, vistiendo la cota de armas de la noble casa de los duques de Alba, y en seguida al Prior de San Juan, que entró con mucho brio, aunque grave y reposado continente: llevaba luengas vestiduras muy ricas, con las insignias de su órden, bordadas sobre el hombro izquierdo, y montaba un hermoso caballo andaluz vistosamente enjaezado: seguíanle quince caballeros de su órden, residentes por entónces en Valladolid y Zamora, vestidos de la misma manera, y cerraban el acompañamiento muchos hidalgos á caballo, unos armados y con la visera calada, otros sin armas y lujosamente ataviados, cubiertos los caballos con sargas de diversos colores. Detras de todos éstos iban los trompetas, atañiles y atamboras de guerra, y buer jor de sirvientes y escuderos á caballo.

Después de haber dado una vuelta por la plaza con su séquito, bajóse el Prior del cabildo y subiendo al tablado que le correspondía, tomó asiento en una silla al lado del Obispo, quien había llegado al mismo tiempo con su comitiva y los miembros de la Justicia, Regidores, Corregidores y Alcaldes: éstos no entraron en la plaza, sino que subieron al tablado por una escalera que daba al campo. Para entónces los tablados de los hidalgos estaban tan llenos de damas y caballeros como los andamios de gente plebe; aquellos deslumbrantes por los lujosos vestidos y ostentosos atavíos, luciendo entre las damas de la nobleza de Toro, Benavente, Zamora y pueblos comarcanos doña Beatriz de Monsalve, que sentada al lado de su tía y rodeada de otras damas de su familia, brillaba más que todas ellas por su donaire y gentileza y por las ricas joyas que llevaba adornando una lujosa saya de tía de oro y seda verde aforrada en raso blanco.

Cuando la guardia armada á pié y á caballo hubo despejado el campo, sin dejar persona dentro de la plaza, volvióse á abrir la puerta de la empalizada y presentóse el desafiador Diego de Monsalve, entrando en el palenque á caballo, con sus compañeros y padrinos, y precedido por su rey de armas. Eran sus padrinos Bernaado de Sotelo (armado completamente con las armas rojas de su orden y la cruz blanca de plata) y Alvaro de Sosa, también armado: le acompañaba Alonso de Cisneros (pero no como padrino, porque no eran permitidos sino dos) desarmado y ricamente vestido. Llevaban delante de Monsalve una hacha de armas con su estoque y rodela y fijó en esta el cartel del desafío, en que estaban escritas las condiciones del duelo. Atravesó Monsalve la plaza, hizo acatamiento al Prior y al Obispo, y al pasar por delante de su tablado saludó con la mano á su tía y miró á Beatriz con aire tan amable y contento, que ella comprendió que su carta había sido bien recibida.

Concluido este alarde caminó hácia el otro extremo de la plaza y apeóse muy gallardamente de su caballo, y lo mismo hicieron sus padrinos, llevando los caballos fuera los escuderos. Vestia Monsalve un bohemio (capa corta que usaban los de la guardia de archeros) de terciopelo negro aforrada en pieles de marota, con puntas y botones de raso blanco, calzas de lo mismo, recamadas y bordadas de oro, y muchas plumas blancas en el sombrero.

De allí á poco entró en la plaza Diego de Mazariégos con sus padrinos, y habiendo saludado á los funcionarios públicos, fuése á si-

tuar enfrente á Monsalve al opuesto lado de la palestra. Vestia capa y calzas de raso negro, todo bordado de negro, y plumas negras en el sombrero, é iba con los ojos bajos, más pálido que el mármol y aire de profunda melancolía y grande abatimiento; sus padrinos

eran don Enrique Henríquez de Guzman, sobrino del Prior é hijo del Conde de Alba, joven gallardo, ataviado con una ropa de oro y seda aforrada en armiños: el otro padrino era un anciano respetable, de nombre don Hernando de Porras, conocido en la historia como persona muy principal de Zamora y lejano deudo de los Mazariégos.

Bajó entónces el Prior á la plaza y mandó con autoridad poner orden á todas las cosas, situando tres caballeros en cada ángulo de la plaza: reconoció luégo por buenas las armas de uno y otro campeón y volvióse á su silla; sonaron las trompetas y el pregonero mayor de Zamora gritó en cada esquina de la plaza, este pregon:

“Manda el Justicia Mayor del Rey Emperador, que mientras aquellos caballeros peleen, ninguno, so pena de la vida, levante ruido, ni dé animo á los combatientes con palabra ó voz, ni movimiento, ni silbo, ni señal de cabeza, ó en cualquiera manera ayude ó espante, anime ó desanime ó distraiga, ó le encienda en cólera ó le haga tomar ó dejar las armas; salvo aquellos que para esto son señalados.”

Cesaron los preparativos: se hizo silencio. Monsalve se desnudó el bohemio y quedó en calzas y camisa, haciendo otro tanto su contrario. Abrazó en seguida á sus padrinos, que se apartaron á uno y otro lado, y puestos de rodillas imploraron la protección y el juicio de Dios en una corta oración.

Las trompetas dieron la conmovedora señal del combate, y aún sonaban cuando Monsalve sacó á brillar su espada y su daga y á pasos acelerados marchó sobre Mazariégos.

Durante algunos segundos todos los espectadores se quedaron suspensos, esperando que se trabase una terrible y descomunal pelea; pero en breve los parientes y amigos de Mazariégos bajaron los ojos avergonzados y cor-

ridos, y se cubrieron la cara otros, ocultándola los hombres detras de las plumas de sus sombreros y las mujeres con sus pañuelos y tocás. La sorpresa fué general cuando Mazariégos, que también había caminado algunos pasos, pero sin sacar la espada ni la daga, díjole á su contrario con voz turbada y lenta:

—Señor don Diego de Monsalve, suplico á

torneo con armas corteses, en honor de las damas allí presentes; noticia que detuvo en sus puestos á todos los demas.

Con todo, la fiesta estuvo en riesgo de ensangrentarse, porque don Henrique Henriquez se llegó á Monsalve y le pidió la espada de Mazariégos; Monsalve se desciñó la suya y le dijo cortesmente:

—Con esta serviré á vuestra señoría, que esta otra de don Diego de Mazariégos fuera de mi poder no tendrá ningun valor de aquí en adelante.

Disgustóle y pesóle en extremo á don Henrique el que se la hubiese negado, y contestó con alguna altivez:

—De no ser la que pido, mejor es mi espada que la de vuestra merced, — y mostró la suya cuya empuñadura estaba embutida de piedras preciosas sobre oro puro.

—En adornos, confieso la mejoría: en lo demas está por averiguar, dijo Monsalve; pero en parte estamos en que si quisiese vuestra señoría seria fácil averiguarlo.

Oyó aquellas palabras el Prior y enojado llevó á otra parte á su sobrino y le reprendió lo mal que hacia en disgustar á Monsalve, cuando todos deseaban aquietarle y tenerle satisfecho para que concluyeran tantas disencio-

nes que hervian en Zamora, con lo que logró se hablasen en amistad echando en olvido aquel incidente. Y despues volviéndose á Monsalve el Prior, le manifestó sentia que no recordara su palabra y promesa de guardar la paz ni buscar pretextos para aceptar desafios de los hermanos de Mazariégos que lo deseaban.

Excusóse Monsalve protestando que no abrigaba tales intenciones y rogándole que le disimulara sus prontitudes, con lo que restableció la armonía.

Ya por entónces se habian presentado cuatro caballeros montados en briosos caballos, con armaduras completas, caladas las viseras, lanza y hacha de armas, entrando dos por cada puerta de la palestra.

La multitud reconoció tan sólo á Bernardo de Sotelo, porque llevaba las armas rojas de su orden con la cruz blanca; los demas iban cubiertos de brillante acero de piés á cabeza y sus caballos vistosamente enjaezados.

Uno á uno, como el ceremonial lo exigia, se llegaron al gran Prior, que habia bajado de su asiento á la plaza, y á medida que se acercaban echaban pié á tierra é inclinaban la lanza.

—¿Quién sois caballeros, preguntaba el Prior, y por qué causa habeis entrado armados

en esta plaza?

A su vez contestaron que eran hidalgos de limpio linaje y que eran venidos á combatir en honor de las damas y de la orden de caballeros, y poniendo las manos sobre el misal que un clérigo presentaba en un cojin de terciopelo, decian su nombre y juraban no pelear con fraude ni aprovecharse de hechizos ni otra mala arma, ni de yerbas sobre sí ni de piedras, sino leal y limpiamente con las armas corteses que mostraban, valiéndose de las fuerzas y destreza de sus cuerpos, con el favor de Dios,

de San Jorge y de la Virgen María, á quienes invocaban por jueces.

El primero que se llegó al Prior fué Bernardo de Sotelo; en seguida su contrario en la lid, que al levantar la visera descubrió el rostrc de Alonso Gómez de Mazariégos, marqués de Guadalajara; despues juró don Alvaro de Sosa, y por último su oponente que resultó ser don Felipe de Mazariégos. A medida que hacian el juramento acostumbrado, el Prior les iba señalando el lugar que como mantenedores debian tomar, poniendo los dos hermanos á un lado de la palestra, y los dos compañeros de armas fronteros á sus contrarios.

Sonaron las trompetas y moviéronse los unos contra los otros, lanza en ristre y regidos los caballos á média rienda para el primer pase de armas de cortesía: luego, tomando campo, se arremetieron con denuedo y gran muestra en el arte de las armas, y no menor en el manejo de los caballos. El Marqués desplegó muy temerario arrojo, cual si airado se propusiese desagrarivar el honor de su familia, tan manallado por Diego con su incalificable y pública pusilanimidad, y le pesara de que aquello no fuese en combate á muerte para demostrar que no la tenia. Su hermauo lidjaba con más calma, pero tambien con mucha destreza y gallardía. En cuanto á sus contrarios, basta decir que habian guerreado al lado de Monsalve y era fama que le igualaron en bizzarria, cumpliendo hazañas que los hicieron memorables en los ejércitos del Emperador en Italia y Grecia. Por grados se fueron acalorando y tomando tan á lo sério lo que era un juego, que de allí á un rato empezaron á enrojecer sus armas con la sangre de las heridas que se hicieron y las hachas golpeaban á filo de manera que se empezó á temer que quedara más de uno sobre el campo.

Viendo esto el Prior, que no deseaba concluyera el dia con catástrofe, exitó al Obispo á que arrojase á la mitad de la plaza la vara dorada que tenia en la mano, en señal de que debia cesar el combate. Hizolo al momento el

vuestra merced que lea esta carta ántes de que pasemos adelante.

Monsalve tomó la carta admirado, y apartándose la leyó, diciendo al concluir:

—Señor don Diego de Mazariégos, en esta carta mi padre habla como cristiano; pero cumple á vuestra merced pelear aquí como caballero, porque uno de los dos ha de quedar por bueno en el campo.

Mazariégos desnudó su espada y tomándola por la punta dijo á Monsalve:

—Suplico á vuestra merced tome esta espada y haga misericordia de mí como su rendido.

Fué tal la sorpresa de Monsalve al oír aquellas humildes palabras en boca de su enemigo, que dió un paso atrás, suspenso, sin acertar á decir nada y mirando á Mazariégos de hito en hito... Los espectadores, nobles y pecheros, hombres y mujeres no pudieron dominar su sorpresa é indignación, y apesar de la terrible prohibicion con pena de la vida, un murmullo general semejante á un trueno rompió el aire, siguiendo de súbito un silencio tal que parecia como si toda aquella gente se hubiese petrificado.

Vuelto Monsalve de su sorpresa, recordó sus deberes en aquel trance para él inespionado, y alargando la mano para recibir la rendida, dijo á Mazariégos, con voz profunda, de manera que nadie percibió sus palabras:

—¿Juraisme por vuestra salvacion eterna que cuanto escribisteis en un papel que llegó á mis manos por medio de doña Beatriz, mi

prima, es enteramente verdad sin reticencia ni engaño alguno?

—Juro que es cierto cuanto en él dije, contestó el otro en voz baja y quebrantada.

Tomó entonces Monsalve la espada "y la lamió con la lengua, desde la guarnicion hasta la punta por ámbas partes," * y dijo en voz muy alta de manera que la oyeron todos cuantos en la plaza, en los tablados y andamios estaban, por ser grande el silencio y recogimiento de los que presenciaban aquella tragedia:

—Doy muchas gracias á Dios que ha traído á vuestra merced en este conocimiento. Viva vuestra merced en paz de aquí en adelante; y si álguien le agraviare, aviseme, que yo le desagraviaré y le tataré con todo mi poder y de toda mi voluntad.

Envainó su espada y daga, y se quedó con la de Diego de Mazariégos en la mano, mientras le abrazaba; pero en tanto que le tenia en los brazos sintió que se recostaba tan pesada-

* Palabras textuales de Ocariz. Aunque en ninguna parte hemos podido encontrar el significado de esta extraña ceremonia infiere que se usaba en aquella época y no parecia ser costumbre para ó extraordinaria.

mente sobre él que estuvo á punto de caer y mirándole la cara vió que estaba sin sentido.

Acudieron los padrinos de uno y otro á favorecerle, bajó el Prior de su tablado, acercáronse muchos caballeros y encontraron á Monsalve con su enemigo desmayado en los brazos.

Corrió la falsa voz entre la plebe que Monsalve, faltando á las leyes de la caballería, le habia atravesado el cuerpo al desgraciado Mazariégos con su propia espada en el momento en que le abrazaba, y se levantó un grande alboroto y gritería. En breve abrió los ojos el misero vencido y dijéronle lo que pasaba y que la gente vociferaba contra Monsalve, creyendo que le habia muerto. Incorporóse entonces con el mayor brio que pudo, dió algunos pasos por la plaza para que el pueblo

pudiese ver que nada le habia sucedido, y despues de volver á abrazar á Monsalve y á sus testigos, salióse del palenque, apoyándose en el brazo de don Hernando de Pórras, y acompañado y seguido de varios caballeros y escuderos fuése á su casa en donde montó y marchó á pedir hospitalidad á una hermana que, como hemos dicho, tenia casada en Toro. De una vez mencionaremos que estuvo el infeliz más de seis meses loco rematado, sin querer ver á nadie y sin contestar una palabra á cuanto le preguntaban, y que habiéndose dado un dia un recio golpe en la cabeza, en uno de sus accidentes, le sobrevino tan grave enfermedad que se tuvo á milagro que sanase. Convaleció por fin, pero perdida la memoria de lo pasado y perdida tambien su antigua jovialidad, cual si hubiese renacido transformado en otro hombre. Partió luego por empeño de sus hermanos para Italia, como soldado, distinguiéndose en las guerras por su valor y denuedo, y no volvió á España sino muchos años despues, y nunca á Zamora. En la historia de Venezuela se menciona en 1571 un gobernador muy anciano, llamado Diego de Mazariégos que mandó fundar una villa poniéndole nombre de Nueva Zamora (hoy Maracaibo) porque él era

oriundo de aquella ciudad de España. En la historia de la conquista de Méjico, á mediados del siglo XVI, tambien se menciona un Diego de Mazariégos. ¿Seria uno de éstos el triste héroe de la referida historia, que no podia sin desdoro vivir en su patria y andaba de aventurero en Indias?

Pero volvamos á la palestra de qué nos habiamos separado para seguir á Diego de Mazariégos. Cuando éste hubo salido, subió Monsalve al tablado de honor con el Prior y sentóse al lado del Obispo, quien le felicitó por el venturoso término de aquel lance. Habian pedido licencia cuatro caballeros para hacer

buen prelado, y en el acto acudieron todos los caballeros que rodeaban la plaza, que eran muchos, á apartar á los combatientes, lo que consiguieron no sin dificultad, pues estaban ya encarnizados y como sedientos de sangre. Declaró en alta voz el Prior, su apoyo, que era terminada la lid, puesto que unos y otros habian cumplido con su deber. Pero los Mazariégos se mostraban amenazantes, distinguiéndose el irascible Marqués, que sin consideracion á los jueces del campo iba de un lado á otro blandiendo el hacha de armas y á gritos retaba á todos los zamoranos uno á uno ó todos juntos.

Vióse el Prior obligado á bajar á la arena en compañía de Monsalve y otros caballeros, y hablándoles ya con autoridad de Juez, ya como amigo, no sin trabajo logró ponerlos en paz.

Saliéronse inmediatamente de la palestra y de Zamora los dos hermanos, sin admitir otra compañía que la de sus propios escuderos, y se fueron á encerrar en el castillo de Mazariégos, en donde permanecieron mucho tiempo sin volver á Zamora ni á Toro, avergonzados y mohinos por el triste papel que Diego habia hecho en el campo de la verdad.

Monsalve tambien se retiró, pero con grande acompañamiento y solemnidad, honrado por los ricos hombres é hijosdalgo de la provincia y aclamado por la multitud de gente plebe que le seguia y admiraba, como sucede á todos, en todas partes y en todas épocas, cuando son afortunados ó temidos.

Despidióse Monsalve de su comitiva en la puerta de la casa de su padre, á donde entraba el hijo victorioso, y de donde habia salido el padre, muerto año y siete meses ántes, víctima

de aficciones y dolorosa humillacion, causada por el que á su vez habia desaparecido de Zamora vencido y humillado por el hijo del agraviado. Doña Mencía, Beatriz y los amigos y parientes más allegados le esperaban en su habitacion, rebozando en regocijo; pero ántes de penetrar en su hogar colgó la espada de Mazariégos debajo del escudo de armas esculpido en la portada de la casa, poniendo guardia para que no la quitasen y allí permaneció muchos dias.

Don Juan Flórez de Ocariz concluye la relacion de una parte de las hazañas de Diego de Monsalve con estas palabras: " Desta manera tuvo fin esta pendencia tan sangrienta, en cuya persecucion hizo Monsalve muchas cosas valerosas, buscando á Mazariégos por toda la provincia." Y más léjos añade el buen fraile:

15
1915
"Fué éste uno de los acaecimientos más extraordinarios que se han visto en España jamas; así quedaron todos admirados del valor del uno y la pusilanimidad del otro."

¿Ahora, qué nos queda por decir que no haya adivinado el amable lector, si su curiosidad le ha dado paciencia para seguirmos hasta aquí? Para qué ponderarle cómo en las bodas de Monsalve con su prima hubo grandes cosas, que fueron concurridísimas y rumbosas, que en honor de ellas se celebraron juegos públicos de cañas y de toros en Zamora, luciéndose en todo Monsalve y sus hermanos de armas? Todo esto seria inútil puntualizarlo; pero no lo será el decir que habiendo llegado á oídos del Emperador Carlos V la noticia del denuedo y valentía del Capitan Monsalve, le hizo la merced y dióle licencia para poner una espada en su escudo de armas; gracia de que no quiso hacer uso por delicadeza y justos respetos. Pero ya que hemos tocado el asunto de la espada, conviene saber el fin que tuvo la de Mazariégos. Permaneció muchos dias, como ántes dijimos en el lugar en que la puso Mon-

salve; pero en una ausencia que éste hizo de Zamora, dias ántes del de su matrimonio, el Corregidor, personaje que ya conocemos como entremetido y muy adicto á los Mazariégos, la hizo quitar de la portada de la casa y se la llevó á su despacho. Monsalve prescindió de reclamarla, por evitar disgustos, ó acaso porque es sabido que un hombre feliz es siempre condescendiente y bondadoso; pero Bernardo de Sotelo la recuperó despues por pleito en la chancillería de Valladolid, y la guardó hasta que bendecido el hogar de Monsalve con muchos hijos, juzgó que debia restituirla, quedando de generacion en generacion por herencia al hijo mayor como ejecutoria vinculada.

Concluiremos esta relacion dando noticia de lo que fué la familia de Monsalve en Nueva Granada, á reserva de continuar algun dia esta verídica historia, si por ventura encontramos algunos datos que habemos menester para el caso.

Dijimos al principio, muy de paso que don Francisco de Monsalve tuvo un hijo durante su permanencia en Granada, quien á fuerza de correr por sus venas sangre de moros, no era bien quisto, por lo que se expatrió, pasó á Indias, y despues de varias aventuras, enrolado en la tropa que Federmaun sacó de Venezuela, se trasladó al Nuevo Reino de Granada ayudando en la conquista de estas tierras y concurriendo á la fundacion de sus primeras ciudades Santa Fé y Tunja. En el distrito de

esta última fué Encomendero de Ysa, Panqueba, Cocuy, el Pueblo de Nuestra Señora, el de Guacamayas y el Pintado. "Diéronle (dice Ocariz) como primer conquistador y poblador en la jurisdiccion de Tunja, donde fué Regidor y Alcalde ordinario varias veces, tierras y solar en la ciudad."



al procuraremos pintar la sociedad colombiana bajo ¹⁹⁴
todas sus facetas. Cada novela larga formará un vo-
lumen aparte, pero las relaciones histórico-novelísticas cor-
tas se reunirán en tomos que contengan seis o más ~~re-
vistas~~ cuadros aislados. La serie entera compondrá
la Historia dramático-novelística de ^{una parte de hispanoamérica} ~~Colombia~~, desde
la llegada de los Españoles ^{al Nuevo Mundo} ~~en América~~ hasta nuestros
días.

El amiga íntima